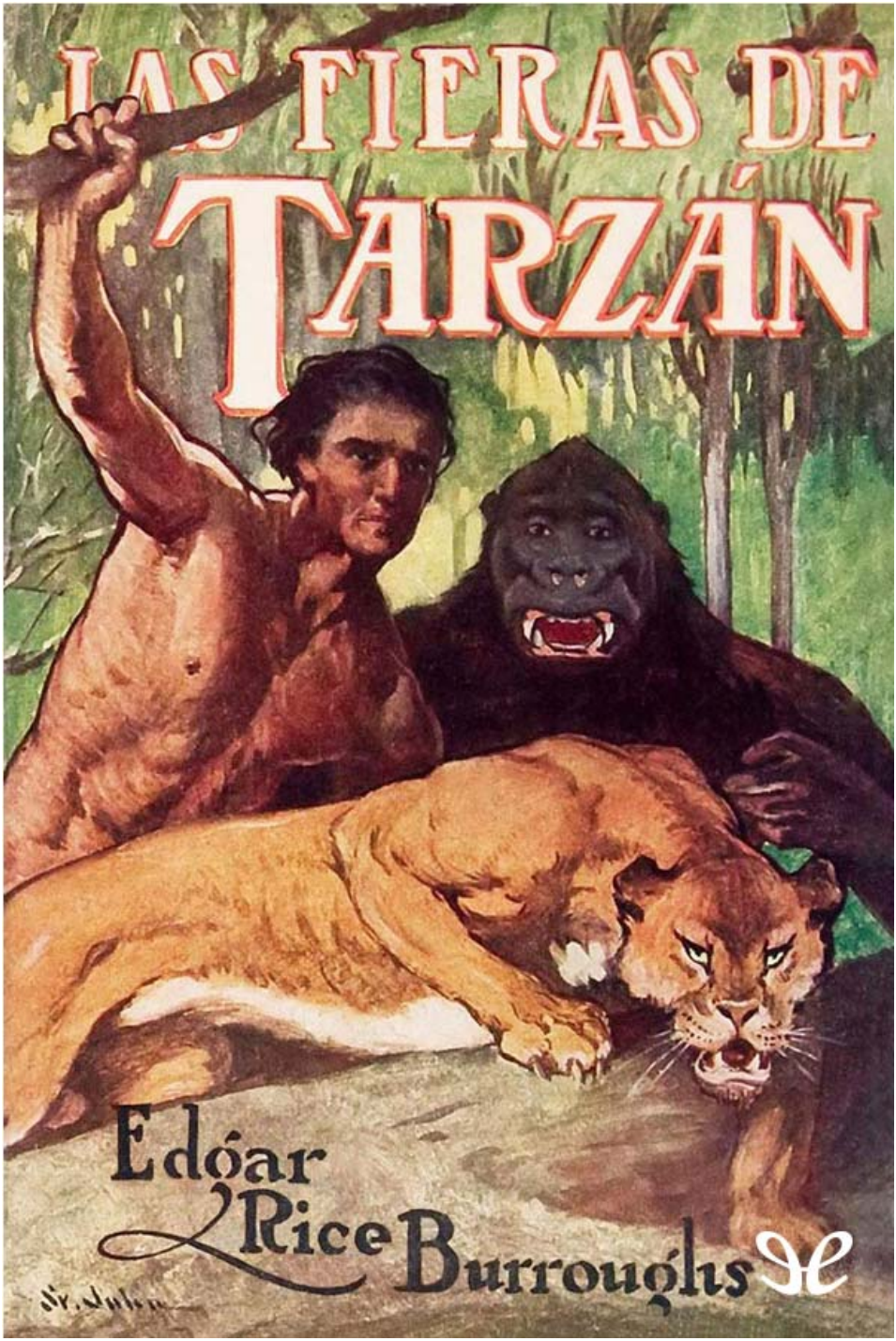

LAS FIERAS DE
TARZÁN
Edgar Rice Burroughs

Las fieras de Tarzán es el tercer libro escrito por Edgar Rice Burroughs protagonizado por el personaje de Tarzán. Su argumento continúa la historia iniciada con *Tarzán de los monos* y seguida por *El regreso de Tarzán*.

Tarzán ha aceptado por fin su título de lord Greystoke y se ha casado con Jane, con quien ha tenido a su hijo Jack. Pero los deseos de venganza de sus enemigos rusos, Nikolas Rokoff y Paulvitch Alexis, no cesan. Secuestrarán a Jack y lograrán hacer caer a Tarzán en una trampa, y quedará preso en la bodega del mismo barco donde está su hijo. Jane, en su intento por evitar al apresamiento de Tarzán se encontrará también con las garras de Rokoff. Así, sin saber cada uno que el otro está en el mismo barco, zarparán rumbo a África bajo el control de Rokoff. Abandonado en una isla desierta, Tarzán aplicará su inteligencia y habilidad para adiestrar a la pantera Sheeta y a la tribu de simios liderada por Akut, y junto con el guerrero nativo Mugambi, volverá al continente para rescatar a su hijo.

Edgar Rice Burroughs

Las fieras de Tarzán

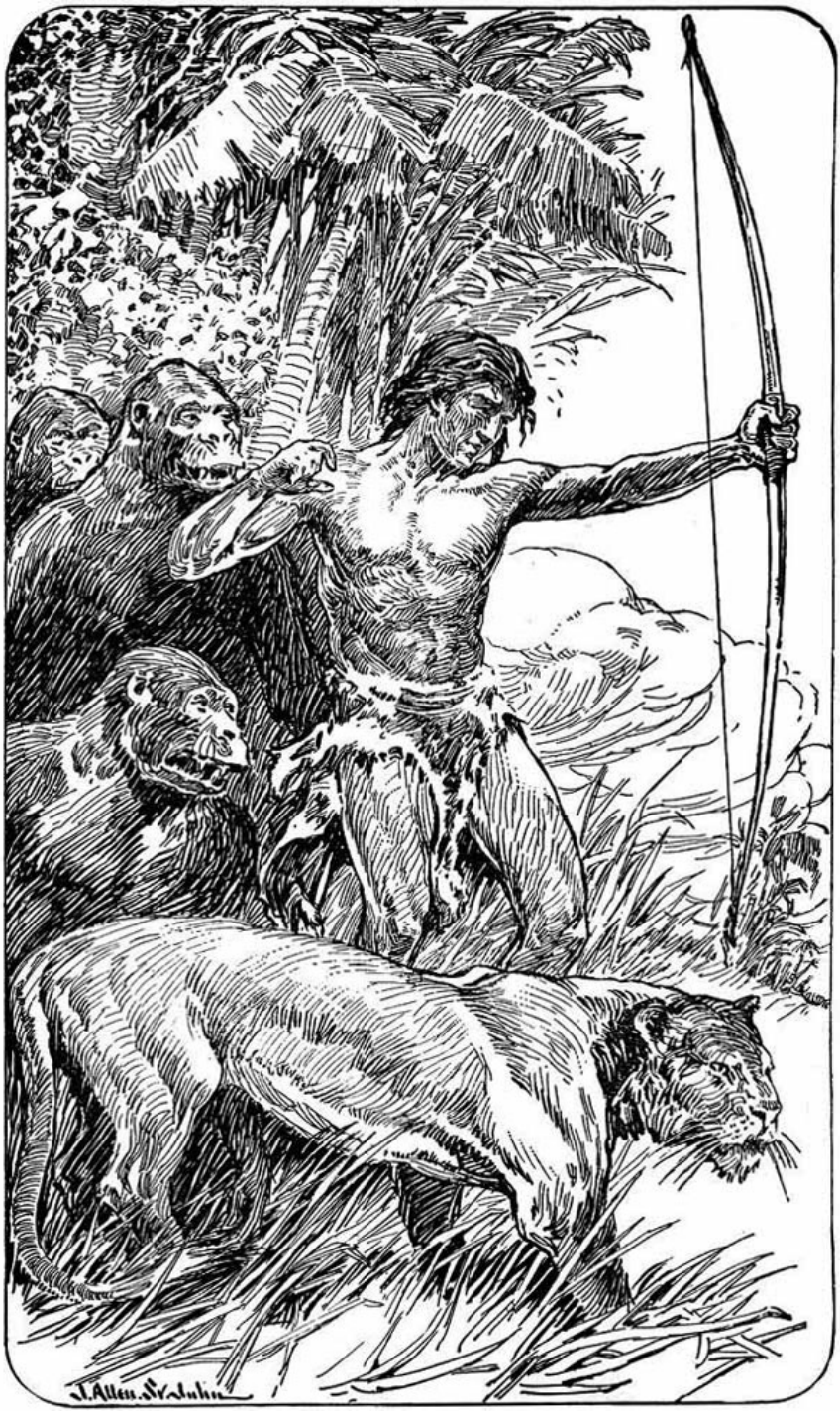
Tarzán 3

ePUB r1.2
Zaucio Olmian 04.05.13

Título original: *The Beasts of Tarzan*
Edgar Rice Borroughs, 1914
1ª edición en revista: *All-Story Cavalier*, 1914 del 16/05 al 13/06
1ª edición en libro: A. C. McClurg, 04/03/1916
Traducción: Emilio Martínez Amador
Portada original 1ª edición EE.UU.: James Allen St. John
Restauración y adaptación portada: Zaucio Olmian
Ilustraciones originales:James Allen St. John
Restauración ilustraciones: Zaucio Olmian

Editor digital: Zaucio Olmian (r1.0 a 1.2)
ePub base r1.0

Las fieras de TARZÁN



THE BEASTS of TARZAN

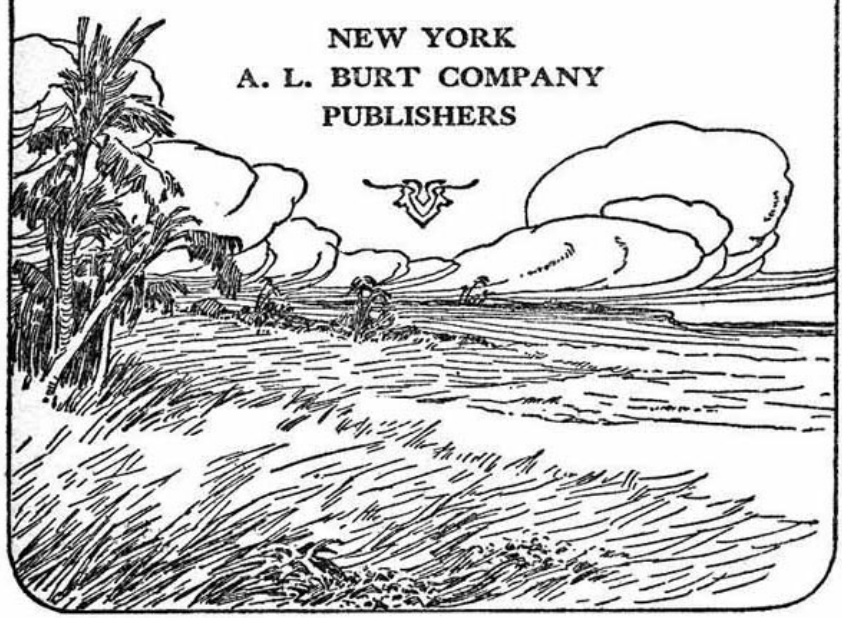
by

Edgar Rice Burroughs

Author of "Tarzan of the Apes," "The Return of Tarzan," etc.

With Illustrations by J. Allen St. John

NEW YORK
A. L. BURT COMPANY
PUBLISHERS



A
Joan Burroughs

CAPÍTULO I

SECUESTRO

EL MISTERIO más profundo envuelve el caso —manifestó D'Arnot—. Tengo informes de primera mano, según los cuales ni la policía ni los agentes especiales de su estado mayor tienen la más remota idea del modo en que se consumó la fuga. Todo lo que saben es que Nicolás Rokoff se les ha escapado.

John Clayton, lord Greystoke —en otro tiempo «Tarzán de los Monos»—, permaneció silencioso, sentado allí, en el piso parisiense de su amigo Paul D'Arnot, con la meditativa mirada fija en la puntera de su inmaculada bota.

En su imaginación se agitaban mil recuerdos, provocados por la evasión de su archienemigo de la cárcel militar en la que cumplía la sentencia a cadena perpetua a la que le condenaron merced al testimonio del hombre-mono.

Pensó en la cantidad de intentos de asesinato que había urdido Rokoff contra él y comprendió que lo que aquel individuo hizo hasta entonces no era nada comparado con lo que tramaría y desearía hacer ahora que estaba libre de nuevo.

Tarzán acababa de trasladar a Londres a su esposa y a su hijo, con el fin de ahorrarles las incomodidades y peligros de la estación lluviosa de su vasta hacienda de Uziri, el territorio de los salvajes guerreros waziri cuyos extensos dominios africanos gobernó tiempo atrás el hombre-mono.

Había atravesado el canal de la Mancha para hacer una breve visita a su viejo amigo, pero la noticia de la fuga del ruso había proyectado una sombra ominosa sobre su viaje, de modo que, aunque acababa de llegar a París, ya estaba considerando la conveniencia de volver de inmediato a Londres.

—No es que tema por mi vida, Paul —rompió Tarzán su silencio por fin—. Hasta la fecha, siempre he superado todas las tentativas asesinas de

Rokoff contra mí, pero ahora he de pensar en otras personas. O mucho me equivoco o ese criminal se apresurará a ensañarse con mi mujer o con mi hijo, antes que atacarme a mí directamente, porque es indudable que sabe que así puede infligirme mayores tribulaciones. De modo que he de regresar en seguida y permanecer junto a ellos hasta que Rokoff se encuentre de nuevo entre rejas… o en el cementerio.

Mientras Tarzán y D'Arnot mantenían esta conversación en París, otros dos hombres dialogaban en una casita de campo de los alrededores de Londres. Se trataba de dos sujetos esquinados, de aire hosco, siniestro.

Uno era barbudo, pero el otro, la palidez de cuyo rostro denotaba una larga permanencia en lugar cerrado, mostraba en su semblante un asomo de pelo negro que sólo llevaba creciendo unos días. Este último era el que hacía uso de la palabra.

—Es preciso que te afeites esa barba tuya, Alexis —recomendaba a su interlocutor—. Si no lo haces, te reconocerá al instante. Hemos de separarnos antes de una hora. Confiemos en que, cuando volvamos a reunirnos, a bordo del *Kincaid*, nos acompañen nuestros dos huéspedes de honor, que poco se imaginan el crucero de placer que les hemos programado.

»Dentro de dos horas estaré camino de Dover con uno de ellos y mañana por la noche, si sigues al pie de la letra las instrucciones que acabo de darte, te presentarás con el otro, siempre y cuando, naturalmente, el tal huésped regrese a Londres con la rapidez con que supongo se apresurará a hacerlo.

»Placer y provecho, así como algunas otras buenas cosas será la recompensa que obtendremos a cambio de nuestros esfuerzos, mi querido Alexis. Gracias a la estupidez de los franceses, tan majaderos ellos que han ocultado mi fuga durante tanto tiempo que he podido disponer de oportunidad de sobras para planear esta pequeña aventura. Y la he proyectado con tanta minuciosidad y detalle que son prácticamente nulas las probabilidades de que surja el menor contratiempo que pudiese tirar por tierra nuestro plan. ¡Ahora, adiós! ¡Y buena suerte!

Tres horas después, un mensajero subía la escalera que llevaba al piso del teniente Paul D'Arnot.

—Un telegrama para lord Greystoke —dijo al criado que le abrió la puerta—. ¿Está aquí?

El doméstico respondió afirmativamente y, tras firmar el comprobante,

llevó el telegrama a Tarzán, que ya se preparaba para partir hacia Londres.

Tarzán abrió el sobre y, al leer el contenido del mensaje, su rostro se puso blanco.

—Léelo, Paul —tendió a D'Arnot el rectángulo de papel—. Ya ha ocurrido lo que me temía.

El francés cogió el telegrama y leyó:

JACK RAPTADO EN JARDÍN CON COMPLICIDAD CRIADO NUEVO. VEN INMEDIATAMENTE. JANE.

Cuando Tarzán se apeó de un salto del turismo que había ido a buscarles a la estación y corrió escaleras arriba, en la puerta de su casa de Londres le recibió una mujer que, aunque tenía los ojos secos, se encontraba en un estado de agitación casi frenética.

Jane Porter Clayton le contó rápidamente cuanto había podido averiguar acerca del secuestro del niño.

La niñera paseaba en el cochecito a la criatura, por la soleada acera, cuando un taxi frenó en la esquina de la calle. La mujer sólo prestó una atención fugaz al vehículo, si bien pudo observar que de él no se apeaba ningún pasajero, sino que el taxi permanecía junto al bordillo, con el motor en marcha, como si estuviera aguardando a un cliente a punto de salir del edificio ante el que se había detenido.

Casi simultáneamente, el servidor recién contratado, Carl, salió corriendo de la residencia de lord Greystoke, para decir que la señora quería hablar un momento con la niñera y que ésta debía dejar al pequeño Jack a su cuidado, al cuidado de Carl, en tanto ella regresaba.

La mujer dijo que ni por asomo sospechó que el hombre albergase motivos inconfesables… Hasta que llegó a la puerta de la casa y se le ocurrió volverse para advertirle que no colocara el cochecito de forma que el sol pudiera caer sobre los ojos del niño.

Cuando volvió la cabeza para avisar al criado vio, sorprendida, que el individuo empujaba el coche y lo hacía rodar con rapidez por la acera. Observó que, al mismo tiempo, se abría la portezuela del taxi y se enmarcaba en el hueco el rostro atezado de un hombre.

Instintivamente, en la mente de la niñera irrumpió centelleante la comprensión de que el bebé estaba en peligro y, a la vez que emitía un chillido, se lanzaba escalinata abajo y echaba a correr por la acera en

dirección al taxi, mientras Carl tendía el chiquillo al individuo moreno que estaba dentro del vehículo.

Un segundo antes de que la niñera llegara al taxi, Carl saltó al interior del automóvil y cerró de golpe la portezuela. Simultáneamente, el conductor intentó poner en marcha el vehículo, pero resultó que, al parecer, algo no funcionaba apropiadamente, como si los engranajes del cambio de marchas se resistieran a encajar. La demora que eso produjo, mientras el hombre daba marcha atrás y hacía retroceder el coche unos metros, antes de poner de nuevo la primera para arrancar, dio a la niñera tiempo para llegar al taxi.

Saltó al estribo e intentó arrebatar el niño de los brazos del desconocido. Allí, entre gritos y forcejeos, continuó aferrada después incluso de que el coche se pusiera en marcha. Carl no consiguió despedirla de la ventanilla hasta que el vehículo, que había cobrado ya bastante velocidad, pasó por delante de la residencia de los Greystoke. Entonces le aplicó un feroz puñetazo en pleno rostro y la mujer fue a parar al pavimento.

Las voces de la niñera atrajeron a sirvientes y miembros de las familias que ocupaban las residencias de la vecindad, así como del hogar de los Greystoke. Lady Greystoke había sido testigo de los valerosos esfuerzos de la niñera y de la celeridad con que reaccionó e intentó impedir que el automóvil se alejara de allí a toda marcha, pero la muchacha llegó demasiado tarde.

Eso era cuanto se sabía y lady Greystoke ni por soñación pudo suponer la posible identidad del hombre que se encontraba en el fondo de aquella maquinación, hasta que Tarzán le informó de que Nicolás Rokoff se había fugado de la cárcel francesa en la que todos esperaban permaneciese recluido de por vida.

Trataban lord y lady Greystoke de determinar cuál sería la mejor línea de conducta que pudiesen seguir, cuando sonó el teléfono en la biblioteca situada a la derecha de Tarzán. Éste se apresuró a responder a la llamada.

—¿Lord Greystoke? —preguntó una voz masculina, desde el otro extremo de la línea.

—Sí.

—Han raptado a su hijo —continuó la voz— y sólo yo puedo ayudarle a recuperarlo. Estoy al corriente del plan de quienes han secuestrado al niño. A decir verdad, intervine en la operación e iba a participar en los

beneficios que reportaría, pero los demás quieren jugármela, así que voy a darles una lección y le ayudaré a rescatar a la criatura, si usted se compromete a no presentar denuncia alguna contra mí por haber tomado parte en el secuestro. ¿Qué me contesta?

—Si me conduce al lugar donde tienen escondido a mi hijo —respondió el hombre-mono—, nada tiene que temer en lo que a mí respecta.

—Muy bien —repuso el otro—. Pero ha de acudir usted solo a la cita conmigo, porque ya es suficiente con que tenga que fiarme de su palabra. No puedo arriesgarme a permitir que otras personas conozcan mi identidad.

—¿Dónde y cuándo podemos encontrarnos? —quiso saber Tarzán.

El comunicante le dio el nombre y la dirección de una taberna de los muelles de Dover, un establecimiento frecuentado por marineros.

—Vaya allí esta noche —concluyó el hombre—, hacia las diez. Si se presenta antes de esa hora, no adelantará nada. De momento, su hijo no corre peligro y puedo llevarle a usted, sin que nadie se entere, al lugar donde lo tienen secuestrado. Pero tenga buen cuidado en venir solo. Y que no se le pase por la cabeza, bajo ninguna circunstancia, avisar a Scotland Yard. Sepa que le conozco y que le estaré observando continuamente.

»Si le acompaña alguien o si detecto la presencia de individuos que me huelan a agentes de policía, no me acercaré a usted y se le habrá esfumado la última oportunidad de rescatar a su hijo.

Sin pronunciar una palabra más, el hombre colgó.

Tarzán refirió a su esposa lo esencial de aquella conversación.

La mujer le suplicó que le permitiera acompañarle, pero él argumentó con firmeza que ello podía redundar en perjuicio del resultado, puesto que daría pie al comunicante para cumplir su amenaza de negarse a ayudarles en el caso de que el hombre-mono no acudiera solo a la cita. De forma que se separaron y Tarzán partió en seguida hacia Dover, mientras lady Greystoke se quedaba en casa, ostensiblemente, a la espera de que su marido le notificara el desenlace de la operación.

Poco podían suponer lord Greystoke y su esposa las contrariedades que les reservaba el destino antes de que volvieran a reunirse, o lo remoto que… Pero ¿por qué adelantarse a los acontecimientos?

Tras la marcha del hombre-mono, Jane Clayton estuvo diez minutos paseando inquieta de un lado a otro sobre la suave alfombra de la biblioteca. Verse despojada de su primogénito le destrozaba el corazón. Su cerebro era un angustiado torbellino de esperanzas y temores.

Aunque la razón le decía que todo saldría bien si, conforme a las instrucciones del misterioso desconocido, Tarzán acudía solo a aquella cita, el instinto no le dejaba desterrar de la mente la alarmante idea de que enormes peligros acechaban a su esposo y a su hijo.

Cuantas más vueltas le daba en la cabeza a aquel asunto, mayor era su convencimiento de que la llamada telefónica que acababan de recibir no podía ser más que una añagaza para mantenerlos mano sobre mano, sin hacer nada, hasta que los secuestradores tuviesen tiempo de ocultar al niño en un lugar seguro o llevárselo fuera de Inglaterra. Aunque también cabía la posibilidad de que se tratara de un reclamo para atraer a Tarzán y que cayese en poder del implacable Rokoff.

Al irrumpir tal pensamiento en su cerebro, lady Greystoke se detuvo en seco, desorbitados de terror los ojos. La sospecha se convirtió instantáneamente en certeza absoluta. Miró el gran reloj que en uno de los rincones de la biblioteca marcaba el transcurrir de los minutos.

Era demasiado tarde para coger el tren de Dover que pensaba tomar su esposo. Sin embargo, poco después salía otro que le permitiría llegar al puerto del canal con tiempo para presentarse, antes de la hora acordada para la cita, en la dirección que el desconocido había dado a Tarzán.

Convocó a la doncella y al chófer y les dio una serie de rápidas instrucciones. Diez minutos después atravesaba las rebosantes calles de Londres, rumbo a la estación de ferrocarril.

Eran las diez menos cuarto de la noche cuando Tarzán entraba en el tabernucho de los muelles de Dover. Se disponía a adentrarse por el maloliente local cuando una figura embozada se cruzó con él, camino de la calle.

—¡Acompáñeme, señor mío! —le susurró el desconocido.

El hombre-mono dio media vuelta y siguió al individuo a un callejón sumido en la penumbra al que la costumbre había dignificado aplicándole el título de pasadizo. Una vez allí, el individuo se adentró en la oscuridad, hacia un lugar cerca de un embarcadero en el que fardos, balas, cajas y barriles se elevaban hasta bastante altura y proyectaban densas sombras. El hombre se detuvo allí.

—¿Dónde está el niño? —preguntó Greystoke.

—En aquel pequeño vapor cuyas luces puede usted ver allá lejos —respondió el desconocido.

Los ojos de Tarzán trataron de atravesar la oscuridad para distinguir las facciones del sujeto, pero no reconoció en él a nadie a quien hubiera visto antes. De haber adivinado que su guía era Alexis Paulvitch hubiese comprendido al instante que en el espíritu de aquel hombre sólo podía haber traición y que el peligro estaría acechándole en cada paso que diera.

—Nadie lo custodia ahora —prosiguió el ruso—. Los secuestradores se consideran completamente seguros de que no los van a descubrir y salvo un par de tripulantes, a los que he proporcionado suficiente ginebra para que permanezcan callados unas cuantas horas, nadie se encuentra a bordo del *Kincaid*. Podemos subir al barco, coger al niño y regresar a tierra sin el más leve temor.

Tarzán asintió.

—Adelante, pues —dijo Tarzán.

El guía le condujo hasta un bote amarrado al embarcadero. Ambos subieron a la barca y Paulvitch se aplicó a los remos. El bote surcó las aguas con rapidez, rumbo al buque. El negro humo que despedía la chimenea del vapor no sugirió en aquel momento absolutamente nada a Tarzán. En lo único que pensaba era en que, dentro de unos instantes, se materializaría su esperanza de tener de nuevo a su hijo en los brazos.

En el costado del barco vieron una escala cuya parte inferior quedaba a su alcance y los dos hombres treparon sigilosamente por ella. Una vez en cubierta, se desplazaron apresuradamente hacia la popa, donde el ruso señaló con el dedo una escotilla.

—Ahí tienen encerrado al niño —dijo—. Será mejor que baje usted a buscarlo, ya que es posible que si le coge un extraño se asuste y se ponga a llorar. Permaneceré de guardia aquí.

Tan angustiosos eran los deseos que tenía Tarzán de rescatar a su hijo que ni por un segundo se le ocurrió recelar de las extrañas circunstancias que envolvían al *Kincaid*. No había nadie en cubierta, aunque era evidente que la caldera estaba encendida y, a juzgar por el volumen de humo que despedía la chimenea, no cabía duda de que el vapor se aprestaba a zarpar. Pero Tarzán no reparó en ninguno de tales detalles.

Con la idea fija de que en cuestión de unos segundos volvería a tener entre sus brazos el precioso cuerpo de su hijito, el hombre-mono se precipitó hacia las tinieblas de las entrañas del buque. Pero no había hecho más que apartar la mano del marco de la escotilla cuando la pesada hoja de madera se cerró estruendosamente sobre su cabeza.

Se dio cuenta automáticamente de que había sido víctima de una celada y de que, lejos de rescatar a su hijo, lo que hizo fue caer él también en poder del enemigo. Y aunque reaccionó raudo e intentó rápidamente levantar la trampilla, conseguirlo le resultó imposible.

Encendió una cerilla, exploró el lugar donde había caído y comprobó que se encontraba en un compartimento aislado del espacio general de la bodega, al que sólo se podía acceder o salir por el hueco de la escotilla que acababa de cerrarse encima de él. Era evidente que aquel cubículo se había dispuesto ex profeso para que le sirviera de calabozo.

En el compartimento no había ningún objeto ni ninguna otra persona. Si el niño se encontraba a bordo del *Kincaid*, indudablemente lo albergaban en otro sitio.

A lo largo de más de veinte años, desde la infancia hasta la edad adulta, el hombre-mono había vagado por la selva sin ninguna compañía humana. Durante aquel periodo de su vida, en el que las impresiones se fijan con mayor intensidad, aprendió a aceptar los placeres y los sufrimientos del mismo modo que los animales aceptan los que les corresponden.

Así que en vez de enfurecerse y maldecir al destino, se cargó de paciencia y se dispuso a esperar los acontecimientos, aunque siempre con la mente lista para sacarle el máximo partido a cualquier coyuntura que se presentara susceptible de permitirle salir de aquel trance. A tal fin, examinó minuciosamente aquella celda, tanteó los gruesos tablones que formaban sus tabiques y midió la distancia que le separaba de la escotilla.

Y mientras se entretenía con tales ocupaciones llegó de pronto a sus oídos la vibración de las máquinas y el zumbido de la hélice.

¡El barco se movía! ¿Hacia dónde y a qué clase de destino le llevaba?

Y al tiempo que tales pensamientos surcaban su cerebro, por encima del estruendo de los motores Tarzán captó algo que llenó su ánimo de gélida aprensión.

Desde la cubierta de la nave le llegó, claro y estridente, el chillido de una mujer asustada.

CAPÍTULO II

ABANDONADO EN UNA ISLA DESIERTA

INSTANTES después de que Tarzán y su guía se hubieran perdido de vista entre las densas sombras del muelle, la figura de una mujer con el rostro cubierto por un espeso velo penetraba en el estrecho callejón y se dirigía con paso rápido hacia la entrada de la taberna que acababan de abandonar los dos hombres.

Hizo una pausa al llegar a la puerta, echó un vistazo a su alrededor y luego, como si tuviese ya la seguridad de haber llegado al lugar que buscaba, cruzó el umbral y se aventuró intrépidamente por el interior de aquel tugurio repugnante.

Una veintena de marineros y ratas de malecón alzaron la cabeza para contemplar el allí insólito espectáculo de una dama vestida con elegancia. Con paso vivo, la señora se acercó a la desaliñada y mugrienta camarera, que se había quedado mirando a aquella afortunada congénere con una expresión en la que la envidia y la antipatía alternaban a partes iguales.

Preguntó la dama:

—¿Ha visto usted hace un momento en este local a un hombre alto y bien vestido, que vino a reunirse con otro? Lo más probable es que ambos se marcharan juntos.

La muchacha contestó afirmativamente, pero no le fue posible precisar la dirección que tomó la pareja de clientes. Un marinero que se había acercado a escuchar la conversación informó de que un minuto antes, cuando se disponía a entrar en la tasca, vio salir de ella a dos hombres que se alejaron hacia el embarcadero.

—Indíqueme la dirección que tomaron —exclamó la señora, al tiempo que deslizaba una moneda en la mano del marinero.

El hombre la acompañó al exterior y uno junto al otro apretaron el paso hacia el muelle; al cabo de un momento vieron un bote que en aquel instante se confundía con las sombras de un vapor fondeado a escasa

distancia.

—Allí los tiene —musitó el marinero.

—Diez libras si se agencia una barca y me lleva a ese buque —ofreció la dama.

—Rápido, pues —aceptó—, hay que darse prisa si queremos llegar al *Kincaid* antes de que leve anclas. Lleva tres horas con la caldera encendida, a la espera de ese pasajero. Me lo dijo un miembro de su tripulación con el que estuve de cháchara hace cosa de media hora.

Mientras hablaba, el hombre se dirigió al extremo del embarcadero, donde sabía que estaba amarrado otro bote. Ayudó a la señora a subir a la barca, saltó a bordo él también e impulsó el bote para separarlo del muelle. Pronto estuvieron surcando las aguas.

Al llegar junto al buque, el marinero solicitó su paga y, sin contar siquiera la cantidad exacta, la mujer puso un puñado de billetes de banco en la tendida mano del hombre. Una rápida mirada le bastó al marinero para tener la certeza de que se le había remunerado con esplendidez. Ayudó a la dama a encaramarse a la escala y luego mantuvo el bote al costado del vapor, por si aquella generosa pasajera decidía más tarde que la llevase de vuelta a tierra.

Pero, entonces, el zumbido de un motor auxiliar y el chirrido de un cabrestante indicaron que el *Kincaid* recogía el ancla. Un momento después, el marinero oyó el rumor de la hélice que empezaba a girar y, lentamente, el vapor se alejó del bote y se adentró por el canal.

Cuando daba la vuelta para remar hacia tierra oyó un grito de mujer procedente de la cubierta del barco.

—Eso es lo que llamo suerte perra —monologó el marinero—. También podía haberme embolsado yo toda la pasta de la ciudadana.

Al subir a la cubierta del *Kincaid*, a Jane Clayton le pareció que el vapor estaba abandonado. No sólo no se veía el menor rastro de los individuos que buscaba, sino que al parecer no había nadie a bordo. De modo que se apresuró a emprender la búsqueda de su esposo y del niño, a los que, contra toda esperanza, confiaba hallar en el buque.

Se dirigió velozmente a la cabina de mando, cuya mitad superior sobresalía por encima del nivel de la cubierta. Mientras se apresuraba por la escalera que descendía hacia la entrada de la cabina, a ambos lados de la cual se encontraban los camarotes de los oficiales, la mujer no se percató de

que una de aquellas puertas se cerraba precipitadamente ante ella. Atravesó la cámara principal hasta el extremo contrario y luego volvió sobre sus pasos. Se detenía ante cada una de las puertas, aguzaba el oído y, con toda la cautela del mundo, probaba a levantar el picaporte.

Allí todo era silencio, un silencio profundo, hasta el punto de que su sobreexcitado cerebro temió que la estruendosa alarma de los latidos del corazón repicase por todo el barco.

Las puertas fueron abriéndose una tras otra, sólo para revelar el espacio vacío de los camarotes. Tan absorta estaba la mujer en aquella búsqueda que no se dio cuenta de la súbita actividad que se producía en el buque: el zumbido de los motores, la vibración de la hélice. Había llegado a la última puerta de su derecha y acababa de abrirla, cuando un sujeto corpulento, de atezado semblante, tiró de ella y la introdujo bruscamente en la atmósfera enrarecida y maloliente del interior.

El repentino susto producido por aquel ataque inesperado arrancó un penetrante alarido a la garganta de la mujer; pero el asaltante se apresuró a sofocarlo aplicando violentamente una mano áspera sobre la boca femenina.

—Hasta que nos hayamos alejado de la costa, nada de gritos —dijo el individuo—. Luego podrá desgañitarse a gusto, si quiere.

Lady Greystoke volvió la cabeza y su rostro quedó muy cerca del barbudo y burlón semblante del hombre. Éste aflojó la presión que sus dedos ejercían sobre los labios de Jane Porter. Al reconocer a su atacante, la muchacha dejó escapar un gemido de terror y retrocedió, encogida sobre sí misma.

—¡Nicolás Rokoff! ¡Monsieur Thuran! —exclamó.

—Su rendido admirador —el ruso acompañó sus palabras con una reverencia.

—¡Mi hijo! —se apresuró a preguntar Jane Porter, sin hacer caso del cumplido—, ¿dónde está mi hijo? Devuélvamelo. ¿Cómo puede existir alguien tan cruel —ni siquiera usted, Nicolás Rokoff—, tan completamente desprovisto de clemencia y compasión? Dígame dónde está mi hijo. ¿Se

encuentra a bordo de este barco? ¡Oh, por favor, si en su pecho late algo parecido a un corazón, tráigame a mi hijo!

—Si hace usted lo que se le ordene, el niño no sufrirá el menor daño —replicó Rokoff—. Pero no olvide que si usted está aquí, nadie más que usted tiene la culpa. Ha subido a bordo por propia voluntad, de modo que aténgase a las consecuencias.

«Poco podía imaginarme —pensó el ruso para su fuero interno— que la suerte me iba a favorecer con este regalito».

Salió del camarote, echó la llave a la puerta, dejando a su prisionera encerrada dentro, y subió a cubierta. Durante varios días, Jane no volvió a verle. La verdad es que las cualidades marinas de Nicolás Rokoff dejaban mucho que desear y, como desde el inicio de la travesía el *Kincaid* navegó por aguas agitadas, el ruso se refugió en su litera para soportar mejor el mareo que lo tenía postrado.

Durante ese tiempo, la única persona que visitó a Jane fue un rudo tripulante sueco, el adusto cocinero que le servía la comida. Se llamaba Sven Anderssen y de lo único que podía enorgullecerse —y se enorgullecía — era de que su apellido llevaba dos eses.

Era un hombre alto y esquelético, de aspecto enfermizo, largo bigote amarillento y uñas de luto. Verle introducir hasta el fondo su asqueroso pulgar en aquel estofado que, a juzgar por las veces que lo repetía, lo consideraba el orgullo de su arte culinario, era suficiente para que a la muchacha se le quitara el apetito.

Los ojillos azules y muy juntos de aquel individuo no sostenían nunca la mirada de Jane. Tenía un aspecto ladino, falso, a tono con sus andares gatunos, y aquel conjunto físico se complementaba con la sugerencia siniestra que aportaba el largo cuchillo que siempre llevaba al cinto, sujeto por el cordel grasiento con que se sujetaba el mugriento mandil. A todas luces, aquel cuchillo no era más que una simple herramienta de su oficio; pero la muchacha no podía apartar de su mente la certeza de que la menor provocación bastaría para que el hombre utilizase el cuchillo en menesteres mucho menos pacíficos e inofensivos.

Trataba a Jane de modo huraño, a pesar de que ella siempre le dirigía amables sonrisas y nunca dejaba de darle las gracias cada vez que le llevaba la comida, aunque en la mayoría de las ocasiones, en cuanto el cocinero cerraba la puerta a su espalda, Jane arrojaba aquella bazofia por la portilla del camarote.

Durante las angustiosas jornadas que siguieron a su captura, en el cerebro de Jane Clayton dos cuestiones prevalecían sobre cualquier otra idea: el paradero de su esposo y el de su hijo. Tenía el pleno convencimiento de que el niño se encontraba a bordo del *Kincaid*, si es que seguía con vida, pero ignoraba si habrían permitido a Tarzán continuar viviendo, después de atraerlo a aquel maldito buque.

Conocía, naturalmente, el intenso odio que sentía el ruso hacia Tarzán, y Jane no ignoraba que sólo por una razón le atrajeron a bordo del barco: para liquidarlo con relativa seguridad en venganza por haber desbaratado los planes que con tanto deleite y perversidad tramara Rokoff y por haber sido finalmente el culpable principal de que encarcelaran al ruso en un presidio francés.

Por su parte, Tarzán yacía en la oscuridad de su calabozo, ajeno por completo al hecho de que su esposa se hallaba prisionera en un camarote situado casi encima del cubículo que ocupaba él.

El mismo sueco que servía a Jane llevaba también la comida a Tarzán, pero aunque el hombre-mono intentó varias veces entablar conversación con aquel hombre, nunca llegó a conseguirlo.

Había confiado en averiguar mediante aquel sujeto si el niño estaba o no a bordo del *Kincaid*, pero para cada pregunta que se le formulaba sobre tal tema, el hombre siempre respondía lo mismo: «Craio qui pronto tindrimos incema un vindaval de mail dimoneos». Así que, tras unas cuantas tentativas infructuosas, Tarzán se dio por vencido.

Durante semanas que a los prisioneros se les antojaron meses, el vapor navegó con rumbo desconocido, hacia nadie sabía dónde. Hizo una escala para reponer carbón y reanudó de inmediato aquel viaje que parecía interminable.

Desde que la encerró en el pequeño camarote, Rokoff sólo había visitado una vez a Jane Clayton. La serie continua de mareos le dejó demacrado y ojeroso. El objeto de la visita era obtener de la muchacha un cheque personal por una suma importante, a cambio del cual se le garantizaba la seguridad personal y el regreso a Inglaterra.

—Cuando me desembarque y me deje sana y salva en un puerto civilizado, con mi esposo y con mi hijo —replicó Jane—, le pagaré en oro el doble de la cantidad que pide. Pero hasta entonces no verá un centavo, ni la promesa de un centavo, bajo ninguna circunstancia.

—A mí me parece que va a darme el cheque que le pido —gruñó el ruso—, o ni su hijo ni su marido desembarcarán en puerto alguno, civilizado o no civilizado.

—No puedo fiarme de usted —contestó Jane—. ¿Qué garantías tengo de que, tras coger mi dinero, no dispondrá luego a su antojo de mí y de los míos, sin molestarse en cumplir su promesa?

—Creo que hará lo que le ordene —afirmó Rokoff, y se dispuso a salir del camarote—. Recuerde que tengo a su hijo… Si por casualidad oye los gemidos agónicos de un niño torturado, tal vez le consuele pensar que el sufrimiento de la criatura se debe a la obstinación de usted… y que ese niño es su hijo.

—¡No hará una cosa así! —exclamó la joven—. No es posible… ¡no es posible que sea tan diabólicamente cruel!

—El cruel no soy yo, sino usted —respondió el ruso—, porque es usted quien permite que una irrisoria cantidad de dinero se interponga entre su hijo y la inmunidad al sufrimiento del niño.

Al final, Jane Clayton acabó extendiendo, firmando y entregando a Nicolás Rokoff un cheque por una alta suma. Con una amplia sonrisa de satisfacción en los labios, el ruso salió del camarote.

Al día siguiente se levantó la trampilla de la celda donde estaba encerrado Tarzán y cuando el hombre-mono alzó la mirada vio la silueta del busto de Paulvitch enmarcada en el cuadrado de claridad.

—Suba —ordenó el ruso—. Pero grábese en la cabeza la seguridad de que le acribillarán a balazos como se le ocurra hacer el menor intento de atacarme a mí o a cualquiera de los que estamos a bordo.

Tarzán subió ágilmente a cubierta. A su alrededor, aunque a prudencial distancia, vio media docena de marineros armados de fusiles y revólveres. Frente a él se encontraba Paulvitch.

Tarzán tenía el convencimiento de que Rokoff estaba a bordo. Lo buscó con la mirada, pero no vio el menor rastro del ruso.

—Lord Greystoke —empezó Paulvitch—, a causa de su continua, molesta y ridícula injerencia en los planes del señor Rokoff ha acabado por colocarse usted y colocar a su familia en esta desdichada situación. Algo que sólo debe agradecer a sí mismo. Como puede suponer, financiar esta expedición le representa al señor Rokoff un gasto considerable y como la culpa de ese enorme dispendio es exclusivamente suya, de usted, lo lógico es que el señor Rokoff trate de que usted se la reembolse.

»Es más, me atrevo a decir que sólo atendiendo las justas demandas del señor Rokoff puede usted evitar las desagradabilísimas consecuencias que esto puede tener para su esposa y su hijo, y al mismo tiempo conservar la vida y recobrar la libertad.

—¿A cuánto asciende la suma en cuestión? —preguntó Tarzán—. ¿Y con qué garantías cuento de que cumplirán este acuerdo en su totalidad? Tengo razones más que suficientes para desconfiar de dos criminales tan redomados como Rokoff y usted, ya sabe.

Paulvitch se puso como la grana.

—No se encuentra precisamente en la situación ideal para permitirse el lujo de insultarnos —dijo—. Aparte de mi palabra, no tiene seguridad ninguna de que cumpliremos el acuerdo, pero de lo que sí puede estar seguro es de que acabaremos con usted en seguida, caso de que se niegue a extender el cheque que le pedimos.

»A menos de que sea infinitamente más imbécil de lo que imagino, se habrá dado cuenta ya de que nada nos proporcionaría mayor placer que ordenar a esos hombres que le cosan a balazos. Si no lo hacemos, ello se debe a que hemos ideado otras formas de castigo más sutiles y matarlo estropearía esos planes nuestros.

—Respóndame a una pregunta —pidió Tarzán—. ¿Está mi hijo a bordo de este barco?

—No —repuso Alexis Paulvitch—, su hijo está a buen recaudo en otro sitio; no lo sacrificaremos hasta que usted se haya negado de manera definitiva a acceder a nuestras peticiones. Si se hace necesario matarlo a usted, no habrá ninguna razón para dejar con vida al niño, puesto que desaparecida la única persona a la que deseamos castigar a través de la criatura, ésta no representará para nosotros más que una fuente constante de molestias y peligros. Comprenderá, por lo tanto, que sólo puede salvar la vida de su hijo mediante la salvación de la suya propia y que sólo puede salvar su propia vida entregándonos el cheque que le pedimos.

—Muy bien —se avino Tarzán, convencido de que estaban dispuestos a cumplir la siniestra amenaza que Paulvitch había expresado y de que existía la remota esperanza de que, accediendo a las exigencias de aquellos miserables, pudiera salvar al niño.

Ni por asomo pensó que entrase en el terreno de lo probable la posibilidad de que le permitieran seguir viviendo una vez hubiese estampado su firma en el talón. Pero estaba firmemente decidido a

plantearles una batalla que nunca olvidarían y en el curso de la cual posiblemente se llevara a Paulvitch consigo a la eternidad. Sólo lamentaba que no estuviese allí Rokoff.

Se sacó del bolsillo el talonario y la estilográfica.

—¿Cuánto? —preguntó.

Paulvitch citó una cifra desmesurada. Tarzán a duras penas logró contener la sonrisa.

La misma codicia de la pareja iba a ser la causa de su fracaso, al menos en lo que concernía al rescate. Fingió titubear y hasta regateó un poco, adrede, pero Paulvitch se mostró inexorable. Por último, el hombre-mono extendió el talón por una cantidad superior al saldo que tenía en la cuenta.

Al volverse para tender al ruso aquel inútil rectángulo de papel, su mirada pasó casualmente por encima de la amura de estribor del *Kincaid*. Y vio con gran sorpresa que el buque se encontraba a sólo unos centenares de metros de tierra. Una tupida selva tropical llegaba casi hasta el mismo borde del mar, mientras que en segundo plano, hacia el interior, se elevaba un terreno cubierto de foresta.

Paulvitch observó la dirección de su mirada.

—Ahí vamos a dejarle en libertad —dijo.

El plan que alimentaba Tarzán para vengarse inmediatamente del ruso se desvaneció en el aire. Supuso que la tierra que tenía ante sí correspondía al continente africano y comprendió que si le liberaban allí le iba a resultar relativamente fácil encontrar y cubrir el camino de regreso a la civilización.

Paulvitch cogió el cheque.

—Desnúdese —ordenó al hombre-mono—. Ahí no va a necesitar la ropa.

Tarzán vaciló.

Paulvitch indicó los marineros armados. El inglés procedió entonces a desvestirse lentamente.

Se arrió un bote y condujeron a Tarzán a tierra, fuertemente custodiado. Media hora después, los marineros estaban de vuelta en el *Kincaid* y el buque se aprestaba despacio a reanudar la navegación.

Mientras Tarzán contemplaba desde la estrecha franja de playa la partida del barco vio asomar por la borda una figura que empezó a dar grandes voces para llamar su atención.

El hombre-mono se disponía a leer una nota que le había entregado uno de los marineros del bote, poco antes de regresar al vapor, pero al oír los

gritos de aviso alzó la cabeza y miró hacia la cubierta del *Kincaid*.

Vio allí a un hombre de negra barba que se burlaba de él entre risotadas, al tiempo que mantenía por encima de su cabeza la figura de un niño pequeño. Tarzán hizo un movimiento como si fuera a lanzarse al mar para intentar llegar a nado hasta el vapor, que ya estaba en marcha, pero al darse cuenta de lo estéril de tan insensato intento se detuvo en el mismo borde del agua.

Allí permaneció, con la vista clavada en el *Kincaid* hasta que el buque desapareció tras un promontorio que se destacaba de la línea de la costa.

En la espesura de la selva, a su espalda, unos ojos feroces, inyectados en sangre, le contemplaban a través de las colgantes hebras de unas cejas hirsutas.

Grupos de pequeños monos parloteaban y reñían en las copas de los árboles. A lo lejos, en las profundidades de la selva, resonó el rugido de un leopardo.

Pero John Clayton, lord Greystoke, continuó allí, ciego y sordo, sumido en el dolor de los alfilerazos que se le clavaban al pensar en la oportunidad perdida al dejarse embaucar por la falsa oferta de ayuda del lugarteniente de su enemigo.

«Al menos —pensó Tarzán—, me queda el consuelo de saber que Jane está a salvo en Londres. Gracias a Dios, ella no ha caído también en las garras de estos facinerosos».

A su espalda, el ser velludo cuyos perversos ojillos habían estado contemplándole, como un gato acecha al ratón, se desplazaba sigilosamente hacia él.

¿Dónde estaban los adiestrados sentidos del salvaje hombre-mono?

¿Dónde su finísimo oído?

¿Dónde su extraordinario olfato?

CAPÍTULO III

FIERAS AL ATAQUE

TARZÁN desdobló lentamente la nota que el marinero le había puesto en la mano. La leyó. Al principio, sus sentidos ofuscados por el dolor no percibieron bien lo que significaba aquel texto, pero, al final, el objetivo de aquella espantosa conjura vindicativa se desplegó en toda su envergadura y alcance frente a la imaginación del hombre-mono. Decía la nota:

Esto le explicará la exacta naturaleza de mis intenciones respecto a usted y a su retoño.

Nació usted simio. Vivió desnudo en la selva… Le devolvemos, pues, a su ambiente natural; pero su hijo se elevará un peldaño sobre el nivel del padre. Es la inmutable ley de la evolución.

El padre era una bestia, pero el hijo será un hombre…, ascenderá al peldaño inmediatamente superior de la escala del progreso. El hijo no será una fiera que viva completamente desnuda en la selva, sino que llevará taparrabos, ajorcas de cobre en los tobillos y tal vez un aro en la nariz, porque lo educarán hombres: una tribu de caníbales salvajes.

Podría haberle matado, pero eso hubiera acortado en buena medida el castigo que se ha ganado a pulso y que deseo aplicarle personalmente.

Muerto no podría experimentar el sufrimiento que le representará conocer la difícil situación en que se encuentra su hijo; pero vivo y en un lugar del que no podrá evadirse para ir a buscar o a auxiliar a su hijo, la tortura de su sufrimiento será mil veces peor que la muerte. Se pasará el resto de la vida pensando en los horrores que caracterizarán la existencia de su hijo. Esto, pues, será parte de su castigo por haber osado enfrentarse a:

N. R.

P. D. El resto del correctivo que voy a aplicarle se refiere a lo que le ocurrirá a su esposa… Algo que dejo a su imaginación.

Al concluir la lectura, un leve sonido que se produjo a su espalda hizo dar un respingo al hombre-mono, al tiempo que regresaba al mundo de la realidad.

Todos sus sentidos se despertaron automáticamente y volvió a ser Tarzán de los Monos.

Cuando giró en redondo y vio ante sí al gigantesco mono macho que se precipitaba sobre él, Tarzán era ya una fiera acorralada, vibrante en su espíritu el instinto de conservación.

Los dos años transcurridos desde que Tarzán abandonó la selva virgen en compañía del hombre al que había rescatado, no menoscabaron prácticamente nada las impresionantes facultades que le permitieron erigirse en invencible señor de la jungla. Sus extensas propiedades de Uziri le exigieron gran parte de su tiempo y atención, y allí encontró amplio campo para utilizar y mantener sus poderes casi sobrehumanos; pero luchar a brazo partido, desnudo y desarmado, con aquella bestia peluda, de cuello de toro, feroz y musculosa, era una prueba que al hombre-mono no le hubiera hecho ninguna gracia afrontar en ninguna época de su existencia selvática.

Sin embargo, no le quedaba más alternativa que la de enfrentarse a aquella furibunda criatura exclusivamente con las armas que le había proporcionado la naturaleza.

Por encima del hombro de aquel macho Tarzán vio los bustos de acaso una docena más de aquellos formidables antecesores del hombre primitivo.

Sabía, no obstante, que las probabilidades de que le atacasen eran mínimas, dado que en las facultades de raciocinio de los antropoides no entra la idea de considerar o apreciar el valor de una acción conjunta contra un enemigo. De otro modo, hace mucho tiempo que serían los auténticos dueños y señores de su territorio, dado el terrible poder de destrucción de sus poderosas zarpas y sus atroces colmillos.

Al tiempo que profería un sordo rugido, la bestia se abalanzó sobre Tarzán, pero el hombre-mono había descubierto, entre otras muchas cosas asimiladas en el mundo civilizado, determinados sistemas científicos de lucha desconocidos entre los pobladores de la jungla.

Y si bien años atrás hubiera plantado cara a la fiera recurriendo exclusivamente a la fuerza bruta, ahora dio un ágil salto hacia la izquierda y esquivó así la embestida de su enemigo. El impresionante simio pasó junto a Tarzán, quien le asestó un tremendo puñetazo en la boca del estómago.

El simio lanzó un alarido en el que se mezclaban la rabia y la angustia, al tiempo que se doblaba sobre sí mismo e iba a estrellarse contra el suelo,

aunque casi instantáneamente empezó a bregar para incorporarse.

Sin embargo, antes de que consiguiera ponerse en pie, su adversario de piel blanca había dado ya media vuelta y se aprestaba a atacarle. Automáticamente, al lord inglés se le disolvió la superficial capa de civilización que le cubría.

Volvió a ser la salvaje fiera de la jungla que gozaba en el sangriento combate con los de su clase. Otra vez era Tarzán, hijo de Kala la simia.

Sus fuertes y blancos dientes se clavaron en la peluda garganta de su adversario, mientras tanteaba para localizar la palpitante yugular.

Dedos poderosos mantenían a distancia de su propia carne los colmillos enemigos o golpeaban y batían con la violencia de un martillo pilón la rugiente y espumeante cara del enemigo.

De pie, en círculo alrededor de los luchadores, los restantes miembros de la tribu de monos contemplaban y disfrutaban del combate. Emitían guturales gruñidos de aprobación cada vez que volaban por el aire trozos de

piel blanca o puñados de ensangrentado pelo desprendidos de uno u otro de los contendientes. Pero en general guardaban silencio, expectantes y mudos de asombro cuando vieron que el poderoso mono blanco se colocaba a la espalda del rey de la tribu, sus músculos de acero se tensaban por debajo de las axilas del mono macho y las palmas de sus manos se enlazaban sobre la nuca de éste y ejercían presión sobre el cuello. El rey de la tribu de simios no pudo hacer más que lanzar gritos atribulados, dar vueltas impotentes sobre sí mismo y pisotear la espesa alfombra de hierba.

Del mismo modo que venció Tarzán al colosal Terkoz aquella vez, muchos años antes, cuando el hombre-mono se disponía a ir en busca de seres de su propia especie y color, así derrotaba ahora a aquel mono gigantesco, con la misma llave efectiva que descubrió por casualidad durante aquel otro combate.

La reducida concurrencia de feroces antropoides oyó el chasquido que produjo al romperse el cuello de su rey, mezclado con los gritos de dolor y los espantosos rugidos del cuadrumano.

Sonó luego un restallido súbito, como cuando la violencia del vendaval desgaja la rama de un árbol. La cabeza en forma de bala cayó hacia adelante, para quedar apoyada fláccidamente sobre el peludo pecho. Cesaron los aullidos y rugidos.

Los porcinos ojillos de los espectadores se trasladaron de la inerte forma de su jefe a la figura de aquel mono blanco que se ponía en pie junto al vencido. Las miradas volvieron después al destronado rey como si, estupefactos, fuesen incapaces de comprender por qué no se levantaba y daba cuenta de aquel presuntuoso extraño.

Vieron que el recién llegado plantaba un pie sobre el cuello de la inmóvil figura tendida ante él, echaba hacia atrás la cabeza y lanzaba al viento el singular grito de desafío del mono macho que ha consumado una muerte. Comprendieron entonces que su rey acababa de morir.

Las espeluznantes notas de aquel grito de victoria reverberaron a lo largo y ancho de la selva. Los micos situados en las copas de los árboles suspendieron su parloteo. También guardaron súbito silencio las chillonas aves de brillante plumaje. De la distancia llegó la respuesta al grito de desafío que emitió un leopardo, a la que siguió el rugido profundo de un león.

El Tarzán de otros tiempos selváticos dirigió la mirada interrogadora de sus ojos hacia el reducido grupo de simios que tenía frente a sí. Fue el

antiguo Tarzán quien sacudió la cabeza como si tratara de apartar de la cara y echarse hacia atrás la espesa melena: vieja costumbre de aquella época pasada en la que las largas guedejas negras le caían sobre los hombros y a menudo se colocaban delante de los ojos, en los instantes cruciales en que tener despejada la visión podía significar la vida o la muerte.

El hombre-mono sabía que era posible que le atacase de inmediato el mono macho que se considerara más fuerte y preparado para competir por el cargo de rey de la tribu. Entre los antropoides de la comunidad de Tarzán no era inhabitual que un absoluto desconocido entrase a formar parte de ella y, tras despachar al rey, asumiera la jefatura de la tribu y tomara posesión de las hembras del monarca caído.

Por otra parte, si no hacía el menor intento de seguirlos, lo más probable era que se alejaran de él poco a poco y que, posteriormente, los candidatos al trono lucharan entre sí para conseguir los regios atributos. Tenía la plena certeza de que, si se lo proponía, estaba a su alcance erigirse en rey de aquella tribu, pero, en cambio, de lo que no podía estar seguro era de que tal situación de mando le interesara, puesto que comportaba a veces obligaciones fastidiosas y no alcanzaba a ver qué posibles ventajas particulares podría reportarle.

Uno de los simios más jóvenes, una gigantesca bestia de músculos imponentes y aire amenazador, se fue aproximando al hombre-mono. Enseñó los colmillos y dejó oír a través de ellos un torvo gruñido.

Tarzán no le quitaba ojo; observó atentamente cada uno de sus movimientos, erguido y rígido como una estatua. De haber retrocedido un paso, habría provocado una acometida inmediata; si se hubiera precipitado al encuentro del simio, la consecuencia habría sido la misma, o tal vez el belicoso mono hubiera emprendido la retirada… todo dependía de la cantidad de valor que tuviese el joven antropoide.

Permanecer completamente inmóvil, a la espera de la iniciativa que el contrario pudiese tomar, era el adecuado término medio. En ese caso, el macho provocador, de acuerdo con la costumbre, se aproximaría hasta situarse muy cerca del objeto de su atención. Soltaría espantosos gruñidos amedrentadores y enseñaría los babeantes colmillos.

Procedería a girar lentamente en círculo alrededor del otro, como si algo le ligase a él… Y eso fue lo que hizo aquel cuadrumano, tal como Tarzán había anticipado.

Acaso se tratara de un farol majestuoso, aunque, por otra parte, el

cerebro de un simio es tan inestable que cualquier arrebato súbito podía impulsar aquella masa peluda sobre el hombre, sin previo aviso, con ánimo de desgarrar y despedazar con saña.

Mientras la fiera giraba a su alrededor, Tarzán fue volviéndose despacio también, con los ojos clavados en su antagonista. La opinión que se había formado de aquel mono joven era la de que se trataba de un individuo que hasta entonces nunca se había considerado capaz de vencer al rey en ejercicio, pero que estaba convencido de que algún día iba a conseguirlo. Tarzán observó que era un ejemplar de proporciones magníficas, que se alzaba hasta una altura de dos metros diez sobre sus cortas y arqueadas extremidades inferiores.

Incluso levantado en toda su estatura, los largos brazos casi le llegaban al suelo y sus tremendos incisivos, muy cerca del rostro de Tarzán en aquel momento, eran excepcionalmente largos y afilados. Al igual que los demás integrantes de la tribu, se diferenciaba en muy pocos detalles, todos secundarios, de los monos entre los que Tarzán vivió su infancia y juventud.

Al principio, nada más ver los velludos cuerpos de los antropoides, un estremecimiento de esperanza agitó a Tarzán…, la esperanza de que, por una extraña veleidad del destino, hubiera regresado al seno de su propia tribu. Pero un examen más atento le había convencido de que aquellos simios pertenecían a otra familia.

Mientras el amenazador macho seguía dando vueltas, muy tieso y moviéndose espasmódicamente, a la manera en que lo hacen los perros cuando entre ellos aparece un individuo desconocido, a Tarzán se le ocurrió comprobar si el lenguaje de su propia tribu era idéntico al de aquella otra comunidad, así que se dirigió a su presunto adversario, hablándole en la lengua de la tribu de Kerchak.

—¿Quién eres tú —le preguntó— que te atreves a amenazar a Tarzán de los Monos?

La sorpresa apareció en el semblante de la peluda bestia.

—Soy Akut —replicó en el mismo lenguaje simple, primitivo, tan bajo en la escala de las lenguas orales que, como Tarzán había supuesto, era idéntico al de la tribu en la que había vivido los veinte primeros años de su existencia.

—Yo soy Akut —repitió el mono—. Molak ha muerto. Soy el rey. ¡Márchate si no quieres que te mate!

—Ya viste con qué facilidad he matado a Molak —replicó Tarzán—. Si quisiera ser rey, te mataría a ti del mismo modo. Pero Tarzán de los Monos no tiene ningún interés en ser rey de la tribu de Akut. Lo único que desea es vivir en paz en esta tierra. Seamos amigos. Tarzán de los Monos puede ayudaros y vosotros podéis ayudar a Tarzán de los Monos.

—Tú no puedes matar a Akut —contestó el simio—. Nadie es tan grande como Akut. Si tú no hubieses matado a Molak, Akut lo habría hecho, porque Akut estaba ya listo para ser rey.

A guisa de respuesta, Tarzán se abalanzó hacia la enorme fiera, que en el curso de la conversación había bajado la guardia ligeramente.

En un abrir y cerrar de ojos aferró la muñeca del gigantesco mono, le obligó a dar media vuelta antes de que tuviese tiempo de abrazarlo a él y se encaramó de un salto en las amplias espaldas del antropoide.

Ambos cayeron juntos, pero la maniobra le salió a Tarzán a las mil maravillas, tan perfectamente que antes de que llegaran al suelo ya había inmovilizado a Akut con la misma presa que poco antes empleara para romper el cuello a Molak.

Poco a poco fue aumentando la presión y luego, de la misma manera que en otra época pasada brindó a Kerchak la oportunidad de rendirse y conservar la vida, ofreció a Akut —en quien veía un posible aliado de enorme vigor y recursos considerables— la opción de vivir en paz y amistosa armonía con él o morir como momentos antes había visto caer a su hasta entonces salvaje e invencible rey.

—¿*Ka-goda*? —susurró Tarzán al mono sobre el que se encontraba.

Era la misma pregunta que había formulado a Kerchak y que en el lenguaje de los monos significa, en versión más o menos libre: «¿Te rindes?».

Akut recordó el chasquido que oyó poco antes de que el grueso cuello de Molak se tronchase. Se estremeció.

La idea de renunciar a la jefatura le fastidiaba enormemente, así que bregó con todas sus fuerzas para liberarse. Sin embargo, una repentina y torturante presión sobre las vértebras arrancó a sus labios un angustioso «¡*Ka-goda*!».

Tarzán aflojó un poco la presa.

—Aún estás a tiempo de ser rey, Akut —dijo—. Tarzán te ha asegurado que no quiere serlo. Si alguien pone en duda tu derecho a la soberanía, Tarzán de los Monos te ayudará en tus peleas.

El hombre-mono se levantó y Akut se puso en pie lentamente. Sacudió su enorme cabeza en forma de proyectil y, entre gruñidos de furia, regresó hacia su tribu. Miró uno tras otro, retadoramente, a los gigantescos machos de los que podía esperar que pusieran en cuestión su jefatura.

Pero a ninguno se le ocurrió desafiarle; por el contrario, se fueron retirando al acercárseles y, al cabo de un momento, toda la comunidad se adentraba de nuevo en la selva y Tarzán volvió a encontrarse solo en medio de la playa.

Al hombre-mono le dolían las heridas que poco antes le infligiera Molak, pero estaba habituado al sufrimiento físico y lo soportaba con la misma entereza y tranquila resignación con que lo resistían las fieras salvajes. Esas fieras le habían enseñado a sobrellevar las vicisitudes de la vida de la selva de acuerdo con el sistema propio de los que han nacido en ella.

Comprendió que lo que necesitaba prioritariamente era disponer de armas de ataque y de defensa, porque su encuentro con los simios, las lejanas notas de los rugidos de Numa, el león, y de Sheeta, la pantera, le avisaban de que allí no le aguardaba una vida tranquila y segura, apoltronada en la indolencia.

Había vuelto nada más ni nada menos que a la antigua existencia de constante peligro y efusión de sangre: a ser cazador y pieza que los demás podían cazar. Como en épocas pasadas, le acecharían temibles fieras y ni durante los selváticos días ni en el curso de las noches terroríficas, habría momento alguno en que no necesitara las toscas armas que pudiera fabricarse con los materiales que tenía a mano.

En la orilla del mar encontró una afloración de quebradizas rocas ígneas. Le costó un buen rato de esfuerzo, pero consiguió desgajar una lasca alargada, de unos treinta centímetros de longitud y cosa de centímetro y medio de grueso. Cerca de la punta, el canto era bastante afilado. Era un auténtico cuchillo rudimentario.

Armado con él, Tarzán se adentró en la selva, hasta dar con un árbol caído de cierta especie de madera dura que le era familiar. Cortó una rama, bastante recta, cuya punta aguzó.

Después practicó un pequeño agujero redondo en la superficie del caído tronco. Introdujo en él unos puñados de corteza seca, previa y meticulosamente desmenuzada. Insertó la punta de la rama y, sentado a horcajadas en el tronco, procedió a girar rápidamente la rama en un sentido

y en otro, entre las palmas de las manos.

Al cabo de un momento empezó a elevarse de la masa de corteza una delgada columna de humo e, instantes después, brotó la llama. Amontonó Tarzán sobre la minúscula lumbre ramitas y palos un poco más gruesos y no tardó en tener una crepitante y respetable lumbre en la cavidad del tronco seco, cavidad que el propio fuego fue ampliando.

Introdujo allí la hoja de su cuchillo de piedra y, cada vez que empezaba a recalentarse, la extraía para aplicarle una gota de agua junto al borde del canto. La zona humedecida se agrietaba y de ella se desprendía luego una pequeña escama.

Así, con perseverante calma, el hombre-mono inició la tediosa tarea de afilar su primitivo cuchillo de monte.

Desde luego, no tenía intención de cumplir tal hazaña de una sentada. De momento se conformó con afilar un borde cortante de unos cinco centímetros, que utilizó para fabricarse un arco largo y flexible, un mango para el propio cuchillo, una estaca de buenas proporciones y una abundante provisión de flechas.

Lo escondió todo en un árbol muy alto que crecía a la orilla de un arroyo, en cuyas ramas construyó también una plataforma que coronó con un tejado de hojas de palmera.

Cuando daba fin a su labor, la noche empezaba a caer y Tarzán sintió un deseo apremiante de echarse algo al estómago.

Durante la breve excursión que había hecho por el bosque había observado que a escasa distancia del árbol que ocupaba, arroyo arriba, había un abrevadero que, a juzgar por lo pisoteado que aparecía el barro del piso de sus accesos, sin duda lo frecuentaban gran cantidad de animales de todas clases, que acudían a él a beber. Hacia aquel punto se desplazó silenciosamente el hambriento hombre-mono.

Voló a través de las ramas de la parte superior de los árboles con la graciosa agilidad de un mico. A no ser por el enorme peso de la angustia que le oprimía el corazón se habría sentido inmensamente feliz al verse de nuevo disfrutando de la vida en absoluta libertad, como en su juventud.

Sin embargo, tal peso no le impidió caer en las inclinaciones y costumbres de su anterior existencia, que en realidad formaban parte integrante de su persona en mayor medida que la capa superficial de civilización con que le había recubierto su contacto, durante los últimos tres años, con el hombre blanco del mundo occidental. Un ligero barniz que

lo único que logró fue disimular las tosquedades del animal salvaje que había sido Tarzán de los monos.

De haberle visto sus compañeros de la Cámara de los Lores se habrían llevado las nobles manos a la cabeza, henchidos de sano horror.

Tarzán se agazapó en silencio sobre las ramas bajas de un gigante de la floresta que dominaba la senda del abrevadero. Mantuvo atentos los sensibles oídos, mientras los ojos penetrantes escudriñaban la selva, por donde a no tardar iba a emerger su alimento.

No tuvo que esperar mucho.

Apenas se había acomodado en una postura conveniente, estiradas las flexibles y musculosas piernas al estilo de la pantera que dispone sus cuartos traseros para ejecutar su salto, cuando Bara, el ciervo, apareció con sus andares elegantes. Se acercaba a beber.

Pero no iba solo. Tras el airoso animal marchaba otro al que el ciervo no podía ver ni ventear, pero cuyos movimientos resultaban perfectamente visibles para Tarzán, desde la elevada atalaya oculta en la que estaba al acecho.

Aún no conocía con exactitud la naturaleza del ser que tan sigilosamente se movía a través de la espesura de la selva, a doscientos o trescientos metros por detrás del ciervo; pero tenía la absoluta certeza de que se trataba de un gran animal de presa, que perseguía a Bara con las mismas intenciones que le animaban a él a aguardar la llegada del veloz rumiante. Numa, tal vez, o Sheeta, la pantera.

En cualquier caso, Tarzán tuvo plena conciencia de que la cena se le escaparía de las manos, a no ser que Bara se aproximara al vado más deprisa de lo que lo estaba haciendo.

Al mismo tiempo que tal idea surcaba el cerebro de Tarzán, el ciervo debió de captar algún ruido a su espalda, porque se detuvo de pronto, permaneció inmóvil y tembloroso unos segundos y luego dio un salto hacia adelante y corrió en dirección al río y al punto donde se hallaba Tarzán. Su intención consistía en atravesar el vado y emprender la huida tras salir por la orilla contraria del río.

Apareció Numa, ya a menos de cien metros del ciervo.

Tarzán lo veía con toda claridad. Bara estaba a punto de pasar por debajo del hombre-mono. ¿Podría lograrlo? A la vez que se formulaba esa pregunta, el hambriento Tarzán se dejó caer en peso sobre el lomo del sobresaltado ciervo.

Segundos después, Numa se encontraría sobre ellos, de modo que si el hombre-mono quería cenar aquella noche, y comer durante los días inmediatos, no le quedaba más remedio que actuar con rapidez.

No había hecho más que aterrizar sobre la tersa piel del ciervo, con tal violencia que el pobre animal dobló las rodillas, cuando ya tenía aferrados los cuernos del animal con ambas manos. Mediante un brusco tirón torció el cuello del ciervo y fue aumentando la presión hasta que oyó el chasquido de las vértebras al quebrarse.

Numa rugía furioso, casi encima de ellos, mientras Tarzán se echaba el ciervo al hombro, sujetaba con los dientes una de las patas delanteras y daba un salto hacia una rama baja extendida sobre su cabeza.

Se cogió a la rama con ambas manos y, en el preciso instante en que Numa saltaba, se puso lejos de las crueles garras del león.

Resonó el ruido sordo de un golpe al chocar contra el suelo el burlado felino, mientras Tarzán de los monos, tras poner a buen recaudo sus recién conseguidas provisiones en las ramas altas del árbol, bajó la mirada hacia los brillantes ojos amarillos de la fiera, a la que dedicó las muecas más guasonas de su repertorio y las pullas más provocativas e insultantes que se le ocurrieron, al tiempo que paseaba la pieza cobrada ante las fauces del cazador al que acababa de birlársela.

Con el tosco cuchillo de piedra cortó un suculento filete de los cuartos traseros del ciervo y, mientras el enorme león paseaba de un lado para otro, sin dejar de emitir rabiosos gruñidos, lord Greystoke se llenó el selvático estómago. Y ni siquiera la más exquisita especialidad culinaria del más selecto de los clubes londinenses le habría sabido mejor que aquella carne cruda.

La caliente sangre de la presa le tiñó de rojo la cara y las manos y los efluvios que más complacen a los carnívoros salvajes saturaron sus fosas nasales.

Y cuando dio por concluida la cena, guardó el resto del ciervo en una horquilla de la parte alta de la enramada y, sin preocuparse de Numa, que le siguió por tierra, todavía buscando venganza, Tarzán volvió al refugio que se había construido en la copa del otro árbol, donde durmió hasta que, a la mañana siguiente, el sol estuvo muy alto en el cielo.

CAPÍTULO IV

SHEETA

LOS DÍAS inmediatos los dedicó Tarzán a completar su armamento y a explorar la selva virgen. Se preparó cuerdas para el arco con los tendones del ciervo que le había procurado la cena aquella primera noche en la nueva playa en que le desembarcaron, y aunque hubiese preferido utilizar las tripas de Sheeta para ese fin, tuvo que conformarse con esperar a que se presentara la ocasión propicia para matar a uno de esos grandes felinos.

También trenzó una larga cuerda de hierbas…, como la que tantos años atrás utilizó para sacar de quicio al malévolo Tubla, y que más adelante se convirtió en un arma de prodigiosa eficacia en las diestras manos del joven muchacho-mono.

Se fabricó una vaina y un mango para el cuchillo de monte, además de una aljaba para las flechas y, con la piel de Bara, un cinturón y un taparrabos. A continuación se aprestó a reconocer aquella tierra desconocida en la que se encontraba. Comprendió que no podía tratarse de la costa occidental del continente africano tan familiar para él, ya que encaraba el este: el sol surgía del océano por delante del umbral de la jungla.

Pero sabía, asimismo, que no se trataba de la costa oriental de África, porque tenía la seguridad de que el *Kincaid* no había navegado por el Mediterráneo, ni por el canal de Suez ni por el mar Rojo. Y tampoco había tenido tiempo de doblar el cabo de Buena Esperanza. Así que Tarzán, desconcertado, ignoraba por completo dónde podía encontrarse.

Se preguntó en más de una ocasión si el buque no habría atravesado el Atlántico para depositarle en alguna playa selvática de América del Sur; pero la presencia de Numa, el león, le hizo comprender que tal no podía ser el caso.

Mientras caminaba en solitario por la selva, paralelamente a la orilla del mar, solía sentir un intenso deseo de verse acompañado, de forma que,

poco a poco, empezó a lamentar no haberse integrado en la tribu de monos. No había vuelto a verlos desde el día de su llegada, cuando más predominaba en su ánimo la influencia de la civilización.

Casi había regresado de nuevo a su antigua condición de Tarzán de los Monos y aunque se daba cuenta de que entre él y los grandes antropoides existían pocas cosas en común, no dejaba de decirse que estar con ellos era mejor que carecer por completo de compañía.

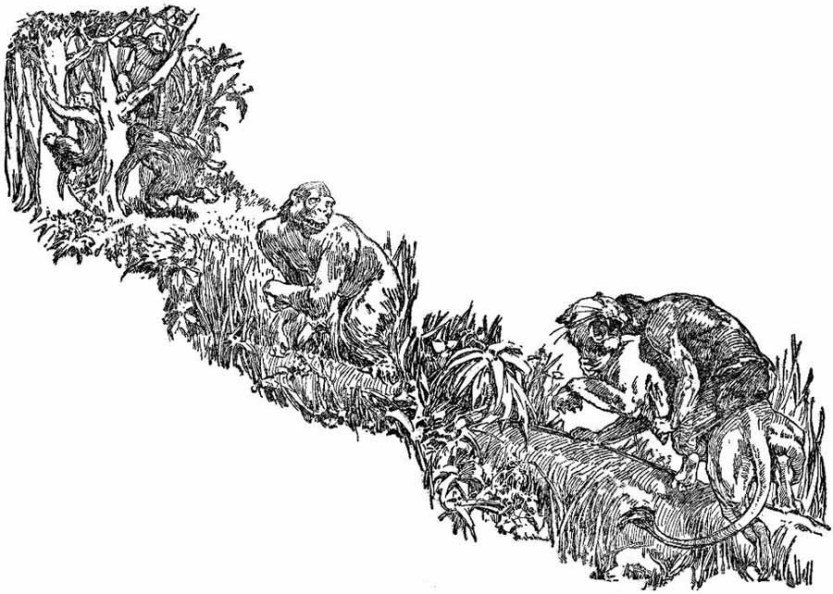
Avanzaba sin prisas, a veces por tierra y a ratos desplazándose de rama en rama. De vez en cuando se entretenía en recoger frutos o en darle la vuelta al tronco de un árbol caído, para buscar algún insecto de los de mayor tamaño, bichos que aún le resultaban tan agradables al paladar como en los viejos tiempos. Habría recorrido cerca de dos kilómetros cuando atrajo su atención el olor de Sheeta, que el viento, que soplaba de cara, llevó hasta su olfato.

A Tarzán le alegraba extraordinariamente que Sheeta se cruzara en su camino, porque precisamente estaba deseando tropezarse con un ejemplar de pantera para agenciarse sus resistentes tripas, que utilizaría como cuerdas del arco, y la piel de los lomos, con la que se confeccionaría un taparrabos. De forma que, si bien hasta entonces la despreocupación había presidido sus paseos, a partir de ese momento Tarzán se convirtió en la personificación de la marcha cautelosa y furtiva.

Rápida y silenciosamente se deslizó a través de la floresta, en pos del salvaje felino. Y el perseguidor, con toda su noble estirpe, no era menos bárbaro que la fiera criatura a la que acechaba.

Al acercarse a Sheeta, Tarzán adivinó que la pantera, por su parte, andaba tras alguna pieza y, en el preciso instante en que la idea llegaba a su mente, llegó también a sus fosas nasales, impulsado por una leve brisa que soplaba desde la derecha, el fuerte olor de una comunidad de grandes simios.

Cuando Tarzán la avistó, Sheeta se encontraba a cierta distancia, en un árbol gigante y, más allá de la pantera, el hombre-mono vio a la tribu de Akut, cuyos miembros descansaban en un pequeño claro natural. Algunos dormían apoyados en los troncos de los árboles, mientras otros remoloneaban por allí, arrancaban trozos de corteza y, si descubrían debajo algún gusano, escarabajo o cualquier otro bicho comestible, se apresuraban a echárselo al coleto glotonamente.



Akut era el más próximo a Sheeta.

El enorme felino se encontraba agazapado sobre una gruesa rama y el denso follaje lo ocultaba a la vista del mono. La pantera aguardaba pacientemente a que el antropoide entrara en su radio de acción, se pusiera al alcance de su salto.

Con toda la precaución propia del caso, Tarzán tomó posiciones en el mismo árbol en que estaba Sheeta, un poco por encima de la pantera. Empuñaba en la mano izquierda el fino cuchillo de piedra. Hubiera preferido emplear la cuerda, pero la densidad de la fronda que rodeaba al felino no garantizaba ni mucho menos que el lanzamiento del lazo fuese certero.

Akut se había aproximado mucho, casi estaba debajo de la rama donde la muerte le aguardaba. Sheeta distendió un poco más las patas traseras y, de súbito, al tiempo que emitía un rugido espantoso, se abalanzó sobre el gigantesco simio. Pero una décima de segundo antes de que el felino saltara, otro animal de presa se dejó caer encima de él y el alarido de éste se mezcló con el salvaje rugido de la pantera.

Cuando el sobresaltado Akut alzó la cabeza, se vio a la pantera casi encima y, sobre el lomo de la misma, al mono blanco que le había vencido aquel día cerca de la corriente de agua grande.

Los dientes del hombre-mono estaban hundidos en el cuello de Sheeta y

su brazo derecho se ceñía en torno al cuello de la fiera, mientras la mano izquierda, que esgrimía un afilado cuchillo de piedra, subía y bajaba repetidamente, descargando golpes furiosos en el costado del felino, por detrás de la paletilla izquierda.

Akut tuvo el tiempo justo para dar un salto lateral y evitar así verse cogido entre aquellos dos monstruos de la jungla enzarzados en feroz combate.

Cayeron estruendosamente a los pies del simio. Sheeta gruñía, chillaba y rugía de forma espeluznante, pero el mono blanco seguía tenaz y silenciosamente aferrado al cuerpo de su presa, que no cesaba en sus sacudidas frenéticas.

De modo constante, implacable, el cuchillo de piedra atravesaba una y otra vez la lustrosa piel de la pantera… Una y otra vez se hundía profundamente en el cuerpo del felino, hasta que éste, tras un último salto, acompañado de un aullido de agonía, rodó sobre un costado y quedó tendido allí, sin vida, completamente yerto e inmóvil, salvo por las vibraciones espasmódicas de los músculos.

El hombre-mono levantó entonces la cabeza, erguido sobre el cadáver del derrotado adversario, y, de nuevo, el salvaje grito retador, anuncio de la victoria, hizo estremecer el aire de la jungla.

Convertidos en asombrados espectadores, Akut y sus simios contemplaron, entre el temor y la maravilla, el cuerpo inerte de Sheeta y la ágil y erguida figura del hombre que la había matado.

Tarzán fue el primero en hablar.

Había salvado la vida a Akut con un objetivo y, conocedor de las limitaciones intelectuales del mono, no ignoraba que debía explicar ese propósito con sencillez y claridad al antropoide, si quería que le sirviera de acuerdo con sus esperanzas.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo—. Poderoso cazador. Luchador formidable. Junto a la corriente de agua grande perdoné a Akut la vida cuando podía habérsela arrebatado y erigirme en rey de la tribu de Akut. Ahora he salvado a Akut de morir bajo los colmillos desgarradores de Sheeta.

»Cuando Akut o la tribu de Akut esté en peligro, llamad a Tarzán así…

El hombre-mono lanzó al aire el aterrador alarido con el que la tribu de Kerchak convocaba a los miembros ausentes cuando surgía algún peligro.

—Y cuando oigáis que Tarzán os llama —continuó—, recordad lo que

ha hecho por Akut. Acudid con la máxima rapidez que podáis. ¿Haréis lo que os dice Tarzán?

—¡Jiu! —asintió Akut. Los demás integrantes de la tribu emitieron un unánime «¡Jiu!».

A continuación, reanudaron su descanso y búsqueda de cosas que llevarse a la boca, como si nada hubiese ocurrido. En esa tarea alimenticia les acompañó John Clayton, lord Greystoke.

Observó, con todo, que Akut se mantenía siempre cerca de él y que a menudo se le quedaba mirando con una extraña expresión de perplejidad en sus ojillos inyectados en sangre. Llegó incluso a hacer algo que, en los largos años que había vivido en la tribu de antropoides, Tarzán no había visto hacer a ninguno de ellos una sola vez: al encontrar un bocado de los que los simios consideraban exquisito, se lo tendió a Tarzán.

Durante las cacerías, el reluciente cuerpo del hombre-mono se mezclaba con las pieles de color pardo y cubiertas de pelo de sus compañeros, con frecuencia se rozaban o tropezaban, al cruzarse, pero los monos ya daban por normal la presencia de Tarzán entre ellos y lo consideraban uno más, tan miembro de la tribu como el propio Akut.

Si se acercaba más de la cuenta a una madre joven con su hijo pequeño, la hembra le enseñaba los dientes y gruñía en tono amenazador. A veces, un macho joven con tendencia a lo truculento, si mientras estaba comiendo se le acercaba Tarzán, le rugía a guisa de ominosa advertencia. Pero en todo eso no reaccionaban de manera distinta a como lo hacían cuando se trataba de cualquier otro miembro de la tribu.

Por su parte, Tarzán se sentía a sus anchas entre aquellos feroces y velludos progenitores del hombre primitivo. Con ágil rapidez se ponía fuera del alcance de toda hembra agresiva, ya que esa es la forma de actuar de los monos en tales circunstancias y, en cuanto a los tremebundos simios jóvenes, les pagaba en la misma moneda: les enseñaba los dientes y les devolvía los gruñidos. Así, casi sin darse cuenta, regresó Tarzán a su antiguo sistema de vida, con tan natural facilidad como si nunca hubiera saboreado la convivencia con seres de su propia especie.

Durante cerca de una semana deambuló por la selva con sus nuevos amigos, en parte a causa de su deseo de tener compañía y en parte porque pretendía que su persona se grabara de forma indeleble en la memoria de los antropoides, en los que, en el mejor de los casos, los recuerdos nunca permanecen mucho tiempo. Por su pasada experiencia, Tarzán sabía que

podía resultarle muy útil estar en buenas relaciones y contar con una tribu de animales tan poderosos y terribles, a los que llamar para que acudieran en su ayuda.

Una vez tuvo el convencimiento de que había logrado, hasta cierto punto, imprimir su personalidad en el entendimiento de los simios, tomó la decisión de reanudar sus exploraciones. A tal objeto, un día se puso en marcha, a primera hora de la mañana, rumbo al norte, y avanzó con paso rápido en paralelo a la playa hasta que casi se había hecho de noche.

Cuando salió el sol a la mañana siguiente comprobó que se remontaba en el cielo un tanto a su derecha y, como estaba en la playa, le extrañó no encontrárselo de frente, surgiendo al otro lado del agua, como siempre. Razonó entonces que la línea de la costa tendía hacia el oeste. Continuó su veloz marcha a lo largo de la segunda jornada y cuando Tarzán de los Monos quería ir deprisa, se desplazaba por el nivel intermedio de las enramadas, con la rapidez de una ardilla.

Aquella noche el sol se puso por el mar, al otro lado de la tierra, lo que hizo adivinar por fin al hombre-mono la verdad que llevaba cierto tiempo sospechando.

Rokoff le había desembarcado en una isla.

¡Tenía que haberse dado cuenta! Si existía un plan que elevara al máximo las dificultades de la situación, haciendo ésta insuperablemente terrible, no cabía duda de que el ruso lo iba a adoptar, ¿y qué podía ser más horroroso que dejarle abandonado en una isla desierta, condenado a una tensión, una incertidumbre y una angustia vitalicias?

Sin duda, Rokoff había puesto proa al continente, donde le resultaría relativamente fácil dar con el modo de poner al niño Jack en manos de unos padres adoptivos salvajes y crueles que, como amenazaba el ruso en su nota, se encargarían de criar al chico.

Un estremecimiento sacudió a Tarzán al pensar en los espantosos sufrimientos que soportaría el pequeño en el curso de semejante existencia, incluso aunque cayera en poder de individuos cuyas intenciones hacia él fueran de lo más afectuoso. El hombre-mono había tenido suficiente experiencia con las tribus salvajes africanas de la escala humana inferior para saber que incluso entre ellas podían encontrarse las virtudes de la misericordia y la humanidad, en su más tosco aspecto; pero la vida de los mismos era un encadenamiento de terribles privaciones, peligros y sufrimientos.

Luego estaba el horrendo futuro que le aguardaba al muchacho a medida que fuera desarrollándose rumbo al estado adulto. Sólo las espantosas costumbres que formarían parte de su educación le proscribirían para siempre de todo contacto con las personas de su propia raza y estado social.

¡Un caníbal! ¡Su hijo reducido a la condición de salvaje antropófago! Era demasiado pavoroso para imaginárselo.

Dientes afilados, nariz partida, la carita pintarrajeada de modo repelente.

A Tarzán se le escapó un gemido. ¡Si pudiera cerrar sus dedos de acero sobre la garganta de aquel miserable ruso!

¡Y Jane!

¡Qué atroces tormentos estaría sufriendo a causa de la duda, la incertidumbre y el miedo! Comprendió que la situación en que él se encontraba era infinitamente menos terrible que la de ella, porque al menos él sabía que uno de sus seres queridos estaba a salvo en la patria, mientras que Jane ignoraba por completo el paradero de su esposo y de su hijo.

Para Tarzán no dejó de ser una suerte ignorar la verdad, porque conocerla hubiera centuplicado su dolor.

Mientras avanzaba despacio a través de la selva virgen, absorta la mente en sombríos pensamientos, llegaron a sus oídos unos extraños roces, como arañazos, cuya naturaleza no podía determinar.

Se encaminó cautelosamente hacia el lugar de donde emanaban y unos segundos después encontraba una enorme pantera que se debatía bajo el árbol caído que la aprisionaba contra el suelo.

Al acercarse Tarzán, la fiera, rugiente, se revolvió para mirarle y bregó frenética, loca por zafarse de lo que la retenía allí, pero la gruesa rama atravesada sobre su lomo y la maraña de follaje y otras ramas mantenían inmóviles sus patas y sólo pudo adelantar unos centímetros en dirección a Tarzán.

El hombre-mono se detuvo frente al impotente felino y colocó una flecha en el arco, dispuesto a despachar a la fiera que, de todas formas, iba a morir de inanición. Pero cuando tensaba el arco una idea, tan repentina como caprichosa, detuvo su mano.

¿Por qué privar a aquella pobre criatura de la vida y la libertad, cuando tan fácil resultaba restituirle ambas cosas? La pantera agitaba las cuatro extremidades en su inútil intento de liberarse, lo que hizo comprender a

Tarzán que su espina dorsal no había sufrido daño alguno y, por la misma razón, supo que tampoco tenía rota ninguna pata.

Aflojó la cuerda del arco, volvió a poner la flecha en el carcaj, se echó el arco al hombro y se acercó hasta la aprisionada fiera.

De los labios del hombre-mono brotó el suave ronroneo tranquilizador que suelen emitir los felinos cuando se sienten felices y contentos. Era lo más parecido a un gesto de amistad que podía ofrecer en el lenguaje de Sheeta.

La pantera dejó de gruñir y observó atentamente al hombre-mono. Para alzar el enorme peso del árbol que sujetaba al animal, Tarzán tenía que situarse al alcance de las largas y fuertes garras, aparte de que, cuando hubiese levantado el árbol, quedaría totalmente a merced de la bestia salvaje. Para Tarzán, sin embargo, el miedo era algo que desconocía por completo.

Una vez tomada la decisión, actuó rápidamente.

Se metió sin vacilar en el enredo de follaje y ramas, al costado de la pantera, sin suspender su amistoso ronroneo conciliador. El felino volvió la cabeza para no apartar los ojos del hombre…, lo miró fija e interrogadoramente. Enseñaba los largos colmillos, pero más a la defensiva que en plan amenazador.

Al aplicar el hombro al tronco del árbol, por debajo de éste, la pierna de Tarzán tocó el sedoso costado de la pantera, tan cerca estaba el hombre del gran felino.

Poco a poco, Tarzán fue tensando sus músculos gigantescos.

El enorme árbol y la maraña de su enramada se levantaron gradualmente, separándose de la pantera que, al notar que aquel peso inmovilizador se le quitaba de encima, se apresuró a deslizarse para salir de la trampa. Tarzán dejó caer el árbol en el suelo y las dos selváticas criaturas dieron media vuelta para contemplarse mutuamente.

Una torva sonrisa curvaba los labios del hombre-mono, sabedor de que había puesto su vida al albur del capricho de aquella salvaje criatura de la jungla a la que acababa de liberar. No le hubiera sorprendido lo más mínimo que el felino se abalanzase sobre él en cuanto se vio liberado.

Pero no lo hizo. Sheeta permaneció quieta a unos pasos del árbol, mientras observaba los movimientos con que el hombre se desembarazaba de las ramas y salía de aquel dédalo vegetal.

Fuera ya de él, Tarzán se encontró a menos de tres pasos de la pantera.

Podía haberse elevado velozmente hacia las copas de los árboles del lado contrario, ya que Sheeta no podía llegar a las alturas que normalmente alcanzaba Tarzán, pero algo inexplicable, acaso afán de fanfarronería, impulsó al hombre-mono a acercarse a Sheeta, como si deseara comprobar la posibilidad de que la pantera experimentase un sentimiento de gratitud que le indujese a mostrarse amistosa.

Cuando estaba a punto de llegar al impresionante felino, éste se apartó precavidamente a un lado, y Tarzán pasó de largo junto a él, a cosa de un palmo de las abiertas fauces. El hombre-mono continuó hacia el bosque y entonces la pantera echó a andar tras él y le siguió como un perro.

Transcurrió bastante tiempo antes de que Tarzán pudiera precisar si la fiera le seguía inducida por el afecto o simplemente iba tras él a la espera de que se le despertara el apetito. Finalmente, Tarzán no tuvo más remedio que dar por cierto que era el sentimiento de amistad lo que impulsaba a Sheeta a comportarse así.

Entrado aquel día, el olor a venado lanzó a Tarzán a las frondas de las alturas y, cuando el lazo se cerró en torno al cuello del ciervo, convocó a Sheeta mediante un ronroneo similar al que había empleado anteriormente para apaciguar a la fiera y ahuyentar sus recelos, aunque esta vez el tono era un poco alto y estridente.

Muy semejante al que había oído producir a las panteras después de haber cobrado una pieza, cuando salían a cazar por parejas.

Casi al instante crujió la maleza a escasa distancia y apareció a la vista de Tarzán el cuerpo alargado y elástico de su insólita compañera.

Cuando los ojos de Sheeta cayeron sobre Bara y el olor de la sangre llegó a las fosas nasales del felino, dejó oír un penetrante rugido y, un instante después, ambos animales devoraban uno junto a otro la tierna carne del ciervo.

Durante varios días, los dos integrantes de aquella extraña pareja vagaron juntos por la selva.

Cuando uno de ellos mataba una presa, llamaba automáticamente al otro, de forma que ambos se alimentaban bien y con frecuencia.

En una ocasión, estaban regalándose el paladar y el estómago con la carne de un jabalí que poco antes había sacrificado Sheeta, cuando Numa, el león, fiero y terrible, salió de entre los embrollados matojos de hierbas que crecían muy cerca de ellos.

Con un furibundo rugido de aviso, se precipitó hacia adelante, para

arrebatarles la pieza. Sheeta dio un brinco y buscó refugio en un bosquecillo de arbustos próximo, en tanto Tarzán se izaba a la rama de un árbol que tendía su follaje sobre ellos.

Una vez asentado en la rama, Tarzán desenrolló la cuerda que llevaba colgada al cuello y, mientras Numa permanecía sobre el cadáver del jabalí, erguida la desafiante cabeza, el sinuoso lazo descendió raudo para ceñirse alrededor del cuello del león y un brusco tirón tensó la cuerda violentamente. Tarzán llamó a Sheeta con agudas voces, a la vez que levantaba al batallador león hasta que sólo las patas traseras tocaban el suelo.

Ató rápidamente el extremo de la cuerda a una robusta rama, mientras la pantera, en respuesta a su llamada, se plantaba allí de un salto. Tarzán se dejó caer del árbol, junto al forcejeante y frenético Numa, y se abalanzó sobre él por un lado, en ristre el largo cuchillo afilado, en tanto Sheeta le atacaba por el otro.

La pantera desgarró y despedazó el cuerpo de Numa por la derecha, al mismo tiempo que el hombre-mono hundía una y otra vez su cuchillo de piedra en el costado contrario. Y antes de que los poderosos zarpazos del rey de las fieras lograsen romper la cuerda, Numa quedó inerte, colgado del nudo corredizo, muerto e inofensivo.

Y al unísono, desde el fondo de dos gargantas salvajes, se remontaron en el aire de la selva el grito retador del mono macho y el rugido victorioso de la pantera, que se combinaron para formar un lúgubre y pavoroso ululato.

Cuando las últimas notas se extinguían en un prolongado y aterrador gemido final, una veintena de guerreros pintarrajeados que varaban en la playa su larga canoa de guerra, se detuvieron para aguzar el oído y dirigir la mirada hacia la selva virgen.

S.J.

CAPÍTULO V

MUGAMBI

CUANDO Tarzán hubo cubierto la vuelta completa a la isla y efectuado varias incursiones hacia diversos puntos del interior, tuvo el convencimiento absoluto de que él era el único ser humano que la ocupaba.

En ninguna parte descubrió el menor indicio de que hombre alguno hubiera asentado allí sus reales, ni siquiera de modo transitorio. Desde luego, conocía lo rápidamente que la exúbera vegetación tropical lo sumerge todo de manera rápida y completa, salvo los monumentos permanentes de los hombres, así que era posible que se equivocara en sus deducciones.

Al día siguiente de la muerte de Numa, Tarzán y Sheeta se dieron de manos a boca con la tribu de Akut. Al ver a la pantera, los gigantescos simios emprendieron veloz retirada y Tarzán tardó un buen rato en persuadirlos para que volviesen.

Se le había ocurrido que intentar la reconciliación de aquellos tal vez fuera un experimento al menos interesante. Tarzán acogía encantado cualquier oportunidad de hacer algo útil durante su tiempo libre y mantener viva la mente durante los espacios muertos en que se aburría. Cuando, cumplida la necesidad de buscar comida y llenar el estómago, estaba ocioso, los más negros y lúgubres pensamientos hacían presa en él.

Transmitir su plan a los monos no fue una cuestión particularmente difícil, aunque el restringido, el más que exiguo vocabulario de los antropoides le obligó a esforzarse un tanto. Por otra parte, imbuir en el pequeño y perverso cerebro de Sheeta la idea de que él, Tarzán, tenía que cazar con ellos, para la comunidad, y no exclusivamente para sí mismo, resultó una tarea casi superior a las facultades del hombre-mono.

Entre sus otras armas, Tarzán disponía de una estaca larga y gruesa y, después de atar la cuerda alrededor del cuello de la pantera, utilizó pródigamente el garrote sobre el rugiente felino, hasta que le grabó en la

memoria el precepto de que bajo ninguna circunstancia debía atacar a aquellas colosales y peludas criaturas semejantes a hombres, las cuales se habían aproximado más a la pareja una vez comprendieron la finalidad de la cuerda que sujetaba a Sheeta por el cuello.

El que aquella fiera no se revolviese y desgarrara a Tarzán era un auténtico milagro; un prodigio que sin duda tenía algo que ver con el hecho de que las dos veces que el felino osó gruñir al hombre-mono, éste no se anduvo con miramientos y descargó la estaca violentamente contra el sensible hocico de Sheeta inculcándole en la masa encefálica un más que respetable y sano temor a la estaca y a los bestiales simios a los que la misma respaldaba.

Queda en el aire la duda de si la causa originaria de su afecto por Tarzán aún seguía viva en el cerebro de la pantera, aunque desde luego subsistía algún hechizo inconsciente, hiperinducido por aquella razón primaria, e incitado y apoyado por la costumbre de los últimos días. Tal sortilegio contribuyó de forma poderosa a imponer a la fiera el respeto al hombre-mono y a tolerarle aquel castigo que, infligido por cualquier otra criatura, habría lanzado Sheeta a la garganta del temerario.

Entraba en juego también la fuerza incuestionable de la mente humana, que ejercía su formidable influencia sobre aquel ser de un orden inferior. Al fin y al cabo, muy bien pudo ser éste el poderoso factor en la supremacía de Tarzán sobre Sheeta y los demás animales de la jungla que de vez en cuando caían bajo su dominio.

De cualquier modo, la cuestión es que durante días y días, el hombre, la pantera y los grandes simios vagaron por sus salvajes territorios hombro con hombro, cazando juntos y compartiendo las piezas cobradas. Y de todos los miembros de aquella feroz pandilla, ninguno más terrible que el poderoso individuo de piel blanca y lisa que, apenas unos meses antes, era una figura familiar en muchos de los salones elegantes de Londres.

A veces, los animales se separaban y durante una hora o una jornada completa, seguían sus propias inclinaciones al margen de los demás. En el curso de una de esas escapadas hacia la intimidad solitaria, el hombre-mono se alejó desplazándose por las ramas altas de los árboles y llegó a la playa. Y mientras permanecía tendido en la arena, bajo el cálido sol, le descubrieron un par de ojos penetrantes que observaban desde la no muy elevada cima de un promontorio cercano.

El dueño de aquellos ojos contempló con asombro la figura de aquel

salvaje hombre blanco que se dejaba acariciar por los caldeados rayos del sol tropical. Al cabo de un momento, se volvió e hizo una seña a alguien situado tras él. Al instante, otro par de ojos proyectaron su mirada sobre el hombre-mono; siguieron otros dos, y un par más… hasta que una veintena cumplida de guerreros salvajes, espantosamente ataviados, estuvieron cuerpo a tierra a lo largo de la cresta del promontorio, dedicados a la contemplación asombrada de aquel extraño ser de piel blanca.

El viento soplaba en su dirección, por lo que el efluvio de los guerreros no llegaba al hombre-mono y, como estaba medio vuelto de espaldas hacia ellos, no los vio franquear cautelosamente el filo superior del promontorio y descender a través de las tupidas hierbas, en dirección a la playa donde Tarzán seguía echado.

Eran individuos altos y corpulentos, todos ellos, con la cabeza cubierta por bárbaros tocados y los rostros pintados grotescamente. Los numerosos adornos de metal y las plumas de chillones colores añadían más fiereza a su montaraz aspecto.

Al llegar al pie de la colina, se incorporaron con el mayor sigilo para, doblados por la cintura y empuñadas amenazadoramente las estacas de guerra, avanzar en silencio hacia el hombre blanco, que continuaba ajeno al peligro.

La pesadumbre que sus acongojados pensamientos introducían abrumadoramente en el cerebro de Tarzán tuvo el efecto nefasto de obnubilar la agudeza de sus facultades perceptivas, de forma que los salvajes que se le acercaban casi llegaron hasta él antes de que el hombre-mono se percatase de que no estaba solo en la playa.

Sin embargo, su rapidez de reflejos y sus músculos respondían a la menor señal de alarma con tal celeridad y sincronización que ya se había levantado y plantaba cara a sus enemigos casi en la misma décima de segundo en que el instinto le dijo que algo se movía a su espalda. Al ponerse en pie de un salto, los guerreros lanzaron su ataque, precipitándose hacia él, con las estacas en alto y los gritos salvajes surgiendo aterradores de las gargantas. Pero los que marchaban en vanguardia encontraron una muerte repentina, abatidos en seco por el grueso garrote del hombre-mono, cuya ágil y elástica figura irrumpió de inmediato entre los agresores, para voltear su estaca a diestro y siniestro, furiosa, demoledoramente, con tal precisión y eficacia que el pánico no tardó en cundir en las filas de los negros.

Se retiraron momentáneamente, los que quedaban con vida, y mantuvieron un apresurado conciliábulo a cierta distancia de Tarzán, que los observaba erguido, cruzado de brazos, con una irónica semisonrisa en los labios. Al cabo de unos minutos, se echaron adelante de nuevo, esta vez con los venablos de guerra enarbolados. Se encontraban entre el hombre-mono y la selva, formando un pequeño semicírculo que fue cerrándose sobre él a medida que los negros avanzaban.

A Tarzán le pareció que contaba con pocas esperanzas de salir bien librado de la carga definitiva, cuando los guerreros lanzaran simultáneamente sus grandes venablos. Pero si deseaba escapar de aquella trampa no tenía más salida que abrirse paso a través de las filas de los salvajes… A no ser que prefiriese retroceder, arrojarse al agua y huir por el mar.

Comprendía que se encontraba en un aprieto realmente serio cuando, de pronto, una idea se encendió en su cerebro y la sonrisita se transformó en sonrisa de oreja a oreja. Los guerreros se encontraban lejos aún para lanzar los venablos; avanzaban despacio y, de acuerdo con la costumbre de los de su clase, inundaban de estrépito el aire con sus selváticos gritos y el repiqueteo de los pies descalzos al batir el suelo rítmicamente en su saltarina y fantástica danza de guerra.

Fue entonces cuando el hombre-mono consideró oportuno elevar la voz en una serie de alaridos salvajes, sobrenaturales, que dejaron instantáneamente paralizados y perplejos a los negros. Los guerreros intercambiaron miradas interrogadoras, porque aquel sonido era tan pavoroso que incluso el sobrecogedor estruendo que armaban ellos resultaba insignificante en comparación con él. No existía garganta humana capaz de modular tan bestiales notas, de eso estaban seguros, y, no obstante, habían visto con sus propios ojos que aquel hombre blanco había abierto la boca para vociferar por ella el espantoso grito.

Pero el titubeo sólo duró unos segundos, luego, como un solo hombre, los guerreros reanudaron su alucinante avance sobre la presa. Pero casi de inmediato, un súbito chasquido que resonó a sus espaldas detuvo otra vez a los negros, y cuando volvieron la mirada hacia el punto donde se produjo el nuevo ruido, los ojos desorbitados por el sobresalto vieron un espectáculo que muy bien podía helar la sangre de hombres mucho más valerosos que los wagambis.

Surgiendo de entre la exuberante vegetación que crecía en el borde de

la jungla una pantera enorme se plantó de un salto en la playa, fulgurantes los ojos y al aire los temibles colmillos. Le seguían una veintena de impresionantes monos peludos, medio erguidos sobre sus cortas y arqueadas extremidades inferiores; sus largos brazos tocaban el suelo en el punto donde los encallecidos nudillos sostenían el peso del gigantesco cuerpo cuando avanzaban bamboleándose de un lado a otro en su grotesco caminar.

Las fieras de Tarzán acudían a su llamada.

Antes de que los wagambis se recuperaran del asombro, la escalofriante horda los acometió por un lado, mientras Tarzán hacía lo propio por el otro. Los mortíferos venablos surcaron el aire y se voltearon los pesados garrotes de guerra, pero aunque varios monos cayeron para no volver a levantarse, también se desplomaron sin vida muchos hombres de Ugambi.

Los inexorables dientes y las zarpas desgarradoras de Sheeta desollaron y arrancaron trozos de carne a los negros. Los formidables colmillos amarillentos de Akut se hundieron en la yugular de más de uno de aquellos salvajes de piel reluciente, mientras Tarzán de los Monos parecía estar en todas partes, animando a sus feroces aliados y utilizando el largo y afilado cuchillo para cobrar costosos impuestos al enemigo.

Los wagambis no tardaron en huir a la desbandada para salvar la piel, pero de la veintena que había descendido por las laderas cubiertas de hierba del promontorio sólo uno logró escapar con vida a la turba que acababa de arrollar a su pueblo.

El superviviente era Mugambi, jefe de los wagambis de Ugambi, y cuando desapareció engullido por la tupida y lujuriante maleza que crecía en la parte alta de la colina, sólo los penetrantes ojos del hombre-mono vieron la dirección que tomó en su huida.

Tarzán de los Monos dejó que sus huestes se saciaran devorando la carne de las víctimas —carne que él no podía tocar— y salió en persecución del único guerrero que escapó con vida de aquella refriega sangrienta. En la otra vertiente del promontorio divisó al fugitivo, que corría a grandes zancadas hacia la alargada canoa de guerra varada bastante dentro de la Playa, a donde no llegaba la pleamar.

Tan silencioso como si fuera la propia sombra del negro, el hombre-mono corrió tras el aterrado wagambi. La imaginación del hombre blanco acababa de tramar un nuevo plan, inspirado por la canoa de guerra. Si aquellos hombres habían llegado allí procedentes de otra isla, o desde el

continente, ¿por qué no aprovechar aquella embarcación para dirigirse de vuelta al territorio del que habían venido? Era evidente que se trataba de una zona habitada y sin duda mantenía relaciones con el continente africano, si es que no pertenecía a él.

Una pesada mano se abatió sobre el hombro del huido Mugambi antes de que se apercibiese de que alguien le seguía, y cuando se volvió para plantar batalla a su atacante unos dedos gigantescos le atenazaron las muñecas y le arrojaron contra el suelo. Y antes de que pudiera descargar un solo golpe ya tenía a un gigante sentado a horcajadas sobre su cuerpo.

En el lenguaje de la costa occidental africana, Tarzán preguntó al hombre inmovilizado en el suelo, bajo su peso:

—¿Quién eres?

—Mugambi, jefe de los wagambis —respondió el negro.

—Te perdonaré la vida —propuso Tarzán—, si te comprometes a ayudarme a abandonar esta isla. ¿Qué contestas?

—Te ayudaré —accedió Mugambi—. Pero habéis matado a todos mis guerreros y no sé si podré marcharme de tu territorio, porque no habrá nadie que se encargue de los remos y sin remeros no podremos atravesar las aguas.

Tarzán se levantó y permitió a su prisionero ponerse en pie. El salvaje era un magnífico ejemplar del género humano; en cuanto al físico, una espléndida reproducción en negro del gigante blanco frente al que se encontraba.

—¡Vamos! —instó el hombre-mono, y echó a andar en dirección al punto donde sonaban los gruñidos y rugidos de las fieras entregadas al banquete. Mugambi retrocedió, asustado.

—Nos matarán —previno.

—No lo creo —repuso Tarzán—. Me pertenecen.

El negro vaciló, nada convencido, temeroso de las consecuencias de un acercamiento a aquellas criaturas terribles que se estaban dando un atracón con los cadáveres de los guerreros wagambis. Pero Tarzán le obligó a acompañarle. Emergieron de la selva y ante sus ojos apareció el escalofriante espectáculo que se desarrollaba en la playa. Al ver a los dos hombres, las fieras alzaron la cabeza y dejaron oír gruñidos amenazadores,

pero Tarzán se metió entre los simios, arrastrando consigo al tembloroso jefe wagambi.

Del mismo modo que había enseñado a los monos a aceptar a Sheeta, lo enseñó también a adoptar a Mugambi, lo que le resultó mucho más fácil. Sin embargo, Sheeta parecía incapaz de entender por qué se le había convocado para devorar a los guerreros de Mugambi y en cambio no se le permitía hacer lo mismo con éste. A pesar de todo, como se había saciado a gusto, decidió contentarse con dar vueltas en torno al empavorecido salvaje, aunque, eso sí, sin dejar de emitir sordos y ominosos gruñidos, mientras sus llameantes y siniestras pupilas no se apartaban un segundo del negro.

Por su parte, Mugambi se mantenía pegado a Tarzán, a quien le costaba bastante trabajo contener la risa ante el lastimoso estado al que el miedo había reducido al jefe de los wagambis. Al final, el hombre blanco agarró al felino por la piel del cogote, lo arrastró hasta situarlo ante Mugambi y procedió a golpearle violentamente en el hocico cada vez que la pantera gruñía al desconocido.

Al contemplar aquella escena —un hombre que sacudía con la mano, sin más, a uno de los carnívoros más feroces y despiadados de la selva—, los ojos de Mugambi parecieron a punto de salírsele de las órbitas y si hasta entonces había experimentado un hosco respeto hacia el gigante blanco que le había hecho prisionero, a partir de aquel momento se unió al respeto un temor poco menos que reverencial.

La educación de Sheeta avanzó a tal ritmo que, en un espacio de tiempo increíblemente breve, Mugambi dejó de ser su oscuro objeto de deseo alimenticio y el negro pudo considerarse hasta cierto punto seguro en compañía del felino.

Decir que Mugambi se sentía completamente feliz o a gusto en su nuevo entorno no sería ceñirse estrictamente a la verdad. Sus ojos iban aprensivamente de un lado a otro cada vez que alguno de los miembros de aquella cuadrilla se le acercaba o pasaba cerca de él, de forma que no ganaba para sustos, vivía en continuo sobresalto.

Tarzán y Mugambi, junto con Sheeta y Akut, aguardaban en el vado a que se presentara un ciervo y cuando, a la voz del hombre-mono, los cuatro saltaban al mismo tiempo sobre el aterrado animal, el negro no albergaba la menor duda de que la pobre criatura moría de miedo antes de que las gigantescas fieras llegasen a tocarlo.

Mugambi encendía una fogata y se asaba la parte de la pieza que le correspondía, pero Tarzán, Sheeta y Akut se la comían cruda, desgarrando la carne con los dientes y se gruñían entre sí cuando alguno de ellos trataba de arrebatar algún bocado perteneciente a cualquiera de los otros.

Tampoco tenía nada de sorprendente, después de todo, que la forma de comportarse del hombre blanco se pareciese más a la de aquellas fieras que la conducta de los negros salvajes. Nosotros, todos nosotros, somos animales de costumbres y cuando la aparente necesidad de aprender nuevos métodos y sistemas deja de existir, caemos fácilmente y con toda naturalidad en los hábitos y prácticas que la prolongada rutina ha implantado de forma indeleble en nuestro interior. Desde la infancia, Mugambi no había comido carne que no estuviese asada o cocida, mientras que Tarzán, por su parte, no había probado carne guisada hasta casi haber alcanzado la edad adulta. Y sólo la había comido durante los últimos tres o cuatro años. No sólo le incitaba a comer la carne cruda la costumbre de toda la vida, sino también el hecho de que le encantaba y deseaba ardientemente saborearla. Para él, la carne cocinada era carne estropeada que no tenía punto de comparación con la jugosa y exquisita de una pieza recién cazada, caliente y palpitante aún.

A los que siempre hemos sido personas «civilizadas» nos parece repugnante el que Tarzán pudiera paladear con delectación carne cruda que el hombre-mono había enterrado semanas antes, roedores y gusanos repugnantes. Pero si a nosotros nos hubiesen acostumbrado desde la infancia a comer tales cosas y hubiéramos visto que a nuestro alrededor todo el mundo también las comía, tales bocados no nos parecerían más nauseabundos que cualquiera de nuestras golosinas culinarias, a las que un caníbal salvaje miraría con asco y apartaría la nariz para no olerlas siquiera.

Por ejemplo, en las proximidades del lago Rudolph hay una tribu que por nada del mundo comerá carne de ganado vacuno u ovino, a pesar de que sí lo hacen su vecinos inmediatos. No muy lejos de ella, vive otra tribu que come carne de burro, hábito alimenticio de lo más vomitivo para las tribus de los alrededores. Así, pues, ¿quién puede afirmar que es una delicia comer caracoles, ancas de rana u ostras, pero que resulta asqueroso alimentarse a base de gusanos y escarabajos, o que las almejas crudas, los pies de cerdo y el rabo de buey son menos repulsivos que la carne fresca y limpia de un ciervo acabado de matar?

Los días inmediatos los dedicó Tarzán a tejer una vela para la canoa, a

base de fibra de corteza de árbol, ya que empezó a considerarse incapaz de enseñar a los simios el manejo de los remos. Lo que sí consiguió fue convencer a unos cuantos para que subiesen a la frágil embarcación, que, entre Mugambi y él, habían trasladado a golpe de pala a las aguas tranquilas de una ensenada.

Durante las breves excursiones náuticas, al ver que los monos trataban de imitar los movimientos que Mugambi y él ejecutaban, Tarzán se apresuró a poner palas en las manos de los simios. Pero a éstos les resultaba tan difícil concentrarse en algo durante mucho rato que no tardó en comprender que se necesitarían semanas de adiestramiento antes de que estuviesen en condiciones de utilizar con un mínimo de soltura aquellos utensilios, nuevos para ellos, si es que alguna vez tenían que manejarlos.

Sin embargo, había una excepción: Akut. Casi desde el principio manifestó un interés hacia aquel deporte que revelaba en él la posesión de un nivel de inteligencia muy superior al de cualquiera de los demás miembros de su tribu. Dio muestras de comprender en seguida la finalidad de las palas y, al percatarse de ello, Tarzán decidió tomarse la molestia y esforzarse cuanto fuera menester para explicar a Akut, en el limitado lenguaje de los simios, el modo de sacarle el máximo partido práctico a aquel instrumento.

A través de Mugambi se enteró Tarzán de que el continente se encontraba a no mucha distancia de la isla. Al parecer, los guerreros wagambis se habían aventurado más de la cuenta hacia mar abierto en su débil canoa. Les sorprendió de pronto una fuerte marejada, cuyo oleaje, acompañado de violento vendaval, los alejó de tierra hasta que perdieron de vista el continente. Después de remar a lo largo de toda la noche, convencidos de que regresaban a su país, al amanecer avistaron tierra y, creyendo aún que volvían al continente, saludaron aquel panorama con gritos jubilosos. Hasta que Tarzán le dijo que a donde llegaron fue a una isla, Mugambi no tuvo conciencia de ello.

El jefe wagambi albergaba serias dudas acerca de la utilidad de la vela, porque era la primera vez que veía emplear semejante aparejo. Su territorio se encontraba en el interior del continente, bastante alejado de la costa, río Ugambi arriba, y aquella había sido la primera vez que miembro alguno de su pueblo llegó al océano.

Sin embargo, Tarzán confiaba en que, navegando con viento favorable de poniente, podría llegar a la costa continental africana. De cualquier

modo, pensó, sería preferible morir durante la travesía que permanecer de manera indefinida en aquella isla que evidentemente no figuraba en los mapas y a la que era posible que no se acercara nunca barco alguno.

Y así fue como cuando empezó a soplar el primer viento propicio, Tarzán subió a la canoa y emprendió su crucero. Y se llevó consigo la más extraña e impresionante tripulación que nunca se hiciera a la mar bajo el mando de un selvático patrón.

Le acompañaban Mugambi y Akut, Sheeta la pantera, así como una docena de gigantescos machos de la tribu de Akut.

CAPÍTULO VI

UNA TRIPULACIÓN ATERRADORA

CON su selvática tripulación a bordo, la canoa de guerra se deslizó lentamente hacia la boca de la ensenada por la que debía pasar para salir a mar abierto. Tarzán, Mugambi y Akut se encargaron de remar, ya que aquel lado de la costa estaba al socaire del viento de poniente y, de momento, la vela no se hinchaba.

Sheeta iba acurrucada en la proa, a los pies del hombre-mono, ya que Tarzán creía que lo mejor era mantener siempre a la peligrosa pantera lo más lejos posible del resto de los integrantes de la partida. Era obvio que, a la menor provocación —incluso sin que mediase agravio alguno—, el felino se abalanzaría sobre la garganta de cualquiera que no fuese el hombre blanco, al que evidentemente consideraba su amo.

Mugambi se acomodaba en popa e inmediatamente delante de él iba Akut, sentado en cuclillas. Entre éste y Tarzán se encontraban los doce hirsutos monos, en la misma postura que su rey. Los ojos parpadeantes de los simios miraban a un lado y a otro, sin tenerlas todas consigo, ni mucho menos. De vez en cuando, volvían la cabeza para echar una nostálgica ojeada a la orilla.

Todo fue bien hasta que la canoa dejó atrás los arrecifes de la bocana del abra. El viento hinchó la vela y la primitiva embarcación empezó a bambolearse mientras surcaba las olas, cada vez más altas a medida que se alejaban de la costa.

Los movimientos de la canoa sembraron el pánico entre los monos. Éstos empezaron por removerse inquietos para, en seguida, a impulsos del nerviosismo, emprenderla con una serie de gruñidos y protestas gemebundas. Durante cierto tiempo, Akut se las arregló, aunque con dificultades, para mantenerlos a raya, pero cuando una ola de enormes proporciones se estrelló contra la canoa, sacudida simultáneamente por una violenta ráfaga de viento, el terror rompió todas las ataduras y los cuadrumanos se incorporaron de un salto. Sólo un milagro evitó que hicieran zozobrar la embarcación antes de que Akut y Tarzán lograsen tranquilizarlos. Al final se restauró la calma y los simios empezaron a acostumbrarse a los caprichos de su embarcación; a partir de entonces, no provocaron más dificultades.

Fue una travesía sin incidentes, el viento se mantuvo y, al cabo de diez horas de navegación, las negras sombras de la costa se destacaron cerca de ellos, frente a los entornados ojos del hombre-mono, que forzaba la vista en la proa. Estaba demasiado oscuro para determinar si se habían aproximado o no a la desembocadura del río Ugambi. Tarzán dirigió la canoa a través del oleaje, rumbo al punto de tierra firme más próximo, para esperar allí la llegada del alba.

La embarcación se inclinó de costado en el momento en que la parte de proa de la quilla tocó la arena, volcó instantáneamente y toda la dotación se lanzó a lo loco hacia la orilla. La siguiente ola los lanzó de un lado para otro, pero todos acabaron por llegar sanos y salvos, nadando o arrastrándose, a la seguridad de la tierra firme. Unos segundos después, la marea impulsó la canoa hasta la playa y la arrojó sobre la arena, junto a ellos.

Los simios se pasaron el resto de la noche acurrucados uno contra otro para darse calor mutuamente, Mugambi encendió una fogata cerca de los antropoides, en el punto donde se arracimaban, y se acurrucó ante las llamas. Tarzán y Sheeta, sin embargo, tenían otros planes.

A ninguno de los dos les asustaba la selva nocturna y como quiera que el hambre no cesaba de disparar ramalazos que sacudían el estómago dolorosa y continuamente, optaron por adentrarse en las tinieblas estigias

del bosque, a la búsqueda de alguna nutritiva presa.

Por los trechos en los que había suficiente espacio caminaban uno al lado del otro. Cuando no era así, iban en fila india, turnándose en cabeza. Fue Tarzán el primero en percibir el olor de la carne —un búfalo cafre macho— y, de inmediato, hombre y pantera se fueron acercando furtivamente al enorme bóvido que dormitaba en la espesura de un cañaveral, a la orilla de un río.

Se aproximaron poco a poco al desprevenido animal. Sheeta por su derecha, Tarzán por la izquierda, el lado del corazón. Llevaban una temporada cazando juntos, de forma que trabajaban sincronizados. Intercambiaban señas mediante ronroneos bajos y apagados.

Permanecieron unos segundos inmóviles y silenciosos junto a la presa. Luego, a una indicación del hombre-mono, Sheeta saltó sobre el enorme lomo del búfalo y le hundió los fuertes dientes en el cuello. Automáticamente, el animal se puso en pie, al tiempo que soltaba un mugido de furia y dolor. Y en ese mismo instante, Tarzán lanzó su ataque por el lado izquierdo y el cuchillo de piedra se hundió repetida mente en el cuerpo del búfalo, por detrás del brazuelo.

Una mano de Tarzán se aferró a la crin del bóvido, que emprendió una carrera frenética por el cañaveral; enloquecido, arrastró en su huida a lo que le estaba arrancando la vida. Sheeta se aferraba tenazmente al lomo y el cuello del búfalo, mientras hundía sus colmillos a la mayor profundidad que le era posible, en un esfuerzo para llegar a la columna vertebral.

A lo largo de varios centenares de metros, el exasperado búfalo cafre llevó sobre sí a sus dos feroces enemigos, hasta que la pétrea hoja encontró su corazón y, con un postrer mugido, que pareció medio grito humano, se desplomó de bruces contra el suelo. Tarzán y Sheeta, entonces, se dieron un banquete.

Luego de la opípara cena, se acurrucaron juntos entre la maleza de un bosquecillo, la morena cabeza de Tarzán sobre el rojizo costado de la pantera, como si fuera una almohada. Se despertaron poco después de la aparición de la aurora, desayunaron a gusto y, a continuación, regresaron a la playa para que Tarzán condujese a la partida hasta donde había quedado el resto del búfalo.

Cuando acabaron de comer, a los simios y a la pantera les entró la modorra y se echaron a dormir, de modo que Tarzán y Mugambi se pusieron en marcha para localizar el río Ugambi. Apenas habrían recorrido

cien metros cuando llegaron repentinamente a una ancha corriente fluvial que el negro identificó al instante como el río por el que sus guerreros y él descendieron hasta el mar, en el que continuaron su desdichada expedición.

Ambos hombres siguieron corriente abajo y al llegar al océano comprobaron que el río desembocaba en una bahía situada a menos de kilómetro y medio del punto de la playa donde la noche antes la marea había arrojado a la canoa.

Aquel descubrimiento llenó de euforia a Tarzán, puesto que no ignoraba que en las cercanías de una corriente caudalosa siempre habría algún poblado indígena y no albergaba la menor duda de que a través de los habitantes del mismo obtendría noticias de Rokoff y del niño. Estaba razonablemente seguro de que el ruso, después de quitarse de en medio a Tarzán se habría apresurado a desembarazarse de la criatura cuanto antes.

Entre Mugambi y él enderezaron la canoa y la botaron de nuevo al mar, tarea que constituyó una hazaña casi titánica, dada la violencia con que el oleaje rompía contra la playa, azotándola incesantemente. Pero al final lo consiguieron y no tardaron en estar remando en paralelo a la costa, rumbo a la desembocadura del Ugambi. Les costó un esfuerzo enorme vencer las fuerzas combinadas de la corriente del río y la marea del océano, pero se las arreglaron para entrar en el Ugambi aprovechando hábilmente el impulso de los remolinos que se formaban cerca de la ribera. Accionando las palas, contra corriente, al anochecer llegaban a un punto situado a la altura del lugar donde habían dejado a la cuadrilla entregada al sueño.

Tarzán amarró la canoa a una rama que sobresalía por encima del río y luego los dos hombres se adentraron por la selva y no tardaron en tropezarse con un grupito de monos que comían frutos un poco más allá del cañaveral donde Tarzán y Sheeta mataron al búfalo. La pantera no andaba por allí y tampoco se dejó ver en toda la noche. Tarzán pensó que habría salido en busca de algún compañero de su misma especie.

A primera hora de la mañana siguiente, Tarzán condujo a su cuadrilla río abajo y, durante la marcha, lanzó al aire una serie de agudos alaridos. Al final, débil y procedente de una gran distancia, llegó la respuesta a sus gritos y, media hora después, la flexible figura de Sheeta aterrizó con ágil salto a la vista de los demás miembros de la partida, que subían a la canoa con todas las precauciones del mundo.

Arqueado el lomo y ronroneando como un gatito feliz, el enorme felino se frotó los costados contra el hombre-mono y luego, a una orden de éste,

fue a ocupar el sitio que desde el día anterior tenía asignado en la proa de la embarcación.

Cuando todos estuvieron a bordo se descubrió que faltaban dos súbditos de Akut, y aunque tanto el rey de la tribu como Tarzán se pasaron casi una hora llamándolos a voz en cuello, no obtuvieron respuesta y, por último, la canoa partió sin ellos. Como se daba la circunstancia de que los desaparecidos eran precisamente los dos simios que se habían mostrado más reacios a acompañarlos en la expedición y abandonar la isla, y los que habían manifestado más miedo durante la travesía, Tarzán tuvo la plena certeza de que su deserción era voluntaria, que se habían alejado adrede para no subir a la canoa.

Cuando poco después del mediodía los navegantes fluviales se acercaron a la orilla, con ánimo de echar pie a tierra y buscar algo que comer, un esbelto salvaje desnudo los observó desde el otro lado de la tupida pantalla que alzaba la vegetación junto a la margen del río. Al cabo de unos instantes, el espía se fundió con la maleza y desapareció corriente arriba, antes de que ninguno de los tripulantes de la canoa descubriera su presencia.

Se alejó saltando como un venado por un estrecho sendero y poco después, excitadísimo a causa de la noticia de que era portador, irrumpió en una aldea indígena sita a varios kilómetros de distancia del sitio donde Tarzán y su partida hicieron un alto para cazar.

—¡Ha llegado otro hombre blanco! —anunció el salvaje al jefe sentado en cuclillas ante la entrada de su choza circular—. Otro hombre blanco, acompañado de muchos guerreros. Ha venido en una gran canoa de guerra para matar y robar como hizo el de la barba negra que acaba de dejarnos.

Kaviri se puso en pie de un salto. Había saboreado recientemente la medicina del hombre blanco y su corazón salvaje rebosaba amargura y odio. Segundos después, el redoble de los tambores de guerra empezó a difundirse desde la aldea, llamando a los cazadores de la floresta y a los labradores de los campos de cultivo.

Se botaron siete canoas de guerra, a cuyos remos se pusieron tripulantes adornados con plumas y pinturas de guerra. Largos venablos sobresalían de las embarcaciones mientras éstas se deslizaban silenciosamente por la superficie, impulsadas por músculos poderosos que el esfuerzo henchía bajo la piel de ébano.

Había dejado de resonar el *tam tam* de los tambores y tampoco

atravesaban el aire las notas de los cuernos, porque Kaviri era un guerrero experto y no tenía la menor intención de correr riesgos, si podía evitarlo. Sus siete canoas se desplazarían sin hacer ruido, caerían por sorpresa sobre la única embarcación del hombre blanco y antes de que las armas de fuego de éste pudiesen infligir muchas bajas a su pueblo, la superioridad numérica de las fuerzas de Kaviri habrían derrotado en toda la línea al enemigo.

La embarcación de Kaviri iba en cabeza, destacada unos metros de las demás y, al doblar una curva del río, donde la corriente se convertía en rápido, Kaviri encontró inopinadamente ante sí lo que buscaba.

Las dos canoas estaban tan cerca una de otra que el negro sólo tuvo tiempo de ver fugazmente el rostro del hombre blanco que iba en la proa de la embarcación que avanzaba hacia la suya. Al instante, ambos bateles entraron en contacto y los hombres de Kaviri se pusieron en pie, empezaron a chillar como demonios que se hubieran vuelto locos y agitaron los venablos amenazando con ellos a los ocupantes de la canoa enemiga.

Pero un momento después, cuando Kaviri tuvo ocasión de comprobar la clase de tripulación que llevaba la canoa del hombre blanco, hubiera dado todos los abalorios y todo el alambre de hierro que poseía a cambio de verse a salvo en su distante aldea. Apenas las dos embarcaciones estuvieron una junto a otra, del fondo de la del hombre blanco se levantaron los aterradores monos de Akut, empezaron a emitir gruñidos y rugidos, alargaron sus peludos brazos, agarraron los venablos que empuñaban los guerreros de Kaviri y se los arrancaron de las manos.

El pánico se apoderó de los negros, pero lo único que podían hacer era luchar. Llegaron rápidamente las demás canoas de guerra. Sus ocupantes ardían en deseos de entrar en combate, al creer que tenían que entendérselas con hombres blancos y sus porteadores indígenas.

Se arremolinaron en torno a la embarcación de Tarzán, pero al ver el tipo de enemigo que les plantaba cara, dieron media vuelta y remaron a toda velocidad río arriba. Los ocupantes de una que se habían acercado precipitadamente al batel del hombre-mono se percataron demasiado tarde de que sus compañeros tenían que entendérselas con demonios y no con hombres. Cuando la embarcación indígena tomó contacto con la de Tarzán, el hombre-mono dirigió unas palabras en voz baja a Sheeta y a Akut. Antes de que los guerreros suspendieran el ataque y emprendiesen la retirada, una enorme pantera soltó su espeluznante rugido y cayó sobre ellos. Al mismo

tiempo, en el otro extremo de la embarcación de los negros ponía pie un gigantesco simio. En la proa, el felino causó una devastación pavorosa con sus desgarradoras zarpas y sus largos y afilados colmillos, mientras que en la parte de popa, Akut hundía sus amarillentos incisivos en la garganta de cuantos se ponían a su alcance y lanzaba por la borda a los empavorecidos negros que encontraba en su camino hacia el centro de la embarcación.

Kaviri estaba tan agobiado haciendo frente a los diablos que habían invadido su propia canoa que no podía prestar ayuda alguna a los guerreros de la otra embarcación. Un gigantesco demonio blanco le había arrebatado el venablo de las manos, con una tremenda facilidad, como si él, el poderoso Kaviri, fuese un niño de pecho. Aquellos monstruos cubiertos de pelo estaban derrotando a sus guerreros y un jefe negro, como él mismo, luchaba hombro con hombro con los espantosos combatientes del bando enemigo.

Kaviri luchó bravamente contra su antagonista; se daba cuenta de que la muerte le reclamaba y que lo mejor que podía hacer era vender su vida lo más cara posible. No tardó en resultarle evidente que, aunque se esforzara al máximo, todo su denuedo era inútil frente a la agilidad y el poderío sobrehumano de aquella criatura que no tardó en encontrar su garganta y derribarlo sobre el fondo de la canoa.

A Kaviri empezó a darle vueltas la cabeza —las cosas se tornaron confusas y borrosas ante sus ojos— y notó un dolor agudo en el pecho mientras jadeaba penosamente para recuperar el aliento de la vida que lo que tenía encima le estaba arrebatando para siempre. Luego perdió el conocimiento.

Al abrir de nuevo los ojos descubrió, con gran sorpresa, que no estaba muerto. Yacía fuertemente ligado en el fondo de su propia canoa. Una impresionante pantera, sentada sobre sus cuartos traseros, no le quitaba ojo.

Kaviri se estremeció, volvió a cerrar los párpados, convencido de que aquella feroz criatura iba a abalanzarse sobre él de un momento a otro y lo arrancaría definitivamente de la angustia de aquel terror.

Al cabo de un momento, en vista de que los despedazadores colmillos no desgarraban su cuerpo tembloroso, se aventuró a abrir otra vez los ojos. Un poco más allá de la pantera vio arrodillado al gigante blanco que le había vencido.

El hombre manejaba un remo e, inmediatamente detrás de él, Kaviri vio a varios de sus guerreros remando también de forma parecida a como lo

hacía el hombre blanco. Y un poco más allá varios de aquellos monos peludos estaban sentados en cuclillas.

Al ver que el prisionero había recuperado el sentido, Tarzán se dirigió a él.

—Tus guerreros me han dicho que eres el jefe de un pueblo numeroso y que te llamas Kaviri.

—Sí —confirmó el negro.

—¿Por qué me atacaste? Vine en son de paz.

—Otro hombre blanco vino también «en son de paz» hace tres lunas —repuso Kaviri— y después de que le regaláramos una cabra, mandioca y leche, nos apuntó con sus armas de fuego y mató a muchos miembros de mi pueblo. Luego se llevó todas nuestras cabras y a muchos de nuestros jóvenes, hombres y mujeres.

—Yo no soy ese otro hombre blanco —replicó Tarzán—. No te hubiera causado el menor daño de no haberme atacado tú. Háblame de ese individuo, ¿qué aspecto tenía la cara de ese mal hombre? Ando a la búsqueda de uno que me ha afrentado. Es posible que se trate de la misma persona.

—Era un hombre de rostro vil, cubierto por una gran barba negra. Un hombre perverso, muy perverso… Sí, realmente malvado.

—¿Llevaba consigo un niño blanco? —preguntó Tarzán, y su corazón casi dejó de latir mientras esperaba la respuesta del indígena.

—No, *bwana* —contestó Kaviri—, el niño blanco no iba con ese hombre… Estaba en la otra partida.

—¡Otra partida! —exclamó Tarzán—. ¿Qué otra partida?

—La que iba persiguiendo el hombre blanco muy malvado. La formaban un hombre, una mujer y un niño, todos blancos, y seis porteadores mosulas. Pasaron río arriba tres días antes de que apareciese el hombre blanco muy malvado. Creo que huían de él.

¿Un hombre, una mujer y un niño blanco? Tarzán estaba perplejo. El niño debía de ser su pequeño Jack, pero ¿quién podía ser la mujer?… ¿Y quién podía ser el hombre? ¿Cabía la posibilidad de que uno de los cómplices de Rokoff se hubiese puesto de acuerdo con alguna mujer —una mujer que estuviese conjurada con el ruso— para quitarle el niño a Rokoff?

Si ese era el caso, sin duda tenían el propósito de regresar a la civilización con el niño, dispuestos a pedir una recompensa o a seguir reteniendo a Jack hasta que obtuvieran un rescate a cambio de liberar al

pequeño.

Pero ahora que Rokoff los había localizado y los perseguía Ugambi arriba, hacia el interior del continente, era casi seguro que tarde o temprano iba a alcanzarlos, a menos que los caníbales de la zona alta del río se le adelantasen, capturaran a la partida y mataran a sus integrantes. Precisamente los caníbales a los que Rokoff —de eso estaba convencido Tarzán— pretendía entregar el niño.

Mientras hablaba con Kaviri, las canoas seguían avanzando río arriba, hacia el poblado del jefe negro. En las tres, los guerreros de Kaviri accionaban los remos, al tiempo que lanzaban empavorecidas miradas de soslayo a sus aterradores pasajeros.

En la escaramuza habían muerto tres de los monos de Akut, pero quedaban vivos ocho, contando a Akut, y luego estaban Sheeta, la pantera, Tarzán y Mugambi.

Los guerreros de Kaviri pensaban que en su vida habían visto una tripulación más aterradora que aquella. Todos temían que en cualquier momento algunas de tales fieras se abalanzarían sobre ellos y los despedazarían.

Lo cierto era que todos los esfuerzos de Tarzán, Mugambi y Akut, apenas eran suficientes para evitar que aquellas bestias gruñonas y perversas por naturaleza la emprendiesen con los negros de reluciente cuerpo desnudo que les rozaban al mover los remos y cuyo miedo era un adicional aliciente provocador para los antropoides.

En el campamento de Kaviri, Tarzán se detuvo sólo el tiempo preciso para tomar los alimentos que le suministraron los negros y llegar a un acuerdo con el jefe, al que pidió una docena de remeros que impulsaran la canoa.

Con tal de que el hombre-mono se marchara de allí cuanto antes, desapareciendo con su espeluznante tripulación, Kaviri accedió de mil amores a cuantas peticiones le hizo Tarzán. Sin embargo, una cosa era prometer y otra muy distinta persuadir a sus súbditos de que debían colaborar: en cuanto tuvieron noticia de las intenciones del jefe, los que no habían huido a la selva se apresuraron a hacerlo sin perder un segundo, de modo que, cuando Kaviri volvió al lugar donde debían encontrarse los destinados a acompañar a Tarzán, el jefe negro se encontró con que el único miembro de la tribu que quedaba en la aldea era él.

Tarzán no pudo contener la sonrisa.

—Parece que no les entusiasma la idea de acompañarnos —comentó—, pero quédate aquí quieto, Kaviri, y no tardarás en ver cómo tu pueblo vuelve en tropel a tu lado.

El hombre-mono se levantó, convocó a sus huestes, ordenó a Mugambi que permaneciese junto a Kaviri y luego desapareció en la jungla, con Sheeta y los monos pisándole los talones.

Durante media hora, el silencio de la ominosa selva sólo se vio quebrantado por los rumores normales de la vida que se desarrollaba allí, pequeños ruidos que aumentaban todavía más su abrumadora soledad. Kaviri y Mugambi aguardaron solos en el interior de la empalizada de la aldea.

Al cabo de un momento se oyó un alarido sobrecogedor, que llegaba de muy lejos, en el que Mugambi reconoció el grito de desafío del hombre-mono. De inmediato, en distintos puntos del horizonte vegetal se elevó un horroroso semicírculo de aullidos y chillidos, subrayado de vez en cuando por el escalofriante rugido de una pantera hambrienta.

CAPÍTULO VII

TRAICIONADO

LOS dos indígenas, Kaviri y Mugambi, sentados ante la entrada de la choza del jefe de la aldea, intercambiaron una mirada… En los ojos de Kaviri había una mal disimulada expresión de alarma.

—¿Qué es eso? —musitó.

—*Bwana* Tarzán y su hueste —respondió Mugambi—. Pero no sé qué están haciendo, a menos que se dediquen a devorar a los hombres de tu tribu que huyeron de aquí.

Un escalofrío sacudió a Kaviri y sus ojos se desviaron hacia la jungla. En toda su larga vida en aquella floresta silvestre era la primera vez que oía aquel clamoreo terrible y sobrecogedor.

El estruendo fue acercándose paulatinamente, y en él se mezclaban de vez en cuando aterradores gritos de hombres, mujeres y niños. Durante veinte largos minutos se mantuvo aquel concierto de chillidos que helaban la sangre, hasta que parecieron sonar a un tiro de piedra de la estacada del poblado. Kaviri se incorporó, presto para emprender la huida, pero Mugambi le agarró y le retuvo allí, ya que tal había sido la orden que le dio Tarzán.

Instantes después salió de la jungla una masa de aterrorizados indígenas, que volaron a refugiarse dentro de sus chozas. Corrían como ovejas asustadas y tras ellos, acuciándolos como un par de pastores pudieran dirigir su rebaño, aparecieron Tarzán, Sheeta y los intimidadores simios de Akut.

Pronto estuvo Tarzán ante Kaviri. La acostumbrada y tranquila sonrisa curvaba los labios del hombre-mono.

—Tu pueblo ha vuelto, hermano —dijo—, y ahora puedes seleccionar a los que van a acompañarme a los remos de mi canoa.

Tembloroso e inseguro, Kaviri se puso en pie y llamó a su gente, ordenándoles que salieran de las chozas. Pero nadie respondió a su

convocatoria.

—Diles —indicó Tarzán— que si no vienen voluntariamente, enviaré a mi gente a buscarlos.

Kaviri hizo lo que se le sugería y, al instante, la población en peso de la aldea se presentó allí, desorbitados por el miedo unos ojos que iban de una a otra de las salvajes criaturas que los observaban atentas, para impedir que cualquier indígena se escabullese y abandonara la calle del poblado.

Kaviri se apresuró a elegir doce guerreros para que acompañasen a Tarzán. Los pobres individuos designados se quedaron casi blancos de terror ante la perspectiva de verse en contacto directo con la pantera y los simios en los angostos confines de la canoa. Pero cuando Kaviri les hizo comprender que no tenían escapatoria —que *bwana* Tarzán los perseguiría con su implacable tropa de monos si intentaban eludir su obligación— se avinieron de mala gana, bajaron con gesto hosco al río y ocuparon sus puestos en la canoa.

El jefe de aquellos negros soltó un suspiro de alivio cuando vio desaparecer la embarcación al doblar la curva que trazaba el río a corta distancia, corriente arriba.

A lo largo de tres jornadas, aquella extraña patrulla se fue adentrando cada vez más en el corazón del territorio salvaje situado a ambas márgenes del casi totalmente inexplorado Ugambi. Tres de los doce guerreros desertaron en el curso de esos tres días, pero como algunos simios se habían impuesto por fin en el manejo de los remos, a Tarzán no le descorazonó en absoluto la pérdida de los tres individuos.

En realidad, hubieran adelantado más yendo por tierra, caminando paralelamente a la orilla del río, pero el hombre-mono creía que si mantenía a su dotación a bordo de la canoa el mayor tiempo posible le resultaría más fácil dominar a aquella tropa. Desembarcaban dos veces al día para cazar y comer, y por la noche dormían en la orilla, en tierra firme, bien en el continente, bien en alguna de las islas que salpicaban el río.

Al verlos aparecer, los indígenas de la región huían alarmados, de forma que sólo encontraban a su paso aldeas desiertas. Tarzán estaba deseando entrar en contacto con alguno de los salvajes establecidos en las márgenes del río, pero hasta entonces no le había sido posible lograrlo.

Por último, decidió echar pie a tierra. Su cuadrilla le seguiría en la canoa, pero a cierta distancia. Explicó a Mugambi sus planes y le dijo a Akut que obedeciera las instrucciones del negro.

—Me reuniré con vosotros dentro de unos días —explicó—. Ahora me adelantaré para averiguar qué ha sido del muy malvado hombre blanco al que estoy buscando.

En el siguiente alto de la canoa, Tarzán saltó a tierra, se alejó con paso vivo y su patrulla lo perdió en seguida de vista.

Las primeras aldeas a las que llegó también estaban desiertas, lo que demostraba que la noticia de la llegada de su expedición había corrido como un reguero de pólvora. Pero hacia el atardecer avistó un lejano conjunto de chozas con tejado de paja, en un recinto protegido por una burda estacada y dentro del cual había un par de centenares de indígenas.

Las mujeres preparaban la cena cuando Tarzán de los Monos se cernió sobre ellas de pie en la enramada de un árbol gigantesco cuyo follaje se extendía en un punto por encima de la empalizada.

El hombre-mono no tenía la menor idea acerca del modo de comunicarse con aquellas personas sin asustarlas ni provocar en ellas el ánimo belicoso que las inclinaba a atacarle. No deseaba combatir, ya que tenía una misión mucho más importante que ponerse a pelear con cuantas tribus el azar pusiera en su camino.

Por último, se le ocurrió un plan y, tras cerciorarse de que no podían verle desde abajo, emitió unos cuantos gruñidos sordos a imitación de una pantera. Instantáneamente, todas las miradas se elevaron hacia el follaje de las alturas.

Empezaba a oscurecer y los ojos de los indígenas no pudieron atravesar la pantalla de ramas y hojas que protegía a Tarzán. En cuanto hubo despertado la atención general, alzó la voz y lanzó un grito estridente, el más espantoso rugido de la fiera a la que personificaba. Luego, sin alterar una sola hoja de la enramada, se dejó caer en el suelo, por la parte de fuera de la empalizada, y con la rapidez del gamo rodeó ésta rumbo al portón de la aldea.

Una vez allí, golpeó violentamente los troncos de árbol joven atados con fibras que constituían la barrera y dirigió la palabra a los indígenas, a los que dijo a voces que era un amigo y que les pedía comida y techo para pasar la noche.

Tarzán conocía muy bien la naturaleza y el carácter del negro. Tenía la certeza de que el gruñido y el rugido que Sheeta dejó oír en el árbol les había puesto al borde del ataque de nervios y que los golpes que él acababa de dar en la empalizada, cuando ya era de noche, habrían añadido a su

espíritu una buena dosis adicional de terror.

El que nadie respondiera a sus gritos no extrañó en absoluto al hombre-mono, porque a los nativos les amedrenta cualquier cosa que surja en la noche en la parte exterior de sus empalizadas y siempre la atribuyen a algún demonio o a algún visitante fantasmal. Pese a todo, Tarzán siguió llamándolos.

—¡Dejadme entrar, amigos! —gritó—. Soy un hombre blanco que persigue al muy malvado hombre blanco que pasó por aquí hace unos días. Le persigo para castigarlo por las maldades que ha cometido contra vosotros y contra mí.

»Si dudáis de mi amistad os haré una demostración de ella: subiré al árbol y expulsaré a Sheeta obligándola a volver a la selva antes de que se abalance sobre vosotros. Si prometéis dejarme entrar y tratarme como amigo impediré que Sheeta siga rondando por aquí y os devore.

Reinó el silencio durante unos segundos. Después, la voz de un anciano quebró la quietud de la calle de la aldea.

—Si realmente eres un hombre blanco y un amigo, te dejaremos entrar. Pero antes tienes que alejar a Sheeta de aquí.

—Muy bien —respondió Tarzán—. Escuchad y oiréis cómo huye Sheeta ante mi presencia.

El hombre-mono regresó velozmente al árbol. En esa ocasión produjo gran alboroto al penetrar en la enramada, al tiempo que gruñía ominosamente, tal como lo hubiese hecho una pantera. Era cuestión de que los indígenas que permanecían abajo creyesen que el tremendo felino estaba allí todavía.

Cuando hubo avanzado por la enramada hasta situarse bastante dentro de la calle, armó un gran alboroto sacudiendo el árbol violentamente y ordenando a voz en grito a la supuesta pantera que se marchara de allí. Alternaba los gritos de su propia voz con gruñidos y rugidos propios de una fiera encolerizada.

Corrió después hacia la parte opuesta del árbol y se adentró en la selva, mientras simulaba choques resonantes contra los troncos de los árboles y repetía sus gruñidos de pantera, cada vez más débiles a medida que el animal se alejaba del poblado.

Al cabo de unos minutos, Tarzán volvió a presentarse en el portillo de la aldea y avisó a los indígenas del interior.

—Ya he ahuyentado a la pantera —anunció—. Salid ahora y dejadme

entrar; cumplid lo que habéis prometido.

Se oyó el rumor de voces que discutían acaloradamente dentro de la empalizada, pero al final media docena de guerreros se acercaron a abrir los portones. Escudriñaron el exterior con evidente alarma, abrumados por la ansiedad, temerosos de la clase de criatura que podía esperarles allí fuera. No se sintieron muy aliviados al ver a aquel hombre blanco casi desnudo; pero cuando Tarzán los tranquilizó, hablándoles en tono suave e insistiendo en sus alegaciones de amistad, abrieron la barrera un poco más y le admitieron en el recinto.

Una vez los portones cerrados y atrancados, los salvajes recobraron la confianza y Tarzán avanzó calle adelante, hacia la choza del jefe, rodeado por una nube de hombres, mujeres y niños que lo miraban con curiosidad.

Se enteró por el jefe de que Rokoff había pasado por allí, río arriba, una semana antes, que le crecían cuernos en la frente y que le acompañaban un millar de demonios. Posteriormente, el jefe añadió que era un hombre blanco muy malvado y que permaneció un mes en la aldea.

Aunque tales declaraciones no coincidían con las de Kaviri, quien dijo que el ruso se había marchado de su aldea sólo al cabo de tres días y que el número de los miembros de su cohorte era sensiblemente inferior, a Tarzán no le sorprendieron lo más mínimo las discrepancias de ambos relatos, ya que estaba familiarizado con los esquemas mentales de los indígenas y la forma en que funcionaba su cerebro.

Lo verdaderamente interesante para él era saber que se encontraba en la buena pista y que ésta llevaba al interior. Sabía que, en tales condiciones, era prácticamente imposible que Rokoff se le escapara.

Tras varias horas de interrogatorio y contra interrogatorio, el hombre-mono averiguó que otra expedición había precedido en varios días a la del ruso. La formaban tres blancos —un hombre, una mujer y un niño— y varios mosulas.

Tarzán explicó al jefe que su gente, la del hombre-mono, marchaba tras él, en una canoa, era probable que llegasen al día siguiente, y que aunque él, Tarzán, continuaría la marcha por delante de ellos, el jefe no tendría nada que temer, siempre y cuando los recibiera amablemente, sin manifestarle miedo alguno, porque Mugambi se encargaría de que no hicieran el menor daño al pueblo del jefe, si éste les brindaba una bienvenida amistosa.

—Y ahora —concluyó—, voy a echarme a dormir debajo de ese árbol.

Estoy muy cansado. No permitas que nadie me moleste.

El jefe le ofreció su propia choza, pero Tarzán, que ya tenía su experiencia respecto a las viviendas de los negros, prefería dormir al raso. Además, tenía otros planes, que podría cumplir mucho mejor si se quedaba debajo del árbol. Alegó la excusa de que deseaba estar preparado, por si acaso a Sheeta le daba por volver, explicación que fue suficiente para que el jefe se sintiera más que satisfecho y accediera encantado a dejarle dormir al pie del árbol.

A Tarzán siempre le había dado un resultado estupendo dejar a los indígenas la impresión de que poseía, hasta cierto punto, facultades más o menos milagrosas. Podía haber entrado en la aldea sin recurrir a los portones, pero creía que desaparecer de pronto, inexplicablemente, cuando ya estaba a punto de emprender la marcha, estamparía una impresión más duradera en los infantiles cerebros de aquellos nativos, de forma que en cuanto reinó el silencio en el poblado, se levantó sin hacer ruido, saltó a las ramas del árbol que se extendían sobre su cabeza y se desplazó calladamente para desaparecer en el negro misterio nocturno de la jungla.

El hombre-mono se pasó el resto de la noche saltando velozmente de un árbol a otro, por los niveles medio y alto de la enramada. En las zonas favorables, prefería las ramas superiores de los árboles gigantes, porque el espacio estaba allí más despejado y, por ende, los rayos de la luna lo iluminaban mejor. Pero sus sentidos estaban tan acostumbrados a aquel mundo torvo en el que había nacido y se había criado que, incluso en la parte inferior, cerca del suelo, donde reinaban las negruras de las sombras, le era posible moverse con facilidad y rapidez.

Cualquiera de nosotros, tú o yo, no pasearíamos por la calle Mayor, por la Gran Vía o por la avenida principal de nuestra ciudad ni con una décima parte de la soltura o rapidez con que el ágil Tarzán recorría aquellos oscuros laberintos en los que nosotros nos hubiéramos perdido sin remedio.

Al amanecer hizo un alto para comer. Luego durmió unas horas y hacia el mediodía reemprendió la persecución.

Se tropezó con indígenas en dos ocasiones y, aunque le costó una barbaridad acercarse a ellos, abordarlos y entablar conversación, en cada caso logró calmar los temores y las intenciones belicosas de los negros, que en principio siempre se mostraban dispuestos a atacarle. Con todo, obtuvo la información de que estaba en el buen camino, de que seguía sobre la pista del ruso.

Dos jornadas después, aún Ugambi arriba, llegó a un poblado de cierta importancia. El jefe, un sujeto de aire siniestro, con la afilada dentadura que suele identificar al caníbal, recibió a Tarzán en aparente tono amistoso.

El hombre-mono estaba exhausto y había decidido descansar aquella noche ocho o diez horas, para sentirse fresco y rebosante de energías cuando alcanzase a Rokoff, lo que estaba seguro iba a ocurrir en un plazo de tiempo muy corto.

El jefe le dijo que el hombre blanco barbudo se había ido del poblado la mañana anterior e indicó a Tarzán que sin duda lo alcanzaría en seguida. El jefe declaró también que no había visto ni oído señal alguna de la otra expedición.

A Tarzán no le gustaron ni la catadura ni los modales del individuo que, si bien daba la sensación de mostrarse bastante cordial, parecía sentir cierto desprecio por el hombre blanco medio desnudo que llegaba sin ningún acompañante y que no le ofrecía presente alguno. Sin embargo, el hombre-mono necesitaba el descanso y la comida que en el poblado podía conseguir con menos esfuerzo que en la selva y, como no temía a los hombres, ni a las fieras, ni a los diablos, se acurrucó a la sombra de una choza y no tardó en quedarse dormido.

Casi inmediatamente después de despedirse de Tarzán, el jefe llamó a dos de sus guerreros y les transmitió una serie de instrucciones en tono cuchicheante. Apenas transcurridos unos instantes, los lustrosos y negros cuerpos de los guerreros corrían a lo largo del río, corriente arriba, en dirección este.

En la aldea, el jefe mantuvo una absoluta quietud. No estaba dispuesto a permitir que nadie se aproximara al dormido visitante, ni que uno solo de sus súbditos cantase o hablara en voz alta. Ponía un notable y solicito cuidado en evitar que alguien molestase al huésped.

Tres horas después, varias canoas aparecieron descendiendo silenciosamente por el Ugambi. Dotaciones de musculosos negros las impulsaban rápidamente. En la orilla del río, el jefe erguía su figura, con el venablo levantado en posición horizontal por encima de la cabeza, como si aquel gesto fuese en cierto modo una señal concertada de antemano con los que iban en las embarcaciones.

Y realmente ese era el objetivo de su actitud. Con ella indicaba que el forastero blanco que estaba en la aldea dormía apaciblemente.

En la proa de dos de los bateles iban los emisarios que el jefe había enviado tres horas antes. Era obvio que los había despachado para que avisaran a aquella partida y le indicaran que debía volver, y que la señal del jefe, situado en la orilla, se había convenido previamente con los

mensajeros, antes de que éstos abandonaran la aldea.

Al cabo de un momento, las embarcaciones atracaban en la ribera cubierta de vegetación. Los guerreros indígenas echaron pie a tierra y, con ellos, media docena de hombres blancos. Eran individuos ceñudos, de aspecto torvo y desagradable, aunque ninguno más siniestro que el sujeto de negra barba y semblante diabólico que los capitaneaba.

—¿Dónde está el hombre blanco que tus emisarios me han dicho tienes contigo? —preguntó al jefe de la aldea.

—Por aquí, *bwana* —indicó el indígena—. Me he encargado de que nadie hiciese el menor ruido en la aldea, a fin de que el hombre blanco continuase dormido cuando tú vinieses. No sé si es el que te busca para causarte daños, pero me ha hecho muchas preguntas acerca de tus idas y venidas, y su apariencia coincide con la de la persona a la que me describiste, pero que creías incomunicada en ese territorio que llamas Isla de la Selva y del que no podía escapar.

»De no contarme tú esos detalles, no le hubiera reconocido, y entonces seguramente te habría seguido y te habría matado. Si es amigo y no enemigo, no te habrá hecho ningún daño, *bwana*, pero si resulta que es enemigo, me gustaría mucho contar con un fusil y unos cuantos cartuchos.

—Te has portado bien —aprobó el hombre blanco— y tendrás tu fusil y tus municiones, tanto si es amigo como si es enemigo, siempre y cuando me seas fiel.

—Estaré a tu lado, *bwana* —aseguró el jefe—. Ahora ven a ver al desconocido, que duerme dentro de mi poblado.

Dicho lo cual, dio media vuelta y encabezó la marcha hacia la choza a cuya sombra Tarzán seguía entregado pacíficamente al sueño.

Tras los dos hombres iban los restantes blancos y una veintena de guerreros; pero el índice del jefe, así como el de su acompañante, ambos cruzados sobre los labios, impusieron el silencio general.

Al dar la vuelta a la choza, cautelosamente y de puntillas, una repulsiva sonrisa apareció en los labios del hombre blanco en cuanto sus ojos descendieron sobre la figura gigantesca del dormido Tarzán.

El jefe lanzó una mirada interrogadora al hombre de la barba. Éste asintió con la cabeza, indicando así que el jefe no se había equivocado en sus suposiciones. Luego se volvió hacia los que estaban a su espalda y señalando al durmiente, les indicó que lo cogieran y lo ataran.

Segundos después, una docena de bestiales individuos caían sobre el

desprevenido Tarzán. Cumplieron su tarea con tal celeridad y eficacia que el hombre-mono se vio firmemente ligado antes de que pudiera intentar el menor esfuerzo para zafarse de sus asaltantes.

Luego le tumbaron de espaldas, boca arriba, y al levantar la mirada hacia el grupo congregado a su alrededor, los ojos de Tarzán tropezaron con el malévolo semblante de Nicolás Rokoff.

Una mueca burlona decoraba los labios del ruso. Se acercó a Tarzán.

—¡Cerdo! —vituperó—. ¿Es que todavía no se te ha metido en la cabeza el mínimo de cordura que se necesita para mantenerse apartado de Nicolás Rokoff?

Propinó un brutal puntapié en pleno rostro al hombre tendido en el suelo.

—Es mi saludo de bienvenida —dijo. Añadió a continuación—: Esta noche, antes de que mis etíopes te devoren, te explicaré con pelos y señales lo que les ha ocurrido ya a tu esposa y a tu hijo, y los planes que tengo para su futuro.

CAPÍTULO VIII

LA DANZA DE LA MUERTE

A TRAVÉS de las tinieblas con que la noche envolvía a la exuberante y enmarañada vegetación de la jungla, un enorme cuerpo elástico avanzaba ondulante y silenciosamente sobre la suavidad almohadillada de sus patas. Sólo dos puntitos centelleantes de color amarillo verdoso relucían de vez en cuando, al reflejar la luz de la luna ecuatorial, cuando los rayos de ésta atravesaban el susurrante dosel de la arboleda agitada por el viento nocturno.

A veces, la fiera se detenía, alzaba el hocico y olfateaba el aire indagadoramente. En otras ocasiones efectuaba una breve incursión por las ramas de los árboles y eso retrasaba momentáneamente su invariable marcha hacia el este. La sensible pituitaria del felino captó el sutil e invisible efluvio de innumerables criaturas de cuatro patas, cuya presencia por las cercanías era una tentación que acentuaba las protestas que el hambriento estómago despedía en forma de estímulo hacia las entreabiertas fauces.

Pero luego continuaba su camino, sin hacer caso de los pinchazos de un apetito que en otra circunstancia hubiese impulsado a los vibrantes músculos rematados por afiladas uñas a entrar en acción y acabar hundiéndose en alguna blanda garganta.

La fiera mantuvo su marcha solitaria durante toda la noche y al día siguiente hizo un alto sólo para cobrar una pieza nutritiva, que hizo pedazos y engulló entre sordos gruñidos, como si la prolongada falta de alimento la hubiese dejado medio muerta de hambre.

La noche había vuelto a dejar caer su manto de oscuridad cuando el felino llegó a la empalizada que rodeaba el gran poblado indígena. Como la sombra de una muerte silenciosa y rápida, dio una vuelta completa a la aldea, pegado el hocico al suelo, para acabar deteniéndose junto a la estacada, en un punto donde la parte trasera de varias chozas casi la

tocaban. Olfateó el aire durante unos segundos, ladeó un poco la cabeza y aguzó el oído, enhiestas las orejas.

Lo que percibió no hubiera podido captarlo ningún oído humano corriente, pero para los finísimos y delicados órganos sensitivos de aquel animal constituía un mensaje especialmente destinado a su salvaje cerebro. Se produjo una fantástica transformación en aquella masa estatuaria de músculos y huesos que un segundo antes parecía esculpida en bronce vivo.

Como impulsada por unos muelles de acero repentinamente sueltos, la fiera se elevó rauda y silenciosamente hasta el borde superior de la empalizada y desapareció, sigilosa como un gato, en el oscuro espacio situado entre la valla de troncos y la parte posterior de la choza lindante.

En la calle de la aldea, abierta un poco más allá, las mujeres encendían fogatas y llenaban de agua los calderos, porque aquella noche, dentro de muy poco, iba a celebrarse un gran banquete. Alrededor de un poste colocado cerca del centro del círculo de pequeñas hogueras conversaban un puñado de guerreros negros, con el cuerpo cruzado por una serie de anchas franjas grotescas, blancas, azules y ocres pintadas sobre la piel. En torno a los ojos y los labios, así como en el pecho y en el abdomen, habían trazado amplios círculos de colores, y de sus cabelleras embadurnadas con arcilla sobresalían plumas llamativas y largos trozos rectos de alambre.

La aldea se preparaba para el festín, mientras en una choza situada a un lado del escenario de la inminente orgía, la víctima del bestial apetito de los negros, atada de pies y manos, aguardaba tendida en el suelo a que llegase el fin. ¡Y menudo fin!

Tarzán tensaba sus poderosos músculos al objeto de forzar las ligaduras, pero los guerreros las habían reforzado, a instancias del ruso, por lo que ni siquiera el gigantesco poderío físico del hombre-mono era suficiente para aflojarlas.

¡La muerte!

Tarzán había visto muchas veces el rostro del Horrible Cazador, y siempre sonrió. Y sonreiría de nuevo aquella noche, cuando comprobase que el fin se aproximaba con rapidez. Pero ahora sus pensamientos no se centraban en su persona, sino que pensaba en los demás…, en los seres queridos a los que aguardarían espantosos sufrimientos cuando él muriese.

Jane nunca sabría cómo le sobrevino esa muerte. Tarzán daba por ello las gracias al Cielo, como también agradecía la circunstancia de que, al menos, su esposa estuviera a salvo en el corazón de una de las ciudades

más importantes del mundo. Sana y salva entre buenos y afectuosos amigos, que harían cuanto estuviese en su mano para aliviar su angustia.

¡Pero el chico!

Al pensar en el niño, una oleada de congoja anegó a Tarzán. ¡Su hijo! Y él —el poderoso señor de la jungla—, él, Tarzán, rey de los monos, el único ser del mundo capacitado para encontrar y salvar al chiquillo de los horrores que el diabólico cerebro de Rokoff había proyectado para la criatura, se veía atrapado como un animal estúpido e impotente. Iba a morir en cuestión de horas y con su muerte desaparecería la última oportunidad, la última esperanza de acudir en auxilio del niño.

En el transcurso de la tarde, Rokoff había ido a verle, a insultarle y a propinarle algún que otro golpe, pero el ruso no consiguió arrancar de los labios del gigante cautivo ni una palabra de protesta, ni un murmullo quejumbroso, ni un gemido de dolor.

De modo que Rokoff acabó por renunciar y reservarse aquel particular elemento de exquisita tortura mental para el último instante. Cuando, segundos antes de que los crueles venablos de los caníbales pusieran fin a los sufrimientos del objeto de su odio, el ruso tenía intención de informar a su enemigo del paradero de Jane, la esposa, que Tarzán creía a salvo en Inglaterra.

La oscuridad de la noche había caído sobre el poblado y a los oídos del hombre-mono llegaban los preparativos que se llevaban a cabo para la tortura y el banquete. Con los ojos de la imaginación, Tarzán podía contemplar la escena de la danza de la muerte…, porque la había presenciado muchas veces. Ahora él iba a ser el protagonista principal, la víctima atada al poste.

A Tarzán no le producía ningún temor el suplicio de la muerte lenta, mientras los guerreros giraban a su alrededor e iban cortándole trozos de carne con aquella diabólica habilidad suya, que mutilaba sin provocar la inconsciencia. Estaba acostumbrado al sufrimiento, a ver la sangre y a contemplar de cerca la muerte. Pero el deseo de vivir no era menos intenso en su interior y hasta que la última chispa de vida se hubiese consumido y apagado, todo su ser permanecería vivo, aferrado a la esperanza y a la determinación. Que el enemigo bajase un poco la guardia, que descuidase ligeramente la vigilancia y el astuto cerebro del hombre-mono, respaldado por sus fuertes músculos de gigante, encontraría la forma de escapar…, de huir y de vengarse.

Tendido allí, mientras se devanaba el cerebro desesperadamente, tratando de sopesar toda posibilidad de salvación, su agudo olfato percibió una emanación tenue y familiar. Al instante, se despertaron todas las facultades de su mente y se pusieron alerta. Sus adiestrados oídos captaron de inmediato el rumor, apenas apuntado, de la criatura silenciosa que se encontraba en el exterior… detrás de la choza en que él yacía.

Se movieron los labios de Tarzán y aunque a través de ellos no salió sonido alguno apreciable para el oído humano que pudiera encontrarse al otro lado de las paredes de su prisión, no por ello dejó de comprender el hombre-mono que el animal que se hallaba fuera del chamizo lo percibiría. Tarzán sabía ya quién era, porque su olfato le informó con tanta claridad como vuestros ojos o los míos nos habrían notificado la identidad de un viejo amigo que se presentase ante nosotros a plena luz del día.

Instantes después oyó el rumor suave que producía el roce de la sedosa piel de un cuerpo y el ruido de unos pies de planta acolchada que treparon por la barrera exterior que se alzaba detrás de la choza. Las uñas se aplicaron luego a las estacas que formaban la pared posterior del bohío y por la brecha así abierta pasó el enorme animal, cuyo húmedo hocico se oprimió contra la nuca de Tarzán. Era Sheeta, la pantera.

El felino emitió un prolongado gemido, en tono bajo, mientras olfateaba en todo su contorno el cuerpo del hombre-mono. El intercambio de ideas que podía desarrollarse entre ambos tenía un límite, por lo que Tarzán no estaba nada seguro de que Sheeta comprendiese lo que él intentaba comunicarle. Desde luego, la pantera veía que el hombre estaba atado e indefenso, pero que tal detalle imbuyese en el cerebro de Sheeta la indicación de que su amo se encontraba en peligro era algo que Tarzán no podía barruntar.

¿Qué había llevado a Sheeta hasta él? El hecho de que estuviese allí era un buen augurio respecto a lo que el felino podía conseguir, pero cuando Tarzán intentó inducir a Sheeta a roer las ligaduras, la pantera no pareció entender lo que el hombre-mono pretendía de ella y, en vez de aplicar los dientes a las cuerdas, lo que hizo fue lamer las muñecas y los brazos del prisionero.

Y entonces hubo una interrupción. Alguien se acercaba a la choza. Sheeta dejó escapar un sordo gruñido y se deslizó hacia la negrura del rincón más distante. Evidentemente, el visitante no oyó la advertencia del felino, porque entró en la choza casi al instante: un salvaje guerrero, alto y

desnudo.

Se llegó al costado de Tarzán y le pinchó con la punta de un venablo. De los labios del hombre-mono brotó un sonido extraño, sobrenatural y, en respuesta al mismo, de las tinieblas del punto más recóndito de la choza saltó una muerte envuelta en piel. La colosal fiera alcanzó al pintarrajeado indígena en pleno pecho; hundió las afiladas garras en la carne negra y clavó los dientes amarillentos en la garganta de ébano.

El guerrero lanzó un espantoso alarido de angustia y terror, al que se unió el sobrecogedor rugido desafiante de la pantera que mataba a su presa. Luego, silencio…, un silencio que sólo interrumpía el ruido de la carne sanguinolenta que se desgarraba y el crujido de los huesos del hombre que las poderosas mandíbulas de Sheeta quebrantaban implacables.

Toda aquella zarabanda impuso un repentino silencio en el recinto interior de la aldea. Después empezaron a sonar voces que intercambiaban preguntas y consultas.

Voces agudas, saturadas de terror, sobre las que se impuso la de la autoridad, cuando el jefe tomó la palabra y habló en tono bajo y profundo. Tarzán y la pantera oyeron el ruido de los pasos de numerosos hombres que se aproximaban y entonces, ante el asombro de Tarzán, el gigantesco felino se apartó del cuerpo que acababa de sacrificar y se deslizó sin hacer ruido por el boquete que había abierto poco antes para entrar en la choza.

El hombre-mono percibió el suave roce que dejó oír el cuerpo de Sheeta al pasar por encima de la empalizada; luego, reinó el silencio.

Percibió luego el ruido que producían los salvajes, que se acercaban a investigar. Llegaban por el otro lado de la choza.

Tenía pocas esperanzas de que la pantera volviese, puesto que, de haber querido defenderle contra los que se acercaban, habría permanecido a su lado al oír avanzar a los salvajes de fuera.

Tarzán sabía que el cerebro de los grandes carnívoros de la selva funcionaba de la manera más insólita, los había visto reaccionar de forma aterradora cuando se enfrentaban a una muerte segura y también sabía lo pusilánimes que podían mostrarse a veces ante una ligera provocación. Estaba absolutamente seguro de que los negros que se dirigían a la choza irradiaron alguna nota de vibrante pavor, la cual había encontrado eco en determinada fibra del sistema nervioso de la pantera, asustándola y remitiéndola a la selva, con el rabo entre las piernas.

El hombre-mono se encogió de hombros. Bueno, ¿qué más daba?

Esperaba morir y, al fin y a la postre, ¿qué hubiese podido hacer Sheeta por él, aparte de llevarse por delante a un par de enemigos, antes de que la abatieran los disparos de un rifle empuñado por alguno de los blancos?

¡Si el felino le hubiese librado de las ataduras! ¡Ah! Entonces, las cosas habrían sido muy distintas. Pero eso distaba mucho de la capacidad de comprensión de Sheeta. Ahora, el animal se había ido y Tarzán no tenía más remedio que despedirse definitivamente de toda esperanza.

Los indígenas se encontraban ya a la puerta de la choza. Desde el umbral, escudriñaron temerosamente el oscuro interior. Dos de los que iban en vanguardia llevaban una antorcha encendida en la mano izquierda, mientras la derecha empuñaba un venablo. Se echaban hacia atrás, medrosamente, contra los que se encontraban detrás, quienes los empujaban para que entrasen.

Los gritos de la víctima de la pantera, mezclados con los rugidos del gran felino, les habían dejado los nervios hechos unos zorros, y el espantoso silencio que reinaba en el lóbrego interior les parecía incluso más ominoso que los escalofriantes gritos anteriores.

A uno de los dos hombres a los que empujaban los demás se le ocurrió una idea feliz, que, sin tener que entrar en la choza, le permitiría ver la exacta naturaleza de la amenaza que acechaba en el silencioso interior. Arrojó con rápido movimiento la encendida antorcha al centro de la choza. Antes de que la tea se estrellase contra el suelo de tierra batida, su llama iluminó la estancia durante un segundo.

Allí seguía la figura del prisionero blanco, tan firmemente atado como la última vez que lo vieron, y, en medio de la choza, otra forma humana igualmente inmóvil, con la garganta y el pecho horriblemente desgarrados y destrozados.

El espectáculo que apareció ante los ojos de los indígenas que iban delante fue para su espíritu mucho más pavoroso que el que les hubiera producido la misma presencia de Sheeta, porque lo que veían no era más que el resultado de un ataque feroz sobre uno de sus hermanos.

Al no ver al causante físico de tal carnicería, su aterrada imaginación tuvo absoluta libertad para atribuirla a elementos sobrenaturales, idea que les hizo girar en redondo bruscamente y llenar el aire de alaridos de miedo, mientras tropezaban con los que estaban a su espalda y pugnaban por salir de la choza a toda velocidad, impulsados por la fuerza motriz de un miedo insuperable.

Durante una hora todo lo que oyó Tarzán fue el rumor de las voces nerviosas que llegaban del extremo de la aldea. Era obvio que los indígenas trataban de recuperar su zozobrante valor, al menos en la dosis suficiente para intentar de nuevo la entrada en la choza. De que era así daba fe el aullido salvaje que de vez en cuando soltaba alguno de ellos, el grito que suelen lanzar los guerreros para infundirse ánimos en el campo de batalla.

Sin embargo, al final, los primeros que entraron fueron dos hombres blancos, con antorchas y fusiles. A Tarzán no le extrañó lo más mínimo que ninguno de ellos fuese Rokoff. Hubiera apostado el alma a que ningún poder terrenal habría persuadido al cobarde ruso de plantar cara a la amenaza desconocida que se albergaba en la choza.

Cuando los indígenas comprobaron que nadie atacaba a los hombres blancos, se aglomeraron también en el interior y comentaron en voz baja, apagada por el terror, la impresión que les producía el cadáver mutilado de su compañero. Los blancos trataron infructuosamente de arrancar a Tarzán una explicación de lo sucedido. A sus preguntas, el hombre-mono respondió moviendo la cabeza negativamente, con una hosca sonrisa de suficiencia ondulando en sus labios.

Por último se presentó Rokoff.

El rostro se tomó blanco como la leche cuando sus ojos descendieron sobre el cadáver ensangrentado, que desde el suelo parecía dedicarle una mueca de horror espeluznante.

—¡Venga! —se dirigió al jefe—. Sigamos con lo nuestro y acabemos con este demonio antes de que tenga la oportunidad de repetir esto con algún otro miembro de tu pueblo.

El jefe ordenó que levantaran en peso a Tarzán y lo llevaran al poste; pero transcurrieron varios minutos antes de que pudiera imponerse a sus hombres y convencerlos para que tocasen al prisionero.

Al final, sin embargo, entre cuatro de los guerreros más jóvenes sacaron a Tarzán de la choza, a rastras, y una vez al aire libre, el manto del pánico pareció dejar de cubrir el corazón de los negros.

Una veintena de indígenas ululantes se entregaron con entusiasmo a la tarea de golpear y empujar al prisionero por la calle de la aldea, hasta el poste colocado en el centro del círculo de fogatas y calderos en los que hervía el agua.

Una vez lo tuvieron fuertemente amarrado, en la más absoluta incapacidad según todos los indicios, y sin la menor esperanza de ayuda,

las reducidas existencias de valor que tenía Rokoff parecieron multiplicarse como por arte de magia y el ruso sacó pecho, como solía hacer cuando no había ningún peligro por las cercanías.

Se fue hasta Tarzán, tomó el venablo que empuñaba uno de los indígenas y realizó la proeza de ser el primero en herir al indefenso hombre-mono. Un hilillo de sangre se deslizó por la lisa piel del gigante, descendiendo desde la abierta herida del costado, pero sus labios no exhalaron el más leve murmullo de dolor.

La sonrisa de desprecio que decoró su semblante enfureció al ruso. Profirió una sarta de juramentos y empezó a golpear al inmovilizado prisionero, propinándole una serie de salvajes puñetazos en el rostro y una lluvia de bárbaros puntapiés en las espinillas.

Después enarboló el venablo, dispuesto a atravesar el corazón de Tarzán de los Monos, que continuaba sonriéndole desdeñosamente.

Antes de que Rokoff tuviese tiempo de hundir el arma en el pecho de Tarzán, el jefe de la aldea se levantó como impulsado por un resorte y apartó al ruso de su víctima.

—¡Alto, hombre blanco! —gritó—. Si nos arrebatas a este prisionero y nos privas de nuestra danza de la muerte, es posible que ocupes tú su lugar.

La amenaza resultó efectiva a todo serlo y al ruso se le quitaron las ganas de seguir martirizando al prisionero, aunque, a cierta distancia, continuó dedicando pullas e improperios a Tarzán. Dijo que él mismo se comería el corazón del hombre-mono. Se extendió acerca de los horrorosos tormentos que sufriría en el futuro el hijo de Tarzán y manifestó que su venganza alcanzaría también a Jane Clayton.

—Crees que tu esposa se encuentra sana y salva en Inglaterra —silabeó Rokoff—. ¡Pobre imbécil! En este preciso instante se encuentra en poder de un hombre indecente e innoble por naturaleza, y desde luego a mucha distancia de Londres y de la protección de sus amigos. No tenía intención de decírtelo hasta que pudiese llevarte a la Isla de la Selva las pruebas del destino que la esperaba.

»Pero ahora que estás a punto de sufrir la muerte más inconcebiblemente espantosa que pueda administrarse a un hombre blanco, permíteme anunciarte los sufrimientos que le aguardan a tu esposa, para aumentar así los suplicios que vas a padecer antes de que el último venablo te libere de tu martirio.

Empezó entonces la danza y los gritos de los guerreros, que habían

iniciado sus giros alrededor del poste, sofocaron todos los intentos que hacía Rokoff para angustiar más a su víctima.

Los saltarines salvajes, sobre cuyos cuerpos pintados titilaban los resplandores de las llamas de las fogatas, daban vueltas en tomo al hombre blanco atado al poste.

En la memoria de Tarzán cobró vida una escena semejante, la que se había desarrollado cuando rescató a D'Arnot de idéntico sufrimiento, en el último segundo, en el instante en que la lanza definitiva iba a salir disparada para acabar con los padecimientos del teniente. ¿Quién acudiría ahora a rescatarle a él? En toda la faz de la tierra no había nadie que pudiera salvarle de la tortura y la muerte.

La idea de que aquellos diablos humanos le devorasen una vez dieran por concluida la danza no le produjo a Tarzán horror ni disgusto alguno. Tampoco añadía ningún sufrimiento adicional, como le hubiese ocurrido a un hombre blanco normal, porque a lo largo de toda su vida Tarzán había visto a las fieras de la selva devorar la carne de las piezas que cazaban.

¿No había peleado él mismo para hacerse con el nada agradable antebrazo de un simio colosal en el curso de aquel antiguo Dum Dum, cuando acabó con la vida del feroz Tubla y obtuvo su hornacina en el respeto de los monos de Kerchak?

Los danzarines saltaban ahora más cerca de Tarzán. Los venablos empezaban a encontrar su cuerpo con el prólogo de unos pinchazos a los que seguiría un alanceamiento más serio.

Aquello no duraría mucho. El hombre-mono anhelaba ya el último golpe de lanza que pondría fin a su angustia.

Y entonces, a lo lejos, en los laberintos profundos y enigmáticos de la jungla, resonó un rugido agudo y destemplado.

Los bailarines interrumpieron su danza unos segundos, y en medio del silencio de ese intervalo, de entre los labios del hombre blanco amarrado al poste brotó la respuesta de un alarido aún más terrible y pavoroso que el que había emitido la fiera en la selva.

Titubearon los negros; luego, apremiados por su jefe y por Rokoff, se precipitaron hacia adelante para concluir la danza y rematar a la víctima. Pero antes de que la punta de otro venablo llegase a tocar la morena piel del hombre-mono, un rayo de color rojizo y verdes pupilas que irradiaban tanta ferocidad como odio surgió por el hueco de la puerta de la choza en que Tarzán estuvo prisionero y en cuestión de segundos Sheeta, la pantera,

estuvo erguida, rugiente, al lado de su amo y señor.

Negros y blancos se quedaron instantáneamente paralizados por el terror; con los ojos fijos en los desnudos colmillos del felino de la jungla.

Sólo Tarzán vio a los otros seres que emergían del oscuro interior de la choza.

CAPÍTULO IX

¿NOBLEZA O VILLANÍA?

DESDE la portilla de su camarote a bordo del *Kincaid*, Jane Clayton vio cómo se llevaban en un bote a su marido hacia la playa de aquella Isla de la Selva cubierta de vegetación. Luego, el buque reanudó su travesía.

Durante varios días, la única persona a la que vio lady Greystoke fue Sven Anderssen, el taciturno y repelente cocinero del barco. Le preguntó el nombre del lugar en el que habían desembarcado a su marido.

—Craio qui pronto tindrimos incema un vindaval de mail dimoneos —respondió el sueco, y eso fue todo lo que la mujer pudo sacarle.

Jane había llegado a la conclusión de que lo único que el hombre sabía decir en inglés era eso, que pronto iban a tener encima un vendaval de mil demonios, así que dejó de incordiarle con la petición de ulteriores datos. Aunque nunca se olvidó de dirigirse a él con amabilidad ni de darle las gracias por la espantosa y nauseabunda bazofia que le llevaba.

Tres jornadas después del día en que abandonaron a Tarzán, el *Kincaid* ancló frente a la desembocadura de un gran río. Rokoff se presentó entonces en el camarote de Jane Clayton.

—Ya hemos llegado, querida —acompañó su anuncio con una mirada rebosante de malévolo sarcasmo—. Vengo a ofrecerle salvación, libertad y alivio. Me siento conmovido y lleno de arrepentimiento por lo que la he hecho sufrir y quisiera reparar el daño causado lo mejor que me sea posible.

»Su esposo era un salvaje… Usted lo sabe mejor que nadie, ya que lo encontró desnudo en la selva, entregado a una existencia silvestre y alternando con las fieras salvajes que eran sus compañeras. Ahora bien, yo soy un caballero, no sólo de sangre noble, sino que, además, mi educación es la propia de una persona de la clase alta.

»Le ofrezco, mi querida Jane, el amor de un hombre cultivado, así como la relación íntima con alguien instruido y refinado. Lo cual es algo

que sin duda ha echado usted de menos durante su convivencia con el pobre simio al que sin duda otorgó usted su mano en un arrebato infantil, impulsada tal vez por un encaprichamiento producto de su ingenuidad. La quiero, Jane. No tiene usted más que pronunciar el sí y se le habrán acabado todas las tribulaciones… Incluso recuperará a su hijo de inmediato, completamente ileso.

Ante la cerrada puerta, Sven Anderssen hizo una pausa con el almuerzo que llevaba para lady Greystoke. En el extremo de su larguirucho y enjuto cuello, la cabeza permanecía ladeada, los párpados se entrecerraban sobre los ojos y las orejas, tan elocuente era su actitud de espía subrepticio que no se pierde ripio, daban la impresión de estar inclinadas hacia adelante… Hasta su largo y desparramado bigote amarillento parecía asumir un aire de astucia sigilosa.

Cuando Rokoff culminó su declaración de amor y pasó a esperar la respuesta que solicitaba, la expresión del semblante de Jane Clayton, que empezó siendo de sorpresa, se trocó en auténtico gesto de repugnancia. Se estremeció asqueada ante las mismas narices de aquel individuo.

—No me habría extrañado lo más mínimo, señor Rokoff —dijo—, que hubiese intentado usted someterme por la fuerza a sus diabólicos deseos, pero me asombra que sea tan petulante como para suponer, por un segundo, que yo, esposa de John Clayton, podría caer voluntariamente en sus brazos, ni siquiera para salvar la vida. Es algo que jamás hubiese imaginado. Siempre he sabido que es un canalla, monsieur Rokoff, pero hasta ahora no tuve motivos para considerarle un majadero.

Los ojos de Rokoff se entornaron hasta que los párpados casi se rozaron, mientras el tono rojo subido de la mortificación teñía la palidez de su rostro. Avanzó un paso hacia la joven, amenazador.

—Al final, veremos quién es el majadero —siseó como una serpiente —, cuando la haya sometido a mi voluntad y cuando su plebeya obstinación yanqui le haya hecho perder cuanto ama en este mundo, incluida la vida de su hijo, porque, ¡por los huesos de san Pedro!, abandonaré los planes que tenía para ese mocoso y le trocearé el corazón ante los ojos de su madre. ¡Se va a enterar usted de lo que cuesta insultar a Nicolás Rokoff!

Jane Clayton volvió la cabeza con gesto cansino.

—¿Qué saca —dijo— con extenderse en las ruindades a que puede llegar inducido por su vengativa naturaleza? No va a impresionarme ni con

amenazas ni con la posibilidad de que las cumpla. Mi hijo no tiene todavía criterio para juzgar por sí mismo, pero yo, su madre, sí tengo la absoluta certeza de que, si sobreviviera hasta alcanzar la mayoría de edad, entonces sacrificaría muy gustoso su vida por el honor de su madre. Con todo el infinito cariño que le tengo, no compraría su vida a ese precio. Si lo hiciese, él maldeciría mi memoria hasta la hora de su muerte.

La cólera de Rokoff había alcanzado su punto máximo, al darse cuenta de su fracaso en el intento de reducir a la joven mediante el terror. Ahora sólo sentía odio hacia ella, porque su demente imaginación había concebido la idea de que, si pudiera obligarla a acceder a sus exigencias a cambio de la vida de ella y del niño, la copa de la venganza se llenaría hasta el borde, puesto que podría pavonearse por las capitales de Europa, presentando como amante suya a la esposa de lord Greystoke.

Se acercó de nuevo a Jane. La cólera y el deseo contraían las facciones de su perverso rostro. Se abalanzó sobre la muchacha como una fiera salvaje, le echó las manos a la garganta y la obligó a retroceder y caer de espaldas sobre la litera.

En aquel momento la puerta del camarote se abrió ruidosamente. Rokoff se puso en pie de un salto, giró en redondo y se encontró frente al cocinero sueco.

Los ojos del hombre, en los que normalmente había una expresión de zorro taimado, denotaban la más profunda idiotez. Abierta la boca, su mandíbula inferior estaba a tono con la absoluta imbecilidad del conjunto. Se entregó a la tarea de disponer la comida en la minúscula mesita colocada en un lado del camarote.

El ruso le fulminó con la mirada.

—¿Cómo te atreves —le increpó— a entrar aquí sin pedir permiso? ¡Fuera!

El cocinero proyectó sobre Rokoff la mirada de sus azules y acuosos ojos y esbozó una sonrisa lela.

—Craio qui pronto tindrimos incema un vindaval de mail dimoneos —articuló, y ordenó de nuevo los platos encima de la mesita.

—¡Sal de aquí en seguida, si no quieres que te eche a patadas, zoquete miserable! —rugió Rokoff, y dio un paso, amenazador, hacia el sueco.

Anderssen continuó con su estúpida sonrisa en los labios, de cara a Rokoff, pero una mano que parecía una zarpa se deslizó disimuladamente hacia el mango del largo cuchillo, que sobresalía del grasiento cordel que

sujetaba el sucio mandil.

A Rokoff no se le escapó el movimiento y juzgó sensato detenerse en seco. Luego se volvió hacia Jane Clayton.

—Le doy de plazo hasta mañana —dijo—, para que reconsidere la respuesta que ha de darme. Con un pretexto u otro, enviaré a tierra a toda la tripulación, y sólo permaneceremos en el barco usted, el niño, Paulvitch y yo. Entonces, sin que nadie pueda interrumpirnos, será usted testigo de la muerte del chiquillo.

Lo dijo en francés, a fin de que el cocinero no pudiera enterarse del funesto augurio de sus palabras. Y una vez pronunciadas, salió del camarote dando un portazo y sin dirigir una sola mirada más al hombre que con su irrupción había desbaratado el cumplimiento de sus pretensiones.

Cuando hubo salido, Sven Anderssen se volvió hacia lady Greystoke… La expresión de imbecilidad que antes enmascaraba su pensamiento se había volatilizado y su lugar lo ocupaba otra, astuta y pícara.

—Crie que soy tonto —dijo el sueco—. Piro il tonto is il. Intiendo il francís.

Jane Clayton le contempló sorprendida.

—¿Se ha enterado de lo que ha dicho, pues? Anderssen sonrió.

Apiusti a qui sí.

—¿Estaba escuchando lo que ocurría en el camarote y entró para protegerme?

—Iustid si ha portado muy bien conmeigo —explicó el cocinero—. In cambio, il mi trata como a ¡un pirro sarnoso. La ayudar!, siñora. Ispiri y virá… La ayudarí. Hi istado muchas vicis in la costa occeidintal.

—¿Pero cómo va a ayudarme, Sven, cuando todos esos hombres están contra nosotros? —preguntó Jane.

—Craio —articuló Sven Anderssen— qui pronto tindrimos incema un vindaval de mail dimoneos —y abandonó el camarote.

Aunque Jane Clayton no confiaba en las posibilidades que pudiera tener el cocinero de prestarle alguna ayuda material, le estaba no obstante profundamente agradecida por lo que ya había hecho en su favor. El hecho de que entre todos aquellos canallescos enemigos dispusiera de un amigo constituía un rayo de esperanza, un alivio que aligeraba la carga de aprensiones acumuladas durante la larga travesía del *Kincaid*.

Aquel día no volvió a ver a Rokoff. Ni a nadie más, hasta que se presentó Sven con la cena. Jane trató de entablar conversación para

sonsacarle acerca de los planes que pudiera tener el cocinero para ayudarla, pero todo lo que pudo arrancarle fue el estereotipado pronóstico atmosférico relativo a las futuras perspectivas del viento. El hombre pareció haber vuelto a caer de repente en aquel estado de espesa estupidez.

Sin embargo, cuando poco después se disponía a marchar con los platos vacíos, susurró en voz muy baja:

—Siga visteida y inrolli las mantas. Volvirí a buscarla dintro di muy poco.

Se hubiese deslizado fuera del camarote inmediatamente, pero Jane le retuvo cogiéndole por una manga.

—¿Y mi hijo? —preguntó—. No puedo irme sin él.

—Haga lo que yo li deigo —frunció Anderssen el ceño—. La estoy ayudando, así qui no mi vinga con inconvineintis.

Cuando salió el cocinero, Jane se dejó caer en la litera, completamente perpleja. ¿Qué podía hacer? Los recelos en cuanto a las intenciones del sueco se agolpaban en su cerebro como nubes de insectos. ¿No sería infinitamente peor su situación si se ponía en manos de aquel hombre?

No, peor que con Nicolás Rokoff no podía estar ni siquiera en compañía del mismísimo Satanás; al menos, el diablo tenía fama de ser un caballero.

Se juró una docena de veces que no abandonaría el *Kincaid* si no se llevaba consigo a su hijo. Sin embargo, continuaba vestida mucho tiempo después de la hora en que solía acostarse. Y tenía las mantas bien enrolladas y atadas con un sólido cordel cuando, alrededor de medianoche, se oyó un sigiloso rasgueo en el paño de la puerta, por la parte exterior.

La mujer cruzó la estancia con paso rápido y descorrió el pestillo. La puerta se abrió sin ruido y la embozada figura del sueco entró en el camarote. El cocinero llevaba un bulto en la mano, que evidentemente eran sus mantas. Alzó la otra mano y cruzó el dedo índice sobre los labios, gesto con el que ordenaba silencio.

Se acercó a Jane.

—Tomi isto —dijo—. Y no alboroti cuando lo via. Is siu heijo.

Ávidas manos cogieron el bulto que llevaba el cocinero y los brazos de una madre angustiada apretaron con su pecho a la dormida criatura, al tiempo que ardientes lágrimas de alegría se deslizaban por sus mejillas y todo su cuerpo se estremecía a causa de la emoción del momento.

—¡Vamos! —apremió Anderssen—. No hay timpo qui pirdir.

Se hizo cargo del rollo de mantas de Jane y, una vez fuera del camarote,

cogió el suyo. Luego encabezó la marcha hacia un costado del buque, ayudó a Jane a descender por la escala y sostuvo al niño en brazos mientras la muchacha llegaba al bote que aguardaba abajo. Un momento después, el cocinero cortaba la cuerda que mantenía a la barca amarrada al vapor. Luego se inclinó sobre los remos, que tenían las palas recubiertas de lona para sofocar el chapoteo, y la barca se alejó hacia las sombras que envolvían el río Ugambi, para seguir después aguas arriba.

Anderssen remaba como si estuviera seguro de la ruta por la que navegaba y cuando, al cabo de media hora, la luna atravesó la capa de nubes, su claridad les permitió comprobar que tenían a la izquierda un afluente que desembocaba en el Ugambi. El sueco desvió la proa de la barca en dirección al estrecho cauce del río tributario.

Jane se preguntó si sabría el hombre a dónde iba. La muchacha ignoraba que, en su condición de cocinero del *Kincaid*, aquel mismo día le habían llevado a golpe de remo hasta una aldea, río arriba, donde trató con los indígenas la compra de provisiones que los negros pudieran venderle. Aquella excursión le permitió explorar el terreno con vistas a la disposición de todos los detalles precisos para la empresa que en aquel momento trataba de llevar a cabo.

Aunque brillaba en el cielo una luna llena, la oscuridad se extendía sobre la superficie del pequeño río. Las ramas de los árboles gigantescos que crecían en ambas riberas se alargaban sobre el agua y el tupido follaje de una enramada se unía en medio del río con la que llegaba de la orilla contraria, para, en el punto de encuentro, formar un gran arco. Bajaba el musgo desde las ramas graciosamente curvadas y enormes plantas trepadoras ascendían hasta las copas, desde el suelo, en alborotada profusión, y después caían ensortijadas hasta casi rozar las apacibles aguas.

De vez en cuando, un impresionante cocodrilo, sobresaltado por el chapoteo de los remos, hendía repentinamente la superficie del río, por delante de ellos. En otras ocasiones, alguna familia de hipopótamos, entre

gruñidos y resoplidos, abandonaba un banco de arena para ponerse a salvo en las frescas y seguras profundidades del lecho.

De la espesura selvática, a ambos lados del río, llegaban los escalofriantes aullidos de las fieras carnívoras: el grito demencial de la hiena, el gruñido como afónico de la pantera, el hondo y terrible rugido del león. Y entremezcladas con todos ellos, notas extrañas y un tanto sobrenaturales, que la mujer no podía asignar a ningún depredador nocturno determinado, y que resultaban más aterradoras todavía a causa de su misterio.

Acurrucada en la popa del bote, Jane oprimía al niño contra su pecho. Gracias a aquel ser tierno e indefenso, la muchacha se sentía más feliz aquella noche de lo que lo había sido en el transcurso de muchos días anteriores cargados de dolorosa angustia.

Aunque desconocía el destino hacia el que avanzaba e ignoraba si la mala suerte podía cebarse en ella en un momento u otro, aún se sentía contenta, dichosa y agradecida por disfrutar de aquel instante, aunque fuese muy breve, en que podía tener en brazos a su hijo. Casi no le era posible contener la impaciencia, anhelaba que amaneciese de una vez para poder contemplar de nuevo la preciosa carita y los ojos negros de su Jack.

Forzó la vista una y otra vez, por si la mirada conseguía atravesar la negrura de la noche y así poder ver las queridas facciones del pequeño, pero la máxima recompensa que obtuvieron sus esfuerzos fue la de vislumbrar el contorno de su rostro infantil. Luego, una vez más, apretaba contra su palpitante corazón aquel pequeño bulto cálido.

Faltaría poco para las tres de la madrugada cuando Anderssen dirigió la proa de la barca hacia una orilla, a cierta distancia de la cual, en un claro, se columbraba al tenue resplandor de la luna un conjunto de chozas indígenas rodeado por una *boma* espinosa.

El sueco tuvo que elevar la voz varias veces, antes de que los del poblado le contestaran. En realidad, si le respondieron fue porque le estaban esperando, tal es el pánico cerval que inspiran a los negros las voces que surgen en la oscuridad de la noche. El cocinero ayudó a Jane Clayton, que seguía con el niño en brazos, a saltar a tierra, amarró el bote a un arbusto y, tras recoger sus mantas y las de la mujer, condujo a ésta hacia la *boma* .

En la puerta de la aldea, una mujer indígena les franqueó la entrada. Era la esposa del jefe al que Anderssen había pagado para que los ayudara. La

mujer los llevó a la choza del caudillo, pero Anderssen dijo que dormirían al raso, de modo que, cumplida su misión, la mujer del jefe se retiró, dejando que se las arreglaran por su cuenta.

Con su forma de hablar hosca y nada fiel a la pureza idiomática, el sueco explicó a Jane que las chozas estarían sucias e infestadas de parásitos, dicho lo cual extendió en el suelo las mantas de Jane y luego desenrolló las suyas a unos metros de distancia y se tumbó, dispuesto a dormir.

Transcurrió un buen rato antes de que Jane Clayton diese con una postura cómoda sobre el duro suelo, pero por fin, con el niño en el hueco de los brazos, logró conciliar el sueño. El agotamiento físico influyó bastante en ello.

Era pleno día cuando se despertó.

A su alrededor se habían congregado una veintena de indígenas curiosos…, hombres en su mayor parte, porque entre los negros esa característica de la curiosidad adquiere su forma más exagerada. Instintivamente, Jane Clayton apretó con más fuerza al niño contra sí, aunque en seguida se dio cuenta de que los nativos no albergaban la menor intención de hacerles daño, ni a ella ni a la criatura.

Lo cierto es que uno de ellos le ofreció una calabaza llena de leche, una calabaza sucia y tiznada de humo, con el cuello recubierto por una gruesa concha de leche reseca, cuyas capas se habían ido superponiendo a lo largo del tiempo. Pero el detalle del indígena conmovió a Jane profundamente y su rostro se iluminó durante unos segundos con una de aquellas casi olvidadas sonrisas radiantes que tanto habían contribuido a hacer famosa su belleza en Baltimore y Londres.

Cogió la calabaza con una mano y, más por no desairar al que se la ofrecía que por otra cosa, se la llevó a los labios, aunque a duras penas pudo contener las náuseas que provocó en su estómago el apestoso recipiente, cuando lo tuvo cerca de la nariz.

Anderssen acudió al rescate. Tomó la calabaza de manos de la mujer, echó un trago y luego se la devolvió al indígena, acompañada de unos cuantos abalorios azules de regalo.

El sol brillaba con toda su luminosidad y aunque el niño seguía durmiendo, Jane a duras penas podía contener el impaciente deseo de al menos echar un breve vistazo a su querida carita. Los nativos se habían retirado, obedeciendo la orden de su jefe, que ahora conversaba con

Anderssen, un poco apartados de la mujer.

Mientras debatía consigo misma si sería o no conveniente alterar el sueño del niño arriesgándose a levantar la manta que lo protegía de los rayos del sol, Jane se percató de que el cocinero hablaba con el jefe de la aldea en el propio lenguaje del negro.

¡El sueco era realmente un personaje extraordinario! Le tenía por ignorante y estúpido, pero en el curso de veinticuatro horas, ayer y hoy, había comprobado que hablaba no sólo inglés, sino también francés, e incluso el dialecto primitivo de la costa occidental.

Creyó que era un hombre egoísta, falso, cruel, indigno de confianza y, no obstante, desde el día anterior no había hecho más que brindarle razones que demostraban que era lo contrario, en todos los aspectos. Pero apenas resultaba concebible que pudiera estar a su servicio de aquella forma sólo por motivos caballerescos. En sus intenciones debía de haber algo más profundo, planes que aún estaban por revelarse.

Le hubiera gustado adivinarlos, y cuando le miró… Cuando observó atentamente los ojos tan juntos y astutos, las facciones tan desagradables, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Jane, que tuvo el absoluto convencimiento de que bajo aquel exterior tan innoble y repulsivo no podía haber ninguna clase de virtud elevada.

Mientras le daba vueltas en la cabeza a tales pensamientos, a la vez que dudaba acerca de si era sensato o no descubrir el rostro del niño, un leve gruñido sonó en el interior del bulto que sostenía en el regazo. Al leve gruñido siguió un gorgoteo que inundó de éxtasis el corazón de Jane.

¡El niño se había despertado! ¡Ahora podía quedarse arrobada contemplándole a gusto!

Levantó rápidamente la manta que cubría el rostro de la criatura. Mientras lo hacía, Anderssen no le quitaba ojo.

El cocinero del *Kincaid* la vio incorporarse, vacilante, al tiempo que apartaba al niño todo lo que le permitía la longitud de sus brazos, fijos los aterrados ojos en la cara regordeta y en los parpadeantes ojo del chiquillo.

A continuación, el sueco oyó el grito lastimero que exhaló la joven, cuando se le doblaron las rodillas y fue a parar al suelo, desvanecida.

CAPÍTULO X

EL SUECO

EN CUANTO los guerreros arremolinados en torno a Tarzán y Sheeta se dieron cuenta de que lo que había interrumpido su danza de la muerte sólo era una pantera de carne y hueso, recobraron la moral en cuestión de segundos, ya que frente al cúmulo de venablos que la rodeaba, hasta la poderosa Sheeta estaba sentenciada.

Rokoff apremiaba al jefe para que ordenase a sus lanceros el inmediato lanzamiento de sus venablos y el negro estaba a punto de obedecerle cuando sus ojos pasaron por encima de Tarzán y siguieron la dirección de la mirada del hombre-mono.

Al tiempo que emitía un alarido de terror, el caudillo indígena dio media vuelta y emprendió veloz huida hacia las puertas de la aldea. Su pueblo quiso conocer el motivo de su terror y al comprobarlo, todos salieron disparados… Por allí, avanzando pesadamente, se acercaban implacables las figuras de los espantosos monos de Akut, cuyas inmensas proporciones se encargaban de exagerar aún más, con su juego de luces y sombras, los rayos de la luna y los resplandores de la hoguera.

En el preciso instante en que los negros giraron sobre sus talones para salir de estampida, el salvaje alarido del hombre-mono se elevó por encima de sus gritos y, en respuesta a la voz de Tarzán, Sheeta y los simios, entre gruñidos, se lanzaron a perseguir a los fugitivos. Algunos guerreros cometieron la imprudencia de volverse para plantar batalla a sus endemoniados antagonistas y lo único que consiguieron fue caer muertos y ensangrentados bajo la ferocidad de las aterradoras bestias.

Otros cayeron durante la fuga y, hasta que la aldea estuvo completamente vacía de indígenas y el último de éstos hubo desaparecido en la floresta, no llamó Tarzán a su lado a la salvaje tropa. Y entonces tuvo el disgusto de comprobar que no había forma de hacer comprender a ninguno de aquellos animales, ni siquiera al relativamente inteligente Akut,

que lo que deseaba era que le librasen de las ligaduras que lo mantenían sujeto al poste.

Con el tiempo, naturalmente, la idea acabaría por filtrarse en sus obtusos cerebros, pero hasta que eso ocurriera podían suceder muchas cosas, incluido el posible regreso de los negros, con refuerzos que les permitiesen reconquistar el poblado. Desde las ramas de los árboles, los blancos, con sus fusiles, podían también ir abatiendo a los monos uno a uno. Y hasta podían morir de hambre todos antes de que los estúpidos simios comprendiesen que lo que Tarzán deseaba era que royeran sus ligaduras hasta romperlas.

En cuanto a Sheeta, la capacidad de comprensión del enorme felino era inferior incluso a la de los simios, aunque Tarzán no podía por menos de maravillarse por las notables cualidades de que había hecho gala la pantera. Que sentía verdadero afecto por él era algo de lo que poca duda podía existir, porque una vez se quitó de en medio a los negros, Sheeta procedió a pasear despacio de un lado a otro, junto al poste, mientras frotaba sus costados contra las piernas del hombre-mono y ronroneaba como un gato contento y feliz. Que la pantera fue por propia iniciativa y voluntad en busca de los simios para que acudieran en auxilio de Tarzán era algo de lo que éste no tenía la menor duda. Su Sheeta era realmente una joya entre los animales de la selva.

La ausencia de Mugambi no dejaba de preocupar un poco al hombre-mono. Intentó enterarse a través de Akut de lo que había sido del negro, temiéndose que las fieras, libres del freno que representaba la presencia de Tarzán, se hubiesen precipitado sobre el hombre y lo hubieran devorado, pero la respuesta del simio a todas las preguntas que le hizo en tal sentido consistió en señalar hacia el punto por el que habían salido de la selva.

Tarzán pasó toda la noche amarrado a la estaca y, poco después del alba, sus temores empezaron a convertirse en realidad: descubrió los movimientos sigilosos de unas figuras negras, desnudas, que, más o menos temerosas, se atrevían a asomar por la linde de la selva que circundaba el poblado. Los indígenas volvían.

Con la claridad del día, su valor alcanzaría el nivel preciso para impulsarles a atacar al puñado de animales que los habían desahuciado de unas viviendas que les pertenecían por derecho. Si los negros lograban superar sus terrores supersticiosos, el resultado de la lucha se inclinaría indudablemente a su favor, ya que frente a su superioridad numérica, a sus

largos y fuertes venablos y a sus flechas envenenadas, la pantera y los simios no podían tener la menor esperanza de sobrevivir a un ataque en toda regla.

Que los indígenas se aprestaban a desencadenar un asalto resultó evidente al cabo de unos instantes, cuando empezaron a dejarse ver en el borde del claro, numerosos y danzarines. Agitaban los venablos y lanzaban desafíos, insultos y gritos de guerra en dirección a la aldea.

Tarzán sabía que aquella farsa carnavalesca proseguiría hasta que los negros alcanzasen la suficiente cantidad de audacia histérica como para sustentarlos durante una breve carga contra el poblado. El hombre-mono dudaba incluso que en el primer intento se atrevieran a llegar hasta las puertas de la aldea. Lo que sí creía era que en el segundo o tercer ataque se lanzarían en masa y entonces sólo podría producirse un desenlace: el exterminio total de los intrépidos pero desarmados e indisciplinados defensores de la plaza.

Tal como había supuesto, en el primer asalto los ululantes guerreros apenas se aventuraron unos pasos por el calvero: bastó uno de los desafiantes y espantosos alaridos del hombre-mono para que los indígenas huyeran a la desbandada y se refugiasen de nuevo en la maleza. Dedicaron la siguiente media hora a dar gritos y saltos, que era lo que los animaba y ponía su valor en el disparadero. Cumplidos esos treinta minutos, repitieron la intentona.

En esa ocasión llegaron hasta las puertas del poblado, pero cuando Sheeta y los espeluznantes monos se precipitaron sobre ellos, los negros no perdieron un segundo en dar media vuelta y huir al refugio de la selva.

Se repitió de nuevo el preludio del baile y el griterío. Tarzán no dudó de que aquella vez irrumpirían en la aldea y completarían una obra que un puñado de hombres blancos decididos habrían culminado con éxito en la primera tentativa.

Era de lo más irritante haber estado tan cerca de la liberación y no alcanzarla sólo porque no pudo conseguir que sus pobres amigos salvajes entendiesen lo que deseaba que hicieran por él. Pero, en conciencia, Tarzán tampoco podía reprochárselo. Se habían portado magníficamente y estaba seguro de que permanecerían a su lado hasta la muerte, en un inútil esfuerzo por defenderle.

Los indígenas se preparaban ya para el ataque. Unos cuantos se habían adelantado unos metros en dirección a la aldea y arengaban a los demás

para que los siguieran. En cuestión de segundos toda la salvaje turba atravesaría el claro a la carrera.

Tarzán sólo pensó en el niño, que se encontraría en algún lugar de aquellas soledades salvajes y despiadadas. Le dolía el alma al pensar en su hijo, en cuya busca ya no podría ir y, por consiguiente, tampoco podría salvarlo… Eso y los sufrimientos que atormentarían a Jane era todo lo que agobiaba el valeroso espíritu de Tarzán en aquellos momentos que creía eran los últimos de su existencia. La esperanza de salvación que confiaba iba a llegarle se presentó en el instante supremo… pero al final no estuvo a la altura de las circunstancias. No le sirvió de nada. Y aquella última esperanza se volatilizó.

Los negros habían atravesado la mitad del calvero cuando los ademanes de uno de los simios llamaron la atención de Tarzán. El mono miraba hacia una de las chozas. Tarzán dirigió allí la vista. Y vio con alivio infinito la robusta figura de Mugambi, que corría hacia él.

El gigante negro jadeaba pesadamente como si el esfuerzo físico y la excitación nerviosa le hubieran dejado poco menos que exhausto. Se llegó rápidamente junto a Tarzán y en el preciso instante en que el primer indígena alcanzaba las puertas del poblado, el cuchillo de Mugambi cortaba la última de las cuerdas que mantenían a Tarzán ligado al poste.

Sobre el suelo de la calle yacían los cadáveres de los indígenas abatidos la noche anterior por la cuadrilla de simios. De uno de aquellos cuerpos sin vida cogió el hombre-mono un venablo y una estaca. Luego, con Mugambi al lado y los rugientes simios detrás, fue al encuentro de los salvajes, que ya irrumpían en tropel por la puerta de la aldea.

Feroz y sanguinario fue el combate que se desarrolló a continuación, pero al final, los negros del poblado resultaron vencidos en toda la línea, tal vez más por el terror que les inspiraba verse enfrentados a un gigante negro y otro blanco, con los que se aliaban una pantera y los aterradores y colosales monos de Akut, que por su propia incapacidad para superar a la relativamente escasa hueste que se les oponía.

Cayó un prisionero en poder del hombre-mono, que se apresuró a interrogarlo, a fin de averiguar qué había sido de Rokoff y su banda. Cuando le prometió la libertad a cambio de sus informes, el negro le contó cuanto sabía acerca de los movimientos del ruso.

Al parecer, aquella mañana, a primera hora, el caudillo indígena había intentado convencer a los blancos para que volviesen a la aldea y

despachasen con sus armas de fuego a la feroz cuadrilla que se había apoderado del villorrio, pero Rokoff demostró tener incluso más miedo aún que los propios negros al gigante blanco y sus extraños compañeros.

Por nada del mundo estaban dispuestos a volver al poblado, ni siquiera a acercarse a tiro de piedra del mismo. Lo que hizo, en cambio, fue alejarse rápidamente con su tropa hacia el río, donde robaron cierto número de canoas que los negros tenían escondidas allí. La última vez que los vieron, Rokoff y sus esbirros se alejaban aguas arriba. De darle a los remos se encargaron los porteadores de la aldea de Kaviri.

De modo que, una vez más, Tarzán de los Monos y su impresionante cuadrilla reanudaron la búsqueda del hijo del hombre-mono y la persecución de su secuestrador.

Avanzaron durante largas y tediosas jornadas a través de un territorio prácticamente deshabitado, para descubrir al final que seguían una pista falsa. Los efectivos del grupo se habían reducido en tres individuos, tres monos de Akut que cayeron en la refriega de la aldea. Contando a Akut, quedaban ahora cinco grandes simios, además de Sheeta, que seguía con ellos, Mugambi y Tarzán.

El hombre-mono no oyó alusión alguna, ni el menor rumor, acerca de las tres personas que habían precedido a Rokoff: el hombre, la mujer y el niño blancos. Ni por asomo suponía la identidad del hombre y de la mujer, pero la idea de que el niño era su hijo bastaba para mantenerle sobre aquel rastro. Estaba seguro de que Rokoff seguiría al trío, por lo que confiaba ciegamente en que, con seguir al ruso, se iría aproximando al instante crucial en que por fin le iba a ser posible recuperar al niño y apartarle de los peligros y horrores que lo amenazaban.

Tras perder el rastro de Rokoff, al retroceder por el camino que había recorrido en la ida, Tarzán llegó al punto donde el ruso había abandonado el río para adentrarse por la floresta en dirección norte. Ese cambio de rumbo sobre la marcha sólo podía explicárselo Tarzán con la suposición de que las dos personas que llevaban al niño se habían apartado del río por una u otra razón.

Sin embargo, en ninguna parte de su camino pudo obtener información que le indicase de manera clara y terminante que el niño iba por delante de ellos. Ni uno solo de los indígenas a quienes interrogó declararon haber visto u oído nada de la otra partida, aunque todos ellos habían tenido relación directa con el ruso o habían hablado con alguien que la tuvo.

Entrar en contacto y comunicarse con los indígenas le resultaba a Tarzán bastante difícil, porque en cuanto avistaban a los simios que iban con el hombre-mono, los habitantes de la zona huían precipitadamente a refugiarse en la maleza. La única forma que tenía Tarzán de abordarlos consistía en adelantarse a su cuadrilla, mantenerse al acecho y en cuanto localizaba algún salvaje que anduviera por la selva presentarse ante él.

Un día en que llevaba a la práctica tal procedimiento, salió en pos de un desprevenido indígena y cayó sobre él en el preciso momento en que se disponía a lanzar un venablo contra un hombre blanco que se encontraba doblado sobre sí mismo en un bosquecillo de arbustos, al lado del camino. Era un blanco al que Tarzán había visto a menudo y al que reconoció al instante.

En lo más profundo de su memoria tenía estampadas aquellas facciones repulsivas: los ojillos demasiado juntos, la expresión de pícara astucia, el lacio bigote pajizo.

El hombre-mono tuvo automáticamente la certeza de que aquel individuo no se encontraba entre los sujetos que acompañaban a Rokoff en la aldea donde apresaron a Tarzán. Los había visto a todos y aquél no estaba allí. Sólo podía haber una explicación: se trataba del hombre que huía por delante del ruso, con la mujer y el niño. Y la mujer era Jane Clayton. Ahora comprendía perfectamente el significado de las palabras de Rokoff.

La cara del hombre-mono se puso tan blanca como el papel mientras

observaba el semblante fangoso y resabiado del sueco. En la frente de Tarzán apareció la ancha cinta escarlata que marcaba la cicatriz de la herida que, años atrás, le produjo Terkoz al arrancar el cuero cabelludo del hombre-mono en aquella lucha a muerte que Tarzán culminó con una victoria que le convirtió en rey de los monos de Kerchak.

Aquel individuo era una presa que le pertenecía… el negro no se la iba a arrebatar. Con la rapidez del pensamiento se abalanzó sobre el guerrero y le apartó el venablo antes de que saliera disparado hacia su blanco. El indígena tiró de cuchillo y dio media vuelta para enfrentarse a aquel nuevo enemigo, mientras el sueco, tendido entre los matorrales, era testigo de un duelo que jamás pudo soñar que vería en la vida: un hombre blanco medio desnudo y un hombre negro medio desnudo peleando a brazo partido, al principio con las toscas armas que empleaban los humanos prehistóricos y después con las manos y los dientes, como los bestiales antropoides de los que surgieron sus primeros ancestros.

Trancurrieron unos minutos antes de que Anderssen reconociese al hombre blanco; pero cuando por fin entró en su mente la idea de que había visto con anterioridad a aquel gigante y comprendió de qué le conocía sus ojos se desorbitaron; le costaba trabajo creer que aquella fiera rugiente y demoledora fuese el elegante caballero inglés que estuvo cautivo a bordo del *Kincaid*.

¡Un aristócrata inglés! Durante la huida Ugambi arriba, lady Greystoke le había informado de la identidad de los prisioneros del *Kincaid*. Hasta entonces, al igual que los demás miembros de la tripulación, Anderssen no tuvo la menor idea acerca de quiénes pudieran ser aquellas dos personas.

El combate había concluido. Tarzán se vio obligado a matar a su adversario, al negarse éste a rendirse.

El sueco vio al hombre blanco levantarse de un salto, poner un pie sobre el cuello roto del vencido y lanzar al aire el espantoso alarido desafiante del mono macho victorioso.

Anderssen se estremeció. Tarzán se volvió entonces hacia él. Su rostro tenía una expresión fría y cruel, y en las grises pupilas el sueco vio auténtico instinto asesino.

—¿Dónde está mi esposa? —rugió el hombre-mono—. ¿Dónde está el niño?

Anderssen intentó responder, pero un súbito acceso de tos le dejó sin resuello. Una flecha le atravesaba el pecho de parte a parte y, al toser, la

sangre del pulmón traspasado brotó repentinamente por la nariz y por la boca.

Tarzán se mantuvo erguido, a la espera de que pasara el ataque.

Como una estatua de bronce, gélido, duro, despiadado, continuó de pie sobre el indefenso cocinero. Esperaba arrancarle la información que necesitaba… y luego le mataría.

Cesó el acceso de tos y la hemorragia. De nuevo, el herido trató de hablar. Tarzán se agachó e inclinó la cabeza hacia los labios, que se movían débilmente.

—¡Mi esposa y mi hijo! —repitió—. ¿Dónde están?

Anderssen señaló el camino.

—Il ruso…, si los llevó el ruso —pudo murmurar.

—¿Cómo llegaste aquí? —continuó Tarzán—. ¿Por qué no estás con Rokoff?

—Nos alcanzaron —replicó Anderssen, en voz tan baja que el hombre-mono a duras penas logró captar las palabras—. Nos cogieron. Ofrecí risistencia, pero todos mis hombres mi abandonaron y hiuyeron. Dispués caí herido. Rokoff dijo que mi dijasen abandonado aquí para qui mi divorasen las hienas. Fue pior que matarme. Si llivó a su isposa y a su hijo.

—¿Qué estabas haciendo con ellos? ¿A dónde los pensabas conducir? —preguntó Tarzán. Se acercó más al individuo, llameantes de odio los ojos, casi sin poder contener el ánimo de venganza que le dominaba, y le interrogó, furibundo—: ¿Hiciste algún daño a mi mujer y a mi hijo? ¡Habla en seguida, antes de que acabe contigo! ¡Ponte a bien con Dios! Cuéntamelo todo, por terrible que sea, si no quieres que te destroce a dentelladas y zarpazos. ¡Ya has visto que soy muy capaz de hacerlo!

Una expresión de sorpresa se extendió por el rostro de Anderssen, que le contempló con ojos desorbitados.

—Piro si… —silabeó en tono de susurro—. Piro si no les hice ningún daño. Sólo pritendía ponerles a salvo del ruso. Su isposa fue muy amable conmigo en el *Kincaid* y yo oía llorar a veces al niño. Yo también tingo isposa y un hijo que viven en Cristianía[1] y no pude soportar más tiempo verlos siparados en poder de Rokoff. Iso fue todo. ¿Le parece que vine hasta aquí y me gané isto para hacerles daño? —acabó, tras una pausa, al tiempo que señalaba la flecha cuya asta le sobresalía del pecho.

En el tono y la expresión del hombre había algo que persuadió a Tarzán de que estaba diciendo la verdad. Pero lo más convincente de todo era la

circunstancia de que Anderssen parecía más dolorido que asustado. Sabía que iba a morir, de modo que las amenazas de Tarzán no surtían ningún efecto sobre él. En cambio, saltaba a la vista que deseaba contar la verdad al inglés, antes que engañarle haciéndole creer algo que no era cierto, sólo para que, fiándose de sus palabras y de sus modales, no le guardase rencor.

El hombre-mono se arrodilló instantáneamente al lado del sueco.

—Lo siento —dijo simplemente—. Para mí, cuantos rodeaban a Rokoff, sólo por el hecho de ir con él, tenían que ser canallas. Ahora veo que estaba equivocado. Pero eso ya es historia pasada. Tenemos que dedicarnos a lo que ahora es la cuestión prioritaria, lo que importa por encima de todo es llevarte a un lugar donde estés cómodo y te curen las heridas. Hemos de tenerte de nuevo en pie lo antes posible.

El sueco sonrió, al tiempo que denegaba con la cabeza.

—Siga adilante, en busca de su isposa y de su hijo —repuso—. En lo que a mí respecta, ya he muerto. Pero… —vaciló—, cuando pienso en las hienas se me pone la carne de gallina. ¿Por qué no acaba este trabajo?

Tarzán se estremeció. Minutos antes estuvo a punto de matar a aquel hombre. Ahora sería tan incapaz de quitarle la vida como si Anderssen hubiera sido uno de sus mejores amigos.

Levantó la cabeza del sueco y se la apoyó en los brazos para cambiarla a una postura más cómoda que aliviase en lo posible el dolor.

Se repitieron el acceso de tos y la terrible hemorragia. Cuando pasó, Anderssen se mantuvo inmóvil, con los ojos cerrados.

Tarzán creyó que había muerto, hasta que, repentinamente, el sueco alzó los ojos hacia los del hombre-mono, emitió un suspiro y dijo, en voz tan baja y débil que apenas era un susurro:

—Craio qui pronto tindrimos incema un vendaval de mail dimoneos.

Y expiró.

CAPÍTULO XI

TAMBUDZA

TARZÁN excavó una sepultura poco profunda para enterrar al cocinero del *Kincaid*, bajo cuyo repelente exterior latía el corazón de un caballero de gran nobleza. En aquella inhóspita y despiadada jungla, era todo lo que podía hacer por el hombre que había dado su vida mientras intentaba proteger a la esposa e hijo del hombre-mono.

Acto seguido, Tarzán reanudó la persecución de Rokoff. Ahora que tenía la certeza de que la mujer que marchaba por delante de él era realmente Jane, que había vuelto a caer en poder del ruso, a lord Greystoke le parecía que, con toda la extraordinaria rapidez de sus ágiles y veloces piernas, avanzaba a ritmo de tortuga.

Le resultaba muy difícil seguir el rastro, porque en aquella zona de la selva eran muchos los senderos que se cruzaban y entrecruzaban, que se bifurcaban en todas direcciones y que habían pisoteado infinidad de indígenas en sus idas y venidas. Los pies de los porteadores que marchaban detrás de los blancos habían borrado las huellas de éstos y, por encima de todas esas pisadas, otros indígenas y otros animales salvajes imprimieron luego las de sus pies y de sus patas.

Era para desorientar al más pintado; sin embargo, Tarzán continuó en el empeño con toda su perseverancia, recurriendo al olfato allí donde la vista no llegaba. El olfato le parecía en aquella ocasión más eficaz y más digno de confianza que cualquier otro sentido para mantenerse en la verdadera pista. Pero, por más que extremó su atención, la noche le encontró en un punto donde ya no le cupo ni el menor asomo de duda de que seguía la pista equivocada.

Sabía que su tropa iba a mostrarse dispuesta a seguir su rastro, de modo que puso buen cuidado en dejar huellas evidentes, apartando a menudo las enredaderas y quebrando las ramas de los matorrales que bordeaban los senderos. Se preocupaba, además, de dejar en otros puntos emanaciones

que revelarían indubitablemente su paso por allí.

Cuando la noche lo tiñó todo de negro, el cielo descargó un diluvio torrencial y el hombre-mono, sumido en la frustración, no pudo hacer otra cosa que ponerse parcialmente a cubierto bajo las ramas de un árbol gigantesco, a la espera de que llegase la mañana. Pero se presentó el amanecer sin que la lluvia amainase lo más mínimo en su intensidad.

Densos nubarrones oscurecieron el sol durante toda una semana, mientras las cataratas celestes seguían manifestando su violencia líquida y los impetuosos vientos de tormenta se llevaban envueltos en su furia los indicios que Tarzán iba dejando, constante pero inútilmente.

Durante todo ese tiempo no vio ni rastro de indígenas, ni de su propia cuadrilla, cuyos miembros temía hubiesen perdido su pista en el curso de aquel terrible temporal. Como el territorio le resultaba extraño, no le había sido posible determinar correctamente su rumbo, ya que ni durante el día pudo contar con la ayuda del sol ni durante la noche pudieron orientarle la luna y las estrellas.

Cuando por fin el sol logró traspasar la densa capa de nubes, en la mañana del séptimo día, sus rayos cayeron sobre un hombre-mono al que le faltaba muy poco para que la desesperación le enloqueciera.

Por primera vez en su vida, Tarzán de los Monos se había perdido en la selva. Que semejante experiencia hubiese caído sobre él precisamente entonces, en momento tan inoportuno, era algo demasiado cruel para poder expresarlo con palabras. En algún lugar de aquella tierra salvaje, su esposa y su hijo se encontraban en las garras del desalmado Rokoff.

¿Qué espantosos tormentos y aflicciones no habrían tenido que sufrir durante aquellos siete días terribles en los que la naturaleza desbarató todos los esfuerzos de Tarzán para localizarlos? John Clayton conocía al ruso tan bien que no albergaba la menor duda de que, impulsado por la rabia que le habría producido el que Jane se le hubiera escapado una vez, unido a la circunstancia de saber que el hombre-mono le seguía a tan poca distancia que podía alcanzarle en cualquier momento, impulsaría seguramente a Rokoff a tomarse su desquite sin pérdida de tiempo cebándose en los prisioneros —Jane y el niño, que volverían a estar en su poder—, sometiéndolos a la venganza más atroz que su depravada fantasía pudiera concebir.

Pero aunque ahora el sol volvía a relucir en el cielo, Tarzán continuaba sin tener el más ínfimo indicio que le señalase la dirección que pudiera

seguir. Sabía que Rokoff se alejó del río para perseguir a Anderssen, pero ignoraba si el ruso continuaría adentrándose hacia el interior o si sus intenciones eran las de volver al Ugambi.

El hombre-mono había observado que en el punto donde había desembarcado, el río se estrechaba y su corriente se hacía más rápida, por lo cual supuso no sería navegable, ni siquiera para las canoas, durante mucha más distancia en dirección a sus fuentes. Sin embargo, de no haber vuelto al río, ¿qué dirección habría seguido Rokoff?

A juzgar por el rumbo que tomó Anderssen en su huida con Jane y el niño, Tarzán tenía el convencimiento de que el sueco se había propuesto intentar la formidable hazaña de atravesar el continente hasta Zanzíbar. El que Rokoff se hubiese atrevido a lanzarse a tan azaroso viaje era algo imposible de pronosticar.

El miedo podía inducirle a intentarlo, conocedor de la espeluznante tropa que estaba sobre su pista y de que Tarzán de los Monos le seguía con ánimo de descargar sobre él todo el peso de la venganza que merecía.

Por último, decidió proseguir hacia el nordeste, en dirección al África oriental alemana, hasta que encontrase algún indígena que pudiera informarle acerca del paradero de Rokoff.

Dos días después de que escampase, Tarzán llegó a un poblado indígena, cuyos habitantes huyeron precipitadamente a la jungla apenas sus ojos tropezaron con el hombre-mono. A éste no le hizo ninguna gracia aquel desplante y, para superar la frustración, se lanzó a perseguirlos y tras una breve carrera alcanzó a un joven guerrero. El muchacho llevaba tal miedo en el cuerpo que se sintió incapaz de defenderse, así que soltó las armas y se dejó caer en el suelo, con los ojos amenazando con salírsele de las órbitas y chillando de pánico al ver ante sí al ser que lo había capturado.

Al hombre-mono le costó un trabajo ímprobo tranquilizar al indígena lo imprescindible como para obtener de él una explicación coherente que justificara la causa de tan exagerado terror.

Por boca del negro, Tarzán supo, a copia de paciente interrogatorio, que un grupo de blancos había pasado por la aldea varios días antes. Aquellos hombres habían dicho que los perseguía un abominable diablo blanco y previno a los indígenas, poniéndoles en guardia contra aquella criatura y la horripilante horda de demonios que lo acompañaban.

Gracias a la descripción que dieron los hombres blancos y sus criados negros, el joven guerrero había reconocido en Tarzán al diablo blanco. Y

esperaba ver tras él una turba de demonios disfrazados de monos y panteras.

Tarzán vio allí la taimada mano de Rokoff. El ruso intentaba dificultar al máximo el avance de Tarzán y para ello ponía en su contra a los indígenas, promoviendo y sacándoles partido a sus temores supersticiosos.

El nativo informó también a Tarzán de que el hombre blanco que capitaneaba la expedición les había prometido una fabulosa recompensa si mataban al diablo blanco. Cosa que habían tenido intención de hacer si se les presentaba la ocasión. Pero en el momento en que vieron a Tarzán la sangre se les heló en las venas, tal como los porteadores de los hombres blancos les advirtieron que ocurriría.

Al darse cuenta de que el hombre-mono no pretendía hacerle ningún daño, el indígena recobró el ánimo y el valor. Tarzán le sugirió entonces que acompañase al diablo blanco a la aldea y llamase a sus compañeros para que volviesen también, «ya que el diablo blanco ha prometido que no os hará daño alguno si volvéis aquí ahora mismo y contestáis a sus preguntas».

Uno tras otro, los negros fueron regresando al poblado, pero sin tenerlas todas consigo, lo que era evidente en la cantidad de blanco que mostraban los ojos de la mayoría de ellos mientras lanzaban continuas y aprensivas miradas de soslayo al hombre-mono.

El jefe fue uno de los que primero volvió a la aldea y era precisamente a él a quien Tarzán más deseaba interrogar. No perdió tiempo, pues, en entablar conversación con el indígena.

Era un individuo fornido y de baja estatura, de rostro extraordinariamente ruin y degradado y de largos brazos simiescos. Llevaba la falsedad escrita en la cara.

Sólo el pavor supersticioso que lograron imbuirle las patrañas de los blancos y los porteadores negros que formaban la partida de Rokoff le impedía abalanzarse sobre Tarzán y, con la ayuda de los guerreros de la aldea, sacrificarlo allí mismo. Eran un pueblo de antropófagos. Pero el miedo a que realmente fuese un diablo y que tras él, ocultos en la selva, aguardasen sus feroces demonios, prestos a cumplir sus órdenes, hizo que M'ganwazam se abstuviera de llevar a la práctica sus deseos.

Tarzán le sometió a un estrecho interrogatorio y al cotejar sus declaraciones con las del joven guerrero al que había preguntado antes, tuvo la certeza de que Rokoff y su safari se hallaban en plena y

empavorecida retirada, rumbo a la costa oriental.

Al ruso le habían abandonado ya muchos de sus porteadores. En aquella misma aldea había ahorcado a cinco de ellos, por ladrones y desertores fallidos. No obstante, de acuerdo con lo que le habían confesado a M'ganwazam los negros del ruso que no estaban tan aterrados por la brutalidad de Rokoff como para abstenerse de hablar de los planes de éste, era evidente que no iría muy lejos antes de que sus últimos porteadores, cocineros, montadores de tiendas de campaña, fusileros, *askari*, e incluso su mayoral desaparecieran en la floresta, dejándole a merced de la selva implacable.

M'ganwazam negó que en la partida de blancos figurase una mujer y un niño con el mismo color de piel, pero incluso mientras aseveraba tal cosa, Tarzán sabía que estaba mintiendo. Enfocó la cuestión desde diversos ángulos, pero en ningún caso logró pillar al astuto caníbal en directa contradicción respecto a lo que había declarado en principio, acerca de que con la partida no iba ninguna mujer ni ningún niño.

El hombre-mono pidió al jefe algo con que calmar las protestas del estómago y, después de andarse por las ramas durante largo rato, el rey de la aldea accedió a proporcionarle una comida. Trató entonces Tarzán de sonsacar a otros miembros de la tribu, en especial al joven guerrero que capturó en la espesura, pero la presencia de M'ganwazam sellaba los labios de todos.

Al final, convencido de que aquellas gentes sabían mucho más de lo que confesaban respecto al ruso y el destino de Jane y del niño, Tarzán decidió pasar la noche entre ellos, con la esperanza de enterarse de algún detalle realmente importante.

Cuando transmitió su determinación al jefe de la aldea, no dejó de extrañarle un tanto el repentino cambio de actitud que mostró el individuo hacia él. De la antipatía y recelo manifiestos, M'ganwazam pasó de golpe a convertirse en anfitrión solicito y deseoso de complacer.

Si alguien debía acomodarse en la mejor choza del poblado, ese alguien era Tarzán, por lo que la más anciana esposa de M'ganwazam fue expulsada fulminantemente de tal domicilio, mientras el jefe de la tribu decidía ir a hospedarse en la de una de sus consortes más jóvenes.

Si por una de esas casualidades Tarzán hubiese recordado que se había ofrecido a los negros una principesca recompensa si lograban matarle, tal vez habría comprendido en seguida el súbito cambio de comportamiento de

M’ganwazam.

Tener al gigante blanco dormido como un tronco en una de sus chozas facilitaría enormemente la cuestión de ganarse tal recompensa, de modo que el caudillo se tomó todas las molestias y prisas oportunas para sugerir que Tarzán debía de encontrarse agotado después de tanta caminata, por lo que lo mejor que podía hacer era retirarse a disfrutar de aquel palacio, lo que era cualquier cosa menos una invitación al descanso.

Por mucho que detestara el hombre-mono la idea de dormir dentro de una choza indígena, había decidido hacerlo aquella noche, con la esperanza de que le fuera posible persuadir a alguno de los jóvenes para que soltase la lengua mientras charlaba con él ante el fuego, en el hogar lleno de humo, y sonsacarle así las verdades que estaba buscando. Así que Tarzán aceptó la invitación del viejo M’ganwazam, aunque insistió en que prefería albergarse en una choza que ya ocupasen algunos jóvenes, antes que dejar a la fría intemperie a la anciana esposa del jefe.

La desdentada bruja sonrió agradecida al oír la proposición y el jefe se apresuró a dar el visto bueno, ya que le venía muy bien para cumplir su propósito: le permitiría formar una pandilla de asesinos escogidos, que rodearían a Tarzán llegado el momento. De forma que acomodaron a Tarzán en una choza próxima a la puerta de la aldea.

Aquella noche se celebraba un baile en honor de una partida de cazadores que acababan de regresar al poblado, motivo por el cual dejaron a Tarzán solo en el bohío. M’ganwazam le explicó que los jóvenes guerreros tenían que participar en la fiesta.

En cuanto el hombre-mono estuvo instalado en la trampa, M’ganwazam convocó a los guerreros que había elegido para que pasaran la noche con el diablo blanco.

A ninguno de ellos le entusiasmó el plan, dado que en el fondo de sus supersticiosos corazones albergaban un desmedido terror al extraño gigante blanco. Pero la palabra de M’ganwazam era ley entre su pueblo, así que nadie osó negarse a cumplir la tarea que se le ordenaba llevar a cabo.

Mientras M’ganwazam exponía los detalles de su plan a los indígenas sentados en cuclillas a su alrededor, la desdentada bruja, a quien Tarzán había salvado de pasar frío durmiendo al raso, mariposeó alrededor del grupo, aparentemente dedicada a reponer las existencias de leña de la fogata en torno a la cual se encontraban los negros, pero en realidad para enterarse de todos los detalles que pudiera captar sobre lo que se tramaba

allí.

Tarzán llevaba dormido cosa de un par de horas, pese a la estruendosa algarabía que organizaban los salvajes, cuando sus agudizados sentidos se alertaron instantáneamente al percibir un movimiento subrepticio dentro de la choza donde descansaba. La lumbre había quedado reducida ya a un montoncito de brasas en su mayor parte cubiertas de ceniza, lo que, más que aliviar, acentuaba la oscuridad que envolvía el interior de aquella maloliente vivienda. A pesar de la negrura, los adiestrados sentidos del hombre-mono percibieron allí otra presencia que a través de la oscuridad se deslizaba hacia él de modo casi totalmente silencioso.

Dudó de que fuese alguno de sus compañeros de choza que regresaba del festejo, ya que aún se oían los gritos de los bailarines y el rítmico estruendo de los tambores que los negros batían en la calle del poblado. ¿Quién podía adoptar tantas precauciones para ocultar su acercamiento?

Cuando aquel intruso estuvo tan cerca de él que podía tocarlo extendiendo el brazo, el hombre-mono se plantó de un salto en el otro extremo de la choza, con el venablo en la mano y listo para entrar en acción.

—¿Quién es —preguntó— el que se arrastra sigiloso en la oscuridad, como un león hambriento, hacia Tarzán de los Monos?

—¡Silencio, *bwana*! —Respondió una vieja voz cascada—. Soy Tambudza… la anciana a la que no quisiste privar de la choza y dejarla expuesta al frío de la noche.

—¿Qué quiere Tambudza de Tarzán de los Monos? —preguntó el gigante blanco.

—Fuiste bueno conmigo, cosa que no hace nadie, y quiero avisarte, correspondiendo así a tu bondad —contestó la vieja.

—¿Avisarme de qué?

—M'ganwazam ha elegido a los jóvenes guerreros que van a dormir contigo en la choza —explicó Tambudza—. Yo remoloneaba por allí mientras el jefe los aleccionaba. Oí las instrucciones que iba dándoles. Cuando el baile se encuentre en su apogeo, de madrugada, los guerreros abandonarán la danza y entrarán en la choza.

»Si te encuentran despierto, fingirán que vienen a acostarse, pero si estás dormido, la orden que les ha dado M'ganwazam es que te maten. Si no estás dormido, esperarán junto a ti hasta que concilies el sueño. Entonces se te echarán encima, todos a una, y te matarán. M'ganwazam está decidido a conseguir la recompensa que ofreció el hombre blanco.

—Había olvidado esa recompensa —reconoció Tarzán, medio para sí. Añadió—: ¿Cómo puede tener M'ganwazam esperanzas de cobrar la recompensa si los hombres blancos que son mis enemigos han abandonado esta región y se han ido nadie sabe adónde?

—¡Ah, no se han alejado mucho! —repuso Tambudza—. M'ganwazam

sabe dónde acampan. Los mensajeros de M'ganwazam les alcanzarán en seguida… la partida se mueve muy despacio.

—¿Dónde están? —quiso saber Tarzán.

—¿Quieres llegar hasta ellos? —Tambudza respondió con otra pregunta.

Tarzán asintió con la cabeza.

—No puedo indicarte con exactitud dónde se encuentran para que vayas tú solo, pero puedo conducirte hasta ellos, *bwana*.

Tan interesados y sumergidos estaban en su conversación que ninguno de los dos reparó en la pequeña figura que momentos antes se había deslizado dentro de la choza, a su espalda, como tampoco la vieron salir después, tan subrepticiamente como había entrado.

Se trataba de Buulaoo, hijo del jefe del poblado y de una de sus esposas jóvenes, un arrapiezo vengativo y perverso que odiaba a Tambudza y siempre andaba espiándola para luego ir a M'ganwazam con el chivatazo de cualquier violación de las costumbres que hubiese cometido la anciana.

—Vamos, pues —se apresuró a aceptar el hombre-mono—. Pongámonos en marcha.

Eso ya no lo pudo oír Buulaoo, que en aquel momento corría por la calle de la aldea hacia el lugar donde su repelente progenitor trasegaba cerveza de fabricación casera y contemplaba las evoluciones de los frenéticos danzarines, que saltaban y se contorsionaban como locos furiosos, entregados a sus histéricas cabriolas.

Ocurrió así que mientras Tarzán y Tambudza se escabullían furtivamente, abandonaban la aldea y desaparecían engullidos por la oscuridad de la jungla, dos ágiles corredores salieron disparados en la misma dirección, aunque por otra senda.

Cuando estuvieron a suficiente distancia del poblado como para hablar en voz alta, por encima del susurro, sin temor a que los oyesen, Tarzán preguntó a la anciana si había visto a una mujer y a un niño blancos.

—Sí, *Bwana*. —Respondió Tambudza—, con ellos iban una mujer y un niño…, un chiquitín. ¡El pobre murió de fiebre aquí, en nuestra aldea, y lo enterraron!

CAPÍTULO XII

UN PÍCARO NEGRO

AL RECOBRAR el conocimiento, Jane Clayton vio a Anderssen de pie junto a ella, con el niño en brazos. Cuando su mirada se concentró en ellos, una expresión de angustiado horror se extendió por el rostro de Jane.

—¿Qui ocurre? —se extrañó Anderssen—. ¿Istá infirma?

—¿Dónde está mi hijo? —exclamó ella, sin hacer caso de la pregunta del sueco.

Anderssen le tendió la regordeta criatura, pero Jane denegó con la cabeza.

—¡No es el mío! —exclamó—. Usted sabía que no era mi hijo. ¡Es tan diabólico como el ruso!

Los azules ojos de Anderssen se abrieron desmesuradamente.

—¿Qui no is el suyo? —manifestó su sorpresa—. Usté mi dijo qui il niño qui iba in il *Kincaid* ira su hijo.

—Pero éste no —replicó Jane hastiadamente—. ¡El otro! ¿Dónde está el otro? Debía de haber dos. No sabía nada de éste.

—No había ningún otro niño. Craía que iste ira il suyo. Lo siento mucho.

Anderssen empezó a moverse inquieto, apoyándose primero en una pierna y después en la otra. Resultó evidente para Jane que el hombre era absolutamente sincero en sus alegaciones de ignorancia respecto a la verdadera identidad del niño.

La criatura empezó entonces a balbucear y a removerse inquieta en los brazos del sueco, al tiempo que se inclinaba hacia adelante y extendía las manitas en dirección a la joven.

Jane no pudo resistir aquella súplica y dejó escapar un grito apagado mientras se ponía en pie, cogía al chiquillo y lo apretaba contra el pecho.

Lloró en silencio durante unos minutos, enterrado el semblante en el manchado vestidito del niño. Tras la primera conmoción del desencanto que le produjo comprobar que aquella criatura no era su adorado Jack, en el ánimo de Jane empezó a alborear la gran esperanza de que, después de todo, se hubiera producido el gran milagro de que, momentos antes de que el *Kincaid* zarpase de Inglaterra, hubiesen arrebatado a su verdadero hijo de las manos de Rokoff.

A esa ilusionada esperanza se unió la muda súplica de aquel chiquitín solo y desamparado en medio de los horrores de la jungla salvaje. Este pensamiento, más que cualquier otra cosa, fue lo que inclinó su corazón de madre hacia aquel ser inocente, aunque ese corazón aún sufría los efectos del desengaño causado por el hecho de que aquella criatura no fuera la suya.

—¿No tiene idea de quiénes son los padres de este niño? —preguntó a Anderssen.

El hombre meneó la cabeza negativamente.

—Pues, no —contestó—. Si no is su hijo, no sé de quién puidi ser. Rokoff dijo qui era de usté. Yo también lo craía así.

—¿Qui vamos a hacer ahora? Yo no puido volvir al *Kincaid*. Rokoff mi piga la un tiro, pero usté sí puide. La acompañaré hasta il mar. Luigo, alguno de los nigros la llivarán al barco… ¿eh?

—¡No! ¡No! —protestó Jane—. ¡Por nada del mundo! Prefiero morir a caer otra vez en manos de ese hombre. No, sigamos adelante, me haré cargo de ese niño y nos lo llevaremos con nosotros. De una manera o de otra nos salvaremos, si Dios quiere.

De modo que reanudaron la huida a través de las soledades, acompañados por media docena de mosulas que cargaban con las provisiones y las tiendas de campaña que Anderssen había introducido de ocultis en el bote cuando preparaba la huida.

Los días y noches de tortura que sufrió la mujer se fundieron en una larga e ininterrumpida pesadilla de espantos en la que pronto desapareció toda noción del tiempo. Le era imposible determinar si llevaba andando sin parar días o años. El único punto brillante en aquella eternidad de terror y sufrimiento era el chiquitín, cuyas manitas minúsculas aferraban los dedos de Jane Clayton, a la altura del corazón de la mujer.

En cierto modo, aquel ser diminuto había colmado el doloroso vacío que dejara el hijo propio. Naturalmente, nunca podría ser lo mismo, pero, con todo, día tras día, Jane notó que su amor maternal envolvía a la criatura más estrechamente cada vez, hasta el punto de que, en ocasiones, Jane se quedaba sentada, con los ojos cerrados, y dejaba volar la imaginación, acariciando la idea de que aquel pequeño bulto de humanidad que oprimía contra el pecho era realmente su propio hijo.

Durante cierto tiempo, su avance hacia el interior se desarrolló con extraordinaria lentitud. De vez en cuando, algún indígena procedente de la costa, que en el curso de su expedición de caza se cruzaba con ellos, solía informarles de que Rokoff ignoraba el rumbo que Anderssen y Jane habían seguido en su huida. Eso, y el deseo de realizar el trayecto con las menores incomodidades posibles para la delicada señora, impulsaba al sueco a efectuar marchas cortas y tranquilas, con numerosos altos para descansar.

Anderssen se empeñaba en cargar con el niño durante las caminatas y se esforzaba en infinidad de sentidos por ayudar a Jane Clayton a conservar las energías. Se sentía terriblemente afligido por el error que cometió respecto a la identidad del niño, pero una vez la joven Jane tuvo la convicción de que los motivos del hombre fueron auténticamente nobles, insistió en dejar bien claro que ella no iba a permitir que Anderssen se reprochase una equivocación que de ninguna manera podía haber evitado.

Al término de cada jornada de marcha, Anderssen procedía a disponer un refugio cómodo para Jane y el niño. La tienda se montaba siempre en el

lugar más favorable. La *boma* de espinos que se tendía alrededor del campamento era la más sólida e inexpugnable que los mosulas eran capaces de preparar.

La comida de Jane era la mejor que las limitadas existencias de provisiones y el rifle del sueco podían suministrar, pero lo que más conmovía a Jane era la amabilidad, la atenta consideración y la afectuosa cortesía con que el hombre la trataba en todo momento.

Aquel carácter tan caballeroso, bajo un exterior repulsivo de veras, constituía una fuente continua de asombro y maravilla para la mujer, hasta que al cabo del tiempo, la innata nobleza del cocinero, su constante simpatía y su inagotable bondad transformaron su aspecto, a los ojos de Jane Clayton, que sólo vio reflejado en el rostro del hombre la dulzura de su personalidad.

Habían empezado a acelerar un poco el ritmo de su avance cuando les llegó la noticia de que Rokoff se encontraba a sólo unas cuantas jornadas de marcha, por detrás de ellos, y que había averiguado la dirección de su huida. Fue entonces cuando Sven Anderssen decidió seguir por el río y compró una canoa al jefe de una aldea situada cerca del Ugambi, a la orilla de uno de sus afluentes.

Poco después, el pequeño grupo de fugitivos navegaba por el ancho Ugambi y su huida se aceleró de tal manera que en seguida dejaron de tener noticias de sus perseguidores. Al final de su tránsito río arriba, abandonaron la canoa y siguieron a través de la selva. El avance se hizo inmediatamente más arduo, lento y peligroso.

Al segundo día, a partir del momento en que dejaron el Ugambi, el niño enfermó de fiebre. Anderssen supo automáticamente cuál sería el desenlace, pero le faltó valor para confesarle a Jane la verdad, porque había visto que la joven experimentaba hacia la criatura un cariño casi tan apasionado como si fuera sangre de su sangre y carne de su carne.

Como la enfermedad de la criatura les obligaba a interrumpir la marcha, Anderssen se apartó un poco del sendero principal por el que habían caminado hasta entonces y montó un campamento en un claro del bosque, junto a un riachuelo.

Jane dedicó allí todos sus esfuerzos y todas sus atenciones al pequeño y por si no fuese bastante el dolor y la angustia que tenía ya que soportar, recibió otro golpe demoledor con el súbito anuncio de uno de los porteadores mosulas que había estado explorando la floresta aledaña: el

hombre había descubierto a Rokoff y su partida acampados a escasa distancia de ellos, lo que demostraba, con toda evidencia, que seguían su rastro muy de cerca y que no tardarían en llegar a aquel recóndito lugar que todos consideraron un escondrijo excelente.

La noticia sólo podía significar una cosa: que no tenían más remedio que levantar el campo y reemprender la huida a toda velocidad, sin tener en cuenta el estado en que se encontraba el niño. Jane Clayton conocía demasiado bien la inhumana forma de ser del ruso para abrigar la certeza de que, en el momento en que volviera a capturarlos, lo primero que iba a hacer era separarla del chiquillo, separación que representaría la inmediata muerte del niño. De eso también estaba Jane segura.

Mientras avanzaban dando traspiés por la enmarañada vegetación, a lo largo de un antiguo sendero de caza que las hierbas y matojos casi ocultaban del todo, los porteadores mosulas fueron desertando uno tras otro.

Los hombres se mantuvieron firmes en su entrega y lealtad mientras el peligro de que los alcanzaran el ruso y su partida constituía una posibilidad remota. Sin embargo, habían oído contar tantas barbaridades acerca del feroz carácter de Rokoff que no pudieron por menos que dejar crecer en su ánimo un pánico cerval. Y ahora que el ruso estaba muy cerca, de los corazones pusilánimes de los porteadores desapareció todo posible estímulo fortificante y no perdieron tiempo en abandonar a los tres blancos.

A pesar de todo, Anderssen y la mujer continuaron la huida. El sueco delante, para abrir el paso a través de la maleza allí donde le vegetación cubría por completo el sendero, de forma que la mujer tenía que encargarse de llevar en brazos al niño durante la marcha.

Anduvieron todo el día sin parar. Avanzada la tarde, comprendieron que no iban a alcanzar su objetivo. Oyeron el ruido que producía un gran safari, que ya les pisaba los talones, al avanzar por el camino que Anderssen abría para sus perseguidores.

Cuando resultó evidente que estaban a punto de alcanzarlos, Anderssen ocultó a Jane Clayton detrás de un árbol gigantesco y la cubrió, a ella y al niño, con ramas y matorrales.

—Hay una aldea a cosa de kilómitro y medio por chante —explicó a la mujer—. Antis de abandonarnos, los mosulas me indicaron la situación de ese puiblo. Trataré di dispistar al ruso y mientras usté puede seguir hacia la aldea. Craio qui il jefe is amigo di los blancos… Los mosulas así mi lo

dijeron. Di todas formas, is lo único que se puede hacer.

»Pida al jefe qui la lleve de nuevo al mar, pasando por la aldea mosula. Seguraminte una canoa la llivará a la disimbocadura del Ugambi. Intonces istará a salvo. ¡Adiós y buena suirte, siñora!

—¿Y a dónde va usted, Sven? —preguntó Jane—. ¿Por qué no se esconde también aquí y luego se viene hacia el mar conmigo?

—Hi de decirle al ruso qui usté ha muerto, para que deje de buscarla —sonrió Anderssen.

—¿Por qué no vuelve a reunirse conmigo después de que se lo haya dicho? —insistió la muchacha.

Anderssen meneó la cabeza negativamente.

—Craio qui no podré reunirme con nadie cuando li haya dicho al ruso que usté ha muerto.

—¿Eso significa que cree que le matará? —preguntó Jane, aunque en el fondo de su corazón sabía que eso era precisamente lo que aquel canalla iba a hacer. Se vengaría así del sueco, por haberle burlado. La respuesta de Anderssen consistió en indicarle silencio y señalar el camino por el que habían llegado hasta allí.

—No me importa —susurró Jane—. Si puedo evitarlo de algún modo, no permitiré que muera usted para salvarme. Deme su revólver. Sé utilizarlo y entre los dos podremos mantener a raya a esos individuos, al menos hasta que encontremos algún modo de escapar.

—No funcionará, siñora —replicó Anderssen—. Lo único qui conseguiríamos es qui nos mataran a los dos, in cuyo caso no li serviría a usté de nada. Piense in il niño, siñora, y en la suerte qui correrían los dos si volviesen a caer en manos de Rokoff. Si quiere salvar al niño, haga lo qui li digo. Tinga, coja mi rifle y las municiones. Puede qui los nicisite.

Empujó el arma y la canana al interior del refugio, dejándolo todo junto a Jane. A continuación desapareció.

La muchacha le vio regresar por el sendero, al encuentro de los componentes del safari del ruso. Un recodo del camino lo ocultó en seguida a la vista de Jane.

El primer impulso de la muchacha fue marchar tras él. Armada con el rifle, podría ayudarle y, por otra parte, a Jane le resultaba imposible sobreponerse a la idea de quedarse allí sola, a merced de la despiadada selva, sin un solo amigo que le echase una mano.

Empezó a arrastrarse para salir del escondite, con la intención de correr

en pos de Anderssen con toda la rapidez que le permitiesen las piernas. Pero al acercar al niño contra sí, la mirada se posó en el rostro de la criatura.

¡Estaba encendido de rojo! ¡Su color y su aspecto no eran nada normales! Apoyó su mejilla en la del niño. ¡La fiebre abrasaba aquella carita!

Jane Clayton dejó escapar un jadeo aterrado, se levantó y salió al sendero. Rifle y bandolera quedaron olvidados bajo los matorrales del escondite. Anderssen desapareció también de la mente de Jane, lo mismo que Rokoff y el peligro que se cernía sobre la muchacha.

Lo que invadía ahora el asustado cerebro de Jane era la espantosa circunstancia de que la fiebre de la selva estaba devorando a aquel niñito indefenso y que ella se veía impotente para aliviar los sufrimientos de la criatura… Sufrimientos que, estaba segura, le acosarían de modo intermitente en los intervalos de conciencia parcial.

En lo único que pensó Jane Clayton fue en dar con alguien que pudiese ayudarle —alguna mujer que hubiese tenido hijos— y esa idea llevó a su memoria el recuerdo de la aldea que Anderssen mencionó poco antes y cuyos habitantes, según él, se mostraban amistosos con los blancos. ¡Si pudiese llegar a tiempo a ese poblado!

No había que perder un segundo. Como un antílope sobresaltado, Jane dio media vuelta y echó a correr en la dirección que Anderssen le había indicado.

A su espalda, a bastante distancia, sonaron repentinamente voces de hombres, unas cuantas detonaciones y, luego, el silencio. Comprendió que Anderssen había topado con el ruso.

Media hora después, a trompicones, exhausta, entraba en el pequeño conjunto de chozas con techo de paja. Hombres, mujeres y niños la rodearon al instante. Indígenas curiosos, excitados, apremiantes, volcaron sobre ella mil y una preguntas, ninguna de las cuales Jane podía entender ni, por ende, contestar.

Lo único que podía hacer era señalar, entre lágrimas, al niño que gimoteaba lastimeramente en sus brazos, y repetir una y otra vez:

—Fiebre… Fiebre… Fiebre…

Los negros tampoco comprendían sus palabras, pero en seguida se hicieron cargo del apuro de Jane y, de inmediato, una joven la condujo al interior de una choza. Allí, con la colaboración de varias mujeres más,

procedió a hacer cuanto le era posible para calmar a la criatura y aliviar sus tribulaciones.

Llegó el hechicero y encendió frente al niño una pequeña fogata, a cuyas llamas hirvió un extraño mejunje en una marmita de barro. Sobre aquella cocción trazó unos pases mágicos, al tiempo que murmuraba extravagantes y monótonas salmodias. Introdujo en el brebaje una cola de cebra y, mientras entonaba en tono susurrante otra serie de conjuros, soltó un rocío de gotas sobre la cara del chiquillo.

Cuando el hechicero se fue, las mujeres se sentaron en el suelo y empezaron a gemir y lloriquear hasta que Jane temió volverse loca. Pero como se daba cuenta de que lo hacían impulsadas por la bondad de sus corazones, hizo de tripas corazón y soportó con paciente, mudo y resignado conformismo la pesadilla de aquellas horas de prueba.

La medianoche debía de andar cerca ya cuando a sus oídos llegó cierto alboroto que se produjo repentinamente en la aldea. Voces de indígenas que se alzaban en tono de polémica. A Jane le pareció que discutían, pero no entendía las palabras.

Oyó luego ruido de pasos que se acercaban a la choza donde permanecía en cuclillas ante la lumbre, con el niño en el regazo. La criatura parecía muy tranquila y sus párpados, entreabiertos, dejaban ver unas pupilas que parecían horriblemente fijas en el techo.

Jane Clayton miró la carita con ojos impregnados de miedo. No era hijo suyo —carne de su carne, sangre de su sangre—, pero aquella criaturita desvalida se había apoderado de su afecto, la quería como si fuera propia. Desposeída de su hijo, Jane había entregado toda la ternura de su corazón a aquel huerfanito y prodigaba sobre él todo el cariño que se le había impedido proporcionar durante las largas semanas de cautiverio a bordo del *Kincaid*.

Se dio cuenta de que el fin estaba próximo y aunque le aterraba presenciar la pérdida, aún confiaba en que se presentaría rápidamente y pondría fin de una vez al sufrimiento de la pequeña víctima.

Los pasos que había oído poco antes acababan de detenerse en el umbral. Hubo un diálogo en voz baja y, segundos después, entraba en la choza M'ganwazam, el jefe de la tribu. Jane apenas le había visto, porque las mujeres se hicieron cargo de ella casi en el momento en que entró en la aldea.

Jane Clayton observó ahora que M'ganwazam era un salvaje de aspecto demoníaco, con todos los distintivos de la depravación brutal estampados en su semblante animalesco. Más que un hombre, a Jane Clayton le pareció un gorila. M'ganwazam trató de entablar conversación con ella, pero no lograron entenderse y, al final, el indígena llamó a alguien que aguardaba fuera de la choza.

En respuesta a la convocatoria entró otro negro, un individuo de aspecto muy distinto al del jefe, tan distinto que Jane Clayton comprendió al momento que pertenecía a otra tribu. El recién llegado actuó como intérprete y casi desde la primera pregunta que M'ganwazam le planteó Jane tuvo el instintivo convencimiento de que el indígena intentaba sonsacarle información por algún motivo que sin duda utilizaría posteriormente.

Se dijo que resultaba bastante extraño que aquel indígena se interesase

de pronto por sus planes y, en especial, por el destino hacia el que se dirigía cuando interrumpió la marcha en aquella aldea.

Al no tener razón alguna para ocultar sus propósitos, Jane le dijo la verdad. Pero cuando el hombre le preguntó si confiaba en encontrarse con su esposo al término del viaje, Jane denegó con la cabeza.

Luego, siempre a través del intérprete, el jefe refirió el objeto de su visita.

—Acabo de enterarme —dijo—, por boca de unos hombres que viven a la orilla de la gran corriente de agua, que tu marido te estuvo siguiendo durante varias jornadas por el río Ugambi, aguas arriba, hasta que unos indígenas lo localizaron y lo mataron. Así que te lo digo para que no pierdas tu tiempo en una caminata larga, con la inútil esperanza de que al final de ella vas a encontrarte con tu marido. Vale más que vuelvas por donde has venido y regreses a la costa.

Jane agradeció a M'ganwazam su amable hospitalidad, aunque aquel nuevo golpe que la desgracia descargaba sobre ella dejó su corazón sumido en una extraña indiferencia. Había sufrido tanto que era como si fuese ya inmune a los zarpazos más fieros del dolor, como si las continuas tribulaciones le hubiesen adormecido la sensibilidad y endurecido el espíritu.

Continuó sentada, gacha la cabeza y con los ojos sobre el niño que tenía en el regazo. Lo miraba, pero no lo veía. M'ganwazam salió de la choza. Al poco rato, Jane oyó un ruido en la puerta. Entró otra persona. Una de las mujeres sentadas frente a Jane echó leña sobre las moribundas brasas de la fogata situada entre ambas.

Una súbita llamarada iluminó con sus rojos resplandores el interior de la choza, que se llenó de claridad como por arte de magia.

Las renovadas llamas expusieron ante los horrorizados ojos de Jane una tétrica realidad: el niño había muerto. No le era posible adivinar cuánto tiempo llevaba sin vida la criatura.

En la garganta de Jane Clayton se formó un nudo y, en gesto de angustia silenciosa, cayó la cabeza sobre el bulto que instintivamente había acercado a su pecho.

Durante unos momentos nada quebrantó el silencio que reinaba en la choza. Luego, la mujer indígena estalló en un impresionante plañido.

Frente a Jane Clayton, muy cerca, un hombre carraspeó y pronunció el nombre de la muchacha.

Jane Clayton dio un respingo, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con la sardónica expresión que decoraba el rostro de Nicolás Rokoff.

CAPÍTULO XIII

HUIDA

EL RUSO dedicó unos instantes a regodearse en su triunfo, mientras obsequiaba a Jane Clayton con una sonrisa burlona. Luego, los ojos de Rokoff se posaron en el bulto que la muchacha tenía en el halda. Jane había cubierto con una esquina de la manta el rostro de la criatura, de forma que cualquiera que ignorase la verdad supondría que el niño estaba dormido.

—Se ha tomado una barbaridad de molestias innecesarias —dijo Rokoff — para traer al chiquillo hasta esta aldea. Si se hubiese limitado a atender sus propios asuntos, yo me habría encargado personalmente de ese trabajo.

»Y usted se habría ahorrado todos los peligros y fatigas de tan fastidioso viaje. Aunque sospecho que debo estarle agradecido por haberme evitado todas las pejigueras e inconvenientes de cuidar un crío durante una marcha de este tipo.

»Esta es la aldea a la que desde el principio estaba destinado el chiquillo. M'ganwazam se encargará de educarlo con toda la escrupulosidad que el asunto requiere. Hará de él un caníbal de pro y si alguna vez la suerte le es propicia y regresa usted a la civilización, tendrá materia de sobra para reflexionar y comparar los lujos y comodidades de su existencia con los detalles de la vida que llevará su hijo en esta aldea de los waganwazames.

»Le repito mi más rendido agradecimiento por haberlo traído aquí, y ahora debo pedirle que me lo entregue, para que pueda ponerlo en manos de sus padres adoptivos.

Al terminar su alocución, Rokoff alargó las manos para recibir al niño. La repulsiva sonrisa de sus labios se aderezaba con todo el rencor de su alma.

Sorprendido en grado superlativo, vio que Jane Clayton se ponía en pie y, sin una sola palabra de protesta, depositaba en sus brazos el pequeño bulto.

—Aquí tiene el niño —dijo. Gracias a Dios, usted ya no puede hacerle ningún daño.

Cuando entró en su cerebro el significado de las palabras de Jane, Rokoff levantó la parte de la manta que cubría el rostro del chiquillo y confirmó sus temores. Jane Clayton observaba atentamente la expresión del ruso.

Llevaba varios días perpleja, intrigada por la respuesta que pudiera tener la pregunta de si Rokoff conocía la identidad del niño. Pero las dudas que llegaron a asaltarla desaparecieron totalmente, barridas por el terrible arrebato de cólera que se apoderó del ruso al contemplar la carita del cadáver infantil y comprender que, en el último momento, sus apasionados deseos de venganza se veían defraudados por un poder superior al suyo.

Más que entregarle el cuerpo sin vida del niño, lo que hizo Rokoff fue poco menos que arrojarlo violentamente a los brazos de Jane Clayton. Luego paseó con bruscas zancadas de un lado a otro de la choza, sacudió puñetazos al vacío y sus furibundos juramentos saturaron el aire de ominosas vibraciones. Por último, se detuvo frente a Jane Clayton y acercó su rostro al de la mujer, hasta casi rozarlo.

—¡Se está riendo de mí! —chirrió—. Cree que me ha vencido, ¿verdad? Le enseñaré, como le enseñé a ese mono miserable al que usted llama «esposo», lo que significa inmiscuirse en los planes de Nicolás Rokoff. Me quitó el niño. Ya no puedo convertirlo 'en hijo de un caníbal, pero… —hizo una pausa como si deseara que el significado de su amenaza calase hasta lo más hondo—, pero sí está en mi mano convertir a la madre en esposa de un caníbal… Y eso es lo que voy a hacer… después de haberla sometido a mi venganza personal.

Si pensaba arrancar a Jane Clayton alguna muestra de terror, el fracaso del ruso fue clamoroso. Nada podía ya impresionar a Jane. Los sufrimientos y sobresaltos que había tenido que soportar durante las últimas fechas le habían aletargado por completo tanto el cerebro como los nervios.

Rokoff se quedó de una pieza al ver que una sonrisa poco menos que feliz se dibujaba en los labios de la mujer. Con el corazón lleno de agradecimiento, Jane estaba pensando que aquel pequeño cadáver no era el de su hijo Jack, y evidentemente —lo cual era lo mejor de todo— eso lo ignoraba Rokoff.

A la muchacha le habría encantado arrojarle a la cara la verdad, pero no se atrevió. Mientras Rokoff continuara creyendo que el niño muerto era el

de Jane, Jack se encontraría a salvo, dondequiera que estuviese. Naturalmente, ella desconocía el paradero de su hijo…, ni siquiera contaba con la certeza de que aún siguiese vivo, aunque existían bastantes probabilidades de que así fuera.

Era más que posible que, a espaldas de Rokoff, alguno de sus cómplices hubiese sustituido a la criatura y el verdadero hijo de Jane se encontrara ahora sano y salvo, en casa de alguno de los amigos del matrimonio Clayton, en Londres, donde muchos de esos amigos estaban en condiciones —y lo habrían hecho muy gustosos— de pagar el rescate que el cómplice traidor hubiera pedido a cambio de la liberación del hijo de lord Greystoke.

Le había dado mil vueltas en la cabeza a todo ello desde que descubrió que el niño que Anderssen le puso en las manos aquella noche en el *Kincaid* no era su hijo. Tal descubrimiento despertó su fantasía y le hizo concebir muchos sueños e imaginar detalles y más detalles que fueron para Jane Clayton una fuente caudalosa e inagotable de felicidad.

No, el ruso nunca debía enterarse de que aquel cadáver no era el del hijo de Jane. La muchacha comprendía que su situación era desesperada… Muertos su esposo y Anderssen, nadie que hubiese querido acudir en su auxilio sabría dónde encontrarla.

Se daba perfecta cuenta de que la amenaza de Rokoff no era vana. Estaba absolutamente segura de que aquel hombre cumpliría, o intentaría cumplir, su palabra; pero en el peor de los casos ello sólo significaría liberarse un poco antes de la angustia que tanto tiempo llevaba sufriendo. Tenía que encontrar algún modo de quitarse la vida antes de que el ruso pudiera causarle más daño.

Lo que ahora precisaba era tiempo…, disponer de un plazo de tiempo para reflexionar y prepararse. Comprendía, por otra parte, que no era cuestión de dar el paso definitivo hasta haber agotado todas las posibilidades de escapatoria. Si no encontraba el modo de volver junto a su hijo, no deseaba seguir viviendo, pero por débil que pareciese tal esperanza ella no admitiría la imposibilidad total hasta que llegase el último momento, hasta que se viera enfrentada a la alternativa final: a optar entre Nicolás Rokoff, por una parte, y la autodestrucción del suicidio, por la otra.

—¡Márchese! —conminó al ruso—. ¡Váyase y déjeme en paz con mi difunto! ¿Es que no me ha causado ya bastantes desgracias y sufrimientos? ¿Todavía quiere atormentarme más? ¿Qué es lo que le he hecho para que se empeñe en acosarme de esta manera?

—Está pagando las culpas del mono que eligió por esposo, cuando pudo haber disfrutado del amor de un caballero…, de la adoración de Nicolás Rokoff —contestó el ruso—. ¿Pero qué ganamos con discutir ahora este asunto? Enterraremos al niño aquí y luego se vendrá usted conmigo a mi campamento. Mañana la traeré de nuevo a esta aldea y la entregaré a su nuevo esposo…, el encantador M'ganwazam. ¡En marcha!

Rokoff alargó las manos para hacerse cargo del niño, pero Jane, que estaba en pie, lo apartó.

—Lo enterraré yo —dijo—. Envíe unos hombres para que excaven una tumba fuera del poblado.

Rokoff estaba deseando acabar de una vez con aquella cuestión y volver cuanto antes al campamento con su víctima. Supuso que la apatía de Jane era pura resignación ante su destino. El ruso salió de la choza, indicó a Jane que le siguiera y, momentos después, junto con varios indígenas, acompañó a la mujer fuera de la aldea, donde al pie de un enorme árbol los negros cavaron una fosa poco profunda.

Tras envolver en una manta el cuerpo de la criatura, Jane lo depositó con gran ternura en el fondo de aquel negro agujero. Luego volvió la cabeza, para no ver caer la fatídica tierra sobre el lastimoso bulto, y sus labios murmuraron una oración junto a la tumba de aquella criatura sin nombre que se había abierto paso hasta lo más recóndito del corazón de la mujer.

Con los ojos secos de lágrimas, pero aún llenos de dolor, se incorporó y siguió al ruso a través de la negrura estigia de la selva, por el zigzagueante camino que enlazaba la aldea de M'ganwazam, el negro antropófago, con el campamento de Nicolás Rokoff, el diablo blanco.

A ambos lados, en la impenetrable espesura que bordeaba el sendero, por encima de la cúpula de enramada que impedía el paso de los rayos de la luna, la muchacha oía el apagado rumor de las pisadas de fieras gigantescas y, en torno, el ensordecedor rugido de los leones que andaban a la caza de piezas con que alimentarse, un sonido que parecía estremecer la tierra.

Los negros de la expedición encendieron antorchas y las ondearon con ambas manos para ahuyentar a las fieras depredadoras. Rokoff no cesaba de meter prisa a sus hombres y, a juzgar por los temblores que quebraban su voz, Jane Clayton comprendió que el ruso estaba muerto de miedo.

Los ruidos nocturnos de la selva recordaron vívidamente a la mujer los días y las noches que había pasado en una jungla análoga con su dios de la

selva, con el impávido e invencible Tarzán de los Monos. Allí, junto a él, ninguna idea temerosa acudió a su mente, aunque los sonidos de aquellas florestas vírgenes eran nuevos para ella y el rugido del león le parecía el más aterrador sonido que pudiera oírse sobre la faz de la tierra.

¡Qué distintas hubieran sido las cosas de saber Jane que en un punto ignoto de aquellas soledades Tarzán la estaba buscando! Realmente, entonces sí que tendría algo por lo que vivir, y todas las razones del mundo para creer que la ayuda se acercaba… ¡Pero Tarzán había muerto! Resultaba increíble que fuera así…

Daba la impresión de que en aquel cuerpo de gigante y en aquellos músculos poderosos no tenía cabida la muerte. Si Rokoff hubiera sido el único en darle la fatal noticia, Jane hubiera comprendido que el ruso mentía. Pensaba, sin embargo, que M'ganwazam no tenía motivo alguno para engañarla. Ignoraba que el ruso había hablado con el salvaje minutos antes de que el cacique entrase en la choza para endosarle su historia a Jane.

Llegaron por fin a la rudimentaria *boma* que los porteadores de Rokoff habían construido alrededor del campamento del ruso. Se encontraron allí con un desorden espantoso. Jane ignoraba a qué venía todo aquel alboroto, pero observó que Rokoff se daba a todos los demonios y por las frases sueltas y fragmentos de conversación que pudo captar y traducir pudo enterarse de que durante la ausencia del ruso se produjeron deserciones y que los desertores habían arramblado con la mayor parte de los pertrechos y provisiones de boca.

Cuando Rokoff se hubo desahogado, tras descargar todos sus furores sobre los que decidieron quedarse en el campamento, regresó al lugar donde permanecía Jane, custodiada por dos marineros blancos. La agarró bruscamente por un brazo y la arrastró hacia la tienda en que se albergaba el ruso. La mujer bregó y pugnó por zafarse, mientras los dos marineros contemplaban divertidos la escena y se reían ante los inútiles esfuerzos de Jane.

En cuanto comprobó que iba a tener dificultades para llevar a cabo sus propósitos, Rokoff no dudó en emplear métodos todo lo brutales que hiciese falta. Golpeó repetidamente a Jane Clayton en la cara, hasta que al final, medio inconsciente la mujer, pudo arrastrarla al interior de la tienda.

El criado del ruso había encendido una lámpara y, a una palabra de su amo, desapareció raudo. Jane se desplomó en medio del espacio de la

tienda. Poco a poco fue recobrándose del aturdimiento y se aprestó a reflexionar a toda prisa. Sus ojos recorrieron el interior de la tienda y se hizo cargo de cada detalle de los enseres y de cuanto contenía.

El ruso procedía ya a levantarla del suelo, con ánimo de trasladarla al catre de campaña que estaba en un lado de la tienda. El ruso llevaba un revólver al cinto. La mirada de Jane se clavó en el arma. La palma de la mano le hormigueaba, ávida de cerrarse sobre la enorme culata. Fingió otro desvanecimiento, pero, con los párpados entrecerrados, aguardó alerta a que se le presentase su oportunidad.

Llegó en el momento en que Rokoff trataba de levantar a Jane para ponerla encima de la colchoneta. Se produjo un ruido hacia la entrada de la tienda y el ruso volvió la cabeza con rápido movimiento y apartó la vista de la muchacha. La culata del revólver estaba a menos de dos centímetros y medio de la mano de Jane. Con un tirón rápido, como el rayo, Jane sacó el arma de la funda. Simultáneamente, Rokoff adivinó el peligro y se volvió hacia ella.

Jane no se atrevió a disparar, porque la detonación habría atraído allí a todos los esbirros del ruso y, muerto Rokoff, ella caería en manos aún más brutales y su destino probablemente sería peor de lo que él solo hubiera podido imaginar. El recuerdo de los dos bestias riéndose a carcajada limpia de los puñetazos que Rokoff le había asestado aún seguía vivo en la mente de Jane.

Cuando, con semblante enfurecido y a la vez temeroso, el eslavo se precipitaba sobre la muchacha, Jane Clayton levantó el pesado revólver por encima de la pastosa cara y, con todas las fuerzas que pudo reunir, descargó un terrorífico culatazo entre los ojos del ruso.

Sin emitir siquiera un gemido, Rokoff se derrumbó sobre el piso de la tienda, desmadejado y sin sentido. Jane permaneció un segundo junto a él…, libre al menos por el momento de la amenaza de su lujuria.

Volvió a oír en la parte exterior de la tienda el ruido que antes distrajo la atención de Rokoff. Ignoraba qué podía originarlo, pero temiendo que el criado volviera y descubriera lo que ella acababa de hacer, Jane se acercó en dos zancadas a la mesa de campaña donde ardía la lámpara de petróleo y apagó la humeante y maloliente llama.

En la completa oscuridad del interior de la tienda, Jane hizo una pausa para poner en orden sus ideas y proyectar el siguiente paso de su aventura en pos de la libertad.

Se encontraba en medio de un campamento lleno de enemigos. Al otro lado de aquel círculo de diablos hostiles se extendía la soledad de una jungla selvática poblada por espantosas fieras depredadoras, aún más espeluznantes que las bestias humanas.

Pocas eran, si es que contaba con alguna, las probabilidades de sobrevivir, aunque sólo fuera unos días, a los peligros constantes que tendría que afrontar; pero también tenía conciencia de haber superado con cierto éxito muchos peligros y sabía también que en algún lugar del remoto mundo exterior un niño estaría sin duda reclamándola en aquel momento… Eso la colmó de resolución. Se dispuso a llevar a cabo los esfuerzos que fueran necesarios para cumplir la aparentemente imposible hazaña de atravesar aquel escalofriante territorio cuajado de horrores y llegar al mar, y se aferró a la remota esperanza de encontrar allí el auxilio que pudiera salvarla.

La tienda de Rokoff se alzaba casi exactamente en el centro de la *boma* , le rodeaban las tiendas de campaña de los blancos y los cobertizos de los

indígenas del safari. Atravesar aquel cinturón y encontrar una salida por la *boma* parecía una empresa tan erizada de obstáculos insalvables que casi invitaba a renunciar a ella, antes de intentarla. Sin embargo, no tenía ninguna otra salida.

Permanecer en la tienda hasta que la descubrieran equivalía a lanzar por la borda todo lo que había arriesgado para conseguir la libertad, así que con andar sigiloso y atentos al máximo los cinco sentidos se acercó a la parte posterior de la tienda para lanzarse a la primera fase de su aventura.

Tanteó la lona de la tienda para localizar alguna abertura. Al no encontrarla, regresó rápidamente al lado del inconsciente ruso. El tacto de los dedos dio con la empuñadura del largo cuchillo de monte que el ruso llevaba al cinto. Empuñó el arma y la utilizó para abrir un boquete en la pared trasera de la tienda.

Salió en silencio. Observó, con inmenso alivio, que el campamento parecía dormido. A la tenue y vacilante claridad que despedían las brasas de las moribundas fogatas divisó un centinela, uno solo, que dormitaba sentado en cuclillas en el otro extremo del recinto.

Tuvo buen cuidado en mantener una tienda interpuesta entre ella y el centinela mientras avanzaba por los espacios que separaban los pequeños cobertizos donde dormían los porteadores. Llegó a la cerca de la *boma* .

Fuera del campamento, en la oscuridad de la enmarañada jungla, Jane oyó el rugido de los leones, la risa de las hienas y los innumerables y anónimos ruidos propios de la medianoche selvática.

Titubeó unos instantes, temblorosa. No dejaba de ser sobrecogedora la perspectiva de poder tropezarse con alguna de las fieras que andaban al acecho en la oscuridad. Luego, con un súbito y valeroso movimiento de cabeza, las delicadas manos de Jane Clayton la emprendieron con la espinosa *boma* . Se las desgarró y ensangrentó, pero continuó la tarea, contenida la respiración, hasta que logró abrir una brecha lo bastante amplia como para que su cuerpo pudiera deslizarse por el hueco. Se vio por fin en la parte exterior del recinto.

A su espalda quedaba un destino peor que la muerte, en poder de seres humanos.

Frente a sí, otro destino fatal casi seguro… Pero éste no era más que la muerte, una muerte imprevista, misericordiosa y honorable.

Sin vacilar, sin dudarlo ni lamentarlo, se alejó del campamento a toda velocidad y segundos después la jungla misteriosa se había cerrado sobre

ella.

CAPÍTULO XIV

A TRAVÉS DE LA JUNGLA

MIENTRAS conducía a Tarzán de los Monos hacia el campamento del ruso, Tambudza caminaba muy despacio por la sinuosa vereda de la selva. La mujer era muy anciana y el reúma entumecía sus doloridas piernas.

No es de extrañar, por lo tanto, que antes de que Tarzán y su decrépita guía hubiesen cubierto la mitad del trayecto, estuvieran ya en el campamento los mensajeros que había despachado M'ganwazam con la misión de advertir a Rokoff de que el gigante blanco se encontraba en la aldea y que aquella noche se presentaría ante el ruso con intención de matarlo.

Los guías encontraron el campamento del hombre bastante trastornado. Por la mañana los hombres habían descubierto a Rokoff aturdido y ensangrentado dentro de su tienda. Cuando recuperó totalmente el conocimiento y se enteró de que Jane Clayton había desaparecido, la cólera del ruso alcanzó proporciones inconmensurables.

Con el rifle amartillado, se lanzó a recorrer el campamento con una sola idea: abatir a tiros a los centinelas indígenas que permitieron que Jane Clayton eludiera su vigilancia y escapase. Pero unos cuantos hombres blancos, al comprender que se encontraban en una situación harto precaria a causa de las numerosas deserciones que había provocado la crueldad de Rokoff, se abalanzaron sobre éste y le desarmaron.

Llegaron entonces los mensajeros de M'ganwazam, pero apenas habían tenido tiempo de exponer su recado y cuando Rokoff se preparaba ya para abandonar el campamento y ponerse en camino con ellos hacia la aldea, se presentaron otros enviados de M'ganwazam, jadeantes a causa del esfuerzo de la rápida carrera a través de la selva, se acercaron a la fogata, casi sin resuello, y anunciaron que el gran gigante blanco había huido del poblado de M'ganwazam y ya estaba en camino para tomar cumplida venganza de sus enemigos.

La confusión reinante se incrementó todavía más dentro del recinto de la *boma* . El terror se apoderó de los negros pertenecientes al safari de Rokoff ante la idea de que casi tenían encima al gigante blanco que recorría la jungla a la cabeza de una feroz cuadrilla de simios y panteras.

Antes de que los blancos comprendiesen del todo lo que estaba ocurriendo, el supersticioso pánico cerval había impulsado a los indígenas a escabullirse entre la maleza de la jungla —en eso actuaron como un solo hombre porteadores de Rokoff y mensajeros de M'ganwazam—, pero su acelerada prisa no les impidió llevarse todos los objetos de valor a los que pudieron echar mano.

De modo que Rokoff y siete marineros blancos se encontraron en medio de las soledades selváticas, abandonados y desvalijados.

De acuerdo con su proverbial costumbre, el ruso cargó sobre las espaldas de sus compañeros la culpa de todos los sucesos que desembocaron en la casi desesperada situación en que se encontraban, pero los marineros no estaban por la labor de aguantar impertérritos sus insultos y maldiciones.

En mitad de una de aquellas reprimendas, uno de los marineros blancos tiró de revólver y disparó a quemarropa sobre el ruso. La puntería del marinero dejaba mucho que desear, pero la acción puso tal terror en el ánimo de Rokoff que automáticamente dio media vuelta y corrió a refugiarse en su tienda.

Mientras volaba por el campamento como alma que lleva el diablo, su mirada pasó por encima de la *boma* y llegó hasta la linde de la floresta. Lo que vislumbró allí fue como un estoque de hielo que le atravesó el corazón y que le resultaba más aterrador incluso que los siete hombres que tenía a la espalda, quienes, llenos de odio y furores vengativos, se dedicaban en aquel momento a disparar contra la figura en retirada.

Rokoff entró en su tienda como una flecha, pero no interrumpió allí su huida, sino que continuó su carrera y atravesó la pared de lona del fondo, aprovechando el amplio desgarrón que Jane Clayton había trazado la noche anterior.

El empavorecido moscovita se escurrió como un conejo perseguido a través del boquete que aún permanecía abierto en el punto de la *boma* por donde había escapado la propia presa del ruso, y mientras Tarzán se acercaba al campamento por la parte opuesta, Rokoff desaparecía en la jungla y se alejaba siguiendo la estela de Jane Clayton.

Cuando el hombre-mono franqueó la *boma* con la anciana Tambudza al lado, los siete marineros, al reconocerle, giraron sobre sus talones y escaparon a todo correr en dirección contraria. Tarzán observó que Rokoff no figuraba entre ellos, así que los dejó marchar sin más. Su pleito era con el ruso, al que esperaba encontrar en la tienda. En cuanto a los marineros, Tarzán estaba seguro de que en la selva iban a pagar caras sus ruindades y, desde luego, no debió de equivocarse en su apreciación, porque los suyos fueron los últimos ojos de hombre blanco que se posaron en cualquiera de ellos.

Tarzán encontró vacía la tienda de Rokoff y se aprestaba a partir en busca del ruso cuando Tambudza le indicó que la marcha del hombre blanco sólo podía deberse a que los mensajeros de M'ganwazam le habían notificado que Tarzán se encontraba en la aldea del cacique.

—Sin duda ha salido corriendo hacia el poblado —opinó la anciana—. Si quieres dar con él, es mejor que volvamos allí en seguida.

Tarzán pensó que lo más probable es que hubiera ocurrido lo que decía Tambudza, así que no perdió tiempo tratando de localizar el rastro del ruso, sino que se puso inmediatamente en marcha, rumbo a la aldea de M'ganwazam. Y dejó tras de sí a la anciana para que le siguiera al ritmo lento de sus pobres piernas.

La única esperanza del hombre-mono estribaba en que Jane estuviese sana y salva con Rokoff. Si tal era el caso, no habrían transcurrido dos horas antes de que la hubiera arrancado de las garras del ruso.

Sabía ya que M'ganwazam era un traidor y que seguramente tendría que combatir para recuperar a su esposa. Le hubiera gustado contar con la compañía de Mugambi, Sheeta, Akut, y el resto de integrantes de la partida, ya que no dejaba de comprender que, en solitario, no le iba a resultar precisamente un juego de niños rescatar ilesa a Jane del poder de dos criminales como Rokoff y el taimado M'ganwazam.

Le sorprendió enormemente no advertir en la aldea señal alguna de Rokoff ni de Jane, y como no podía fiarse de la palabra del jefe del poblado, tampoco malgastó un segundo en interrogatorios inútiles. Tan repentino e inesperado había sido su regreso a la aldea, y se desvaneció tan celéricamente en la selva, una vez comprobó que las personas que buscaba no estaban entre los waganwazames, que el viejo M'ganwazam no pudo reaccionar con la suficiente rapidez como para impedir su retirada.

Desplazándose de árbol en árbol, no tardó el hombre-mono en

presentarse de nuevo en el abandonado campamento del que había partido poco antes, porque aquel era, estaba seguro, el punto lógico en el que encontrar la pista de Rokoff y Jane.

Se llegó a la *boma* y la rodeó por la parte exterior hasta que, en la parte contraria al punto donde había empezado a dar la vuelta, encontró en la cerca espinosa un boquete e indicios inequívocos de que alguien pasó recientemente por aquel hueco, en dirección a la selva. Su agudo sentido del olfato le indicó que las dos personas que buscaba habían salido huyendo del campamento en aquella dirección. Un momento después, Tarzán había encontrado sus huellas y emprendía el seguimiento del débil rastro.

A mucha distancia por delante de él, una joven abrumada por el miedo huía todo lo furtivamente que las circunstancias le permitían por un estrecho sendero de caza, temiendo que, de un momento a otro, se daría de manos a boca con alguna fiera salvaje o con algún hombre no menos salvaje. Esperando contra toda esperanza haber tomado la dirección que al final la llevaría al gran río, corría por la senda cuando, de pronto, observó que estaba frente a un paraje que le era conocido.

A un lado del camino, bajo un árbol gigante, había un montoncito de ramas y maleza… un punto de la jungla que hasta el fin de sus días iba a permanecer indeleblemente impreso en su memoria. Era el lugar donde Anderssen la había escondido, donde el sueco renunció a su vida en un inútil esfuerzo por salvarla a ella de las garras de Rokoff.

Al verlo, Jane se acordó del rifle y de las municiones que el hombre le pasó en el último momento. Lo había olvidado por completo. Jane empuñaba aún el revólver que había sacado de un tirón del cinto de Rokoff, pero sólo tendría seis balas…, en el mejor de los casos, insuficientes para proporcionarle alimento y protección durante el largo trayecto hasta el mar.

Casi sin aliento, Jane tanteó por debajo del montoncito de ramas sueltas, sin atreverse a esperar que el tesoro continuase donde lo había dejado. Pero, con alivio infinito e inmensa alegría, su mano tropezó con el cañón del pesado fusil y la canana provista de cartuchos.

Cuando se echó al hombro la cartuchera y notó en la mano el peso del rifle de caza, una repentina sensación de seguridad la invadió. Continuó su viaje con renovada esperanza y con la sensación de que tenía casi asegurado el éxito final.

Aquella noche durmió en el hueco del ángulo formado por una rama y

el tronco de un árbol, como Tarzán le había dicho que solía hacer, y a la mañana siguiente, muy temprano, se puso de nuevo en camino. Entrada la tarde, estaba a punto de atravesar un pequeño claro de la selva cuando vio sobresaltada la enorme forma de un simio gigantesco que salía de la floresta por el lado contrario.

El viento soplaba a través del claro, en dirección a Jane, quien no perdió un segundo en situarse de forma que el aire le llegase desde el lugar donde estaba el antropoide. Se ocultó tras la densa espesura de unos matorrales y se mantuvo a la expectativa, listo el rifle para, de ser necesario, abrir fuego de inmediato.

El monstruo avanzó despacio a través del calvero; de vez en cuando olfateaba el suelo, como si estuviera siguiendo un rastro mediante las fosas nasales. Apenas había dado el cuadrumano una docena de pasos por el claro, cuando salió de la selva otro miembro de su especie; y luego otro, y otro, hasta que cinco de aquellas feroces bestias se encontraron a la vista de la aterrada joven, que seguía agazapada en su escondite, con el pesado rifle dispuesto y el dedo curvado sobre el gatillo.

Jane observó, consternada, que los simios hacían un alto en el centro del claro. Se agruparon en un espacio reducido, desde donde se dedicaron a mirar hacia atrás, como si estuviesen esperando la llegada de nuevos integrantes de su tribu.

Jane deseaba con toda el alma que se marchasen de una vez, sabedora de que, en cualquier momento, un ramalazo de aire podía llevar el olor de su persona al olfato de los antropoides, en cuyo caso, ¿hasta dónde llegaría la protección que pudiera prestarle el rifle frente a los formidables músculos y poderosos colmillos de aquellos monos colosales?

Los ojos de la muchacha fueron de uno a otro de los simios, con algún que otro vistazo al borde de la jungla hacia el que miraban los antropoides, hasta que distinguió lo que parecían esperar. Alguien los acechaba.

Tuvo la certeza de ello al ver la ágil y ondulante figura de una pantera que se deslizó en silencio por la selva hasta el punto por el que los monos habían surgido unos momentos antes.

Rápidamente, la enorme pantera atravesó el claro en dirección a los antropoides. A Jane le extrañó la evidente apatía de éstos y, segundos después, la extrañeza se convirtió en asombro cuando vio que el gran felino se unía al grupo de monos —del todo indiferentes a su presencia—, se sentaba sobre sus cuartos traseros, en medio de ellos, y se entregaba con

fruición a la tarea de acicalarse, entretenimiento que parece entusiasmar a los miembros de todas las familias de felinos del mundo.

A la sorpresa de ver confraternizar a aquellos enemigos naturales se sumó en el ánimo de Jane la emoción, lindante con el miedo a volverse loca, que le produjo observar segundos después la llegada de un alto y atlético guerrero negro que cruzaba el claro e iba a integrarse en el grupo de las fieras reunidas allí.

En principio, cuando apareció el hombre, Jane tuvo la absoluta certeza de que los monos y la pantera lo destrozarían, por lo que medio se incorporó en su escondite y se echó el rifle a la cara, dispuesta a hacer lo que pudiera para impedir el terrible destino que aguardaba al indígena.

Sin embargo, se percató de pronto que el hombre no sólo empezaba a conversar con las bestias, sino que incluso parecía darles órdenes.

Luego, el grupo abandonó el claro, para desaparecer en la selva, por el lado contrario a donde estaba la muchacha.

Al tiempo que emitía un suspiro en el que se mezclaban la incredulidad y el alivio, Jane Clayton se puso en pie tambaleante y huyó de aquella espantosa tropa, mientras a ochocientos metros por detrás de la mujer, otro individuo que avanzaba por la misma senda, se inmovilizó paralizado por el terror, oculto tras un hormiguero, mientras la espeluznante cuadrilla pasaba casi rozándole.

Se trataba de Rokoff, que reconoció en seguida a los miembros de la formidable hueste aliada de Tarzán de los Monos. En consecuencia, no había pasado la última de aquellas fieras cuando el ruso ya se había levantado y corría por la jungla a toda la velocidad que le permitían sus piernas. Su única aspiración en aquellos instantes era poner la máxima distancia posible entre su persona y las tremebundas bestias.

Y así fue que cuando Jane Clayton llegaba a la orilla del gran río, por el que confiaba descender hacia el océano y hacia la esperanza de una posible salvación, Nicolás Rokoff se encontraba ya bastante cerca de la muchacha.

Jane vio una gran canoa en la ribera; estaba varada, medio fuera del agua, amarrada al tronco de un árbol próximo.

Jane pensó que, si lograba botar aquella enorme y pesada embarcación, la cuestión del transporte hasta el mar estaría resuelta. Desató la cuerda que la mantenía ligada al árbol, y empezó a empujar con todas sus fuerzas, apoyado todo el cuerpo en la proa. El resultado de sus esfuerzos, desgraciadamente, fue poco más o menos el mismo que si hubiese

pretendido apartar al planeta Tierra de su órbita.

Se había quedado casi sin aliento y sin fuerzas cuando se le ocurrió que si ponía en la popa de la embarcación una buena carga de lastre y luego balanceaba la proa, a un lado y a otro de la orilla, tal vez lograse desequilibrar la canoa y hacerla caer en las aguas del río.

No había por allí piedras disponibles, pero a lo largo de la ribera encontró grandes cantidades de troncos depositados por el propio río en el curso de una crecida anterior. Jane se dedicó a recoger aquellos trozos de madera y depositarlos en la popa de la canoa, hasta que, finalmente, observó con enorme alivio que la proa de la embarcación se despegaba ligeramente del barro de la orilla y que la popa empezaba a deslizarse despacio, para inmovilizarse luego unos palmos más allá, corriente abajo.

Descubrió Jane que si, subida en la canoa, trasladaba el peso de su cuerpo de la proa a la popa, y viceversa, los extremos de la embarcación subían y bajaban alternativamente y, cada vez que ella saltaba a la popa, la canoa se introducía unos centímetros más en el agua.

A medida que el éxito de la maniobra le acercaba cada vez más al objetivo, Jane se abismó en el esfuerzo con tal entrega y entusiasmo que no se percató de la aparición del hombre que acababa de emerger de la espesura y que la observaba atentamente, inmóvil junto a un árbol situado en el lindero de la jungla.

Una sonrisa cruel ponía su toque malévolo en el atezado semblante del individuo, mientras se gozaba en los laboriosos afanes de la muchacha.

La canoa se encontraba ya tan liberada del barro de la orilla que la retenía que Jane consideró que no iba a costarle demasiado trabajo llevarla a aguas más profundas utilizando como pértiga uno de los remos que había en el fondo de la embarcación. Lo cogió y se aprestaba a hundirlo en el agua, hasta el fondo del río, cuando levantó casualmente la cabeza y su mirada llegó al borde de la selva.

Al tropezar sus ojos con la figura de aquel hombre, un grito de miedo ascendió a los labios de la muchacha. Era Rokoff.

El ruso echó a correr hacia Jane Clayton, al tiempo que le advertía a gritos que, si no le esperaba, dispararía contra ella… aunque estaba completamente desarmado y, por lo tanto, era difícil comprender cómo pretendía cumplir su amenaza.

Jane Clayton ignoraba por completo la serie de infortunios que se habían abatido sobre el ruso desde que huyó de su tienda, por lo que dio

por supuesto que sus esbirros sin duda andaban cerca.

A pesar de todo, no estaba dispuesta a caer otra vez en las zarpas de aquel facineroso. Moriría antes de que le sucediera semejante cosa. Unos segundos más y la canoa estaría flotando libremente en el agua.

En cuanto cogiera la corriente del río, Rokoff no podría detenerla, porque en la orilla no quedaba otra barca, ni se veía por allí a hombre alguno y, desde luego, un tipo tan cobarde como Rokoff ni por asomo se atrevería a lanzarse al agua e intentar darle alcance nadando en un río infestado de cocodrilos.

Por su parte, lo que Rokoff deseaba más que ninguna otra cosa era alejarse, escapar de allí. De mil amores hubiese renunciado a cualquier intención que pudiese albergar respecto a Jane Clayton si la muchacha se mostrara dispuesta a compartir con él aquel medio de huida que había localizado. Le habría prometido cualquier cosa, lo que fuera, a cambio de que le dejase subir a bordo de la canoa, si bien el ruso no creyó que fuese necesario prometer nada.

Se dio cuenta de que podía llegar a la proa de la canoa antes de que se apartase de la orilla, en cuyo caso no haría falta pronunciar ninguna clase de promesa. No es que a Rokoff le hubieran asaltado escrúpulos de conciencia de cualquier clase si se olvidaba de las promesas que pudiese hacer a la muchacha, pero le fastidiaba la idea de tener que suplicar un favor a alguien a quien recientemente había pretendido forzar y que se le había escapado de las manos.

Ya se regodeaba alborozado pensando en los días y noches que iba a pasar disfrutando de su venganza mientras la pesada canoa se deslizaba despacio, rumbo al océano.

Los furiosos esfuerzos de Jane Clayton para poner la canoa fuera del alcance del ruso tuvieron su recompensa cuando una leve sacudida hizo comprender a la muchacha que la embarcación había llegado a la corriente… En el preciso momento en que Rokoff alargaba la mano para aferrarse a la proa.

A los dedos del hombre le faltaron veinte o veinticinco centímetros para alcanzar su objetivo. La muchacha estuvo muy cerca del desvanecimiento, de pura alegría, al verse liberada súbitamente de la terrible tensión física y mental del esfuerzo realizado durante los últimos minutos. Pero, gracias a Dios, ¡por fin estaba a salvo!

Mientras elevaba al Cielo una silenciosa plegaria de agradecimiento,

observó que una repentina expresión de triunfo iluminaba las facciones del imprecante ruso, que acto seguido se arrojó al suelo y pareció agarrar algo que serpenteando por el barro se deslizaba hacia el río.

Desorbitados los ojos por el miedo, acurrucada en el fondo de la canoa, Jane Clayton comprendió que, en el último segundo, el éxito se había transformado en fracaso y que, realmente, al final volvía a verse en poder del perverso ruso.

Porque lo que Rokoff había visto y atrapado era el cabo de la cuerda con que la canoa había estado amarrada al árbol.

CAPÍTULO XV

RÍO UGAMBI ABAJO

A MEDIO camino entre el Ugambi y la aldea de los waganwazames, Tarzán encontró a su ejército, que seguía a paso lento el primer rastro que había dejado el hombre-mono. Mugambi casi se negaba a creer que la ruta del ruso y de la compañera de Tarzán, su amo, hubiera pasado tan cerca de la cuadrilla.

Le resultaba increíble que dos seres humanos se hubieran cruzado con ellos, a tan escasa distancia, sin que los detectara ninguno de aquellos animales, dotados de sentidos tan prodigiosamente agudos y en alerta continua. Pero Tarzán le señaló el rastro de las dos personas a las que seguía y, en dos puntos determinados, el negro pudo comprobar que la mujer y el hombre sin duda estuvieron ocultos allí mientras la tropa pasaba y que desde sus escondites observaron todos los movimientos de las feroces criaturas.

Desde el primer momento, a Tarzán le resultó evidente que Jane y Rokoff no marchaban juntos. Las huellas demostraban claramente que al principio la joven llevaba al ruso una considerable delantera, aunque a medida que el hombre-mono avanzaba por aquella pista fue haciéndosele patente que el hombre iba bastante más deprisa que Jane y que ganaba terreno rápidamente a su presa.

En los primeros tramos Tarzán había observado huellas de animales salvajes que se superponían a las de Jane Clayton, mientras que las pisadas de Rokoff se marcaban en el suelo después de que los animales hubiesen estampado las suyas. Pero posteriormente, entre las pisadas de Jane y las del ruso, las huellas de animales salvajes fueron disminuyendo en número, hasta que al acercarse al río el hombre-mono tuvo plena conciencia de que Rokoff no estaría a más de cien metros por detrás de la muchacha.

Comprendió que debían de estar ya bastante cerca de él, y un estremecimiento expectante le sacudió mientras se adelantaba velozmente a

su tropa. Desplazándose a toda velocidad de árbol en árbol, llegó a la orilla del río en el mismo paraje en que Rokoff había alcanzado a Jane cuando la joven se esforzaba en conseguir echar la canoa al agua.

En el barro de la orilla del río vio el hombre-mono las huellas de las dos personas que buscaba, pero cuando llegó no había allí embarcación ni persona alguna. A primera vista tampoco descubrió ningún indicio acerca de dónde pudieran encontrarse.

Estaba claro que habían botado una canoa indígena, que embarcaron en ella y descendieron corriente abajo. Los ojos del hombre-mono recorrieron rápidamente el curso del río en esa dirección y avistó a lo lejos, bajo la enramada de los árboles que sombreaban la corriente, una canoa arrastrada por las aguas, en cuya popa se recortaba la silueta de un hombre.

En el momento en que llegaron al río, los integrantes de la tropa de Tarzán vieron a su ágil caudillo descender a la carrera por la orilla del río, saltando de montículo en montículo, por el pantanoso terreno que los separaba de un pequeño promontorio que se alzaba en el punto donde la corriente fluvial trazaba una curva y se perdía de vista.

Para seguirlo, los pesados simios no tuvieron más remedio que dar un amplio rodeo; lo mismo que Sheeta, que aborrecía el agua. Mugambi marchó tras ellos, todo lo rápidamente que pudo, en pos del gran amo blanco.

Tras media hora de veloz marcha por aquella cenagosa lengua de tierra y después de dejar atrás el promontorio, franqueándolo por un atajo, Tarzán se encontró en la parte interior de la curva del serpenteante río y frente a él, en el seno de la corriente, vio la canoa y, en su popa, a Nicolás Rokoff.

Jane no estaba con el ruso.

Al ver a su enemigo, la ancha cicatriz de la frente del hombre-mono se tornó escarlata y de sus labios brotó el bestial y espantoso alarido desafiante del mono macho.

Un escalofrío recorrió el cuerpo y el alma de Rokoff cuando aquella terrible alarma llegó a sus oídos. Se encogió en el fondo de la barca y desde allí, mientras le tableteaban los dientes a causa del pánico, observó al hombre a quien más temía entre todas las criaturas que poblaban la faz de la tierra, el cual corría celéricamente hacia la orilla del río.

Pese a tener la certeza de encontrarse a salvo de su enemigo, sólo verle allí provocó en el ruso una crisis de nervios que sacudió su cuerpo con los temblores histéricos de la cobardía. Luego, cuando Tarzán se lanzó de

cabeza a las impresionantes aguas del río tropical, elevó el espíritu de Rokoff a las alturas de la histeria más delirante.

Con brazadas firmes y potentes, el hombre-mono surcó las aguas en dirección a la canoa arrastrada por la corriente. Rokoff agarró entonces uno de los remos caídos en el fondo de la embarcación y, con los aterrados ojos fijos en la muerte viva que le acosaba, empezó a remar con todas sus energías, en un desesperado intento de acelerar la velocidad de la pesada canoa.

Desde la ribera opuesta, una serie de siniestras ondulaciones empezaron a rizar la superficie, invisibles para el otro hombre, y fueron acercándose de manera uniforme y constante al nadador medio desnudo.

Tarzán alcanzó por fin la popa de la barca. Extendió la mano para agarrar la borda. Sentado, paralizado por el miedo, Rokoff parecía incapaz de mover una mano o un pie y de apartar la vista del rostro de su Némesis.

Unas repentinas ondulaciones que agitaron el agua detrás del nadador llamaron entonces la atención del ruso. Vio cómo se agitaba la superficie y comprendió el motivo.

En el mismo instante, Tarzán notó que unas mandíbulas poderosas de cerraban sobre su pierna derecha. Trató de zafarse de ellas y remontar el cuerpo por una costado de la canoa. Sus esfuerzos hubieran tenido éxito si aquel inesperado lance no hubiese reanimado el perverso cerebro del ruso, impulsándole a entrar en acción automáticamente, ante la súbita promesa de liberación y desquite.

Como una serpiente venenosa, se precipitó hacia la popa de la canoa y con un rápido volteo de la pesada pala propinó un golpe violento en plena cabeza de Tarzán. Los dedos del hombre-mono perdieron fuerza y resbalaron fuera de la borda.

Las aguas se agitaron brevemente, se produjo a continuación un remolino y una serie de burbujas ascendieron a la superficie para, antes de que desaparecieran eliminadas por la fuerza de la corriente, señalar el punto por donde Tarzán de los Monos, señor de la selva, desapareció de la vista bajo las sombrías aguas del ominoso y oscuro Ugambi.

Hecho un guiñapo a causa del terror, Rokoff se desplomó en el fondo de la canoa. Tardó unos minutos en darse cuenta de la enorme sonrisa que le había dedicado la suerte… Lo único que podía ver era la figura de un silencioso y forcejeante hombre blanco que desaparecía bajo la superficie del río hacia una inconcebible muerte en el mucilaginoso lodo del fondo del Ugambi.

El significado de aquel episodio fue filtrándose poco a poco en la mente del ruso, hasta que, al comprenderlo del todo, una cruel sonrisa de alivio y triunfo apareció en sus labios. Pero le duró muy poco, porque cuando empezaba a felicitarse por sentirse relativamente a salvo y poder continuar río abajo, hacia la costa, sin que nada ni nadie alterase su viaje, un formidable pandemónium estalló en la orilla, cerca de donde se encontraba.

Al buscar con la mirada a los causantes de aquel guirigay, sus ojos, vieron un cuadro sobrecogedor. Las pupilas llenas de odio de una pantera de rostro diabólico le fulminaban desde allí. Flanqueaban al felino los espeluznantes simios de Akut y delante de todos, como si capitaneara a aquella horda, un gigantesco guerrero negro agitaba el puño y le amenazaba prometiéndole una muerte inminente y espantosa.

La pesadilla de aquella huida por el río Ugambi, con la aterradora hueste acosándole día y noche, convirtió al ruso, hombre fuerte y robusto poco antes, en un ser demacrado, encanecido, tembloroso de miedo. Los aliados de Tarzán estaban siempre al acecho, tanto si los veía en la orilla, como si se perdían de vista durante horas en la selva, para acabar reapareciendo, por delante o por detrás de él, torvos, implacables, despiadados. El ruso ni siquiera reaccionó cuando tuvo ante su desesperada vista la desembocadura del río, la bahía y el océano.

Había dejado atrás aldeas muy pobladas. En varias ocasiones, guerreros a bordo de canoas trataron de interceptarle, pero en todas aquellas ocasiones, la escalofriante horda se dejó ver, amenazadora, y los indígenas consideraron más saludable emprender la retirada, perderse en la jungla y dejar la ribera a aquellas nada amigables criaturas.

En ninguna parte, en ningún momento de su huida divisó Rokoff a Jane Clayton. Ni una sola vez volvió a poner los ojos en la muchacha, desde aquel momento en que, al borde del agua, agarró la cuerda sujeta a la proa de la embarcación y llegó a creer que volvía a tenerla en su poder… Sólo para saborear momentos después el amargo sabor de la decepción: la muchacha no había perdido un segundo en empuñar el pesado rifle que llevaba en el fondo de la canoa y apuntar con él directamente al pecho del ruso.

Rokoff tuvo que soltar la cuerda y ver alejarse a Jane por el río, lejos de su alcance. Pero instantes después el ruso salió disparado corriente arriba hacia el afluente en cuya desembocadura estaba oculta la canoa en que él y su partida llegaron hasta allí en el curso de su persecución de Anderssen y Jane Clayton.

¿Qué habría sido de la muchacha?

En la mente de Rokoff, sin embargo, existían pocas dudas acerca de su destino: seguramente la habrían capturado guerreros de una u otra de las aldeas por las que la joven no tuvo más remedio que pasar en su navegación río abajo hacia el océano. En fin, al menos él parecía haberse quitado de encima casi todos sus principales enemigos humanos.

Sin embargo, le hubiera alegrado una barbaridad poder traerlos de nuevo al reino de los vivos, con tal de verse libre de aquellas espeluznantes criaturas que le acosaban con implacable tenacidad, dedicándole sus más amenazadores gritos y rugidos cada vez que aparecía ante su vista. La que más le empavorecía era la pantera, aquel felino de ojos llameantes y rostro

diabólico, cuyas fauces se abrían ominosas de par en par durante el día y cuyas feroces pupilas no cesaban de fulgurar perversamente desde la otra orilla del río, en la oscuridad cimeria que envolvía las noches de la jungla.

Divisar la desembocadura del Ugambi inundó de renovada esperanza el ánimo de Rokoff, porque allí, sobre las amarillas aguas de la bahía, estaba fondeado el *Kincaid*. Rokoff había dejado el pequeño vapor al mando de Paulvitch, al que encargó que fuese a reponer las existencias de carbón mientras él, Rokoff, emprendía la expedición río arriba. Ahora, al comprobar que había regresado a tiempo para salvarle, a punto estuvo el ruso de estallar en gritos de júbilo.

Como un poseso frenético, redobló sus esfuerzos, remando con entusiasmo hacia el buque. De vez en cuando, se ponía en pie en la canoa para agitar el remo en el aire y chillar a voz en cuello, al objeto de llamar la atención de los que estaban a bordo. Pero sus gritos no provocaron ninguna respuesta en la cubierta del silencioso buque.

Una rápida ojeada por encima del hombro, hacia la ribera, le reveló la presencia allí de la rugiente cuadrilla. Pensó que incluso entonces aquellos demonios antropoides serían capaces de alcanzarle, aunque llegara a la cubierta del *Kincaid*, so pena de que los rechazasen con armas de fuego.

¿Qué podía haberles ocurrido a los tripulantes que dejó en el buque? ¿Dónde estaba Paulvitch? ¿Sería posible que el barco estuviera abandonado y que, después de todo, cayera sobre su vida el terrible destino del que llevaba huyendo tantos horripilantes días y noches? Rokoff se estremeció como hubiera podido estremecerse alguien que sintiera sobre su frente la presión del gélido y húmedo dedo de la muerte.

Lo cual no le impidió seguir remando frenéticamente en dirección al buque y, al cabo de lo que le pareció una eternidad, la proa de la canoa chocó contra las maderas del casco del buque. Desde la borda, una escala descendía por el costado del *Kincaid*, pero cuando el ruso se agarró a ella para subir a cubierta, una voz le avisó desde arriba y, al levantar la mirada, se encontró con el frío e inflexible cañón de un rifle.

Inmediatamente después de que, gracias al arma con que apuntaba directamente al pecho de Rokoff, Jane Clayton consiguió impedir que el ruso subiera a la canoa en que ella se había refugiado y una vez la embarcación llegó al seno del Ugambi, lejos del alcance del hombre, la muchacha se apresuró a remar hacia el punto del río donde la corriente era más rápida. Durante los largos días y las fatigosas noches, mantuvo la

embarcación en esa parte del río donde las aguas se deslizaban a mayor velocidad. Sólo dejaba de proceder así en las horas más calurosas de la jornada, en que se tendía boca arriba en el fondo de la canoa, se cubría el rostro con una gran hoja de palmera para resguardarlo del sol y dejaba que la corriente llevase la barca por donde quisiera.

Fueron los únicos momentos de reposo que se concedió, porque casi siempre procuraba acelerar la marcha de la embarcación aplicándose a los pesados remos.

Por su parte, Rokoff actuó con escasa o nula inteligencia en su navegación por el Ugambi. La mayor parte del trayecto lo hacía por zonas de aguas más bien remansadas, dado que habitualmente mantenía la embarcación lo más lejos posible de la ribera por la que la aterradora horda le perseguía y amenazaba.

Eso explica el que, pese a iniciar el descenso del Ugambi pocos minutos después de que lo hiciera Jane Clayton, la joven llegara a la bahía dos horas largas antes de que lo hiciera Rokoff. Cuando avistó un barco anclado en las tranquilas aguas de la ensenada, el corazón de la muchacha aceleró sus latidos, lleno de agradecimiento y esperanza, pero al acercarse y ver que se trataba del *Kincaid*, su alegría cedió paso a los recelos y temores más funestos.

Era demasiado tarde, sin embargo, para dar media vuelta y retroceder, porque la corriente que la había impulsado hacia el barco resultaba demasiado potente para sus músculos. Le hubiera sido imposible de todo punto remontar la canoa, y lo único que podía hacer era intentar llegarse a la orilla sin que la viesen los que estuvieran en la cubierta del *Kincaid* o entregarse y quedar a su merced… O dejarse arrastrar hasta mar abierto.

No ignoraba que la orilla le brindaba pocas esperanzas de supervivencia, puesto que no tenía idea acerca de la situación geográfica de la aldea de los amistosos mosula a la que le había conducido Anderssen a través de la oscuridad de la noche, cuando huyeron del *Kincaid*.

Como Rokoff no se encontraba a bordo del vapor, cabía la posibilidad de que, si ofrecía a la tripulación una recompensa lo bastante tentadora, acaso se dejaran convencer para trasladarla al puerto civilizado más próximo. Merecía la pena arriesgarse… si lograba llegar al buque.

La corriente la impelía velozmente río abajo y Jane Clayton comprobó que tendría que recurrir a todas sus fuerzas para desviar la pesada embarcación hacia las proximidades del *Kincaid*. Adoptada la

determinación de subir a bordo del vapor, dirigió la vista hacia la cubierta, con ánimo de pedir ayuda y, con enorme sorpresa, observó que parecía desierta. No se apreciaba el más mínimo atisbo de vida a bordo del barco.

La canoa estaba cada vez más cerca de la proa del *Kincaid* pero no se oyó ningún grito ni se vio a nadie mirando por encima de la borda. Un momento después, Jane se dio cuenta de que iba a pasar de largo por delante del buque y que, a menos que del *Kincaid* arriasen un bote y la rescatasen, la impetuosa corriente del río y el reflujo de la marea arrastrarían la canoa a mar abierto.

La joven pidió ayuda a pleno plumón, pero la única respuesta que obtuvo fue el agudo chillido que alguna fiera salvaje emitió entre la espesura de la vegetación que crecía en tierra. Jane accionó el remo con todas sus energías, esforzándose frenéticamente en dirigir la embarcación hacia el costado del *Kincaid*.

Durante unos segundos pareció que por unos metros no iba a lograr su objetivo, pero en el último momento la canoa se desvió hacia la proa del buque y Jane consiguió agarrarse a la cadena del ancla.

Se mantuvo heroicamente aferrada a los gruesos eslabones de hierro, aunque estuvo en un tris de abandonar la canoa, a la que la fuerza de la corriente trataba de impulsar hacia adelante. Vio una escala que colgaba del costado del buque, un poco más allá. Soltarse de la cadena del ancla e intentar llegarse a la escala, mientras la corriente sacudiera a la canoa, parecía una misión imposible, pero seguir agarrada al eslabón de la cadena tampoco iba a servirle de nada.

Por último, sus ojos tropezaron con la cuerda sujeta a la proa de su embarcación. De inmediato, procedió a atar el extremo de la cuerda a la cadena y a continuación, con enorme esfuerzo, fue aproximando lentamente la canoa a la escala. Luego, con el rifle en bandolera, subió por la escala hasta la abandonada cubierta del *Kincaid*.

Lo primero que hizo fue explorar el buque, con el rifle amartillado y dispuesto por si se daba de manos a boca con alguna amenaza humana que le aguardase a bordo. No tardó mucho en descubrir la causa del aparente abandono en que se encontraba el vapor: encontró en el castillo de proa, sumidos en el profundo sueño de una borrachera épica, a los marineros, a los que sin duda habían dejado al cuidado del barco.

Un estremecimiento de desagrado sacudió a Jane, que continuó adelante y, como Dios le dio a entender, cerró y echó el cerrojo de la

escotilla, por encima de las cabezas de los dormidos centinelas. Acto seguido, fue a la despensa y, tras calmar el hambre, se apostó en la cubierta, firmemente decidida a impedir que subiera alguien a bordo del *Kincaid*, a menos que aceptase previamente las condiciones que ella impusiera.

Durante cosa de una hora sobre la superficie del río no apareció nada ni nadie que despertase su alarma, pero al final, Jane vio aparecer por una curva del río, corriente arriba, una canoa en la que iba sentada una sola persona. No había avanzado mucho en dirección a la joven, cuando ésta ya había reconocido a Rokoff en el ocupante de la canoa, de modo que al intentar el individuo subir a bordo del *Kincaid* se encontró con la boca del cañón de un rifle que le apuntaba a la cara.

Cuando el ruso se dio cuenta de la identidad de la persona que le impedía seguir adelante montó en cólera y prorrumpió en una furibunda sarta de maldiciones y amenazas. Luego, al percatarse de que por ese camino no llegaba a ninguna parte, que Jane ni se impresionaba ni se asustaba, cambió de táctica y recurrió a la súplica y a la promesa.

A todas las proposiciones del ruso, Jane no tuvo más que una respuesta: nada la induciría a permitir que Rokoff estuviese en el mismo barco que ella. El ruso tuvo en seguida el absoluto convencimiento de que la muchacha no vacilaría una décima de segundo en pasar a la acción y descerrajarle un tiro si él insistía en su intento de subir a bordo.

De forma que, al no tener otra alternativa, el acreditado cobarde volvió a dejarse caer en la canoa y, aunque el peligro de verse arrastrado por la corriente a mar abierto estuvo rondándole amenazador, consiguió llevar la embarcación a la orilla de la bahía opuesta a la ribera donde la horda de fieras gruñía y rugía.

Jane Clayton sabía que solo, sin ayuda de nadie, aquel sujeto no podía impulsar su pesada embarcación, remando contra la corriente, hasta el *Kincaid*, por lo que no temió ningún posible ataque por parte del ruso. Le pareció que la espantosa cuadrilla aposentada en la otra ribera era el mismo grupo que había visto pasar cerca de ella en la selva, río Ugambi arriba, varias jornadas antes. Resultaba a todas luces fuera de toda lógica que hubiese más de un grupo formado por tan extraños componentes como aquel, pero tampoco podía imaginar qué fue lo que los indujo a trasladarse corriente abajo, hasta la desembocadura del Ugambi.

Al anochecer, los gritos que empezó a lanzar el ruso desde la otra orilla

del río alarmaron súbitamente a la muchacha. Instantes después, al seguir la dirección de la mirada de Rokoff, el terror se apoderó de Jane al ver que un bote del *Kincaid* descendía por el río. Tuvo la seguridad de que los ocupantes de la barca no podían ser más que miembros de la desaparecida tripulación del buque… sólo canallas y enemigos despiadados.

CAPÍTULO XVI

RN LA OSCURIDAD DE LA NOCHE

CUANDO Tarzán de los Monos se dio cuenta de que le habían atrapado las enormes mandíbulas de un cocodrilo no reaccionó como lo hubiera hecho un hombre corriente, abandonando toda esperanza y resignándose al fatídico destino de la muerte.

En vez de renunciar a la lucha, se llenó los pulmones de aire antes de que el tremendo reptil lo arrastrara bajo la superficie y luego, con toda la formidable potencia de sus músculos, bregó para liberarse de aquellas quijadas asesinas. Pero fuera de su elemento natural, el hombre-mono se encontraba en demasiada desventaja para hacer algo más que obligar al monstruo a aumentar su rapidez natatoria mientras arrastraba a su presa por debajo de la superficie del río.

Los pulmones de Tarzán estaban a punto de estallar, bajo la necesidad imperiosa de una bocanada de aire fresco. Comprendió que sólo podría sobrevivir unos segundos más y, en el paroxismo final de su angustia, hizo lo único que podía hacer para vengar su propia muerte.

Pegó su cuerpo a la piel viscosa del saurio y buscó entre los escudos córneos que la protegían un punto en el que hundir el cuchillo de piedra, mientras la espeluznante criatura se esforzaba en llevarlo a su guarida.

Los esfuerzos del hombre-mono no sirvieron más que para que el cocodrilo acelerase su velocidad, y en el preciso momento en que Tarzán comprendió que había llegado al limite de su resistencia, notó que su cuerpo se arrastraba por un lecho fangoso y sus fosas nasales emergieron por encima de la superficie del agua. A su alrededor, la oscuridad absoluta del foso…, el silencio de la tumba.

Tarzán de los Monos permaneció momentáneamente tendido allí, sobre el fétido lecho al que le había llevado el saurio, jadeante, tratando de llevar aire a los pulmones. Sintió junto a sí las heladas y duras placas que revestían el cuerpo del reptil, que subían y bajaban como si el cocodrilo se

esforzase espasmódicamente en respirar.

Ambos continuaron varios minutos en la misma postura y lugar. Luego, de súbito, el gigantesco cuerpo tendido junto al hombre se convulsionó, tembló, se quedó rígido. Tarzán se incorporó y, de rodillas, miró al cocodrilo. Descubrió, asombradísimo, que el feroz reptil estaba muerto. El fino cuchillo había encontrado un punto vulnerable entre las escamas córneas de su armadura.

El hombre-mono se puso en pie con vacilante impulso y tanteó el húmedo y rezumante cubil. Se percató de que estaba aprisionado en una cámara subterránea lo bastante amplia como para acomodar a más de una docena de cocodrilos de las proporciones del que le había arrastrado hasta allí.

Comprendió que se encontraba en la madriguera secreta que aquella criatura tenía bajo el suelo de la orilla del río y que, indudablemente, la única forma de entrar y salir era la abertura sumergida a través de la cual le había trasladado allí el terrible cocodrilo.

En lo primero que pensó, naturalmente, fue en salir de allí, pero parecía altamente improbable que pudiera bucear, salir a la superficie del río y luego llegar a la orilla. Era posible que aquel pasadizo sumergido estuviese plagado de vueltas y revueltas y, lo que más temía, que, en su trayecto de vuelta se tropezase con otros viscosos habitantes de aquellas cavernas.

Incluso aunque lograra llegar sin tropiezo al río, aún subsistía el peligro de que le atacasen antes de que pudiera echar pie a tierra. Pero no tenía ninguna otra opción, de forma que tras llenarse los pulmones del hediondo aire de la cámara, Tarzán de los Monos se aventuró por aquel oscuro y acuoso agujero, que no podía ver y que exploró a base de tantear con las manos y las piernas.

La pierna sobre la que se habían cerrado las mandíbulas del cocodrilo estaba gravemente malherida, pero no tenía ningún hueso roto, y los músculos y tendones tampoco habían sufrido suficiente daño como para que la pierna quedase inutilizada. Le dolía de una manera insoportable, pero nada más.

Tarzán de los Monos, sin embargo, estaba acostumbrado al dolor, así que no le prestó más atención en cuanto comprobó que los afilados dientes del monstruo no habían causado daños irreparables a la extremidad inferior.

Rápidamente serpenteó y nadó por el descendente pasillo sumergido, hasta llegar por fin al fondo del río, a escasos metros de la orilla. Cuando el

hombre-mono emergió a la superficie, vio a escasa distancia del lugar donde se encontraba las cabezas de un par de enormes cocodrilos. Los saurios se precipitaron rápidamente hacia él y, sólo gracias a un esfuerzo sobrehumano, logró Tarzán agarrarse a las ramas de un árbol tendidas sobre la corriente.

Justo a tiempo, porque apenas había conseguido encaramarse y ponerse a salvo en la rama cuando dos fauces hambrientas chasquearon malévolas inmediatamente debajo de él. Tarzán descansó unos minutos en el árbol que tan oportunamente le había procurado la salvación. Los ojos del hombre-mono examinaron el río corriente abajo, en toda la longitud que la tortuosa corriente permitía, pero no divisó el menor rastro del ruso ni de su canoa.

Tras vendarse la pierna y descansar un poco, emprendió la persecución de la canoa arrastrada por la corriente. Se encontraba en la ribera contraria a la que ocupaba cuando se lanzó al agua, pero como la persona a la que iba siguiendo navegaba por el centro del río, al hombre-mono le daba lo mismo la orilla por la que tuviera que marchar en pos de su presa.

Le contrarió mucho comprobar que la pierna herida se encontraba en un estado bastante peor de lo que había supuesto, lo cual le impedía avanzar con la soltura y rapidez que hubiera deseado. A duras penas y con enorme esfuerzo podía marchar a pie y en seguida se percató de que saltar de árbol en árbol no sólo le resultaba arduo, sino realmente peligroso.

La anciana negra, Tambudza, le había dicho algo que ahora colmaba de dudas y desconfianza el cerebro de Tarzán. Al comunicarle la muerte del niño, la vieja añadió que la mujer blanca, con todo y sentirse abatida por el dolor, le había confiado que el niño no era suyo.

Tarzán no imaginaba qué motivos pudiera tener Jane para considerar aconsejable ocultar su verdadera identidad o la del crío. La única explicación que se le ocurría al hombre-mono era la de que, al fin y a la postre, tal vez Jane no fuese realmente la mujer blanca que acompañó a su hijo y al sueco al interior de la jungla.

Cuantas más vueltas le daba en la cabeza a aquel asunto, más firme era su convicción de que su hijo había muerto y su esposa aún continuaba en Londres, sana, salva, y ajena al terrible destino sufrido por el primogénito del matrimonio.

Después de todo, pues, la interpretación que dio Tarzán a la siniestra bravata de Rokoff era errónea, y estuvo soportando innecesariamente la

carga de un doble e infundado temor… Al menos, así lo pensaba ahora el hombre-mono. Esta creencia aliviaba levemente el atenazante dolor que la muerte de su hijo había proyectado sobre su espíritu.

¡Y una muerte como aquella! Hasta la fiera salvaje que anidaba en el auténtico Tarzán, acostumbrada a los horrores y sufrimientos propios de la jungla implacable, se estremeció al pensar en el fin espeluznante que se había abatido sobre el inocente chiquillo.

Mientras avanzaba penosamente hacia la costa, dejó vagar sin descanso su imaginación por el infierno de los atroces crímenes que contra sus seres queridos había perpetrado el ruso, y la ancha cicatriz de la frente del hombre-mono mantenía de modo continuo el vívido tono escarlata que indicaba sus raptos de cólera furibunda y bestial. A veces, llegaba a alarmarse a sí mismo, cuando los involuntarios gritos y rugidos que se escapaban de su garganta hacían que huyeran despavoridos hacia sus escondrijos los animales menores o más asustadizos de la selva.

¡Como llegara a echar el guante al ruso!

Durante el trayecto hacia la costa, belicosos guerreros indígenas salieron de sus aldeas en plan amenazador, dispuestos a cortarle el paso, pero cuando el alarido desafiante del mono macho estallaba en el aire y en los oídos de los negros y el gigante blanco se lanzaba al ataque, sin dejar de rugir, a los indígenas les faltaba tiempo para salir de estampida y refugiarse en la jungla, de la que no se aventuraban a reaparecer hasta que Tarzán había pasado.

Aunque al hombre-mono su marcha le parecía mortificantemente lenta,

puesto que comparaba su ritmo de avance con el que conseguían como velocidad media simios de menor tamaño, lo cierto era que casi iba tan deprisa como la canoa en la que Rokoff circulaba por delante de él, de forma que llegó a la bahía y a la vista del océano poco después de que hubiese caído la noche del mismo día en que Jane Clayton y Rokoff terminaron su huida desde el interior.

La oscuridad que envolvía el tenebroso río y la jungla que lo flanqueaba era tan densa que a Tarzán, cuyos ojos estaban más que acostumbrados a las tinieblas, le resultaba imposible distinguir nada que se encontrase a unos pocos metros de distancia. Tenía la intención de explorar la ribera aquella misma noche, en busca de indicios del ruso y de la mujer que, estaba seguro, le precedieron río Ugambi abajo. Ni por asomo se le ocurrió pensar en que el *Kincaid* o cualquier otro barco estuviese fondeado a un centenar de metros de donde se encontraba él, ya que a bordo del vapor no brillaba ninguna luz.

En el preciso momento en que iniciaba la búsqueda, un ruido que no había captado antes despertó súbitamente su atención: el furtivo chapoteo de las palas de unos remos que agitaban el agua a cierta distancia de la orilla, poco más o menos enfrente del punto donde él se encontraba. Permaneció inmóvil como una estatua, a la escucha del tenue sonido.

El ruido se interrumpió de pronto y lo sustituyó un rumor que el adiestrado oído del hombre-mono supo que sólo podía tener un origen: era el roce de unos pies con calzado de cuero que ascendían por la escala de cuerda de un buque. Sin embargo, los ojos de Tarzán no habían podido localizar allí ningún barco… y posiblemente no hubiera ninguno ni a mil millas de distancia.

Mientras continuaba allí, escudriñando, forzando la vista en un obstinado intento de atravesar las negruras de una noche encapotada, llegó a sus oídos, por encima de las aguas, como una bofetada en pleno rostro, tan súbito e inesperado fue, el agudo repiqueteo de un intercambio de disparos, al que siguió un chillido de mujer.

Aun herido como estaba y con el recuerdo de su reciente experiencia intensamente vivo en su memoria, Tarzán de los Monos no titubeó un segundo cuando las notas de aquel grito de terror rasgaron destempladas y penetrantes el tranquilo aire nocturno. Franqueó de un salto los matorrales que le separaban de la orilla, resonó el chasquido liquido de una zambullida cuando el agua se cerró en torno a él, y con potentes brazadas surcó

nadando la noche impenetrable, sin más norte en su rumbo que el del recuerdo de aquel grito, más o menos ilusorio, ni más acompañamiento que el de los sobrecogedores habitantes de un río ecuatorial.

El bote que había llamado la atención a Jane, mientras montaba guardia en la cubierta del *Kincaid* también lo habían visto Rokoff, desde la ribera en que se encontraba, y Mugambi, situado en la orilla contraria. El ruso había conseguido avisar a los de la canoa para que fueran primero a recogerle, y luego, tras un breve diálogo con los marineros, la canoa se dirigió hacia el *Kincaid*. Pero antes de que hubiese cubierto la mitad de la distancia entre la orilla y el vapor, un rifle dejó oír su voz en la cubierta del barco y el marinero que iba en la proa de la embarcación se desplomó y fue a hundirse en el agua.

La prudencia aconsejó entonces a los de la canoa reducir el ritmo, pero después, cuando una segunda bala del rifle encontró en su camino el cuerpo de otro marinero, la canoa se retiró a la orilla y allí permaneció, a la espera de que la noche, con su llegada, apagase la luz del día.

La gruñona, rugiente y salvaje horda de la ribera opuesta la capitaneaba en su misión perseguidora el guerrero negro Mugambi, jefe de los wagambis. Sólo él sabía quién era amigo y quién era enemigo de su extraviado señor.

Si hubieran tenido ocasión de caer sobre la canoa o de poner pie en el *Kincaid*, en un santiamén habrían dado buena cuenta de los que hubieran encontrado allí, pero la sima de negras aguas abierta ante ellos les impedía el paso con la misma efectividad que si de su presa los separase el ancho océano.

Mugambi conocía bastantes detalles de los sucesos que condujeron al desembarco de Tarzán en la Isla de la Selva y después a la persecución de los blancos río Ugambi arriba. Sabía que su selvático amo buscaba a su esposa y a su hijo, raptados por el malvado hombre blanco al que siguieron hacia el interior del continente y luego de vuelta hasta el mar.

Creía igualmente el negro que aquel mismo hombre blanco había matado al gigante blanco al que él, Mugambi, llegó a respetar y a querer como no había respetado ni querido a ninguno de los jefes más importantes de su propia tribu. Y en el amplio y salvaje pecho de Mugambi ardía la firme resolución, la férrea voluntad, de plantarse ante el malvado hombre blanco y hacerle sentir todo el cruel peso de la venganza, para que expiara así el asesinato del hombre-mono.

Pero cuando vio la canoa que descendía por el río y observó que Rokoff subía a ella, cuando comprobó que se dirigía al *Kincaid*, Mugambi se dio cuenta de que sólo si dispusiera de una canoa podía albergar la esperanza de transportar las fieras de la cuadrilla que dirigía hasta ponerlas lo bastante cerca del enemigo como para tenerlo a su alcance y caer sobre él.

Así fue que, incluso antes de que Jane Clayton disparase por primera vez contra la canoa de Rokoff, las fieras de Tarzán habían desaparecido ya en la selva.

Cuando el ruso y su partida, formada por Paulvitch y varios de los hombres que quedaron en el *Kincaid* con el encargo de repostar carbón, se retiraron ante el fuego de la muchacha, Jane comprendió que aquello no seria más que un respiro momentáneo, y como estaba convencida de ello, decidió que lo mejor era intentar un golpe temerario que la liberara definitivamente de la escalofriante amenaza que representaban las diabólicas intenciones de Rokoff.

Con esa idea en la cabeza entabló negociaciones con los dos marineros a los que tenía encerrados en el castillo de proa, y cuando —a la fuerza ahorcan— ambos accedieron a secundar sus planes, bajo pena de muerte si les daba por intentar alguna traidora deslealtad, les abrió la portilla en cuanto la oscuridad tendió su manto alrededor del buque.

Listo y amartillado el revólver, para imponerles obediencia, los dejó salir uno tras otro, los obligó a permanecer manos arriba y los cacheó minuciosamente para comprobar que no llevaban armas ocultas. Una vez tuvo la completa certeza de que iban desarmados les ordenó que procedieran a cortar el cable que mantenía el *Kincaid* sujeto a su fondeadero, porque el plan de Jane consistía, ni más ni menos, en dejar que el vapor flotase a la deriva hasta salir a mar abierto, donde quedaría a merced de los elementos. Confiaba no serían más crueles que Nicolás Rokoff, caso de que éste volviera a ponerle las manos encima.

Cabía también la esperanza de que algún barco que navegara por allí avistase al *Kincaid*, y como iban bien provistos de agua y de víveres —los marineros le habían garantizado esa circunstancia— y la estación de las tormentas ya había concluido, Jane tenía todos los motivos posibles para confiar en el éxito de su plan.

Era una noche entoldada, negros nubarrones bajos cubrían la selva y las aguas… Sólo hacia occidente, donde el océano se ensanchaba, más allá del estuario que formaba la desembocadura del río, se vislumbraba un tono de

oscuridad menos tenebroso.

La noche perfecta para que Jane Clayton pudiese llevar a feliz término las intenciones que albergaba.

Sus enemigos no podrían ver la actividad que se desarrollaba a bordo, ni observar el desplazamiento del buque cuando la rápida corriente le impulsara al océano. Antes de que amaneciese, la marea habría introducido al *Kincaid* en la corriente de Benguela, que fluye en dirección norte-noroeste a lo largo de la costa occidental de África, y como predominaba el viento sur, Jane tenía la esperanza de encontrarse fuera de la vista de la desembocadura del Ugambi antes de que Rokoff se hubiera percatado de la marcha del vapor.

De pie junto a los afanosos marineros, la joven dejó escapar un suspiro de alivio cuando se quebró el último cabo del cable y vio que la nave se ponía en movimiento y se aprestaba a dejar a popa la desembocadura del salvaje Ugambi.

Continuaba manteniendo a sus dos prisioneros sometidos a la influencia coactiva del rifle y les ordenó que subieran a cubierta, con intención de recluirlos otra vez en el castillo de proa, pero al final se permitió el lujo de dejarse influir por sus promesas de lealtad y por las alegaciones de los hombres, quienes manifestaron que, si los dejaba en cubierta, podían serle útiles.

Durante varios minutos, el *Kincaid* se desplazó rápidamente, impulsado por la corriente. Luego, con una chirriante sacudida, se detuvo en mitad de ella. El buque había encallado en un banco de arena que dividía el canal, a unos cuatrocientos metros del océano.

Permaneció inmovilizado allí y por último, tras girar hasta que la proa apuntó a la ribera, se puso de nuevo a flote y se deslizó otra vez a la deriva.

En aquel preciso instante, cuando Jane Clayton se congratulaba por el hecho de que el vapor se hubiese librado de la barra de arena, a sus oídos llegó desde un lugar río arriba, aproximadamente donde había permanecido anclado el *Kincaid*, una descarga de fusilería y un grito femenino: agudo, desgarrador, penetrante, saturado de miedo.

Los marineros también oyeron los disparos y como estaban seguros de que predecían la inminente llegada de su patrón y, en lo que a ellos afectaba, maldita la gracia que les hacía el plan de Jane, que los obligaba a estar en la cubierta de un barco a la deriva, cuchichearon entre sí y se pusieron rápidamente de acuerdo para someter a la joven y avisar a Rokoff

y a sus compañeros a fin de que acudieran a rescatarlos.

Todo indicaba que el destino parecía dispuesto a echarles una mano, porque la descarga de los rifles había desviado la atención de Jane que, en vez de vigilar a sus fingidamente voluntariosos colaboradores, como se había propuesto, corrió hacia la proa del *Kincaid* para escudriñar la oscuridad en dirección al punto del centro del río donde parecía estar el origen del estruendo.

Al ver que había bajado la guardia, los dos marineros se le acercaron sigilosamente por la espalda.

La joven se sobresaltó al oír el chirrido que produjeron los zapatos de uno de ellos. Adivinó repentinamente el peligro, pero la advertencia le llegaba demasiado tarde.

Antes de que acabara de volverse, los dos marineros se le echaron encima, la derribaron sobre la cubierta y en el momento que se desplomaba bajo ambos hombres, la muchacha vio recortada contra la penumbra ligeramente menos oscura del océano la silueta de otro individuo que saltaba por la borda del costado del *Kincaid*.

Después de todos los sufrimientos por los que había pasado en su heroica lucha por la libertad, al final había fracasado. Con un sollozo ahogado, se dio por vencida y renunció a la desigual batalla.

CAPÍTULO XVII

SOBRE LA CUBIERTA DEL *KINCAID*

CUANDO Mugambi se adentró de nuevo en la selva con la hueste bajo su mando, tenía en la mente un objetivo preciso: agenciarse una canoa en la que transportar a las fieras de Tarzán hasta el costado del *Kincaid*. No tardó mucho tiempo en encontrar lo que buscaba.

Al anochecer encontró una canoa amarrada a la orilla de un pequeño afluente del Ugambi, en el lugar donde precisamente estaba seguro de que habría una.

Sin perder un segundo, hacinó a sus impresionantes camaradas en la embarcación y lanzó ésta corriente abajo. Habían tomado posesión de la canoa con tal precipitación que el guerrero no reparó en que ya estaba ocupada. En la oscuridad de la noche, que por entonces había caído en toda su negrura, la figura acurrucada en el fondo de la embarcación le pasó a Mugambi completamente inadvertida.

Pero apenas habían empezado a deslizarse por el río cuando el gruñido salvaje de uno de los simios que iban delante de él, indujo al negro a fijarse en la figura estremecida y acobardada que temblaba entre él y el gigantesco antropoide. Asombrado, Mugambi observó que se trataba de una mujer indígena. Le costó un trabajo tremendo, pero consiguió apartar al mono de la garganta de la mujer y al cabo de un rato también había logrado tranquilizar a la nativa.

Al parecer, la indígena estaba huyendo para evitar casarse con un viejo al que odiaba y, al encontrar la canoa amarrada a la orilla del río, se refugió en ella para pasar la noche.

Desde luego, a Mugambi no le seducía lo más mínimo la presencia de la mujer, pero allí estaba, de modo que prefirió dejar que la negra continuase a bordo de la embarcación a perder el precioso tiempo que le costaría volver a la orilla y desembarcarla.

Con la máxima rapidez que los torpes antropoides podían imprimir a

los remos, la canoa descendió por el Ugambi, atravesando las negruras, en dirección al *Kincaid*. No le resultó fácil a Mugambi distinguir la sombría mole del buque, pero como éste se interponía entre la canoa y el océano su silueta destacaba un poco más que si el vapor se hubiera encontrado junto a la ribera.

Al acercarse le sorprendió observar que parecía retirarse. Aguzó la vista y acabó convenciéndose de que, en efecto, el buque se desplazaba río abajo. Se disponía a estimular a los simios para que renovasen sus esfuerzos a fin de alcanzar al vapor cuando la silueta de otra canoa apareció de repente a menos de tres metros de la proa de su embarcación.

Simultáneamente, los ocupantes de aquella nueva barca descubrieron la proximidad de la horda de Mugambi, aunque al pronto no se percataron de la naturaleza de aquella aterradora tripulación. El marinero que iba en la proa del bote que se les acercaba lanzó un grito de aviso casi en el momento en que ambas embarcaciones estaban a punto de tropezarse.

Obtuvo por respuesta el amenazador gruñido de una pantera y, de súbito, el hombre tuvo frente a los suyos los llameantes ojos de Sheeta, que, levantada sobre los cuartos traseros, apoyaba las patas delanteras en la proa de la canoa, presta para lanzarse sobre los marineros de la otra embarcación.

Rokoff comprendió al instante el peligro al que se enfrentaban él y sus hombres. Se apresuró a ordenar que abriesen fuego sobre los ocupantes de la otra canoa y esa descarga, así como el chillido de la aterrada mujer indígena que Mugambi aceptara en la barca, fue lo que oyeron Tarzán y Jane Clayton.

Antes de que los remeros de la canoa de Mugambi, más lentos y torpes que sus adversarios, hubieran podido sacar ventaja de la situación y abordar la barca enemiga, los marineros blancos desviaron el rumbo y le dieron a los remos como locos, huyendo en dirección al *Kincaid*, que aparecía ante sus ojos y que constituía su última posibilidad de salvar la piel.

Después de encallar brevemente en el banco de arena, el buque se había liberado de aquel obstáculo y se movía despacio, impulsado por la marea, que lo llevó hasta la orilla sur del Ugambi. La marea le hizo trazar allí un círculo y, a cosa de un centenar de metros, río arriba, lo introdujo de nuevo en la corriente que descendía hacia el mar. Así, el *Kincaid* parecía dispuesto a poner de nuevo a Jane Clayton en manos de sus enemigos.

Por otra parte, sucedió que cuando Tarzán se zambulló en el río, el

Kincaid no estaba al alcance de su vista y, mientras nadaba envuelto en la oscuridad de la noche, no tenía la menor idea de que el buque se encontrara a la deriva a escasos metros de él. Se guió por los sonidos que le llegaban procedentes de las dos canoas.

Mientras nadaba, a la memoria de Tarzán acudió con toda su cruda viveza el recuerdo de la última vez que se lanzó a las aguas del Ugambi y un escalofrío recorrió de pies a cabeza su gigantesco cuerpo.

Pero aunque en dos ocasiones algo situado en el fangoso lecho del río rozó sus piernas, ninguna criatura acuática le prendió y, de súbito, se olvidó de todo lo referente a cocodrilos cuando ante sus sorprendidos ojos surgió una mole oscura, donde sólo esperaba ver espacio abierto.

Tan cerca estaba aquella masa negra que sólo unas cuantas brazadas le llevaron hasta ella. Con desconcertado pasmo, su mano extendida tocó el costado del buque.

Cuando el ágil hombre-mono franqueó la barandilla de la cubierta, a sus sensibles oídos llegó la zarabanda de una pelea que se desarrollaba en la parte opuesta del barco.

Tarzán cruzó veloz y silenciosamente el espacio que le separaba del escenario del combate.

Había aparecido la luna y aunque el cielo continuaba sembrado de nubes, la oscuridad que envolvía el cuadro era bastante menos intensa que al principio de la noche, cuando la cortina de tinieblas resultaba impenetrable para la vista. Los agudos ojos de Tarzán, por lo tanto, distinguieron las figuras de dos hombres que luchaban a brazo partido con una mujer.

El hombre-mono ignoraba que fuese la misma mujer que había acompañado a Anderssen tierra adentro, aunque supuso que cabía tal posibilidad cuando empezó a tener la certeza de que el azar le había llevado a la cubierta del *Kincaid*.

Sin embargo, no perdió tiempo en especulaciones ociosas. Una mujer se encontraba en peligro, atacada por dos facinerosos, lo cual constituía motivo suficiente para que el hombre-mono hiciera intervenir en el conflicto a sus poderosos músculos, sin entretenerse en ulteriores averiguaciones.

La primera noticia que los dos tripulantes del *Kincaid* tuvieron de que un nuevo combatiente se encontraba en el buque se la proporcionó una mano de hierro que cayó pesadamente sobre el hombro de cada uno de

ambos individuos. Como si los hubiera cogido en su engranaje el volante de una máquina de vapor, los dos hombres se vieron arrancados bruscamente de su presa.

—¿Qué significa esto? —preguntó una ominosa voz en tono bajo.

No tuvieron tiempo de contestarle, sin embargo, porque, al oír aquella voz, la mujer se puso en pie de un salto y al tiempo que emitía un grito de júbilo se precipitaba hacia el atacante de los marineros.

—¡Tarzán! —saludó Jane.

El hombre-mono arrojó a los dos individuos contra la cubierta, por lo que rodaron, aturdidos y llenos de terror, hasta los imbornales de desagüe del lado opuesto. Con una exclamación de incredulidad, Tarzán acogió en sus brazos a la muchacha.

No obstante, dispusieron de muy poco tiempo para dedicarlo a la alegría del encuentro.

Apenas se habían reconocido el uno al otro, cuando las nubes que poblaban el cielo se separaron para aclarar un poco la oscuridad y mostrar las figuras de media docena de hombres que franquearon la borda del *Kincaid* y saltaron a la cubierta.

El ruso encabezaba la pandilla. Cuando los brillantes rayos de la luna ecuatorial lanzaron su claridad sobre la cubierta del buque y Rokoff comprobó que el hombre que tenía frente a sí era lord Greystoke, se apresuró a lanzar órdenes histéricas a sus secuaces, conminándoles a que abatiesen a tiros a la pareja.

Tarzán empujó a Jane hacia la puerta del camarote que tenían al lado y con rápido brinco se precipitó hacia Rokoff. Los hombres que se encontraban detrás del ruso, al menos dos de ellos, se echaron el rifle a la cara y dispararon sobre el hombre-mono lanzado al ataque. Pero los que se hallaban a espaldas de ellos tenían otro compromiso más peliagudo: por la escala situada a su retaguardia subía una horda espantosa.

Llegaron primero cinco simios rugientes, bestias semejantes a hombres inmensos, con los colmillos al aire y las fauces abiertas, goteando saliva. Tras ellos apareció un gigantesco guerrero negro que enarbolaba un largo venablo al que la luz de la luna arrancaba destellos amenazadores.

Una criatura más apareció tras él y, de todas las que integraban aquella hueste, era la más temida: Sheeta, la pantera, abiertas las relucientes mandíbulas y fulgurantes los terribles ojos, que parecían disparar sobre los marineros toda la ferocidad de su odio y su sed de sangre.

Los proyectiles que dispararon contra Tarzán no dieron en el blanco y el hombre-mono habría caído sobre Rokoff unos segundos después si el cobarde ruso no hubiese retrocedido para refugiarse entre sus dos esbirros. A continuación, salió disparado hacia el castillo de proa, sin dejar de emitir aterrados gritos histéricos.

Los dos individuos que tenía frente a sí distrajeron momentáneamente la atención de Tarzán, lo que le impidió salir en pos del ruso. En torno suyo, Mugambi y los simios se las entendían con el resto de la banda de Rokoff.

Bajo la espantosa ferocidad de las fieras, los hombres no tardaron en huir a la desbandada… Los que tuvieron la suerte de poder hacerlo, ya que los colmillos carniceros de los monos de Akut y las zarpas desgarradoras de Sheeta ya habían dado buena cuenta de más de una víctima.

Sin embargo, cuatro lograron escapar y desaparecer dentro del castillo de proa, donde confiaban hacerse fuertes y resistir allí parapetados los subsiguientes ataques. En el castillo de proa encontraron a Rokoff y, enfurecidos por la deserción del ruso, que los abandonó en un momento de peligro, así como por el trato regularmente brutal que siempre les prodigó, aprovecharon la ocasión que se les brindaba de vengarse de su odiado patrón.

En consecuencia, sin hacer caso de sus gemidos, lloros y súplicas lo cogieron en peso y lo arrojaron a cubierta, dejándolo a merced de las bestias terribles de cuyos furores ellos acababan de escapar.

Tarzán vio al hombre emerger del castillo de proa y reconoció a su enemigo, pero alguien lo vio, asimismo, con idéntica presteza.

Ese alguien fue Sheeta, que con las poderosas fauces entreabiertas se desplazó en silencio hacia el empavorecido ruso.

Cuando Rokoff se dio cuenta de quién le acechaba, sus chillidos pidiendo socorro llenaron el aire, mientras permanecía paralizado, temblorosas las piernas, frente a la espeluznante muerte que se deslizaba hacia él.

Tarzán dio un paso en dirección al ruso, convertido el cerebro en puro incendio de furia y deseos de venganza. El asesino de su hijo estaba por fin completamente a su merced. Tenía perfecto derecho a vengarse.

En una ocasión Jane le había impedido tomarse la justicia por su mano, cuando se aprestaba a dar a Rokoff la muerte que merecía desde mucho tiempo atrás, pero ahora nadie le detendría.

Mientras, ominoso como una fiera despiadada, se acercaba al temblequeante ruso, Tarzán abría y cerraba los puños espasmódicamente.

En aquel momento vio a Sheeta, que se disponía a adelantársele y sustraerle los frutos de su inmenso odio.

Su grito agudo trató de llamar al orden a la pantera, pero las palabras, como si rompieran un encantamiento que mantenía al ruso petrificado, impulsaron a Rokoff a entrar en inmediata acción. Lanzó un alarido, dio media vuelta y emprendió la huida hacia el puente.

Sheeta se precipitó tras él, sin hacer caso de las voces conminatorias de su amo.

Se disponía Tarzán a seguirlos cuando notó un ligero toque en el brazo. Volvió la cabeza y encontró a Jane a su lado.

—No me dejes sola —susurró la muchacha—. Tengo miedo.

Tarzán la contempló por encima del hombro.

Los espantosos simios de Akut les rodeaban. Algunos, incluso, se acercaban a la joven, enseñando los dientes y profiriendo guturales gruñidos amenazadores.

El hombre-mono los obligó a retroceder. Durante un momento había olvidado que aquellos seres no eran más que fieras, incapaces de distinguir entre amigos y enemigos. La reciente escaramuza con los marineros había despertado los instintos salvajes de su naturaleza y ahora todo lo que no perteneciese a su partida era carne dispuesta allí para sus dentelladas.

Tarzán se dispuso de nuevo a ir en pos del ruso, disgustado al ver que se le escamoteaba el placer de la venganza personal…, a menos que Rokoff lograra escapar al acoso de Sheeta. Pero a la primera ojeada comprobó que de eso no le quedaba la más remota esperanza. El ruso se había retirado al fondo del puente, donde permanecía con el cuerpo tembloroso y los ojos desorbitados, frente a la fiera que se le acercaba, lenta e implacable.

Con el vientre pegado a las tablas del piso del buque, la pantera siguió deslizándose y articulando sonidos extraños. Rokoff seguía paralizado, con los ojos a punto de salírsele de las órbitas, la boca abierta y la frente perlada de aterradas gotas de frío y viscoso sudor.

Por debajo de donde se encontraba, sobre la cubierta, había visto a los gigantescos antropoides, por lo que no se atrevía a intentar la huida por esa dirección. La verdad era que una de aquellas enormes fieras saltaba para agarrarse a la barandilla y ascender hasta el ruso.

Delante de Rokoff estaba la pantera, agazapada y silenciosa.

Rokoff no podía moverse. Le temblaban las rodillas. Su voz estalló en chillidos inarticulados. Al morir en el aire el último de aquellos gritos gemebundos, cayó de rodillas… y Sheeta entonces saltó.

El rojizo cuerpo de la pantera se precipitó sobre el pecho del hombre y el impacto derribó al ruso de espaldas.

Cuando los formidables colmillos desgarraron la garganta y el pecho de Rokoff, Jane Clayton volvió la cabeza, horrorizada. Pero Tarzán de los Monos no la imitó. En sus labios apareció una gélida sonrisa de satisfacción. La cicatriz de su frente fue perdiendo su encendido tono escarlata hasta desaparecer. La piel recobró de nuevo su color normal, curtida y atezada.

Rokoff luchó furiosa pero inútilmente contra aquel destino que se le vino encima entre rugidos y zarpazos desgarradores. En los breves instantes que duró la consumación de su muerte, Rokoff expió por fin los incontables crímenes por los que se le castigaba.

Cuando sus esfuerzos cesaron, y a indicación de Jane, Tarzán se acercó

con el propósito de arrancar el cadáver de las garras de la pantera y dar una sepultura decente a los restos mortales de Rokoff. Pero el enorme felino se irguió rugiente por encima de su pieza y miró en actitud amenazadora a su amo, al que amaba a su salvaje manera, y el hombre-mono, ante la disyuntiva de matar a su amigo de la selva o renunciar a su objetivo, optó por lo último.

Sheeta, la pantera, permaneció toda la noche agazapada sobre los repelentes despojos de lo que en vida había sido Nicolás Rokoff. La sangre había convertido en pista resbaladiza el puente del *Kincaid*. Bajo los brillantes rayos de la luna tropical, la enorme fiera se dio el gran banquete hasta que, cuando a la mañana siguiente el sol se elevó en el cielo, del enemigo de Tarzán sólo quedaban unos pocos huesos quebrantados y roídos.

De la partida de Rokoff, sólo de Paulvitch se ignoraba el paradero. Cuatro miembros de la tripulación estaban encerrados en el castillo de proa del *Kincaid*. Todos los demás eran cadáveres.

Tarzán ordenó a aquellos cuatro marineros que pusieran en marcha las calderas del vapor y decidió aprovechar los conocimientos del piloto, que el azar había querido que fuese uno de los supervivientes, para trazar la ruta de la Isla de la Selva y dirigirse a ella. Pero el amanecer de la mañana siguiente llegó acompañado de un huracán procedente del oeste que arboló el oleaje de una manera tan crecida y alborotada que el piloto del *Kincaid* no se atrevió a hacerse a la mar. El barco permaneció toda la jornada al abrigo de la bahía formada en la desembocadura del Ugambi. Al anochecer amainó un poco el vendaval, pero entonces juzgaron más prudente esperar al amanecer del día siguiente antes de aventurarse a intentar la navegación por el sinuoso canal que conducía al mar.

La cuadrilla de simios, así como la pantera, circulaban sueltos por la cubierta del vapor, porque Tarzán y Mugambi tardaron poco en hacerles comprender que a bordo del *Kincaid* no debían hacer daño a nadie. Sin embargo, por la noche se los confinaba en la bodega.

La alegría de Tarzán se desbordó cuando su esposa le informó de que el niño que había muerto en la aldea de M'ganwazam no era su hijo. No podían imaginar de quién podría ser aquella criatura y, desaparecidos Rokoff y Paulvitch, no había medio de averiguarlo.

Lo que no era óbice, sin embargo, para que, al saber que había motivo para la esperanza, les embargase cierta sensación de alivio. En tanto no

tuvieran pruebas fehacientes de que el niño había muerto, siempre se sentirían relativamente tranquilos y alentados.

Parecía evidente a todas luces que a su pequeño Jack no lo habían llevado a bordo del *Kincaid*. De haber sido así, Anderssen lo hubiera sabido, pero el sueco aseguró a Jane una y otra vez que el niño que llevó al camarote de la muchacha, la noche en la que le ayudó a escapar del barco, era el único que había estado a bordo del *Kincaid* desde que fondeó en Dover.

CAPÍTULO XVIII

PAULVITCH TRAMA SU VENGANZA

MIENTRAS Jane y Tarzán, en la cubierta del *Kincaid*, se referían mutua y detalladamente las diversas aventuras que cada uno de ellos había vivido desde que se separaron en su domicilio de Londres, oculto entre la espesura de la ribera les observaba un individuo cuyos ojos despedían odio fulminante bajo el fruncido entrecejo.

Por el cerebro de aquel hombre desfilaba un plan tras otro, todos ellos destinados a impedir contra viento y marea la marcha del inglés y de su esposa, porque mientras quedase un chispazo de vida en el vindicativo cerebro de Alexander Paulvitch nadie que se hubiese granjeado la enemistad del ruso podría considerarse completamente a salvo.

Fue urdiendo proyecto tras proyecto, que luego desechaba por impracticables o porque no estaban a la altura de la venganza que los agravios sufridos exigían. Tan perpleja estaba la inteligencia delictiva del lugarteniente de Rokoff que le era imposible comprender la auténtica realidad de lo que existía entre el hombre-mono y él, como tampoco era capaz de darse cuenta de que la culpa nunca había sido del lord inglés, sino siempre de él mismo y de su cómplice.

Y cada vez que desestimaba un nuevo plan, la conclusión a la que llegaba Paulvitch siempre era la misma: no podía cumplir ninguno de ellos mientras la mitad de la anchura del Ugambi le separase del objeto de su odio.

Pero ¿cómo recorrer aquella distancia a través de unas aguas infestadas de cocodrilos? La canoa más próxima se encontraría en la aldea mosula, y Paulvitch no estaba nada seguro de que el *Kincaid* continuara anclado allí cuando él regresara, después de haber cruzado la selva hasta el lejano poblado y estar de vuelta con una embarcación. Sin embargo, no había otro medio, de forma que, con la convicción de que sólo así le quedaban esperanzas de alcanzar su presa, Paulvitch lanzó una última mirada,

fruncido rencorosamente el ceño, a las dos figuras que se encontraban en la cubierta del *Kincaid* y emprendió la marcha, alejándose del río.

Mientras apretaba el paso a través de la tupida vegetación de la jungla, concentrada la mente en un solo objetivo —la venganza—, el ruso llegó incluso a olvidar el terror que normalmente le inspiraba aquel mundo salvaje por el que se movía.

Defraudado y vencido tras cada vuelta de la rueda de la fortuna, impulsado una y otra vez por sus perversas maquinaciones, víctima preferente de su propia naturaleza criminal, Paulvitch seguía estando lo bastante ciego como para imaginarse que su mayor felicidad residía en la continuación de unos planes y proyectos que a Rokoff y a él los habían conducido siempre al desastre, y que acabaron por llevar al primero a una muerte espantosa.

Mientras el ruso avanzaba a trompicones por la selva, rumbo a la aldea mosula, en su cerebro cristalizó un plan que tenía visos de ser más factible que todos los que había urdido hasta entonces.

Se acercaría por la noche al costado del *Kincaid* y, tras subir a bordo furtivamente, buscaría a los miembros de la tripulación que hubiesen sobrevivido a los horrores de la escalofriante expedición y los persuadiría para que se pusieran a su servicio y arrebatasen el buque a Tarzán y las fieras.

En la cabina había armas y municiones, y oculto en un receptáculo secreto de la mesa de su camarote guardaba Paulvitch uno de aquellos mecanismos infernales cuya construcción le había ocupado buena parte de sus ratos libres cuando ocupaba uno de los importantes puestos de confianza entre los nihilistas de su país natal.

Eso fue antes de que los traicionara, vendiéndolos a la policía de Petrogrado a cambio de inmunidad y oro. Paulvitch esbozó una mueca al recordar la denuncia que brotó de los labios de uno de sus antiguos camaradas, momentos antes de que el pobre diablo purgase sus pecados políticos colgado del extremo de una soga de cáñamo.

Pero aquel aparato infernal era en lo que pensaba en aquel momento. Si lograra tenerlo en sus manos y manipularlo, podría conseguir algo grande con él. Dentro de aquella caja de madera negra escondida en la mesa de su camarote había suficiente potencial destructivo para, en una fracción de segundo, borrar del mapa a todos los enemigos que se hallasen a bordo del *Kincaid*.

Paulvitch se humedeció los labios con anticipado placer e instó a sus fatigadas piernas a apretar el paso, con el fin de no llegar al punto donde estaba anclado el buque demasiado tarde para cumplir su objetivo.

Naturalmente, todo dependía del momento en que el *Kincaid* zarpase. Al ruso no se le escapaba que a la luz del día no le iba a ser posible hacer nada. La oscuridad debía ocultar su aproximación al costado del barco, ya que si Tarzán o lady Greystoke le echaban la vista encima se le esfumaría toda oportunidad de subir a bordo.

El huracán que se había desencadenado, creía el ruso, impediría de momento levar anclas al *Kincaid*, y si el vendaval continuaba soplando así hasta la noche, todo estaría a su favor, a favor de Paulvitch, que tenía la certeza de que era poco probable que el hombre-mono intentase navegar por el tortuoso canal del Ugambi mientras la oscuridad cubriese la superficie de las aguas y ocultara los infinitos bajíos de arena y los numerosos islotes diseminados por la amplia extensión que ocupaba la desembocadura del río.

Paulvitch llegó muy avanzada la tarde a la aldea mosula, situada a la orilla de un afluente del Ugambi. El cacique indígena no se molestó en disimular su desconfianza y su actitud fue más hostil que amistosa, como solía ocurrir con cuantos habían tenido contactos previos con Rokoff o Paulvitch. Siempre acababan siendo víctimas de la codicia, la crueldad o la lujuria de los dos moscovitas.

Cuando Paulvitch le pidió que le prestase una canoa, el jefe mosula se negó, hosco, y ordenó al hombre blanco que abandonara inmediatamente la aldea. Rodeado por un pequeño contingente de guerreros gruñones e indignados, que parecían estar deseando que les ofreciese la más mínima excusa para atravesarle con sus amenazadores venablos, el ruso no pudo hacer otra cosa que retirarse.

Una docena de belicosos indígenas le acompañaron hasta la linde del claro y allí lo despidieron con la advertencia de que ni por asomo se le volviera a ocurrir aparecer de nuevo por las proximidades del poblado.

Paulvitch se aguantó como pudo la rabia y se escabulló en el interior de la jungla; pero en cuanto estuvo fuera de la vista de los guerreros, se detuvo y aguzó el oído. Oía las voces de los hombres que le habían escoltado, los cuales regresaban a la aldea, y cuando tuvo la seguridad de que no le seguían, se deslizó sigilosamente a través de la maleza hasta la orilla del río, con la firme determinación de conseguir a toda costa una canoa.

Su vida dependía de que llegase al *Kincaid* y lograra la colaboración de los tripulantes supervivientes, porque quedar abandonado allí, en medio de los peligros de la selva africana y con la enemistad de los indígenas bien ganada, prácticamente equivalía a una sentencia de muerte.

El deseo de venganza actuaba sobre su voluntad como un incentivo igualmente poderoso para espolearle frente al peligro que constituía el cumplimiento de su propósito. Era, pues, un hombre desesperado el que permanecía oculto entre la vegetación que crecía junto al afluente, mientras sus ojos escrutaban impacientes a la búsqueda de cualquier señal indicadora de la presencia por allí de alguna pequeña canoa que pudiera gobernarse fácilmente con un solo remo.

El ruso no tuvo que esperar mucho tiempo antes de que apareciese deslizándose por el seno del río uno de los rudimentarios esquifes propios de los mosulas. A bordo del mismo le daba a la paleta con perezosos movimientos un joven que, desde un paraje contiguo a la aldea, se dirigía al centro de la corriente. Cuando llegó al canal, dejó que fuese la inercia del agua la que se encargase de trasladar la embarcación, mientras el muchacho se dedicaba a dormitar plácida e indolentemente, tumbado en el fondo de su tosca canoa.

Ajeno por completo al enemigo invisible que acechaba en la ribera, el mozalbete continuó navegando despacio corriente abajo, mientras Paulvitch le seguía por un camino de la jungla, a unos metros de distancia.

A poco más de kilómetro y medio de la aldea, río abajo, el muchacho hundió la pala del remo en el agua y desvió el esquife hacia la orilla. Eufórico por la feliz circunstancia de que el azar hubiese inducido al muchacho a llegarse a la misma orilla del río en que se encontraba él, y no a la opuesta, donde habría quedado fuera de su alcance, Paulvitch se escondió entre la maleza, cerca del lugar donde evidentemente el esquife iba a tocar la orilla de la lenta corriente. El afluente parecía lamentar, como si tuviera celos de un rival, cada momento huidizo que lo acercaba al ancho y fangoso Ugambi, donde perdería su identidad para siempre, absorbido por aquella corriente de caudal mucho mayor, que lanzaría sus aguas al gran océano.

Idéntica indolencia manifestaban los movimientos del joven mosula mientras conducía su esquife bajo la rama de un árbol enorme, que se inclinaba para estampar un beso de despedida en el fondo del agua viajera y acariciar con sus verdes frondas el seno suave de su lánguido amor.

Y como una serpiente, oculto entre el follaje, se mantenía agazapado el malévolo ruso. Sus inquietos y crueles ojillos se recreaban sobre la silueta de la codiciada canoa y calculaban la envergadura de su propietario, mientras el astuto cerebro sopesaba las posibilidades que podría tener el

hombre blanco, caso de que resultara imprescindible el enfrentamiento físico con el muchacho negro.

Sólo una directa y apremiante necesidad impulsaría a Alexander Paulvitch a la lucha a brazo partido, pero es que realmente se encontraba en esa perentoria necesidad. Así que no tenía más remedio que entrar en acción cuanto antes.

Disponía de tiempo, pero sólo del tiempo justo, para llegar al *Kincaid* al anochecer. ¿Es que el negro era tan imbécil que no se iba a apear del esquife? Paulvitch se removió, nervioso. Empezaba a impacientarse. El mozo de la canoa bostezó y se estiró. Con exasperante parsimonia se puso a examinar las flechas de la aljaba, probó el arco y contempló el filo del cuchillo que llevaba sujeto bajo la cintura del taparrabos.

Volvió a estirarse y a bostezar, lanzó un vistazo a lo largo de la ribera, se encogió de hombros y luego se tendió en el fondo de la canoa, dispuesto a descabezar una siestecita, antes de aventurarse por la selva en pos de la pieza que había salido a cazar.

Paulvitch se medio incorporó y, tensos los músculos, dirigió la mirada hacia el confiado muchacho negro. Los párpados del mozo acabaron de cerrarse. El pecho empezó a subir y bajar al ritmo de la profunda respiración del sueño. ¡Había sonado la hora!

El ruso se acercó sigilosamente. Crujió una ramita bajo su peso y el muchacho se removió en su sueño. Paulvitch empuñó su revólver y apuntó al negro. Permaneció rígido e inmóvil durante unos segundos, hasta que el muchacho de la canoa volvió a sumergirse en el fondo de su tranquilo letargo.

El hombre blanco se acercó todavía más. No podía arriesgarse a apretar el gatillo hasta tener la absoluta seguridad de que no iba a fallar el tiro. Se inclinó sobre el mosula. En la mano del ruso, el frío acero del revólver fue aproximándose al pecho del inconsciente mozalbete. Se detuvo a escasos centímetros del corazón, que latía con ritmo acompasado.

Pero sólo la presión de un dedo índice separaba de la eternidad al inofensivo muchacho. El delicado color de la juventud suavizaba todavía sus mejillas y una tenue semisonrisa entreabría sus labios, sobre los que aún no había asomado el bozo. ¿Acaso algún remordimiento de conciencia señaló con su dedo inquietante y acusador al asesino?

Desde luego, Alexander Paulvitch era inmune a eso. Una mueca burlona frunció sus labios mientras el dedo se curvaba sobre el gatillo del revólver. Resonó una ruidosa detonación. Por encima del corazón del dormido muchacho apareció un pequeño orificio, alrededor del cual la carne abrasada por la pólvora dejó ver un círculo negro que bordeaba el agujero.

El juvenil cuerpo se incorporó hasta quedar sentado. Los labios sonrientes se contrajeron a causa de la conmoción nerviosa de una momentánea agonía que el cerebro no llegó a captar y, a continuación, el cuerpo sin vida se desplomó hacia lo más profundo de ese sueño del que

nunca se despierta, del sueño eterno.

El asesino se dejó caer rápidamente dentro del esquife, junto al cadáver. Unas manos brutales cogieron sin contemplaciones el cuerpo del joven mosula y lo arrojaron por la borda. Un chapuzón, una rociada de salpicaduras, unos anillos que ondularon sobre el agua y fueron ensanchándose sobre la superficie, para quebrarse de pronto cuando la oscuridad del légamo ascendió al removerse el negro y viscoso fondo. Y el hombre blanco pasó a ser propietario exclusivo de la codiciada canoa… un hombre blanco más salvaje que el joven al que había arrebatado la vida.

Tras soltar la amarra, Paulvitch cogió el remo y se entregó febrilmente a la tarea de impulsar el esquife a toda velocidad hacia el Ugambi.

Había caído la noche cuando la proa de la ensangrentada embarcación dejó las aguas del afluente para entrar en las del río que lo absorbía. El ruso forzaba la vista continuamente en vano intento de perforar las negras sombras que se interponían entre él y el lugar donde estaba anclado el *Kincaid*.

¿Continuaría el buque aún en aguas del Ugambi o el hombre-mono se habría convencido a sí mismo de que era mejor aventurarse a zarpar porque la tormenta amainaba? Mientras navegaba a marchas forzadas a favor de la corriente, Paulvitch se formulaba esa pregunta, y otras más por el estilo, entre las cuales no eran las menos inquietantes las relacionadas con su futuro, caso de que el *Kincaid* se hubiese hecho a la mar, dejándole abandonado allí, a merced de los despiadados horrores de la salvaje soledad.

En medio de aquellas tinieblas, al remero le parecía que sobrevolaba las aguas y había llegado a convencerse de que el buque había levado anclas y estaba ya lejos, y que él, Paulvitch, había dejado atrás el fondeadero en el que el *Kincaid* se encontraba durante el día. Y entonces, de súbito, apareció frente a su ojos, al otro lado de una punta de tierra que acababa de doblar, la luz vacilante de un farol del buque.

A duras penas logró sofocar Alexander Paulvitch una exclamación de triunfo. ¡El *Kincaid* no había zarpado! Después de todo, la vida y la venganza no iban a escapársele.

Dejó de remar en el mismo instante en que avistó aquel rutilante faro de esperanza. En silencio, se dejó llevar por la corriente de las fangosas aguas del Ugambi. Se limitó a hundir de vez en cuando la pala del remo para desviar el rumbo de aquella embarcación primitiva hacia el costado del

barco.

Al acercarse, la oscura mole apareció frente a él como si surgiera de entre las negruras de la noche. No se oía sonido alguno en la cubierta del *Kincaid*. Paulvitch dirigió la canoa hacia el buque. El roce momentáneo de la proa del esquife contra las tablas del barco fue el único ruido que quebró el silencio nocturno.

Tembloroso de pura excitación nerviosa, el ruso permaneció inmóvil durante varios minutos; pero de la gigantesca mole que se erguía sobre él no brotó sonido alguno indicador de que en la nave se habían apercibido de su llegada.

Subrepticiamente, desplazó el esquife hacia la proa hasta que los tirantes del bauprés quedaron directamente encima de él. Llegaba a ellos, justo, pero podía alcanzarlos. Amarrar la canoa a los estays fue cuestión de un par de minutos; a continuación, el ruso se izó a bordo en el más absoluto silencio.

Segundos después pisaba la cubierta. El recuerdo de la sobrecogedora cuadrilla que había ocupado el barco disparó escalofríos vibrantes a la largo de la columna vertebral del cobarde merodeador, pero su vida dependía del éxito de aquella aventura, de modo que no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y armarse de valor para afrontar los trances terribles que sin duda le esperaban.

En la cubierta del vapor no percibió ningún ruido ni señales de vigilancia. Paulvitch se deslizó furtivamente en dirección al castillo de proa. El silencio era total. La escotilla estaba levantada y, al mirar al interior, Paulvitch vio a uno de los tripulantes del *Kincaid* que estaba leyendo al resplandor de una humeante lámpara que colgaba del techo de los alojamientos de la dotación.

Paulvitch lo conocía bien, era un sujeto torvo, de instintos sanguinarios, en el que el ruso confió casi plenamente para llevar a cabo el plan que había concebido. Despacio, el ruso descendió a través de la abertura hasta los peldaños de la escalera que llevaba al castillo de proa.

Sus ojos no se apartaron un segundo del hombre que estaba leyendo, preparado para advertirle que guardara silencio en el mismo instante en que reparase en su presencia. Pero el marinero estaba tan abismado en la lectura de la revista que el ruso llegó hasta el piso del castillo de proa sin que nadie reparase en él.

Paulvitch volvió la cabeza y susurró el nombre del absorto lector. Éste

levantó los ojos de la revista, unos ojos que se desorbitaron al tropezar con el semblante familiar del lugarteniente de Rokoff… Luego los entornó automáticamente y su entrecejo se frunció en gesto de desaprobación.

—¡Al diablo! —exclamó—. ¿De dónde sale? Todos creíamos que lo habían largado al otro barrio, que es el sitio en el que debía estar desde hace mucho tiempo. Su señoría se va a llevar un alegrón tremendo cuando lo vea.

Paulvitch se llegó hasta el marinero. Una sonrisa amistosa decoraba los labios del ruso. Tendió la mano al hombre, como si éste fuera un amigo de toda la vida al que hiciese tiempo que no veía. El marinero no se dignó aceptarla, actuó como si no la viera, ni correspondió a la sonrisa de Paulvitch.

—He venido a echaros una mano —explicó Paulvitch—. He vuelto para rescataros de las garras del inglés y de sus fieras… Después ya no tendremos nada que temer de la ley cuando volvamos a la civilización.

»Podemos caer sobre ellos y liquidarlos mientras duermen… Me refiero a Greystoke, a su esposa y a ese granuja negro, Mugambi. Luego, dejar el barco limpio de fieras será coser y cantar. ¿Dónde están esos bichos?

—Abajo —respondió el marinero—, pero permítame que le aclare algo, Paulvitch. Ni se le ocurra pensar que va a convencemos para que nos revolvamos contra el inglés. Ya hemos tenido bastante de usted y de esa otra bestia que le mandaba. De su patrón no quedan ni los restos y, o mucho me equivoco, o a usted le va a ocurrir tres cuartos de lo mismo dentro de muy poco. Nos trataron como a perros y si cree que le tenemos tanto así de afecto vale más que mande al guano esa idea.

—¿Eso significa que te vuelves contra mí? —preguntó Paulvitch.

El otro asintió con la cabeza y, al cabo de un momento, durante el cual pareció ocurrírsele algo, volvió a hablar.

—A menos —dijo— que pueda ofrecerme algo que merezca la pena, antes de que el inglés se entere de que está usted aquí.

—No me condenarás a volver a la selva, ¿verdad? —preguntó Paulvitch —. No sobreviviría allí ni una semana.

—No dejaría de tener alguna posibilidad de sobrevivir —repuso el marinero—. Aquí no tiene ni la más remota. Si se me ocurriera despertar a mis compañeros, le harían picadillo antes siquiera de que el inglés pudiese echarle el guante. Ha tenido una suerte loca al ser yo el único que está despierto, mientras todos los demás duermen.

—¡Estás loco! —protestó Paulvitch—. ¿No sabes que el inglés hará que os ahorquen a todos en cuanto regreséis a un sitio donde la ley pueda cogeros?

—No, el inglés es un caballero y no nos hará semejante faena —replicó el marinero—. Nos lo ha prometido, ha dicho que los únicos culpables son Rokoff y usted… todos los demás no fuimos más que simples instrumentos. ¿Comprende?

El ruso se pasó media hora suplicando o amenazando, según le daba. A veces parecía al borde de las lágrimas y a continuación, sin más ni más, prometía a su oyente recompensas fabulosas o el castigo que su negativa a colaborar merecía. Pero el marinero se mostró inflexible.

Explicó al ruso que, tal como veía él la situación, a Paulvitch sólo le quedaban dos opciones: o acceder a que lo entregase inmediatamente a lord Greystoke o pagar al marinero hasta el último centavo y hasta el último objeto de valor que llevase encima o guardara en su camarote, como precio por el permiso para abandonar el *Kincaid* tranquilamente y sin que nadie le molestara.

—Y tendrá que decidirse ya mismo —rezongó el marinero—, porque quiero irme a dormir en seguida. Vamos, elija: ¿su señoría o la selva?

—¡Lamentarás esto! —refunfuñó el ruso.

—Cierre el pico —reprendió el marinero—. Si se pone farruco, es posible que me dé por cambiar de opinión y se tenga que quedar aquí definitivamente.

Desde luego, Paulvitch no tenía la menor intención de permitirse caer en poder de Tarzán de los Monos, si podía evitarlo, y con todo lo que le aterraban los peligros de la jungla, le parecían infinitamente preferibles a la muerte segura que le aguardaba en manos de Tarzán, una muerte de la que se sabía merecedor.

—¿Hay alguien durmiendo en mi camarote?

El marinero movió la cabeza negativamente.

—No —articuló—. Lord y lady Greystoke se han acomodado en el del capitán. El piloto está en el suyo y el de usted no lo ocupa nadie.

—En ese caso, iré a buscar mis objetos de valor y te los entregaré —dijo Paulvitch.

—Le acompañaré. Quiero estar seguro de que no intenta ninguna jugarreta de las suyas —manifestó el marinero, y siguió al ruso escaleras arriba, hasta la cubierta.

En la entrada del camarote, el marinero se apostó, en plan de centinela, y dejó que Paulvitch entrara solo. El ruso recogió sus escasas pertenencias, con las que pensaba comprar la incierta salvación que representaba salir del buque con vida. Permaneció un momento junto a la mesita sobre cuya superficie las había amontonado, mientras se devanaba las meninges, a la búsqueda de algún plan factible que le garantizase su seguridad personal o la venganza sobre sus enemigos.

Surgió de pronto en su memoria el recuerdo del estuche negro que guardaba oculto en un receptáculo secreto, bajo la falsa cubierta de la mesa en que apoyaba la mano.

Al tantear por la parte inferior de la superficie de la mesa, un siniestro destello de malévola satisfacción iluminó el rostro de Paulvitch. Instantes después retiraba de su escondite el objeto que buscaba. Para tener luz mientras recogía sus cosas había encendido el farol que colgaba de las vigas del techo y ahora acercó la cajita negra a la claridad de la lámpara, al tiempo que sus dedos abrían el broche que sujetaba la tapadera.

Al levantarse, la tapadera reveló dos compartimentos en el interior del estuche. Uno de ellos albergaba un mecanismo que parecía la maquinaria de un reloj despertador. Había también una batería de dos pilas. Un cable enlazaba la maquinaria con uno de los polos de la batería y del otro polo arrancaba un segundo cable que, después de traspasar la tablilla divisoria de los compartimentos, volvía de nuevo a la supuesta maquinaria de reloj.

El contenido del segundo compartimento no estaba visible, porque lo ocultaba una cubierta que parecía sellada herméticamente con brea. En el fondo de la cajita, junto al mecanismo de relojería, había una llave que Paulvitch retiró e introdujo en el orificio de la cuerda.

Accionó despacio la llave, sofocando el ruido de la operación por el procedimiento de colocar unas cuantas prendas de vestir encima de la caja. Durante todo el tiempo que permaneció en el camarote mantuvo el oído atento a cualquier ruido susceptible de indicar que el marinero u otra persona se acercaban, pero nadie se presentó a interrumpir su tarea.

Cuando acabó de dar cuerda a la maquinaria, el ruso estableció la saeta de una pequeña esfera situada junto al mecanismo, y finalmente cerró la caja y volvió a guardar todo el conjunto en su escondite de la mesa.

Una sonrisa siniestra curvó los barbados labios del individuo mientras cogía sus pertenencias. Luego apagó la lámpara, salió del camarote y se llegó al marinero que seguía montando guardia.

Aquí tienes mis cosas —dijo el ruso—. Ahora déjame marchar.

—Antes echaré un vistazo a sus bolsillos —replicó el marinero—. Puede que haya pasado por alto alguna cosilla sin importancia que no le servirá de nada en la selva, pero que tal vez le sea muy útil a un pobre marinero cuando esté en Londres.

Momentos después, al retirar del bolsillo interior de la chaqueta de Paulvitch un fajo de billetes, el hombre exclamó:

—¡Ah, justo lo que me temía!

El ruso frunció el ceño y masculló una imprecación. Pero no iba a ganar nada si se ponía a discutir, así que se resignó a perder aquel dinero, contentándose con la agradable idea de que el marinero jamás llegaría a Londres para disfrutar del producto de su latrocinio.

A Paulvitch le costó un trabajo ímprobo dominar el apremiante deseo de burlarse del hombre con alguna indirecta acerca del funesto destino que le aguardaba, a él y a los demás miembros de la tripulación del *Kincaid*. Pero se abstuvo de comentarios sobre el particular, no fuera caso de que se despertasen los recelos del individuo. Cruzó la cubierta y se deslizó en silencio hasta la canoa.

Antes de que hubiese transcurrido un minuto remaba en dirección a la orilla, para que lo engulleran las tinieblas de la noche selvática y se apoderasen de él los terrores de una existencia espeluznante. De haber sospechado el cúmulo de atroces experiencias que le aguardaban en la jungla durante los largos años futuros, antes que soportarlas Paulvitch hubiera preferido lanzarse a la muerte que indudablemente le esperaba en alta mar.

Tras asegurarse de que Paulvitch se había alejado, el marinero regresó al castillo de proa, donde escondió su botín y se tendió en la litera, mientras en el camarote que había sido del ruso el tic tac del mecanismo de relojería continuaba quebrando implacable el silencio. Los ocupantes del sentenciado *Kincaid* dormían tranquilamente, ajenos por completo a la inminente venganza del frustrado Paulvitch.

CAPÍTULO XIX

EL HUNDIMIENTO DEL *KINCAID*

INMEDIATAMENTE después de que asomase la aurora, Tarzán se encontraba ya en cubierta, para comprobar las condiciones atmosféricas. El viento había dejado de soplar. El cielo aparecía limpio de nubes. Se daban las circunstancias ideales para emprender la travesía de regreso a la Isla de la Selva, donde pensaba desembarcar y dejar a las fieras. Luego…, ¡a casa!

El hombre-mono despertó al piloto y le ordenó que pusiera al *Kincaid* en situación de zarpar lo antes posible. Al contar con la palabra de lord Greystoke, que les garantizaba que no iban a procesarles por su participación en los delitos de los dos rusos, los miembros de la tripulación se apresuraron con gozosa diligencia a cumplir sus obligaciones marineras.

Liberados de su confinamiento en la bodega, los animales vagaban por cubierta, con gran inquietud por parte de la dotación, en cuya mente permanecían vivas aún las escenas de la ferocidad con que aquellos animales se ensañaron con sus compañeros muertos bajo sus colmillos y zarpas. Aquellas fieras todavía daban la impresión de estar deseando cebarse de nuevo en la blanda carne de ulteriores presas.

Sin embargo, ante la mirada atenta de Tarzán y de Mugambi, Sheeta y los monos de Akut reprimieron sus voraces deseos, de forma que los hombres que trabajaban sobre la cubierta se encontraban entre los animales mucho más seguros de lo que podían imaginar.

Por fin, el *Kincaid* se deslizó Ugambi abajo y salió a las rutilantes aguas del Atlántico. Tarzán y Jane Clayton observaron la línea de la costa, cuya vegetación iba retrocediendo tras la estela del buque y, por una vez, el hombre-mono se apartó de su tierra natal sin un solo ramalazo de pesadumbre.

Ningún barco de los que surcaban los siete mares podía alejarle de África, para reanudar la búsqueda de su hijo perdido, con la mitad de la rapidez que la impaciencia del inglés hubiera deseado, y a la nerviosa

mente del afligido padre le parecía que el *Kincaid* apenas se movía sobre las aguas.

Pese a lo cual, el buque avanzaba a buen ritmo, incluso aunque diera la sensación de estar parado, y las bajas colinas de la Isla de la Selva no tardaron en surgir a la vista, destacando por poniente sobre la línea del horizonte.

En el camarote de Alexander Paulvitch, el mecanismo de la caja negra continuaba desgranando su aparentemente infinito y monótono tic tac. Sin embargo, segundo tras segundo, la manecilla que sobresalía por el borde de una de sus ruedas se iba acercando paulatinamente al extremo de la saeta que Paulvitch había fijado en cierto punto preciso de la esfera situada junto al mecanismo de relojería. Cuando aquellas dos agujas se encontraran, el tic tac cesaría… para siempre.

Jane y Tarzán se encontraban en el puente. Miraban hacia la Isla de la Selva. Los miembros de la tripulación se encontraban en la parte de proa y también contemplaban la tierra que parecía emerger del océano. Los animales preferían la sombra de la cocina, donde dormían acurrucados. Todo era paz, quietud y silencio en el barco y sobre la superficie de las aguas.

De pronto, sin previo aviso, el techo de la cabina salió volando por los aires, una nube de humo denso se elevó a gran altura por encima del *Kincaid* y resonó el impresionante estruendo de un estallido que hizo estremecer el barco de proa a popa.

Una algarabía ensordecedora se desencadenó automáticamente sobre la cubierta. Los simios de Akut, aterrados por la explosión, corrían desoladamente de un lado para otro, sin dejar de emitir rugidos y gruñidos que ponían los pelos de punta. Sheeta saltaba de aquí para allá, lanzando al aire su miedo en forma de espantosos alaridos que eran como flechas de hielo que atravesaban el corazón de los tripulantes del *Kincaid*.

Mugambi también temblaba. Sólo Tarzán de los Monos y su esposa conservaban la calma. Apenas se interrumpió la lluvia de escombros y cuando todos los restos hubieron caído, el hombre-mono se encontraba ya entre las fieras, calmando sus temores, dirigiéndoles la palabra en tono bajo y apaciguador, acariciándoles los velludos cuerpos y asegurándoles persuasivamente, como sólo él era capaz de hacerlo, que el peligro inmediato ya había pasado.

Un examen de la situación le indicó que el mayor peligro, en aquellos

momentos, residía en el fuego, porque las llamas lamían ávidas las astilladas tablas de la cabina, habían ascendido a través del enorme boquete que la explosión había abierto y empezaban a prender en la cubierta inferior.

Era un auténtico milagro que ningún integrante de la dotación del buque hubiera resultado herido a consecuencia de la voladura, cuya causa y origen fue siempre un misterio para todos, menos para uno: el marinero que sabía que Paulvitch estuvo la noche anterior a bordo del *Kincaid* e hizo una visita a su camarote. El tripulante en cuestión supuso la verdad, pero la prudencia selló sus labios. Indudablemente, no le irían demasiado bien las cosas al hombre que, durante su guardia nocturna, permitió que el archienemigo de todos subiese al buque, donde luego tuvo ocasión de disponer un mecanismo infernal que los enviaría al otro mundo. No, el marinero decidió que lo mejor era guardar aquello en secreto.

Como las llamas se extendían con cierta rapidez, a Tarzán le resultó claro que lo que había ocasionado la explosión, fuera lo que fuese, había esparcido alguna sustancia altamente inflamable sobre el maderamen circundante, ya que el agua que la bomba proyectaba sobre el fuego parecía avivarlo más que extinguirlo.

Quince minutos después del estallido, espesas nubes de humo negro se elevaban desde la bodega del sentenciado buque. Las llamas habían llegado a la sala de máquinas y la nave ya no se aproximaba a la orilla. Su triste destino era tan cierto como si las aguas se hubieran engullido sus restos achicharrados y humeantes.

—Es inútil seguir a bordo —le comentó el hombre-mono al piloto—. No estamos nada seguros, pero es posible que se produzcan más explosiones y no nos quedan esperanzas de salvar el buque. Lo mejor que podemos hacer es arriar los botes sin perder más tiempo y remar hacia la costa.

No había otra alternativa. Aunque, eso sí, a los marineros les fue posible recoger y llevarse sus pertenencias, porque, si bien el fuego había consumido todo lo que la explosión no destruyó en las inmediaciones de la cabina de mando, las llamas aún no habían llegado al castillo de proa.

Se echaron al agua dos botes y como el mar estaba tranquilo, llegar a tierra no presentó grandes dificultades. Impacientes y nerviosas, las fieras de Tarzán olfatearon el aire familiar de su isla, mientras iban aproximándose a la playa, y apenas la quilla de proa tocó la arena, Sheeta y los monos de Akut saltaron por la borda y salieron disparados hacia la jungla.

Una semisonrisa animó los labios de Tarzán mientras contemplaba su carrera.

—Adiós, amigos míos —murmuró—. Habéis sido unos aliados estupendos y leales. Os echaré de menos.

—Pero volverán, ¿verdad, querido? —preguntó Jane Clayton, junto a él.

—Puede que sí, puede que no —repuso el hombre-mono—. Desde que se les obligó a convivir con tantos seres humanos a su alrededor no se han

sentido nada a gusto. A Mugambi y a mí, solos, nos aceptaban mejor porque, al fin y al cabo, el negro y yo no somos más que medio humanos. Sin embargo, tú y los miembros de la tripulación sois excesivamente civilizados para mis fieras… Huyen de vosotros. No cabe duda de que no pueden fiarse de sí mismas, de que al estar tan cerca de unos bocados tan exquisitos como vosotros representáis para ellas, existe el constante peligro de que, por equivocación, por instinto o inconscientemente, en un momento determinado os lancen una dentellada.

—Pues a mí me parece que de quien huyen es de ti —Jane se echó a reír—. Siempre estás prohibiéndoles que hagan cosas que esos animales no ven por qué no pueden hacerlas. Son como niños a los que les encantaría aprovechar la oportunidad de escapar de la zona donde la disciplina paterna es ley. De todas formas, si vuelven confío en que no lo hagan por la noche.

—O muertas de hambre, ¿verdad? —rió también Tarzán.

Durante las dos horas siguientes al desembarco, el grupo contempló el espectáculo del incendiado buque que acababan de abandonar. Luego, debilitado por la distancia, llegó a ellos el estruendo de una segunda explosión. Acto seguido, el *Kincaid* aumentó la rapidez de su hundimiento y en cuestión de minutos desapareció bajo la superficie del océano.

La causa de la segunda explosión fue mucho menos misteriosa que la del primer estallido: el piloto la atribuyó al hecho de que las llamas alcanzaron las calderas y las hicieron reventar. Pero la causa de la primera explosión constituyó motivo de innumerables especulaciones e hipótesis para la partida de náufragos desembarcados en la isla.

CAPÍTULO XX

DE NUEVO EN LA ISLA DE LA SELVA

EN LO PRIMERO que tuvieron que pensar los miembros de la partida fue en localizar agua potable y establecer un campamento, porque ninguno ignoraba que su permanencia en la Isla de la Selva acaso se prolongara durante meses e incluso años.

Tarzán conocía la situación del manantial más cercano y hacia allí se encaminó de inmediato el grupo. Los hombres pusieron manos a la obra y empezaron a construir cabañas y muebles rudimentarios, mientras Tarzán se adentraba en la selva en busca de piezas que cazar para alimentarse. Dejó a Mugambi y a la mujer mosula encargados de cuidar de Jane, cuya seguridad por nada del mundo hubiera confiado a ninguno de los patibularios miembros de la tripulación del *Kincaid*.

La angustia de lady Greystoke era mucho más intensa que la de cualquier otro de los náufragos, porque el golpe que habían sufrido sus esperanzas y su ya lacerado corazón de madre no estribaba en las privaciones físicas, sino en el temor de que tal vez nunca llegase a conocer el destino de su hijo primogénito, de que le era imposible hacer nada para descubrir su paradero y para mejorar su situación… una situación que en la mente imaginativa de la dama adoptaba las formas más aterradoras.

Durante quince días, el grupo de náufragos distribuyó su tiempo entre las diversas tareas encomendadas a cada uno de ellos. Se mantenía una guardia diurna, desde el amanecer hasta el ocaso: un centinela permanecía apostado en un acantilado próximo al campamento, un saliente rocoso que

dominaba el mar. En la cima del mismo, un enorme montón de ramas secas aguardaba el momento oportuno para que el centinela le prendiese fuego de inmediato, mientras que en lo alto de un poste plantado en el suelo ondeaba la improvisada señal de socorro dispuesta con una camiseta roja que pertenecía al piloto del *Kincaid*.

Pero en la línea del horizonte no apareció ningún punto que pudiera concretarse en un velamen o en una serie de pequeñas nubes de humo dispuestas a recompensar el esfuerzo que realizaban los fatigados ojos en su eterna y desesperada vigilia, escrutando día tras día la inmensidad del océano.

Al final, Tarzán propuso construir una embarcación en la que pudieran intentar el regreso al continente. Sólo él estaba en condiciones de enseñarles a fabricarse toscas herramientas, y cuando la idea arraigó en el cerebro de los hombres, éstos se mostraron deseosos de iniciar cuanto antes la tarea.

Pero a medida que el tiempo fue pasando, aquello empezó a parecerles cada vez más una especie de «trabajos de Hércules» y los refunfuños y las peleas hicieron acto de presencia con creciente repetición, de modo que a los otros peligros que acechaban en la isla se añadieron las disensiones y los recelos.

A Tarzán empezó a asustarle de veras dejar a Jane entre aquellos semisalvajes que eran los tripulantes del *Kincaid*. Pero no tenía más remedio que salir de caza, porque no había nadie más capacitado que él para adentrarse en la selva en busca de carne y volver con alguna pieza. A veces, Mugambi le sustituía en tal menester, pero el venablo y las flechas del negro distaban mucho conseguir los resultados que lograba el hombre-mono con su cuchillo y su lazo.

Por último, los hombres empezaron a escurrir el bulto y a abandonar el trabajo para irse a la jungla, por parejas, con el fin de explorar el terreno y cazar algo que comer. Durante todo ese tiempo, ninguno de los náufragos vio el menor rastro de Sheeta, Akut, o cualquiera de los otros simios gigantescos, aunque Tarzán sí los divisaba a veces en la selva, durante sus salidas de caza.

Y mientras las cosas empeoraban cada vez más en el campamento de los supervivientes del *Kincaid*, en la orilla oriental de la Isla de la Selva, otro campamento se establecía en el extremo norte de su costa.

Allí, en una ensenada, había fondeado una pequeña goleta, la *Cowrie*,

cuya cubierta se enrojeció con la sangre de los oficiales y de unos cuantos miembros de la tripulación que se mostraron fieles a un mando que había cometido el fatídico error de enrolar en la dotación a individuos como Gust, Momulla el maorí y el superdiabólico Kai Shang, de Foshan.

Había unos cuantos más, diez en total, escoria de los puertos de los siete mares, pero Gust, Momulla y Kai Shang, personificación de la astucia taimada, eran los cerebros de la cuadrilla. Estos fueron los cabecillas que promovieron la rebelión al objeto de apoderarse del cargamento de perlas que transportaba la *Cowrie* y repartirse el botín.

Kai Shang asesinó al capitán de la nave mientras dormía en su litera y Momulla el maorí dirigió el ataque contra el oficial de guardia.

De acuerdo con su solapada y peculiar costumbre, Gust se las ingenió para que fuesen otros quienes cometiesen los homicidios. No es que Gust tuviera escrúpulos de conciencia sobre ese particular. Todo era cuestión de seguridad personal. Ahí estaba el quid del asunto: siempre existe cierto factor de riesgo en el asesinato, porque las víctimas de un ataque mortal rara vez aceptan voluntariamente que les quiten la vida. Siempre existe el peligro de que ofrezcan resistencia, de que planten cara al asesino. Y era esa posibilidad de lucha lo que Gust prefería eludir.

Pero ahora que la tarea estaba cumplida, el sueco aspiraba al cargo de cabecilla supremo de los amotinados. Incluso se había apropiado y utilizaba sin recato determinados objetos pertenecientes al inmolado capitán de la *Cowrie*. Prendas de vestir que, casualmente, llevaban distintivos e insignias de autoridad.

Kai Shang se mostraba disgustado y mustio. La autoridad no le seducía en absoluto y, desde luego, no albergaba la menor intención de someterse al dominio de un vulgar marinero sueco.

Las semillas del descontento, pues, estaban sembradas ya en el campamento que los amotinados de la *Cowrie* habían establecido en el extremo septentrional de la Isla de la Selva. No obstante, Kai Shang se daba perfecta cuenta de que debía actuar con discreción, porque, entre toda aquella chusma, Gust era el único que tenía suficientes conocimientos del arte de navegar para pilotar el buque Atlántico Sur abajo, rodear El Cabo y poner rumbo a aguas más tranquilas, donde fuera posible encontrar un mercado en el que vender las mal adquiridas riquezas, sin que les formularan preguntas embarazosas.

El día antes de que avistasen la Isla de la Selva y descubriesen el

pequeño puerto natural en el que ahora permanecía tranquilamente anclada la *Cowrie*, el vigía divisó en el horizonte el humo y las chimeneas de un buque de guerra que surcaba el océano por el sur.

La posibilidad de que una nave de la Armada acudiese a investigar y les interrogara no les hacía maldita la gracia a ninguno de ellos, así que se refugiaron en la cala, dispuestos a permanecer escondidos allí hasta que hubiera pasado el peligro.

Ahora, Gust no deseaba aventurarse saliendo a mar abierto. Insistió en que no podían estar seguros de que el buque de guerra que habían visto no anduviera buscándoles precisamente a ellos. Kai Shang señaló que de ninguna manera tal podía ser el caso, puesto que resultaba imposible que ningún ser humano, aparte ellos mismos, estuviese enterado de los acontecimientos ocurridos a bordo de la *Cowrie*.

Pero Gust no daba su brazo a torcer. En su perverso corazón anidaba el germen de un plan que le permitiría incrementar en algo así como un ciento por ciento su parte del botín. Como él era el único en condiciones de gobernar la *Cowrie*, los demás no podían abandonar la Isla de la Selva y dejarle allí. ¿Pero qué podía impedir a Gust, con la colaboración de los marineros precisos para tripular la goleta, dar esquinazo a Kai Shang, Momulla el maorí y media docena de tripulantes, caso de que se presentara una ocasión propicia?

Esa era la oportunidad que Gust esperaba. Tarde o temprano llegaría el momento en que Kai Shang, Momulla y tres o cuatro de los otros se habrían ausentado del campamento, andarían explorando la selva o a la búsqueda de una pieza que cazar. El sueco se estrujaba el cerebro continuamente, tratando de idear alguna treta que le permitiese inducir a alejarse a los que había decidido abandonar. Era necesario que se hallasen en un lugar desde donde no pudieran ver la goleta.

A tal objeto, organizaba partidas de caza en continua sucesión, pero el demonio de la perversidad parecía irrumpir siempre en el alma de Kai Shang, de forma que el astuto chino no salía nunca a cazar como no fuera acompañado del propio Gust.

Un día, Kai Shang vertió en la morena oreja de Momulla el maorí, en voz baja, las sospechas que alimentaba respecto al sueco. Momulla propuso lanzarse inmediatamente sobre el traidor y atravesarle el corazón con un cuchillo de larga hoja.

Ciertamente, Kai Shang no tenía más pruebas que la astucia natural propia de su pérfido espíritu… Imaginaba las intenciones de Gust basándose en lo que él mismo haría de mil amores si contara con los medios adecuados para ello.

Pero no se atrevió a dejar que Momulla matara al sueco, que era la persona con la que contaban para que los condujese a su punto de destino. Llegaron a la conclusión, no obstante, de que nada perdían si intentaban asustar a Gust para que accediese a sus exigencias, y con ese objetivo en la cabeza, el maorí fue en busca del hombre que se había autoerigido en jefe de la cuadrilla.

Cuando le planteó la propuesta de hacerse a la mar inmediatamente, Gust presentó su argumento contrario habitual: lo más probable sería que el buque de guerra patrullase por el mar directamente por la ruta hacia el sur que ellos tenían que emprender, a la espera de que ellos tratasen de alcanzar otras aguas.

Momulla se burló de los temores de su camarada y alegó que como en el buque de guerra no iba nadie que estuviese enterado del motín a bordo de la *Cowrie*, no existía razón alguna para que sospechasen de ellos.

—¡Ah! —exclamó Gust—. En eso te equivocas. Por suerte para vosotros, contáis con un hombre culto como yo, que puede deciros lo que

debéis hacer. Tú eres un salvaje ignorante, Momulla, y no tienes la más remota idea de lo que es la radio.

El maorí se puso en pie de un salto y su diestra fue rauda a la empuñadura del cuchillo.

—¡No soy ningún salvaje! —vociferó.

—Era una broma —se apresuró el sueco a echarse atrás—. Somos viejos amigos, Momulla; no vamos a pelearnos por una tontería. No podemos permitirnos ese lujo, al menos mientras el viejo Kai Shang esté pensando en la manera de birlarnos las perlas y quedarse con todo. Si encontrara alguien que supiese pilotar la *Cowrie*, antes de que nos diésemos cuenta nos habría dejado tirados aquí. Todo ese interés suyo en que nos larguemos de una vez es porque sin duda le ronda por la cabeza algún plan para desembarazarse de nosotros.

—Pero eso de la radio —preguntó Momulla—. ¿Qué tiene que ver la radio con que sigamos aquí?

—Ah, sí —repuso Gust, al tiempo que se rascaba la cabeza. Se preguntó si el maorí sería tan majadero como para tragarse la absurda trola que iba a endosarle—. ¡Ah, sí! Verás, todos los buques de guerra van equipados con lo que llaman un aparato de radio. Ese trasto les permite hablar con otros barcos que se encuentran a centenares de millas de distancia y también escuchar lo que se dice en esos otros barcos. Así que, como puedes comprender fácilmente, cuando os liasteis a tiros con la oficialidad del *Cowrie*, y los matasteis a todos, armasteis un follón de mil demonios y no cabe duda de que un buque de guerra andaba por el sur y lo escuchaba todo. Naturalmente, es posible que no se enterasen del nombre de la nave, pero lo que sí es seguro es que oyeron lo suficiente como para saber que la tripulación de un buque se amotinó y asesinó a todos los oficiales. De modo que, ya ves, estarán patrullando por ahí y durante bastante tiempo se dedicarán a registrar todos los buques que avisten. Y tal vez en estos momentos no se encuentran muy lejos.

El sueco dejó de hablar y se esforzó en adoptar una actitud de convincente suficiencia para que su interlocutor no recelase lo más mínimo acerca de la veracidad del cuento que le había soltado.

Momulla permaneció sentado un rato, con la vista fija en Gust. Por último se levantó.

—Eres un embustero de no te menees —dijo—. Si para mañana no nos has sacado de aquí, no tendrás ocasión de contar más patrañas, porque

conozco un par de tipos que se mueren por envainar sus cuchillos en tu cuerpo y que lo harán si los retienes un poco más en este agujero.

—Ve y pregúntale a Kai Shang si existe o no existe la radio —replicó Gust. Ya verás como te dice que sí y que a través de ella los barcos pueden hablar unos con otros aunque los separen cientos de millas de agua. Después vas a esos dos fulanos que quieren liquidarme y les explicas que, si se dan ese gusto, no vivirán para disfrutar de su parte del botín, porque yo soy el único que puede llevarlos sanos y salvos a cualquier puerto.

Así, pues, Momulla se presentó ante Kai Shang y le preguntó si había un cacharro que se llamaba radio y por el cual la gente de los barcos podían hablarse unos con otros aunque estuviesen muy lejos entre sí. Kai Shang le respondió afirmativamente.

Momulla se quedó desconcertado, pero, con todo, seguía deseando marcharse de la isla; prefería arriesgarse a una persecución en mar abierto a seguir con la aburrida monotonía del campamento.

—¡Si contásemos con alguien que supiera llevar un barco! —se quejó Kai Shang.

Aquella tarde, Momulla salió de caza con otros dos maoríes. Se dirigieron hacia el sur y no se habían alejado mucho del campamento cuando les sorprendió el ruido de unas voces que se oían en la selva, por delante de donde se encontraban.

Sabían que ningún otro miembro de su partida los precedía y, como estaban convencidos de que aquella era una isla deshabitada, su primer impulso fue salir huyendo presa del terror, dando por real la suposición de que aquel sitio estaba hechizado… acaso por los fantasmas de los asesinados marineros y oficiales de la *Cowrie*.

Pero en el ánimo de Momulla la curiosidad era más fuerte que la superstición, de modo que dominó su natural deseo de huir de lo sobrenatural. Indicó a sus compañeros que imitaran su ejemplo, se puso a gatas y, mientras el corazón le latía a saltos tremendos, avanzó sigilosamente a través de la selva, hacia el lugar donde sonaban las voces de los invisibles hablantes.

Se detuvo al llegar al borde de un claro y dejó escapar un profundo suspiro de alivio, porque frente a él, sentados encima de un tronco caído, dos hombres de carne y hueso conversaban animadamente.

Uno era Schneider, piloto del *Kincaid*, el otro, un marinero llamado Schmidt.

—Creo que podemos conseguirlo, Schmidt —decía Schneider—. No nos costará mucho construir una buena canoa y, si el viento es favorable y la mar está razonablemente tranquila, en una jornada, remando, llegaríamos al continente. Es una tontería esperar a que la gente construya una embarcación lo bastante grande para trasladar a toda la partida, porque ya ves que el que más y el que menos está hasta las narices de trabajar como un esclavo de sol a sol. A mí me importa un rábano salvar al inglés. Que se las componga como pueda, digo yo. —Hizo una pausa y, tras observar atentamente el efecto que sus palabras surtían sobre su acompañante, continuó—: Claro que sí podemos llevarnos a la mujer. Sería vergonzoso abandonar a una preciosidad como esa dama en un sitio tan dejado de la mano de Dios como esta isla.

Schmidt alzó la cabeza y sonrió.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —dijo—. ¿Por qué no empezaste por ahí? ¿Qué saco yo del asunto, si te echo una mano?

—La dama nos pagará bien si la devolvemos a la civilización —explicó Schneider— y te prometo que compartiré los beneficios con el par de ayudantes que necesito. La mitad para mí y la otra mitad para los que me ayuden… tú y el otro, sea quien sea. Este lugar me pone enfermo, y cuanto antes me largue de él, tanto mejor. ¿Qué me dices?

—De acuerdo —respondió Schmidt. Yo solo no me veo capaz de llegar al continente y sé que lo mismo les sucede a los demás, así que como tú eres el único que entiende algo del arte de navegar, a ti me pegaré como una lapa.

Momulla el maorí era todo oídos. Entendía alguna palabra que otra de todos los lenguajes que se hablaban por los mares y había trabajado en más de un barco británico, de modo que en cuanto empezó a captar la conversación de Schneider y Schmidt se formó una idea bastante atinada de lo que urdía aquella pareja.

Se puso en pie y entró en el claro. Schneider y su compañero se sobresaltaron y su respingo fue tan nervioso como si ante ellos hubiera surgido de pronto un fantasma. La mano de Schneider descendió rauda hacia la culata del revólver. Momulla alzó la diestra, con la palma por delante, indicando con aquel gesto que sus intenciones eran pacíficas.

—Soy un amigo —anunció—. Os he oído, pero podéis estar tranquilos, no revelaré a nadie vuestra conversación. Puedo ayudaros y vosotros podéis ayudarme a mí. —Se dirigía a Schneider—. Sabes gobernar un barco, pero no tienes barco. Nosotros tenemos un barco, pero no sabemos gobernarlo. Si queréis venir con nosotros, sin formular pregunta alguna, dejaremos que lleves el barco a donde te plazca, después de habernos desembarcado en un puerto cuyo nombre te daré más adelante. Puedes llevar a la mujer de la que hablabas y nosotros tampoco haremos ninguna pregunta. ¿Trato hecho?

Schneider deseó más información y obtuvo tanta como Momulla juzgó oportuno proporcionarle. Después, el maorí sugirió que se entrevistase con Kai Shang. Los dos tripulantes del *Kincaid* acompañaron a Momulla y sus dos camaradas hasta un punto de la selva próximo al campamento de los amotinados. Momulla los dejó escondidos allí mientras él iba en busca de Kai Shang, no sin antes advertir a sus compañeros maoríes que vigilasen de cerca a los dos marineros, no fuera caso que cambiaran de idea y les diese por intentar la huida. Aunque no lo sabían, Schneider y Schmidt estaban

virtualmente prisioneros.

Momulla no tardó en volver acompañado de Kai Shang, al que había referido en pocas palabras los detalles del golpe de suerte que la diosa Fortuna había lanzado sobre ellos. El chino habló con Schneider largo y tendido, hasta que, pese a sus naturales recelos respecto a la sinceridad del prójimo, no tardó en llegar al convencimiento de que Schneider era un sinvergüenza tan grande como él y de que el individuo tenía tantas ganas como él de abandonar la isla.

Aceptadas esas dos premisas, cabían pocas dudas de que Schneider sería de fiar, en lo que afectaba a su aceptación para el cargo de capitán del *Cowrie*. Posteriormente, ya se encargaría Kai Shang de dar con los medios adecuados para obligarle a someterse a sus ulteriores deseos.

Cuando Schneider y Schmidt se despidieron para emprender el regreso a su propio campamento, experimentaban una sensación de alivio como no la habían sentido en mucho tiempo. Por fin contaban con un plan factible que les permitiría abandonar la isla a bordo de un barco con garantías. Ya no era preciso que se mataran trabajando en la construcción naval, ni que tuvieran que arriesgar la vida navegando a bordo de una embarcación rudimentaria, de fabricación casera, que lo más probable era que zozobrase y se hundiera en el océano antes de llegar a la tierra firme del continente.

Además, dispondrían de ayuda para apoderarse de la mujer, mejor dicho, de las mujeres, ya que en cuanto Momulla se enteró de que en el otro campamento había una mujer de color insistió en que se la llevaran también, junto con la mujer blanca.

Kai Shang y Momulla llegaron a su campamento con la idea bien asentada en la cabeza de que Gust ya no les hacía ninguna falta. Se encaminaron directamente a la tienda de su víctima, donde estaban seguros iban a encontrarlo a aquella hora del día, porque si bien la cuadrilla se hubiera encontrado más cómoda a bordo de la goleta, habían decidido de mutuo acuerdo que sería más seguro que todos sin excepción asentaran sus reales en un campamento montado en tierra.

Cada uno de los miembros de aquella banda sabía que el corazón de los demás albergaba suficiente felonía para que resultase una temeridad que cualquiera de ellos bajase a tierra dejando a los demás la posesión de la *Cowrie*, de forma que no se permitía que, en un momento determinado, estuviesen a bordo dos o tres personas, a menos que el resto de la partida se encontrase también allí.

Mientras atravesaban el campamento en dirección a la tienda de Gust, el maorí pasó el sucio y encallecido pulgar por el filo de su cuchillo. De haber observado aquel significativo gesto o de haber podido leer los siniestros pensamientos que se agitaban por las circunvoluciones del cruel cerebro del moreno individuo, el sueco no las hubiera tenido todas consigo, ni mucho menos.

Se dio la circunstancia, sin embargo, de que Gust se encontraba en aquel momento en la tienda del cocinero, que estaba a dos pasos de la suya. Así que oyó acercarse a Kai Shang y a Momulla, aunque, naturalmente, ni por soñación se le ocurrió que tal llegada tuviera algún significado especial para él.

El azar quiso, no obstante, que lanzara un vistazo por la entrada de la tienda del cocinero en el preciso instante en que Kai Shang y Momulla llegaban a la puerta de la suya. Creyó notar cierto sigilo cauteloso en sus movimientos, lo que quería decir que sus intenciones tenían poco de

amistosas. Luego, cuando penetraban en la tienda, Gust vislumbró el reflejo del largo cuchillo que Momulla el maorí sostenía a la espalda.

El sueco puso unos ojos como platos y una extraña sensación sacudió la raíz de su cabello. Y bajo el tono atezado de su piel se extendió la lividez. Salió precipitadamente de la tienda del cocinero. No era persona que necesitase una explicación detallada de determinadas intenciones que eran demasiado evidentes.

Con la misma certeza que si les hubiera escuchado mientras tramaban su conspiración, supo que Kai Shang y Momulla iban allí a arrancarle la vida. Hasta entonces, el hecho de que él fuera la única persona de la cuadrilla capaz de gobernar la *Cowrie* fue suficiente garantía de seguridad; pero saltaba a la vista que había sucedido algo que él ignoraba, algo que había cambiado las cosas hasta el punto de que a los conspiradores les beneficiaba eliminarle.

Sin concederse un segundo de respiro, Gust atravesó la playa como una flecha y se adentró en la selva. La selva le aterraba; en ella resonaban ruidos misteriosos, sobrecogedores, que surgían de todos los huecos y rincones, de los enigmáticos laberintos de aquella enmarañada zona que se extendía más allá de la playa.

Pero si a Gust le asustaba la selva, más pavor le inspiraban aún Kai Shang y Momulla. Los peligros de la jungla eran más o menos inciertos, pero el que le amenazaba, caso de caer en manos de sus compañeros, le era perfectamente conocido en cantidad y calidad: podía concretarse expresado en centímetros de hoja de acero o de cuerda rematada en nudo corredizo. Había visto a Kai Shang estrangular a un hombre en un callejón oscuro de Pai-sha, detrás del local de Loo Kotai. Temía al dogal, por lo tanto, más que al cuchillo del maorí; pero las dos cosas le asustaban demasiado para quedarse al alcance de cualquiera de ellas. En consecuencia, optó por la selva, con todo lo despiadada que era.

CAPÍTULO XXI

LA LEY DE LA JUNGLA

EN SU CAMPAMENTO, Tarzán había conseguido por fin, a costa de amenazar y prometer recompensas, tener casi terminado el casco de una embarcación de proporciones bastante respetables. La mayor parte del trabajo lo habían realizado Mugambi y él con sus propias manos. Aparte de esa tarea, también se encargaron de suministrar carne a los ocupantes del campamento.

Schneider, el piloto, tras una considerable cantidad de refunfuños, abandonó ostentosamente la tarea y se fue a cazar a la selva, acompañado de Schmidt. Puso la excusa de que necesitaba un poco de descanso y Tarzán, para no aumentar las tensiones que hacían poco menos que insoportable la vida en el campamento, los dejó marchar sin la menor protesta.

Sin embargo, en el transcurso del día siguiente Schneider fingió sentir remordimientos y, sin que nadie le dijese nada, se puso a trabajar en el esquife. Schmidt también lo hacía contento y de buen grado, por lo que lord Greystoke se felicitó por el hecho de que al fin los dos hombres se habían percatado de que no quedaba más remedio que llevar a cabo lo que se les pedía y que estaban tan obligados a cumplir como el resto de la partida.

Con una sensación de alivio como no la había experimentado en bastantes jornadas, Tarzán emprendió al mediodía una expedición de caza y se adentró en la selva en busca de un rebaño de cervatillos que Schneider le dijo que Schmidt y él vieron el día anterior.

Schneider afirmó haberlos avistado por el suroeste y en aquella dirección marchó Tarzán, desplazándose ágilmente a través de la embrollada vegetación del bosque.

Y mientras el hombre-mono se alejaba hacia allí, procedentes del norte se acercaban media docena de individuos de semblante innoble que caminaban por la selva furtivamente, tal como hacen las personas que se

proponen cometer algún acto inconfesable.

Creían avanzar sin ser vistos, pero detrás de ellos caminaba un hombre alto que les llevaba siguiendo los pasos casi desde el mismo instante en que salieron de su campamento. En los ojos del perseguidor había odio y miedo, pero también una gran curiosidad. ¿Por qué marchaban tan sigilosamente hacia el sur Kai Shang, Momulla y los demás? ¿Qué esperaban encontrar allí? Gust meneó su cerril cabeza, llena de perplejidad en aquel momento. Lo averiguaría. Los seguiría y se enteraría de sus planes. Después, si le era posible frustrárselos, lo haría… eso, seguro.

Al principio pensó que habían salido a buscarlo a él; pero su escaso buen juicio acabó por informarle de que tal no podía ser el caso, puesto que al conseguir que se largara del campamento, sus deseos se habían cumplido. Ni Kai Shang ni Momulla se molestarían en organizar una expedición para matarle, a él o a cualquier otra persona, a menos que eso les proporcionara dinero contante y sonante. Y como Gust no tenía dinero, saltaba a la vista que buscaban a otra persona.

Finalmente, la partida a la que iba pisando los talones se detuvo. Sus integrantes se escondieron entre la vegetación que flanqueaba el sendero por el que habían llegado hasta allí. Para poder observarlos mejor, Gust trepó a las ramas de un árbol, a espaldas de sus antiguos compañeros, extremando las precauciones y poniendo buen cuidado en mantenerse entre las frondas más densas para evitar que le viesen.

No tuvo que esperar mucho para ver que, por el camino procedente del sur, se acercaba cautelosamente un hombre blanco desconocido.

Al verle llegar, Momulla y Kai Shang se levantaron y salieron de sus escondites para saludarle. A Gust no le fue posible oír las palabras que intercambiaron. Luego el hombre dio media vuelta y se marchó en la misma dirección por la que había llegado.

Era Schneider. Al acercarse a su campamento, dio un rodeo para entrar en él por la parte contraria y echó a correr. Jadeante y excitadísimo llegó hasta Mugambi.

—¡Rápido! —gritó—. Esos monos vuestros han cogido a Schmidt y lo matarán si no acudimos en seguida a rescatarlo. Tú eres el único que puedes convencerlos para que lo suelten. Llévate a Jones y a Sullivan, es posible que necesites ayuda, y procura liberar a Schmidt cuanto antes. Sigue el sendero de caza en dirección sur cosa de kilómetro y medio. Yo me quedaré aquí. He venido a todo correr para avisarte y estoy agotado.

El piloto del *Kincaid* se dejó caer en el suelo y respiró entrecortadamente, como si realmente se encontrara sin resuello.

Mugambi titubeó. Le habían dejado allí para cuidar de las dos mujeres. No sabía qué hacer y entonces Jane Clayton, que había oído la historia de Schneider, intervino para añadir sus instancias a las del piloto.

—No pierdas tiempo —apremió—. Aquí estaremos perfectamente seguras. El señor Schneider se quedará con nosotras. Ve, Mugambi. Hay que salvar a ese pobre hombre.

Oculto entre unos matorrales que crecían al borde del campamento, Schmidt esbozó una sonrisa. Mugambi no tenía más remedio que obedecer la orden de su ama, de modo que, aunque dudaba de lo sensato de su acción, partió en dirección sur, con Jones y Sullivan a la zaga.

Tan pronto se perdieron de vista, Schmidt se incorporó y salió disparado a través de la jungla, hacia el norte. Al cabo de unos minutos, la cara de Kai Shang, de Foshan, apareció en la linde del claro. Schneider vio al chino y le hizo una seña, indicándole que el terreno estaba despejado.

Jane Clayton y la mujer mosula permanecían sentadas delante de la tienda de la muchacha, de espaldas a los facinerosos que se les acercaban. La primera indicación que las dos mujeres tuvieron de la presencia de extraños en el campamento fue al ver la repentina aparición a su alrededor de media docena de malhechores harapientos.

—¡Venga! —ordenó Kai Shang, al tiempo que indicaba por señas a las dos mujeres que se levantaran y le siguieran.

Jane Clayton se puso en pie de un salto y volvió la cabeza para mirar a Schneider… Le vio entre los invasores del campamento, con una sonrisa en la cara. Junto a él se encontraba Schmidt. Lady Greystoke comprendió automáticamente que había sido víctima de una confabulación.

—¿Qué significa esto? —dirigió su pregunta al piloto.

—Significa que hemos encontrado un barco y que ya podemos largarnos de la Isla de la Selva —replicó el hombre.

—¿Por qué envió a la jungla a Mugambi y a los otros dos? —quiso saber Jane Clayton.

—No vienen con nosotros… Sólo nos iremos usted, la mujer mosula y yo.

—¡Venga! ¡Vamos! —repitió Kai Shang, y cogió a Jane Clayton por la muñeca.

Uno de los maoríes agarró de un brazo a la mujer negra y al ver que iba

a ponerse a chillar le cruzó los labios con un bofetón.

Mugambi corría por la selva hacia el sur. Jones y Sullivan le seguían, pero a bastante distancia. El negro continuó a toda velocidad, decidido a auxiliar a Schmidt, a lo largo de más de kilómetro y medio, pero no vio el menor rastro del hombre desaparecido ni de los monos de Akut.

Al final, acabó por detenerse y procedió a lanzar al aire las llamadas que Tarzán y él solían emplear para convocar a los gigantescos antropoides. No obtuvo respuesta. Jones y Sullivan alcanzaron al guerrero negro en el instante en que profería aquel increíble alarido. El indígena continuó su búsqueda durante cerca de otro kilómetro, repitiendo la llamada de vez en cuando.

Por último, la verdad brilló en su cerebro y entonces, como un ciervo asustado, giró sobre sus talones y emprendió veloz regreso al campamento. Al llegar a él, sólo unos segundos fueron suficientes para que la confirmación de sus temores se estampase en su mente. Lady Greystoke y la mujer mosula habían desaparecido. Y Schneider, tres cuartos de lo mismo.

Cuando Jones y Sullivan llegaron a su altura, Mugambi los hubiese matado de buena gana, impulsado por la cólera, ya que creía que formaban parte de aquella maquinación, pero los marineros lograron convencerle de que ellos no sabían nada del asunto.

Mientras hacían cábalas acerca del probable paradero de las mujeres y de su secuestrador, así como del propósito que animó a Schneider a llevárselas del campamento, Tarzán de los Monos saltó al suelo desde la enramada de un árbol y atravesó el claro en dirección a los tres hombres.

Sus agudos ojos se percataron al instante de que algo marchaba radicalmente mal, y cuando oyó el relato de Mugambi, el hombre-mono chasqueó los dientes, apretó las mandíbulas con furia y frunció el entrecejo mientras se sumía en profunda meditación.

¿Qué pretendía conseguir el piloto al secuestrar a Jane Clayton, llevándosela de un campamento en una pequeña isla donde no tenía la más remota posibilidad de escapar a la venganza de Tarzán? El hombre-mono no podía creer que aquel individuo fuese tan estúpido. De súbito, un leve chisporroteo de realidad brotó en su imaginación.

Schneider no hubiera cometido un acto así a menos de estar prácticamente seguro de que disponía de un medio para abandonar la Isla de la Selva con sus prisioneras. Sin duda había otras personas complicadas

en el asunto, alguien que deseaba para algo a la mujer de piel oscura.

—Vamos —dijo Tarzán—, sólo podemos hacer una cosa: seguirles la pista.

En el momento en que terminaba de pronunciar tales palabras, un sujeto alto y desgarbado salía de la selva, por la parte norte del campamento. Se dirigió en linea recta a los cuatro hombres. Era un completo desconocido para todos ellos, ninguno de los cuales hubiera soñado que, aparte los que se albergaban en su propio campamento, pudiese haber otro ser humano en las inhóspitas orillas de la Isla de la Selva.

Se trataba de Gust. Fue directamente al grano.

—Les han quitado las mujeres —dijo—. Si quieren volver a verlas, reaccionen ya mismo y síganme. Si no nos damos prisa, la *Cowrie* estará en alta mar cuando lleguemos al fondeadero.

—¿,Quién es usted? —preguntó Tarzán—. ¿Qué sabe del secuestro de mi esposa y de la mujer negra?

—0í a Kai Shang y a Momulla el maorí cuando tramaban el rapto con dos hombres de este campamento. Yo tuve que abandonar el mío porque iban a matarme. Ahora quiero ajustarles las cuentas. ¡Vamos!

A paso ligero a través de la jungla, rumbo al norte, Gust condujo a los cuatro hombres del *Kincaid* al campamento de los amotinados. ¿Llegarían al mar a tiempo? En cuestión de minutos tendrían la respuesta.

Cuando el grupo franqueó la última cortina de follaje y la ensenada y el océano aparecieron ante sus ojos, comprobaron que el destino había sido de lo más cruel con ellos, porque la *Cowrie* ya había levado anclas y salía despacio a mar abierto por la bocana de la cala.

¿Qué podían hacer? El amplio pecho de Tarzán se agitaba impulsado por la violencia de intensas emociones. Sobre él parecía haberse abatido un golpe demoledor y si en el curso de su existencia Tarzán no tenía más remedio que abandonar toda esperanza, ese momento creyó que había llegado al ver alejarse a aquel buque que surcaba airosamente las rizadas aguas y que llevaba a su esposa hacia un aterrador destino. Lo tenía tan cerca y, sin embargo, tan espantosamente lejos.

Contempló en silencio la marcha de la goleta. La vio virar hacia el este, antes de que se perdiera de vista al doblar una breve lengua de tierra, rumbo a Dios sabía dónde. El hombre-mono se puso en cuclillas y hundió el rostro entre las manos.

Había oscurecido cuando los cinco hombres regresaron al campamento

de la costa oriental. Era una noche calurosa, sofocante. Ni el más leve soplo de brisa agitaba las hojas de los árboles ni ondulaba la superficie del océano, lisa como un espejo. Allí sólo parecía moverse el suave oleaje que acariciaba la arena de la playa.

Nunca había visto Tarzán al inmenso Atlántico tan ominosamente apacible. De pie en la orilla de la playa oteaba el mar en dirección al continente, anegado el ánimo por el dolor y la desesperanza, cuando llegó de la selva extendida detrás del campamento el escalofriante alarido de una pantera.

Aquel grito enigmático tenía una nota que le resultaba familiar y, casi de modo maquinal, Tarzán volvió la cabeza y contestó. Al cabo de un momento, la rojiza figura de Sheeta se deslizaba bajo la media luz de la playa. No había salido la luna, pero el brillo de las estrellas iluminaba el cielo. Silenciosamente, el felino fue a situarse junto al hombre. Hacía bastante tiempo que Tarzán no veía a su vieja compañera de fatigas, pero el suave ronroneo de Sheeta bastó para asegurarle que el animal aún tenía muy presentes los lazos de solidaridad que los unieron en el pasado.

Los dedos del hombre-mono se deslizaron por la sedosa piel del animal y Sheeta se frotó contra la pierna de Tarzán, quien continuó escrutando la negrura de las aguas mientras palmeaba afectuosamente la retozona cabeza del felino.

De súbito, el hombre-mono dio un respingo. ¿Qué era aquello? Forzó la vista para atravesar con la mirada las tinieblas de la noche. Luego se volvió y llamó en voz alta a los hombres, que, en el campamento, fumaban tendidos sobre sus mantas. Llegaron a su lado corriendo, pero Gust vaciló al ver la clase de compañera que tenía Tarzán junto a sí.

—¡Miren! —gritó el hombre-mono—. ¡Una luz! ¡La luz de un buque! Debe de tratarse de la *Cowrie*. Les ha pillado una calma chicha. —Luego, con una exclamación de renovada esperanza, añadió—: ¡Podemos alcanzarlos! ¡El esquife nos llevará sin dificultad hasta la goleta!

Gust puso objeciones.

—Están bien armados —advirtió—. No podemos apoderarnos del barco… sólo somos cinco.

—Ahora somos seis —le corrigió Tarzán, al tiempo que indicaba a Sheeta, y antes de media hora puede que seamos aún más. Sheeta equivale a veinte hombres y los pocos que pueda yo traer ahora vendrán a ser algo así como un centenar más de combatientes añadidos a nuestras fuerzas. No

los conoce.

El hombre-mono se volvió e irguió la cabeza en dirección a la selva. De sus labios brotó, una y otra vez, el grito terrible del mono macho que llama a sus congéneres.

No tardó en llegar de la jungla un alarido de respuesta, al que siguió otro, y otro, y otro… Gust se estremeció. ¿Entre qué clase de criaturas le había lanzado el destino? ¿No serían preferibles Kai Shang y Momulla el maorí a aquel enorme gigante blanco que acariciaba a una pantera y convocaba a las fieras de la selva?

Pocos minutos después los monos de Akut se presentaban pisoteando la maleza e irrumpiendo en la playa, mientras los cinco hombres bregaban con el pesado y voluminoso casco del esquife.

Mediante hercúleos esfuerzos se las arreglaron para trasladarlo hasta el borde del agua. El viento les había arrebatado los botes del *Kincaid* el mismo día en que desembarcaron, llevándoselos por el océano a la deriva, pero no antes de que cogieran los remos, que utilizaron para sostener las lonas de las tiendas hechas con el velamen del barco. Así que recuperaron dichos remos y cuando Akut y su tropa llegaron al borde del agua todo estaba a punto para embarcar.

Una vez más, aquella terrible tripulación se puso a las órdenes de su amo y señor y, sin rechistar, cada uno ocupó su puesto en el esquife. Los cuatro hombres, porque no hubo forma de persuadir a Gust para que se integrase en la partida, empuñaron los remos y empezaron a utilizarlos como paletas. Los simios imitaron su ejemplo y la extraña embarcación se deslizó sosegadamente por el mar rumbo a la luz que subía y bajaba suavemente a impulsos del perezoso oleaje.

Un marinero adormilado montaba guardia en la cubierta de la *Cowrie* mientras debajo, en un camarote, Schneider discutía con Jane Clayton, sin dejar de recorrer la estancia nerviosamente de un lado a otro. En un cajón de la mesa del camarote donde la habían encerrado, la mujer encontró un revólver, con el que ahora mantenía a raya al piloto del *Kincaid*.

La mujer mosula estaba arrodillada tras ella, mientras Schneider paseaba frente a la puerta, sin dejar de amenazar, suplicar y prometer, aunque todo en vano. En aquel momento un grito de alarma y un disparo de arma de fuego resonaron en cubierta. Jane Clayton descuidó su vigilancia durante un segundo y dirigió la mirada hacia la lumbrera del camarote. Automáticamente, Schneider se le echó encima.

El primer indicio que tuvo el centinela de que a menos de mil millas de la *Cowrie* había otra embarcación fue cuando el busto de un hombre asomó por la borda de la goleta. El marinero se puso en pie de un rápido salto, soltó un grito de aviso y apuntó con su revólver al intruso. Ese chillido y la subsiguiente detonación del revólver provocaron el que Jane Clayton bajase la guardia.

En cubierta la quietud de una seguridad que resultó más aparente que real dio paso al desbarajuste más caótico y escandaloso. La tripulación de la *Cowrie* se lanzó al zafarrancho de combate armada con los revólveres, machetes y largos cuchillos que normalmente llevaban todos sus miembros; pero la alarma había sonado demasiado tarde. Las fieras de Tarzán ya habían invadido la cubierta del buque, junto con el hombre-mono y los dos miembros de la tripulación del *Kincaid*.

Frente a aquellos monstruos aterradores, el valor de los amotinados vaciló, se quebró y se vino abajo estrepitosamente. Los que empuñaban revólver dispararon unos cuantos proyectiles y huyeron en busca de lugares que suponían seguros. Algunos treparon por los obenques, pero los monos de Akut estaban allí más en su elemento que los propios marineros.

Al tiempo que lanzaban gritos empavorecidos, los maoríes se vieron arrastrados hacia cubierta, obligados a descender de sus altos refugios. Al no tener el control que sobre ellas ejercía Tarzán, que había ido en busca de Jane, las fieras descargaban toda la violencia frenética de su salvaje naturaleza sobre las desdichadas piltrafas humanas que caían en sus garras.

Mientras tanto, Sheeta había hundido sus colmillos en una sola yugular. Se ensañó con el cadáver unos instantes hasta que, de pronto, vio a Kai Shang, que se lanzaba por la escalera que conducía a su camarote.

La pantera soltó un penetrante rugido y se precipitó tras él… El rugido de la pantera arrancó un grito de terror, no menos impresionante, a la garganta del chino.

Pero Kai Shang llegó a su camarote una décima de segundo antes que Sheeta. Saltó al interior y cerró la puerta de golpe, aunque, por un pelo, demasiado tarde. Antes de que tuviese tiempo de echar el pestillo, el enorme cuerpo de Sheeta se precipitó contra la hoja de madera e, instantes después, Kai Shang chillaba y gemía en el fondo de una litera superior.

Con agilidad sobrecogedora, el felino saltó en pos de su víctima y los días de Kai Shang de Foshan concluyeron trágica y rápidamente. Mientras, Sheeta, se regalaba las fauces con una ración extraordinaria de carne dura y

correosa.

No había transcurrido un minuto desde el momento en que Schneider saltara sobre Jane Clayton y le arrebatase el revólver de la mano, cuando la puerta del camarote se abrió bruscamente y en el hueco de la entrada apareció un hombre blanco, alto y medio desnudo.

Atravesó la estancia de un salto, sin pronunciar palabra. Schneider sintió sobre la garganta la presión de unos dedos vigorosos. Volvió la cabeza para ver quién le agredía y sus ojos se abrieron desmesuradamente al contemplar el semblante del hombre-mono inclinado sobre el suyo, casi pegado a él.

Inflexibles, los dedos continuaron apretando la garganta del piloto. Schneider intentó gritar, suplicar, pero ningún sonido salió de sus labios. Sus ojos saltones parecieron a punto de salírsele de las órbitas mientras forcejeaba para zafarse de la presa, para introducir aire en sus pulmones, para conservar la vida.

Jane Clayton cogió las manos de su marido y trató de separarlas de la garganta del moribundo, pero, en vez de apartarlas, Tarzán meneó la cabeza negativamente.

—Otra vez no —dijo en voz baja—. En otras ocasiones perdoné la vida a varios canallas y lo único que conseguí con mi clemencia fue que sobre nosotros se acumularan los sufrimientos. No, esta vez voy a asegurarme de que por lo menos una de estas sabandijas no nos vuelve a hacer daño, ni a nosotros ni a nadie.

Con una repentina sacudida retorció el cuello del infame piloto hasta que sonó un agudo chasquido y el cuerpo del hombre quedó inerte, inmóvil entre las manos de Tarzán. Con gesto de repulsión, el hombre-mono lanzó el cadáver a un lado. Después regresó a cubierta, seguido de Jane y de la mujer mosula.

La batalla había concluido. Schmidt, Momulla y otros dos hombres

eran los únicos supervivientes de la dotación de la *Cowrie*, pero sólo porque se habían refugiado en el castillo de proa. Todos los demás habían muerto, de manera espantosa, tal como merecían, bajo los colmillos y zarpas de las fieras de Tarzán. Por la mañana, el sol se elevó sobre el horripilante espectáculo que ofrecía la cubierta de la desdichada *Cowrie*. Pero en aquella ocasión la sangre que enrojecía las tablas blancas del piso era la de los culpables y no la de seres inocentes.

Tarzán desalojó del castillo de proa a los que se habían guarecido allí y, sin hacerles ninguna promesa de inmunidad ni de perdón, los obligó a colaborar en las tareas del buque: si no ayudaban en las maniobras, su única alternativa era la muerte inmediata.

Con la salida del sol se había levantado un viento bastante fuerte y, con las velas desplegadas, la *Cowrie* emprendió el regreso a la Isla de la Selva donde, horas después, Tarzán recogió a Gust y se despidió de Sheeta y de los monos de Akut, porque los animales desembarcados allí continuarían la vida salvaje y natural que tanto les seducía. Las fieras no perdieron un segundo en desaparecer en las frescas y recónditas espesuras de su amada selva.

No puede aseverarse con certeza si se daban cuenta de que Tarzán los abandonaba… salvo posiblemente en el caso de Akut, más inteligente que los demás y que fue el único que permaneció en la playa mientras el bote, con su salvaje amo y señor a bordo, se alejaba hacia la goleta.

Y mientras la distancia se lo permitió, Jane y Tarzán contemplaron desde la cubierta la solitaria figura del velludo antropoide, inmóvil como una estatua plantada en las arenas de la playa de la Isla de la Selva, batidas por el oleaje.

Tres días después, la *Cowrie* se encontró con la corbeta *Shorewate*, desde la que lord Greystoke en seguida se puso en comunicación por radio con Londres. Se enteró así de una noticia que llenó de alegría y de agradecimiento al Cielo su corazón y el de lady Jane: Jack se encontraba sano y salvo en el domicilio urbano de lord Greystoke.

Hasta su llegada a Londres no pudieron informarse detalladamente de la extraordinaria cadena de circunstancias que concurrieron para evitar que el niño sufriera el menor daño.

Ocurrió que, temeroso de que pudieran verle si trasladaba al niño a bordo del *Kincaid* a plena luz del día, Rokoff optó por ocultarlo en un albergue clandestino donde se recogían niños expósitos, con la intención de

llevarlo al vapor una vez caída la noche.

Su cómplice y lugarteniente, Paulvitch, fiel a las enseñanzas impartidas durante largos años por su astuto jefe, sucumbió a la codicia y a la traición que siempre fue la norma de conducta de su superior y, tentado por la posibilidad de cobrar el suculento rescate que podían pagarle si devolvía el niño sin que sufriera un rasguño, confió el secreto de la verdadera cuna de la criatura a la mujer que se encargaba de regentar aquella especie de inclusa particular. Acordó con ella sustituir al hijo de lord Greystoke por otro niño, convencido de que Rokoff ni por asomo sospecharía, hasta que resultara demasiado tarde, la jugarreta que le habían gastado.

La mujer prometió custodiar a la criatura hasta que Paulvitch volviese a Inglaterra, pero, a su vez, el hechizo del oro la tentó, induciéndola a la traición, y entabló negociaciones con los abogados de lord Greystoke para la devolución del niño.

Esmeralda, la vieja nodriza negra, que se encontraba de vacaciones en Estados Unidos cuando ocurrió el secuestro y que se reprochaba el que su ausencia fuera la causa de aquella calamidad, regresó de América e identificó a Jack de modo concluyente.

Se pagó el rescate y diez días después de la fecha del secuestro, el futuro lord Greystoke estaba de vuelta en el hogar paterno, sin que la peligrosa experiencia de su rapto le hubiera afectado negativamente.

Así, la última y la más grave de las numerosas canalladas de Nicolás Rokoff no sólo fracasó miserablemente gracias a la norma de comportamiento traicionera y alevosa que había inculcado en el ánimo de su único amigo, sino que también tuvo como resultado la muerte del superdiabólico granuja y proporcionó a lady y lord Greystoke una paz de espíritu de la que nunca hubiesen podido disfrutar mientras el chispazo de la vida animase el cuerpo del ruso y su malvado cerebro estuviese en situación de idear nuevas atrocidades contra ellos.

Rokoff había muerto y aunque se desconocía el destino de Paulvitch, contaban con todas las razones para dar por supuesto que había sucumbido a los peligros de la selva en la que vieron por última vez a aquel criminal instrumento de su jefe y preceptor.

Que lord y lady Greystoke supieran, pues, podían considerarse libres para siempre de la amenaza que representaban aquellos dos individuos, los únicos enemigos a los que Tarzán de los Monos hubiese tenido ocasión de temer, porque descargaban cobardemente sus golpes traicioneros en las

personas a las que él más quería.

Era una familia absolutamente feliz la que se reunió en la fiesta celebrada en la mansión Greystoke el día en que lord Greystoke y su esposa descendieron de la cubierta del *Shorewate* y desembarcaron en suelo inglés.

Asistían a la misma Mugambi y la mujer mosula que el guerrero había encontrado aquella noche en el fondo de la canoa, a orillas del afluente del Ugambi.

La mujer había preferido quedarse con su nuevo amo y señor a volver a su tierra y afrontar aquel matrimonio del que había intentado huir.

Tarzán sugirió a los dos indígenas que podían establecerse en las vastas propiedades que poseía en la tierra de los waziris, a donde se les enviaría en cuanto se presentara la ocasión.

Es posible que volvamos a encontrarlos en medio del encanto salvaje de la selva virgen y de las amplias llanuras donde a Tarzán de los Monos le encanta vivir.

¿Quién sabe?

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última, *Llana de Gathol*, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de

éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el titulo *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

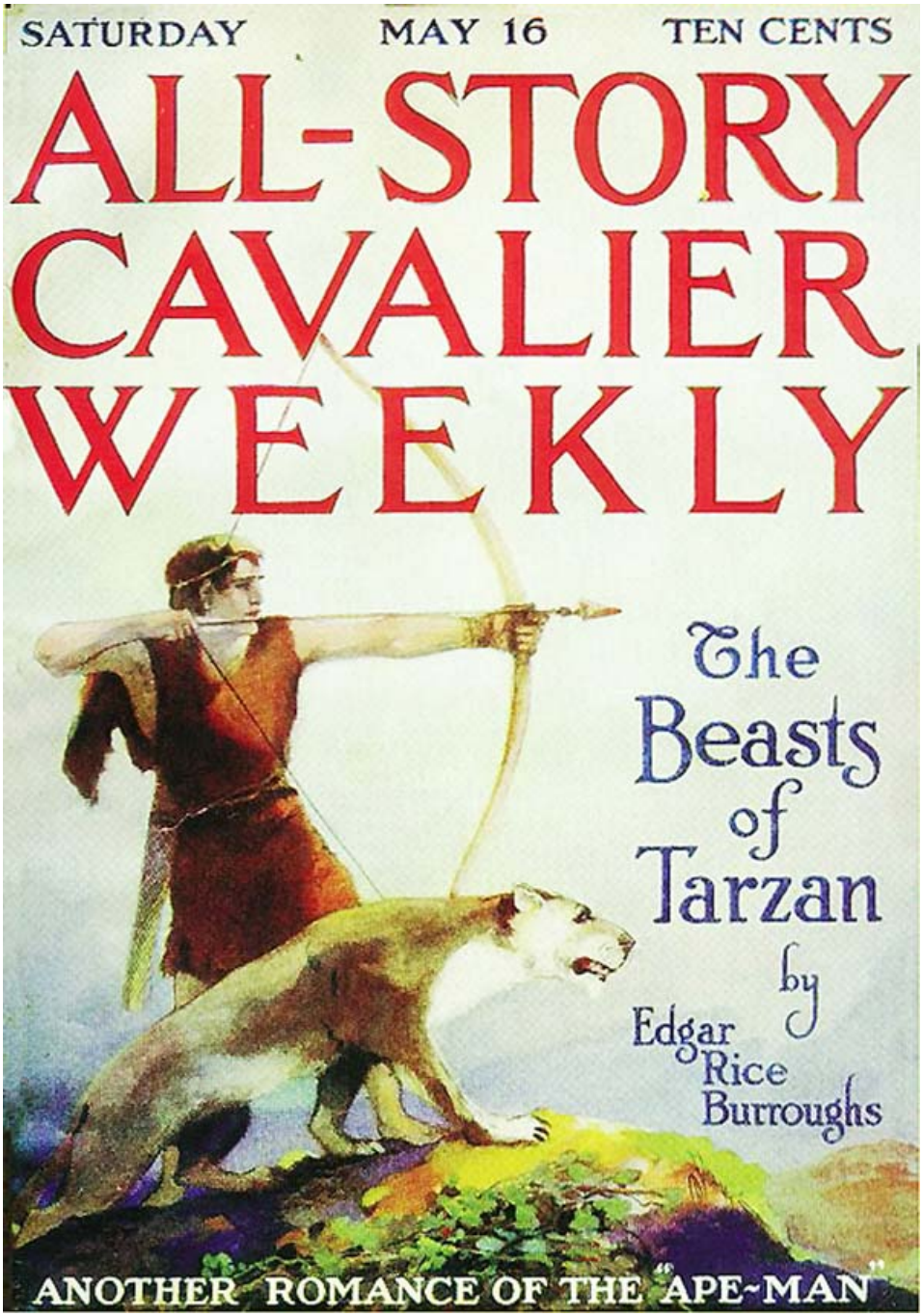
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir

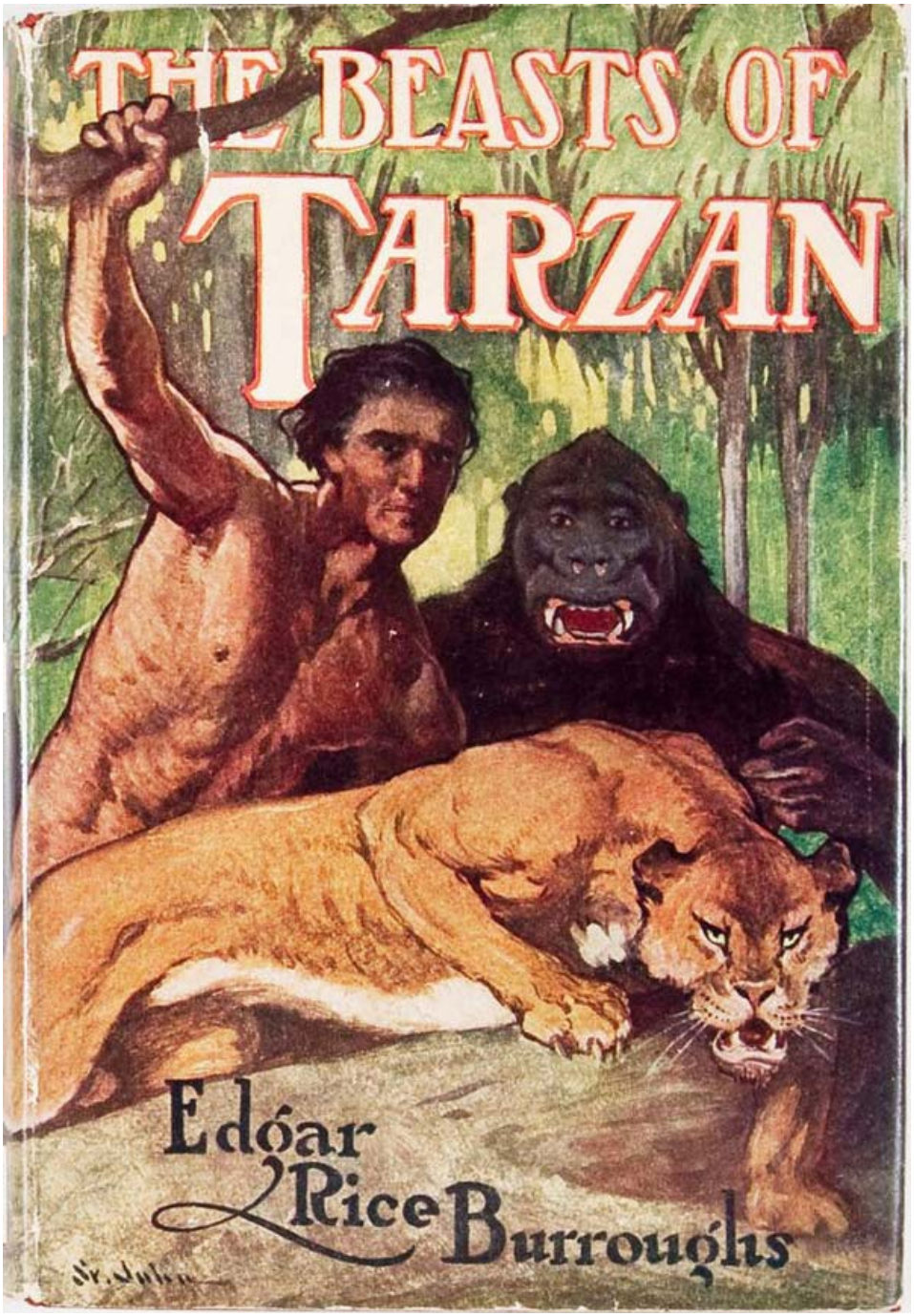
de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918., etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

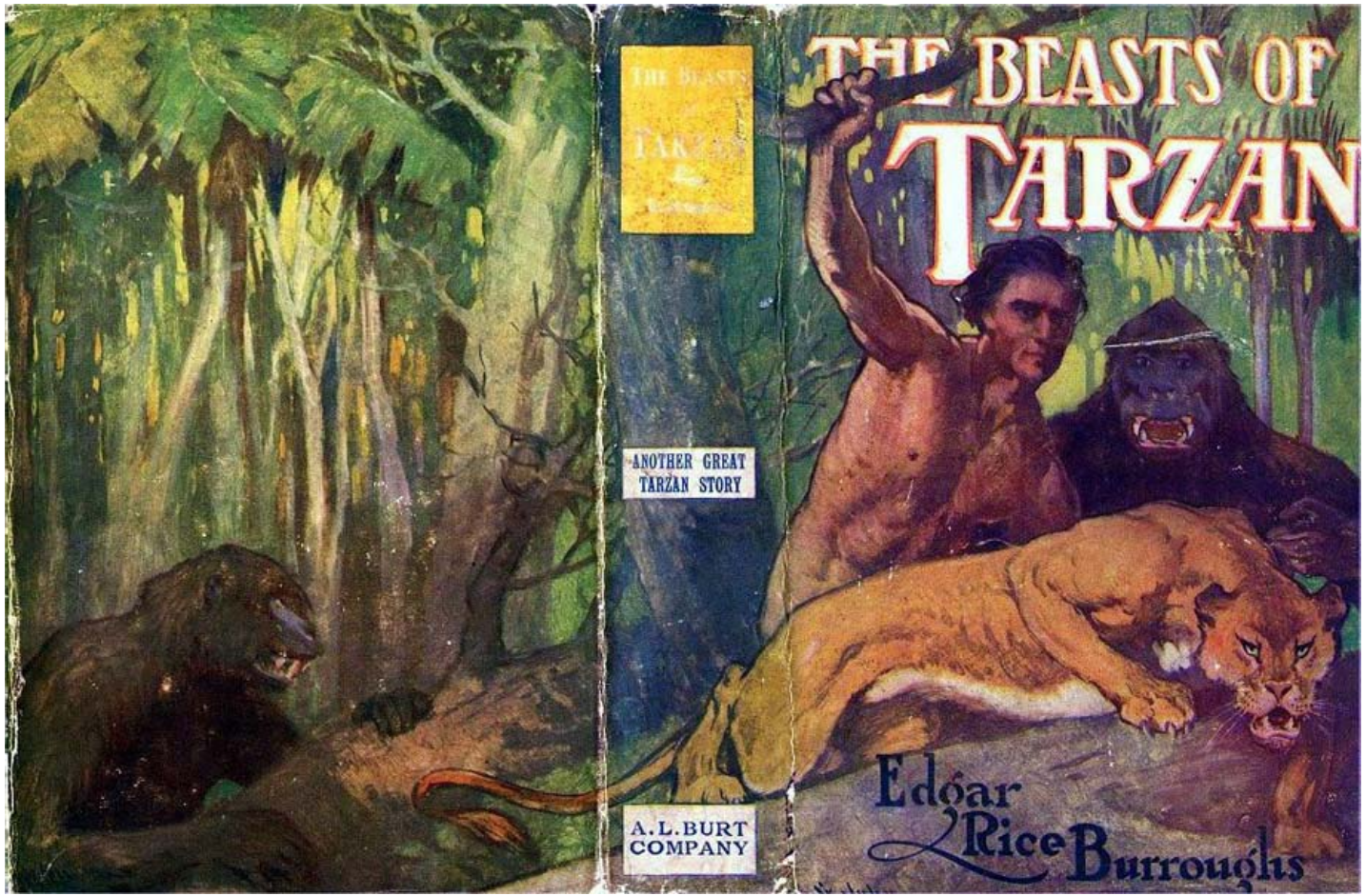
Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



Cubierta original edición *pulp* EE.UU., 1914, F. W. Small.



Cubierta original 1ª edición EE.UU., 1916, J. Allen St. John.


THE BEASTS OF TARZAN
ANOTHER GREAT TARZAN STORY
A. L. BURT COMPANY
Edgar Rice Burroughs

Cubierta completa 1ª edición EE.UU., 1916, J. Allen St. John.

Las fieras de Tarzán

Edgar Rice Burroughs

Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Notas

[1] Cristianía: Nombre de la ciudad de Oslo de 1624 a 1925, durante buena parte del periodo en que Noruega y Suecia formaron un solo reino. Nada de extraño tiene, pues, que Anderssen fuera o se considerara sueco, aunque su familia, e incluso él, residiesen en la noruega Cristianía.